Esoterika

Vargas "el brujo"

A mi hija



PRO-LOGOS

Halcón Rojo contempló en el polvoriento camino la figura de Buho Silvestre que avanzaba sigilosa emparentada con las sombras del crepúsculo. Sonrió levemente, era costumbre de los suyos tratar de no evidenciar su presencia. Era un juego privado propio de su tribu.

Uno de sus familiares chasqueó suavemente la lengua produciendo un sonido peculiar. Aquello quería decir que había detectado la aproximación de un extraño a su territorio. De inmediato los hombres cambiaron de su posición relajada e indolente a una posición ligeramente más tensa, era la postura del acecho.

Buho Silvestre chasqueó a su vez la lengua produciendo un nuevo sonido. Aquel sonido peculiar significaba que venía sólo y sin ningún asunto de importancia. De inmediato los hombres volvieron a adoptar su actitud indolente, dejando que la brisa del atardecer entreteniera su apacible tedio.

Halcón Rojo se levantó y fue a su encuentro. Había presentido que su amigo venía por su causa, y era costumbre cortés de su pueblo aproximarse al que traía un mensaje e invitarle a un refresco o una “pipa del reposo” tal como ellos la llamaban.

Buho Silvestre saludó fraternalmete al joven indígena y se dirigió con él hacia un rincón del patio de la casa familiar. Se interrogaron cortesmente sobre la salud y bienestar de sus respectivas familias y chasqueando de nuevo la lengua con otro sonido, indicando un cambio de tema, pasó a comunicarle el motivo de su visita.

- Don Sancho te invita cortesmente a cenar con él esta noche - anunció misterioso su amigo.

Halcón Rojo bajó la cabeza y nada dijo. Sabía que algo debía ocurrir aquella noche....el viento del crespúsculo le había provocado una especial sensación, indicándole así que el Destino deseaba algo de él.

- Bien - respondió lacónico.

Se despidió de su familia anunciándoles que iría a cenar fuera y comenzó a andar con su amigo por el largo y polvoriento camino. La noche comenzaba a adueñarse del páramo y ambos hombres disfrutaron dejandose absorver por la oscuridad reinante. Sonrieron levemente al pasar ante unos campesinos mejicanos que no advirtieron su presencia.

- Veo que estás en buena forma - comentó irónico Buho Silvestre.

Su compañero asintió levemente con la cabeza. El que hubieran sido advertidos por aquellas campesinos habría resultado un fallo en la costumbre de su pueblo.

La Luna brillaba soberana en la noche, con su sequito interminable de estrellas. Los hombres de vez en cuando se detenían para fumar un cigarro y contemplar en silencio el maravilloso espectaculo de aquella ventana abierta al Universo.

- He leído que cada una de esas estrellas es un sol en sí misma - musitó de pronto Halcón Rojo.

Buho Silvestre quedó quieto absorto mirando las luces del Infinito. Entre los suyos el único que sabía leer y escribir era Halcón Rojo, y era asiduo visitante de la nutrida biblioteca de Don Sancho, de donde extraía informaciones que luego comentaba con su gente.

- Es bueno saber que nuestro Padre Sol no está sólo y que hay muchos como él allá arriba - respondió finalmente.

Halcón Rojo giró la cabeza y miró sonriente a su amigo.

- Sí... - musitó - es bueno saberlo.

Siguieron caminando por aquel largo y oscuro camino que se hallaba ahora alumbrado por la blanca luz de la Luna. Los sonidos del páramo acompañaban a los paseantes creando una sinfonía sutil que era dirigida por el viento de la noche.

Finalmente vislumbraron la luz de la casa de Don Sancho. Era una casa señorial, al gusto colonial. Los dos indígenas quedaron quietos, como siempre que la veían, admirando su aspecto. Era grande como debe ser la casa de un gran hombre...y Don Sancho era un gran hombre, un ricohombre como se decía por aquellas tierras.

Los dos amigos quedaron silenciosos mirando la casa y fumando el último cigarro. Sabían que nada más llegar su anfitrión les obsequiaría con buen tabaco.

- Es hermoso que un hombre pueda disfrutar de una casa así - murmuró Halcón Rojo.

Buho Silvestre ladeó su cabeza y miró burlonamente a su amigo. Sabía que a su compañero le gustaban muchas cosas del hombre blanco. De niño había sido muy criticado por asistir a la escuela de ellos, y ya de mayor, tras demostrar ante su pueblo cual era su destino como hombre de su tribu, seguía manteniendo alguna costumbre y gustos de los conquistadores.

- Vamos - respondió risueño Buho.

Llegaron a la casa. Sonaba dentro de ella el sonido de una música alegre, y vieron cómo asomaba por una de ellas el semblante de Don Sancho.

- ¡ Amigos míos! - gritó con fuerte voz.

Inmediatamente se abrió la puerta y surgío la figura de aquel hombre. Era un hombre bajo y corpulento, entrado en carnes, y con mirada apacible. Era un hombre de buen corazón.

Tras los efusivos saludos de Don Sancho se dirigieron hacia la sala de estar donde inmediatamente fueron obsequiados por un buen cigarro y un agradable brandy. Se quedaron los tres fumando mirándose las caras y sonriendo ante la escena.

- Usted sí que sabe vivir Don Sancho - dijo socarrón Buho Silvestre.

Los tres rompieron a reir. Era una broma privada entre aquellos amigos. Don Sancho envidiaba muchas cosas de la vida de sus amigos indios, y ellos a su vez de la vida de éste. Tras mucho tiempo la envidia había dejado de ser venenosa para ser ahora motivo de chiste.

Quedaron de nuevo en silencio disfrutando de la bebida y el cigarro, hasta que Don Sancho de pronto miró fijo a Halcón Rojo. Este sintió una inquietud en su interior, algo en aquella mirada le indicaba que el asunto le concernía más de lo que él estaba dispuesto a asumir.

- ¿Qué es amigo? - musitó suavemente el indígena.

Don Sancho se removió inquieto en su mullido sillón y carraspeó ligeramente a fin de templar sus nervios. Miró la brasa de su cigarro y suspiró profundamente.

- Verás hijo... - comenzó lentamente - es un asunto muy importante que puede hacer mucho bien a tu pueblo.

Halcón se colocó en posición de acecho instintivamente. No consideraba enemigo a su anfitrión, pero presentía que aquella petición no surgía de la voluntad de su pueblo sino de otra voluntad.

Don Sancho inquieto se levantó. Buho Silvestre bajó la cabeza y miró fijo sus pies. El anfitrión comenzó a pasear contemplando los libros que descansaban en la biblioteca y rozó ligeramente uno de ellos. De pronto giró ligeramente alterado y rompió a hablar.

- Halcón... - alzó la voz denotando respeto - tú sabes cómo aprecio las cualidades de tu pueblo, y aún más las tuyas particulares.

Un ligero chasqueo de Buho Silvestre mostró su desagrado hacia la referencia a aquel tema. Era un tema que se mantenía en reserva entre los suyos.

Don Sancho miró por un momento a Buho y sonrió ligeramente, pero no se arredró.

- Sabes que siempre he sido un profundo admirador de tu arte y tu ciencia - continuó -, de tu saber.

Halcón bajó a su vez la cabeza y se colocó en posición de cierre. Había tenido muchas charlas con Don Sancho sobre su oficio, e incluso había viajado con él para contemplar el arte de otros pueblos. Era un tema que en el fondo llevaban en la más estricta intimidad.

- Ahora se presenta la oportunidad de resolver un error histórico - prosiguió el buen anfitrión.

El joven alzó de nuevo su cabeza y miró interrogante a Don Sancho.

- Quiero decir - respondió ante la muda pregunta - del daño tremendo que hicieron los españoles sobre los pueblos americanos, y sobre la represión que habeis sufrido por parte de las autoridades religiosas.

Aquel era un tema que dolía en especial a Don Sancho. Entusiasta lector y profundo simpatizante de la medicina indígena había defendido ante las autoridades comarcales la práctica religiosa de sus amigos indios, considerada diabólica, y la práctica medicinal, considerada mera superstición. De hecho había sido él el que más había apoyado la causa ante la madre de Halcón para que asistiera a la escuela y pudiera así aprender a leer y escribir. También había ayudado a su protegido a conseguir un nombre oficial, dado que los indios carecían de documentos identificativos. Le había llamado Carlos, en honor a un famoso escritor que había popularizado en gran medida la figura del sabio indio. De apellido le habían puesto Sanchez por el hecho de ser un protegido de un "señor", costumbre antigua practicada por el pueblo hispano.

Halcón Rojo se levantó de pronto y miró con fijeza a su anfitrión. Se acercó a la biblioteca y también rozó con sus dedos los libros de ella. Luego giró lentamente y miró con tierna simpatia al dueño de la casa.

- ¿Y qué puede hacer un simple indio como yo para resolver esto? - murmuró con suavidad.

Don Sancho alzó sus ojos y habló con fuerte excitación.

- ¡Todo! - alzó su fuerte voz mientras Buho Silvestre meneaba irónico su cabeza -. Ha llegado la hora de por fin hablar, de expresar vuestro saber y que sea comprendido y respetado.

El joven ladeó la cabeza intrigado. Luego el escepticismo asomó a su inteligencia y sembró su duda.

- Si lo que quiere es que seamos agraviados como ha ocurrido con los mazatecas...- respondió con severidad.

Don Sancho bajó la cabeza ante esa mención. Halcón Rojo se refería al enojoso asunto ocurrido en el pueblo mazateca. Popularizada en extremo su práctica médica con los hongos el pueblo principal, Huatla, había sido invadido de una horda de jóvenes norteamericanos que buscaban una especie de "iluminación súbita" mediante el consumo descontrolado de dicho alimento. El pueblo se llenó de alucinados que andaban por un lado a otro, incordiando a la población indígena, hasta que finalmente la situación se hizo tan insostenible que se hizo precisa la intervención del ejercito mejicano para echar fuera a aquella turba de entusiastas del alucinógeno.

- Aquello ya pasó...- murmuró con suavidad Don Sancho - y algo bueno siempre queda...Carlitos.

Halcón sonrió ante aquel nombre. Habían pasado muchas noches riendo ante las extravaganzas que aparecían en las lecturas de Carlos Castaneda. Pero siempre ambos hombres habían quedado de acuerdo que su obra había hecho mucho bien para el conocimiento indígena.

- Está bien - respondió firme -. ¿Qué propone usted?.

Don Sancho comenzó a contarle que aquel año que vivían era importante para la historia de España y América. Era el quinto centenario, y el pais conquistador había derrochado un ingente cauda de dinero y medios para intentar una reconciliación entre ambas tierras.

- Mas allá del mar - dijo con los ojos alumbrado por una extraña excitación - hay una ciudad que tiene una isla. Y en esa isla han creado una Exposición Universal, un lugar donde todos los pueblos pueden reunirse y mostrar su arte y su ciencia.

Se hizo el silencio tras un ligero chasquido esceptico de Buho Silvestre. Halcón Rojo sabía lo que pensaba su amigo, eran muchos siglos de dominación ora por un pueblo ora por otro para que las cosas cambiaran de repente.

- Y yo qué pinto en esto - murmuró Halcón Rojo con cierta aprensión.

Don Sancho sonrió y extrajo de una carpeta unos documentos con membretes oficiales. Los mostró triunfante y se los entregó solemne al joven.

Buho Silvestre volvió a chasquear la lengua y se sirvió otra ración opípara de brandy mostrando cierta burla ante la presencia de aquellos papeles.

Halcón leyó por encima lo que señalaban aquellas hojas de papel. Se referían a un ciclo de conferencias sobre chamanismo y encuentros culturales que se realizaban en Sevilla. El objeto era mostrar la importancia de la medicina indígena y el respeto hacia la religiosidad india.

- Debes ir Halcón ...- sonó la voz alterada de Don Sancho - .Debes ir y mostrar en esa tierra que habeis perdurado pese a todo.

El joven no levantó su cabeza de la visión de aquellos papeles. Por un momento ráfagas de terrores oscuros surgieron en su interior. Gritos, persecuciones, la práctica cotidiana del rechazo y el insulto.

- Que vaya un mejicano - respondió entregándole los papeles sin mirarle -.

Don Sancho meneó la cabeza con disgusto. Era una de sus luchas personales con los herederos de la colonia española. El mundo científico mejicano presumía de conocer la sabiduría de los indios, pero seguía sin darles oportunidad de hablar.

- No lo entiendes - alzó aún más la voz -. No quieren a otros como ellos, quieren escuchar a uno de los vuestros.

- A uno de verdad - sonó la voz de Buho con fuerte dosis de ironía.

Halcón sonrió mirando a su amigo y se dirigió a la mesita para servirse otra copa de brandy. Luego se sentó y dejó que Don Sancho siguiera de pie esgrimiendo aquellos papeles.

- ¿Y qué tengo que decir? - preguntó con curiosidad Halcón.

Don Sancho le explicó que en aquellas tierras existía un fuerte interés por el uso de las sustancias alucinógenas, y su relación con la medicina para la mente humana. Y que el tema de las conferencias se dirigían específicamente sobre ellas.

Halcón puso cara de disgusto.

- Son herramientas de poder - atajó severo -. No sirven para cualquiera y no creo que sea necesario difundir su uso.

El orondo anfitrión cabeceó afirmando excitadamente. De sobra conocía el planteamiento de su amigo.

- Pero esta vez va en serio - remachó de nuevo alzando aún más la voz -. Esta ocasión es única para enseñar al mundo el modo correcto de hacer las cosas.

Chasqueo de nuevo de Buho Silvestre.

- ¿De qué sirve hablar de un simple medio cuando lo que importa es el fin? - respondió con gravedad Halcón.

La estancia quedó en silencio por un largo rato. Don Sancho se había sentado vencido en su sillón, mirando concentrado su copa. Una mirada soñadora pasó por sus ojos ante la contemplación del alcohol y sonrió levemente.

- A veces es bueno aclarar el uso de un simple instrumento - murmuró con suavidad hablando más para sí mismo que para sus amigos.

Buho bajó su cabeza y se quedó de nuevo mirando fijamente sus pies. Halcón se quedó contemplando la estampa de sus dos amigos, los dos sin mirarle, absortos en su propio mundo. Sabía que era el momento de escucharse a sí mismo, de atender a su propio sabiduría.

- Para cuando esa cena Don Sancho - rompió el silencio el joven indígena mientras se levantaba rompiendo así la gravedad de la situación.

El buenhombre salió de su abstracción y sonrió calidamente. Abrió la puerta y llamó a gritos a su familia. Era el momento de cenar, de disfrutar de las bendiciones de la buena mesa

Un suave viento mecía los cabellos del chamán mientras contemplaba la salida del Sol. Saludó lentamente al Padre de Vida y se encaminó hacia un lugar especial, donde los suyos cultivaban en secreto una plantación de una hierba prohibida para el hombre blanco. Era un lugar de dificil acceso y a salvo de las miradas. Cuando llegó allí el Sol ya imprimía un fuerte calor a la Tierra. Quedó fijo contemplando la extensión verde que se mostraba ante sus ojos.

La luz dorada del Sol se posaba suavemente sobre la plantación, y el olor de la mañana se unía al perfume de aquella hierba. Halcón se desnudó lentamente y extendiendo los brazos comenzó a correr por entre las plantas. Parecía querer sumergirse entre ellas, unirse a su canto.

Siguió corriendo sudando profusamente. Lentamente, a medida que iba y venía por entre aquellas plantas, su cuerpo comenzó a ser impregnado por la resina de éstas. Continuó corriendo hasta que el cuerpo se llenó de sudor. Entonces cesó su marcha para andar lentamente entre las verdes criaturas frotandose suavemente con ellas. A medida que lo hacía entonaba un cantico dirigido a ellas y a la Madre que las criaba con amor.

Finalmente se detuvo. Se agachó y estuvo un rato oliendo con fuerza el perfume del lugar. Cuando consideró que estaba lo suficientemente impregnado del espíritu de la planta se alzó y se dirigió fuera de la plantación.

Una vez salió comenzó a frotar con suavidad su cuerpo con una tela, extrayendo lentamente la resina gomosa que había quedado adherida a su cuerpo. Aquella sustancia la dejó en el suelo, para que el Sol la secara lentamente. Se sentó y comenzó a friccionarse con lentitud todo su cuerpo con las manos, a fin de que el resto de resina que quedaba adherida en su cuerpo se extendiera uniformemente por su cuerpo.

Luego volvió a vestirse. Se colocó su cinto ceremonial en la frente, ciñó con fuerza la bolsa de medicina a su cintura y con el machete en tierra esperó paciente a que el Sol comenzara su marcha hacia Occidente.

El crepúsculo comenzó a dominar la Tierra. Un suave viento sonó detrás de Halcón, acariciando suavemente sus oidos.

- Ya voy - murmuró asintiendo.

Se despidió del lugar y comenzó a trotar con rapidez hacia su lugar de poder. Era un punto sagrado para los suyos, y un lugar especial en concreto para Halcón. En aquel lugar había estado muchas veces a lo largo de su iniciación, unas veces en busca de consuelo y otras por conocimiento. Se hallaba en una montaña agreste y de un color rojizo.

Una vez llegó allí hincó el machete en el suelo y encendió el fuego que iba a acompañarle durante toda la noche. Sacó de la bolsa una pequeña pipa, la tela de resina y algo de tabaco. El tabaco lo impregnó con la resina, ya seca, de la tela y colocó la mezcla en la pipa. Luego realizó los preparativos de su círculo sagrado y se relajó.

La Luna aparecía brillante y soberana ante él. Sonrió suavemente al verla y quedó absorto en su belleza ignota durante un largo tiempo. Murmuró un suave cantico y entonces...encendió la pipa del vuelo.

Halcón abrió las alas del misterio de su alma y comenzó a cantar suavemente. El dos veces nacido se dirigía a su Madre Brillante, viajera incansable de la Tierra, y le contaba sus cosas como tantas y tantas veces antes.

El viento acarició su rostro y sintió la proximidad del Espíritu en el lugar. Sonrió infantilmente y se encogió de hombros.

- No sé qué hacer ni qué viviré - murmuro suavemente ante el resplandor infinito de las estrellas y el misterio de los cantos de la noche.

Notó la presencia de alguien que se acercaba. Era un perro de las praderas que había detectado el fuego y se aproximaba curioso para ver al hombre que se hallaba allí. Envió un mensaje silencioso para identificarse y sonó un suave gruñido.

Sonrió aún más. Aquel perro era ya conocido, un animal libre y salvaje de aquellas tierras. El animal se acercó lentamente ante el fuego y se colocó a poca distancia para hacerse mutuamente compañía.

Halcón Rojo inspiró fuertemente y contempló con fijeza el fuego de la hoguera. Entró consciente al reino del sueño y comenzó a viajar buscando alguna visión. Encontró sus espíritus-guía que le confirmaban su misión, pero insatisfecho con ello volvió a su posición de vela.

- El camino nunca cesa- se dijo.

Sacó unas semillas de la bolsa-medicina y las lanzó al fuego dejando que su humo llenara el ambiente protegido de su círculo de conocimiento. Echó de nuevo su alma al aire y dejó que volara junto al viento misterioso, luego se alzó aún más y se unió al Amor de la Luna.

Allí reposó un rato para volver de nuevo al lugar central.

- ¿Qué querrás de mí? - murmuró para sí.

De pronto el aire se tiñió de un olor especial, y excitado dirigió la vista hacia arriba. El impacto del rayo no le sorprendió pero sí le llenó de admiración. El trueno sonó lento y calmado.

- Estas aquí - dijo en voz alta.

Un nuevo rayo encendió sus ojos y de súbito tuvo una visión.

Ante él aparecía una verde llanura en la que reposaba solemne una roca llena de verde musgo y suavemente dorada. Se aproximó a ella y contempló una espada que brillaba bajo la luz dorada del Sol. Vió a un niño que se acercaba a la roca y que soberano extraía la espada de la piedra.

- Así recoge el niño la espada de su dignidad real - sonó una voz.

El niño se transformó en anciano que volvió a dejar la espada en la roca con sus menguadas fuerzas.

- Así devuelve el honor el anciano - sonó de nuevo la voz.

De nuevo apareció un niño y un anciano, y otra vez se repitió la escena. Aquel ciclo niño-anciano se le mostró de manera continua, con diferentes niños y ancianos, pero todos con el mismo espíritu en su alma.

De pronto todo quedó quieto y contempló una multitud de hombres que iban de un lado para otro ajenos a la roca y la espada. De vez en cuando uno de ellos salía de la multitud y se acercaba a la roca para tocar ora la roca ora la espada y volver a la multitud.

- ¿Quien será el hombre que guarde el honor del niño y el anciano? - sonó la pregunta de manera lastimera y a la vez desafiante.

Aquella roca dorada y verde y su espada desapareció de pronto de su visión.

Halcón respiró fuertemente. La visión había tenido mucho poder y sentía una fuertísima opresión en el pecho. Pensó en la misteriosa fuerza que desprendía aquella espada, era antigua y le recordaba algo. Inquieto la dibujó en el suelo. Y quedó fijo mirando aquel signo en la tierra.

El rayo cayó más cerca de él y alumbró de nuevo su percepción.

Aquella solitaria espada en la roca descansaba impertérrita al desgaste del tiempo. De súbito un rayo cayó sobre la espada. Su hoja comenzó a calentarse, emitendo primero una apagada luz rojiza para hacerse cada vez más brillante, luego pasó al naranja y finalmente al amarillo dorado. Aquella luz dorada se mantenía y parecía seguir creciendo.

- Espada de Vida te doy - sonó una voz.

De súbito el color de la espada cambió a un tono azul blanquecino emitiendo una luz brillantísima.

Halcón abrió los ojos sorprendido ante el resplandor potentísimo de aquella luz.

- Qué poder posee - se dijo asombrado.

Miró a la Luna que seguía viajando serena. Luego bajó su mirada de nuevo al dibujo y de súbito comprendió qué le recordaba.

Aquella espada representaba una cruz latina.

El signo por el que tantos de los suyos habían sido perseguidos y despreciados.

Sentados comodamente en la casa de Bufalo Blanco fumaban en silencio la pipa ceremonial de amistad. Halcón le había contado al jefe del clan de los hombres-médico el contenido de su visión, y ahora ambos callaban absortos en la meditación de aquella revelación del Espíritu.

- Cuando era muy joven - rompió el silencio el anciano jefe - tuve una visión de un búfalo blanco...

Apartó su vista de las brasas anaranjadas de la pipa y sonrío a su compañero.

- De ahí mi nombre - continuó -. En aquellos tiempos los nuestros vivían muy agitados, la violencia gritaba palabras de muerte en sus almas.

Suspiró profundamente y quedó callado largo rato. Halcón nada le dijo porque sabía la historia de su amigo. Sabía el gran esfuerzo que le había costado a aquel hombre apaciguar a los suyos frentes a los desmanes del hombre blanco. También sabía que el sentido de su nombre y visión, el búfalo de la tierra pacífica, era una misión que nunca cesaba.

- En otros tiempos no existía el hombre rojo - volvió de nuevo a hablar Búfalo Blanco.

- Qué quieres decir - respondió extrañado Halcón.

El anciano se encogió de hombros y mostró sus manos vacías.

- Vuestro pueblo siempre ha vivido ajeno a las luchas por el territorio, nunca ha querido entrar en el sendero de la guerra. Sin embargo, en otro tiempo, los nuestros vivían siempre matandose entre ellos...no existía paz entre nosotros.

Halcón asintió lentamente. Las guerras entre indios era algo que ya formaba parte de un historia olvidada.

- Sólo los sabios trataban de unir bajo el único Arbol a todos los pueblos indios - meneó lentamente la cabeza con tristeza -.Sin embargo bien sabes que los nuestros nunca han hecho caso a los miembros del clan, que siempre ha podido más el odio que el amor.

Búfalo Blanco se levantó y paseó lentamente por la estancia.

- Ya no vivimos en tiendas, sino en casas del hombre blanco - continuó -. Pero en verdad fue el hombre blanco el que nos hizo

comprender que nosotros, todos nosotros, eramos el hombre rojo. Antes sólo eramos enemigos, todas las tribus vivían en constante lucha para probar sus guerreros que su valor pasaba por la muerte de otro indio.

- Indio...-murmuró Halcón Rojo.

Su compañero le sonrió suavemente y asintió con la cabeza.

- Sí indio...- respitió -. Antes eramos sioux o arapahoes, apaches o comanches, de tal o cual tribu...todos enemigos de todos, todos creyentes en que nuestra cultura era la mejor.

Calló por un momento y miró al suelo con tristeza.

- Y ninguno creía que el Espíritu era el mismo para todas las tribus.

- Por eso dices que el hombre blanco nos unió, que nos hizo comprender que eramos todos semejantes entre nosotros.

- Sí...es ahora cuando nuestro clan comienza de nuevo a ser escuchado y comprendido. Pero, ¿cuanto tiempo ha pasado sin que creyeran los profanos que nuestras palabras se referían todas al mismo Espíritu?.

Halcón Rojo fumó lentamente la pipa absorto en aquellas palabras.

- ¿Quieres decir que el hombre blanco también cree en lo mismo que nosotros.?

- No, lo que yo digo es que el mismo Espíritu nos guarda a todos.

- Pero ellos nos han rechazado, arrinconado, tratados como bestias, denigrado y censurado nuestras tradiciones.

- De eso bien sabes tú que no tiene la culpa el hombre bueno.

Halcón Rojo bajó la cabeza y recordó su iniciación, y las luchas contras las sombras de su humanidad.

- El hombre blanco cree que somos como niños, primitivos, incultos y estúpidos - habló suavemente el joven -. Así lo he leído en sus libros.

- Tambien hay jovenes blancos que desean aprender de nosotros.

Asintió lentamente y tuvo un sentimiento de comprensión sobre el sentido profundo de lo que hablaban.

- Creo que ya sé qué sugieres - dijo haciendo el gesto de comprensión de los chamanes -. Quieres decir que al igual que el hombre blanco ha hecho comprender a todos los rojos que somos semejantes al tener un adversario común, al igual puede ocurrir entre los blancos y nosotros.

- Creo que el futuro habla de un lugar de reunión en el que sólo existe el hombre, sin más - susurró lentamente el anciano hechicero.

- El hombre - dijo suavemente Halcón.

- El blanco también ama al de larga cabellera - habló enigmáticamente el anciano.-

Halcón asintió lentamente. Hablaron entonces de su partida, y de cómo dirigirse a aquellos hombres que en otra época tanto daño habían hecho a los indígenas americanos. Una época que ya había quedado atrás.

Sentados en la lumbre del hogar la familia de Halcón miraba al joven entre triste e ilusionada. El hechicero había informado de la decisión a su familia, y su madre había llorado en silencio frente al dolor callado de su hijo. La tensión de la decisión de su partida fue de pronto interrumpida por una exclamación de la joven hermana de Halcón.

- Allá a donde vas tú - dijo excitada - hay mucha riqueza.

- Sí, lo he visto por la televisión - comentó uno de sus tres primos que habían venido a cenar -.

Halcón sonrió. A todos les gustaba ver cuando podían la televisión, donde salían riquezas materiales sin cuento, donde los hombres disfrutaban de un sinfin de placeres. Grandes casas, comidas nunca conocidas, coches lujosos, ropas de diferentes tejidos y colores, aparatos extraños que servían para mil y un cosas.

- Una lavadora - dijo su hermana -. Una lavadora y un lavaplatos...eso si que estaría bien.

- Y una televisión para nosotros - continuó el primo.

- Y comida, enormes solomillos de búfalo - habló de pronto el padre de Halcón.

El joven hechicero quedó mirando la modesta vestimenta de su madre, aquel vestido que sólo se quitaba para ponerse el de las celebraciones. Suspiró lentamente y se miró las manos. Sí, no gozaban de los privilegios del hombre blanco. Ni siquiera vivían en una casa donde pudieran dormir privadamente. Tenían que compartir la misma habitación varios, y el agua debían irla a buscar a una fuente cercana.

Recordó una discusión que una vez tuvieron Don Sancho y su padre cuando era niño. Su padre insistía en que trabajara con él, mientras que Don Sancho arguía sobre las ventajas económicas que traería a todos el que aquel niño estudiara en un colegio de blancos.

- No voy allí a ganar dinero, sólo a hablar - dijo suavemente.

- No entiendo cómo un hombre como tú puede creer eso -habló de pronto su madre.

Halcón miró con temor a su madre. El ser hechicero de su gente era algo que llenaba de orgullo a su familia, sin embargo las ganancias por su práctica eran más bien escasas. Recordó las veces en que quedaba sólo leyendo los libros del hombre blanco, mientras otros niños jugaban o trabajaban, siempre con la promesa de un mañana en el que él ganaría mucho dinero.

- Una casa grande - soñó su madre - eso sí que estaría bien.

Los hombres callaron mientras las mujeres comenzaron a hablar sobre todas las maravillas que podrían hacerse con el dinero que Halcón traería de aquel lugar lleno de riqueza. Como todos los indios se pasaban largas horas hablando sobre lo que harían si tuvieran eso o aquello, si consiguieran más dinero o más tierras.

- Bueno - habló por fin un encogido Halcón -. Supongo que algo de dinero me darán por hablar allí.

- Estoy segura de que puedes conseguir mucho más de lo que tú piensas -dijo su madre.

Halcón se removió inquieto. Sabía en su interior sobre lo que se estaba discutiendo en esos momentos. Su madre, superada la pena por ver marchar a su hijo, ahora le miraba con dureza y exigencia.

- Es nuestro sabio doctor - habló con burla su hermana -. ¿Quien mejor que él para que pueda tener mi lavadora?.

- Para eso hace falta electricidad - respondió el hechicero aturdido.

- Pues se pone - cortó tajante el padre.

Halcón miró asombrado a su familia. Sus tres primos sonreían en silencio, y sus padres y hermana le miraban con aire entre burlón y condescendiente.

- ¿Qué quereis decirme? - murmuró con sobriedad.

El padre se levantó y comenzó a andar por la estancia. Luego de pronto se detuvo mirando una pared de la casa.

- En otros tiempos eramos cazadores - habló serio sin mirarle -. Nuestra meta era conseguir carne y buenas pieles para nuestras familias.

- Hace ya mucho de eso padre - respondió sin querer comprenderle.

Su padre encogió los hombros y siguió mirando la pared de la casa.

- En nuestra sangre sigue bullendo la misma fuerza y el mismo deseo - replicó con tono aún más grave -. Poco importa ya que ese solomillo lo obtengas cazando o con dinero.

- ¿Qué puedo hacer yo en el reino del blanco?- se defendió timidamente el joven.

- Tú eres el doctor y además tú el que estudiastes con el hombre blanco - atajó su madre -. Ahora no digas que todo lo que has hecho no tiene un fin.

Meneó la cabeza confundido.

- Quereis que no sólo vaya allí a hablar, sino también a conseguir dinero - dijo para sí mirando el suelo.

- Esta es una buena oportunidad para la familia - dijo el padre girando su cabeza y mirándole con fijeza.

Halcón se levantó sin decir nada y se dirigió a donde guardaba sus escasas pertenecencias que colocó en un petate. Cogió luego este y se dirigió hacia la puerta.

- Me voy a dormir fuera - murmuró con aire entre dolido y apesadumbrado.

Su familia quedó fija mirando la puerta que había cerrado Halcón Rojo. El silencio de la estancia se rompió por un chasquido de lengua de su madre.

- Aún no cree en su destino - dijo con maternal paciencia.

Esa fue la señal para que la familia comenzara a discutir sobre el joven hechicero y sobre las ventajas que podrían obtener si éste triunfara en el mundo blanco.

Mientras un hechicero miraba, tumbado en la tierra, el infinito oceano de estrellas.

Don Sancho paró el coche cuando contempló aquella figura sentada en una piedra en el polvoriento camino. Salió del vehículo y se acercó lentamente a aquel hombre que, con sombrero calado, miraba fijamente el suelo.

- Bueno...- quiso iniciar la conversación - es hora de ponernos en marcha.

El hombre seguía absorto mirando la tierra del camino. Se levantó lentamente para inmediatamente después agacharse y comenzar a acariciar suavemente el suelo.

- Esta es la tierra que me dió cobijo - susurró lentamente aquel hombre - Esta la tierra que me enseñó y me guió por sus caminos.

Don Sancho carraspeó nerviosamente. Cuando Halcón Rojo se ponía tan terriblemente serio no sabía qué hacer, sólo sentía que una especie de niebla rodeaba a aquel hombre. Era en esos momentos cuando los cuentos de magos y hechiceros se tornaban realidad, una realidad que le admiraba y le traía ecos de su niñez.

- Te hås despedido de todos supongo - dijo para romper la tensión.

El joven hechicero alzó su cabeza dejando que su amigo viera sus ojos. Levantó ligeramente el sombrero y se irguió.

- Sí - dijo sonriente con una mezcla de ironía y dolor -.

Bajó la cabeza y sonrió para sí. Aún recordaba a su familia despidiéndole entre lagrimas y a la vez alegría.

- Recuerda el solomillo de búfalo - le gritó su padre cuando comenzó a caminar solitario.

Suspiró profundamente y miró fijamente a Don Sancho.

- Es posible que me quede más tiempo del que pensaba allá.

El gentilhombre sonrió malicioso.

- Ya me lo imaginaba - repuso con aire de clarividente -. Hay muchas cosas allá que es bueno que sepas.

- Dicen que allí hay oportunidades para enriquecerse - contestó el indígena secamente.

Don Sancho parpadeó sorprendido ante aquel tono de voz. Era como si aquel hombre no quisiera hablar del sentido profundo de su partida, sino que abordara la cuestión como si simplemente fuera un emigrante en pos de fortuna.

- Bueno...- repuso confundido - no sé que decirte a eso.

El indio encogió los hombros y se dirigió hacia el coche. Don Sancho entró primero y abrió la guantera donde tenía una serie de sobres.

- El pasaporte, los billetes, el hotel... - comenzó a enumerar lentamente mientras iba pasandole uno a uno los sobres.

Halcón abrió un sobre y vió una suma de dinero importante. Su reacción inmediata fue devolverselo en una mezcla de confusión y agradecimiento.

- No necesito tanto - habló con tono vacilante.

Don Sancho asintió comprensivo. Sabía que el punto debil de aquellos hombres era el dinero, dada su habitual escasez de medios y su independencia innata que les hacía no pedir nunca nada a nadie.

- Guardatelo - respondió paternalmente -.

Hubo un momento de silencio en el que los dos hombres quedaron con la mirada clavada en los billetes.

- Allá donde tú vas es tan necesario esto como el aire y el agua - murmuró con pesadumbre Don Sancho.

Halcón le miró fijamente a los ojos, como incapaz de creer en verdad lo que aquel hombre le decía.

- El aire es del Cielo así como el agua es su regalo - contestó confundido el indio.

Una sombra de pesar y dolor asomó en el rostro del bonachón padrino de Halcón.

- Guardatelo y avisame si necesitas más - respondió mirando sus manos -. No lo consideres como un regalo, sino como una inversión mía en un negocio.

El indio parpadeó confundido. Desde niño aquel hombre le había ayudado pagando toda una serie de gastos para consiguir que se integrara en el mundo de los blancos. Sus padres, agradecidos, nunca habían dicho nada sobre el hecho de que su nombre blanco fuera Carlos Sanchez.

- Gracías padrino -respondió sin querer hablar más del asunto.

Don Sancho alzó su mirada de las manos para quedar absorto mirando el camino de tierra. Estuvo así un rato en silencio, entregado en una profunda reflexión de la que surgió lentamente con un sonrisa infantil.

- Bueno...- dijo con tono intranscendente -. Queda un sobre más.

Abrió su chaqueta y sacó un pequeño sobre de su costado izquierdo. Lo miró con cariño y luego se lo entregó solemne a su protegido.

- Aquí dentro hay la dirección de un hombre muy apreciado por mí - dijo mirando el sobre como si dentro se escondiera un tesoro.

Halcón cogió el sobre y de inmediato sintió algo extraño, como si dentro de aquel sobre se escondiera un misterio de su destino.

- No lo abras hasta que llegues allí - dijo de nuevo solemne.

El indio miró el sobre y encogió los hombros con cara de curiosidad mal satisfecha. Lo guardó aparte del resto de papeles, ante la mirada aprobatoria de su compañero, y luego miró a su vez el camino.

Don Sancho sin comentar nada más arrancó el vehículo y comenzaron a recorrer aquel camino de tierra que les conectaría con la civilización. Pasaron las tierras de la tribu de Halcón, y siguieron avanzando dejando un reguero de polvo a sus espaldas.

De pronto apareció un camino de asfalto ante ellos. Halcón dió un respingo y colocó su mano suavemente en el volante.

- Pare un momento por favor - murmuró con la mirada absorta.

Don Sancho detuvo el coche justo antes de tocar la carretera asfaltada. El indio bajó del coche y se colocó justo donde comenzaba el asfalto. Se agachó y tocó el duro material gris oscuro.

- No tiene vida - murmuró para sí mismo.

Dió un paso atrás y agachado comenzó a mover la tierra y las piedrecillas del camino. Parecía inquieto y temeroso ante algo.

- ¿Qué ocurre Halcón? - habló finalmente Don Sancho ante el prolongado silencio.

El indio sólo movió la cabeza y se caló el sombrero. Parecía no querer saber nada de nadie, como si estuviera tratando de impregnarse por última vez de aquel camino. Seguía cogiendo la tierra y dejandola caer entre sus manos, y haciendo saltar suavemente piedras en sus manos.

El tiempo parecía hacerse eterno para Don Sancho hasta que de pronto una ráfaga de aire, que le hizo dar un respingo involuntario, movió suavemente el cabello de Halcón.

- Ya podemos irnos - murmuró alzandose de nuevo el sombrero.

Don Sancho encogió los hombros y se dirigió de nuevo hacia el coche. Iban a entrar cuando un grito sonó en el cielo y un halcón bajó volando rozando el espacio donde se encontraban.

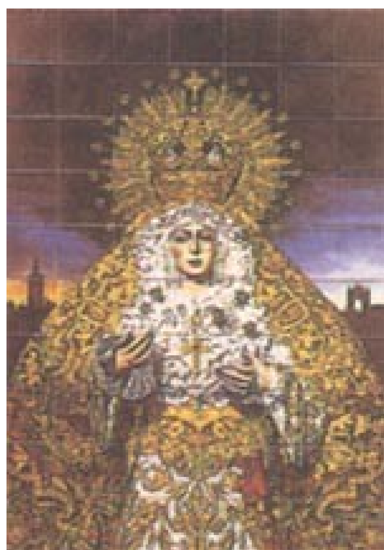
- Sí ...- oyó la voz de Halcón con un deje irónico mientras contemplaba estupefacto aquella aparición repentina - ya podemos irnos.

Don Sancho arrancó el coche aún impresionado ante lo que había visto. Cosas de indios, se dijo para apartar su pensamiento de aquella sensación extraña que la había produciendo el viento. Miró a su compañero. Halcón tenía la vista fija en las rayas blancas de la carretera.

El coche emitió un ligero sonido al entrar en contacto con el asfalto, como una queja muda de sus engranajes, para comenzar el largo recorrido por dicha vía de comunicación.

La carretera seguía y seguía, caminos de máquinas forjadas por el hombre.

Atras quedaban los caminos de tierra.



LOGOS

I
MAGIA

1.
Encanto

Halcón pisó el suelo y respiró profundamente. Jamás había sentido una sensación física como aquella. Miró atrás y contempló la silueta del gran avión que le había transportado recorriendo el inmenso oceano y enormes extensiones de tierra.

¡Qué distinto se veía todo desde el aire!. Secretamente había guardado uno de los motivos de su viaje: subir a un avión., Pueril para muchos, pero tremendamente excitante para él, quería saber qué significaba estar en esas máquinas que surcaban el cielo, saber qué significaba realmente ver las cosas desde arriba, desde las propias nubes.

Durante todo el viaje había quedado absorto mirando por la ventanilla. Las personas que le rodeaban no parecían sentirse afectadas por las sensaciones físicas que transmitía el hecho de no pisar tierra. Sensible al poder telúrico, el hechicero había quedado sorprendido cuando su cuerpo había quedado desconectado de la sensación que transmitía la Tierra.

La presión dentro del avión le había aturdido al principio, era como habitar fuera del espacio natural para colocarse en otro mundo. Aquella sensación disgustaba al nagual de Halcón, pero éste hacía caso omiso de ello ante la vista que podía contemplar.

- Así ven las cosas - se decía a sí mismo recordando cuantas veces había soñado poder ver exactamente igual que las aves.

Allá abajo la tierra era un espectaculo de colores, de verdes de todo tipo, de amarillos, de marrones...y el azul misterioso del oceano que parecía extenderse sin límite alguno. Cuando el avión atravesaba un conjunto de nubes el joven hechicero daba un respingo...¡entraba en el territorio del Trueno!. En aquel espacio blanco algonodoso habitaba un poder al que Halcón amaba.

Finalmente, tras unas cuantas horas de vuelo, comprendió que en realidad aquello no era volar. Que no volaban igual que el águila, que su cuerpo no sentía realmente la sensación de libertad que transmitían las aves. Era parecido, pero no idéntico. Podía ver lo que veían, pero no sentir lo que sentían. Sin embargo, el simple hecho de poder hacer esto era algo ya en sí mismo extraordinario.

- Que bueno - se decía mientras el mundo seguía desplanzandose sobre sus pies.

Pasó la aduana y quedó quieto contemplando a la gente de la salida. Don Sancho le había dicho que alguien le esperaría para trasladarle a su hotel y llevarle a la Exposición Universal. La gente pasaba febril y atareada entre él, finalmente contempló a un hombre que le sonreía y que iba con un cartelito donde ponía "Carlos Sanchez".

- Seguro que usted es el indio que estoy esperando - le dijo aquel hombre con un acento que le hizo sonreir involuntariamente.

El joven asintió. Aquello era facil de comprobar, su vestimenta y larga cabellera, su aspecto general, indicaba claramente que aquel hombre no era de aquel lugar, de todo aquel mundo. Aquel hombre se identificó como Paco, y le acompañó al depósito de equipajes.

- ¡Coño! - exclamó el sevillano - pero si es un petate.

Halcón miró extrañado la expresión del hombre. Cogió su viejo petate y se encogió de hombros.

- Pues sí - respondió cortestemente - un saco de viaje.

Miró el resto de equipaje. Por la cinta mecánica se desplazaban lujosas maletas, elegantes equipos de viaje. Por un momento se sintió triste al comprender que era un simple indio sin medios económicos.

Su acompañante pareció adivinar el sentimiento del joven y encogiéndose agarró el petate y comenzó a andar hacia la salida.

- Esperese y verá el hotel donde le vamos a alojar - dijo poniendo cara de misterio.

Halcón asintió levemente y salió fuera del recinto. Al instante la impresión desagradable, que ya había sentido en la capital mejicana, volvió a él. Mucha gente y mucho ruido. Sintió que su nagual se quejaba pacientemente. Suspiró y cerró su círculo, impidiendo que tanto estimulo exterior le afectara.

- !Coño,un brujo¡ - sonó la voz de Paco mirándole con fijeza.

- ¿Perdón? - le respondió Halcón con cierta extrañeza.

El hombre se dijo algo a sí mismo y meneó la cabeza.

- Nada, cosas mías - murmuró como si nada hubiera dicho.

Halcón se sentó en el coche y quedó absorto contemplando el aspecto de la ciudad durante el trayecto. La gente andaba sin mirarse, ajena cada una al mundo de otro. Aquí no parecía ser necesario ser sombra, todo el mundo ignoraba a todo el mundo. Sonrió complacido ante ello.

- Así que viene de Méjico - dijo su acompañante deseando hablar con aquel pintoresco hombre.

Halcón asintió con la cabeza y siguió mirando por la ventana del coche.

- No sabía que hubieran indios en Méjico - insitió Paco con un deseo irrefrenable de charlar.

- Aún quedan algunos - le respondió el joven con cierto amargura. Al instante se reprochó dicha contestación. No era cuestión de recordar asuntos olvidados.

Paco se removió inquieto en su asiento y apretó con más fuerza el volante. Aquel indígena no parecía pertenecer a la realidad.

- Me han dicho que viene usted a hablar de drogas y cosas de esas - habló de nuevo tras un largo silencio que se le hizo insoportable.

Halcón miró por un momento a aquel hombre. La vibración había cambiado, hablaba de algo que le producía temor, notaba su oscuridad en esas palabras.

- Se refiere usted al uso de plantas medicinales - respondió atento a su reacción.

El chofer apretó la mandíbula y emitió una fuerte sensación de odio y miedo. Parecía que pudiera ser capaz de soportar aquella sensación pero finalmente tuvo que expulsarla.

- Que coño...me refiero a esa mierda de las drogas - dijo con tono neutro en el que se escondía una fuerte irritación.

Halcón sondeó un momento en el alma de aquel hombre. Sí, había dolor y angustia en esa zona. Era preferible alterar el ritmo de sus pensamientos.

- En realidad vengo a hablar de la medicina de mi pueblo - habló con un tono bajo y lento, apaciguando así los nervios de su acompañante.

Paco asintió con la cabeza y no respondió, miraba fijamente el coche que tenía enfrente.

-¡Será cabrón! - explotó al fin ante el descuido del coche que le precedía. Golpeó el claxón con fuerza, como si aplastara una alimaña al hacerlo. El aludido sacó una mano e hizo un gesto grosero.

Halcón parpadeó sorprendido. Aquella violencia parecía quedar diluída en el ritmo de aquel lugar. No había pasado nada realmente, era algo normal. Aquel hombre no se sentía arrepentido de semejante reacción. Se sintió inquieto y se centró en su poder.

Finalmente llegaron al hotel. Era un hotel de cuatro estrellas, con un escenario que sorprendió al joven. Pisó el suelo de moqueta, miró las maderas del vestíbulo, el lujo que derrobaba aquel lugar y pensó inmediatamente en su familia. Sí, era un país rico. Pero aquella riqueza no parecía hacerles mejores.

- El señor Carlos Sanchez - le presentó ante el recepcionista su acompañante.

El indio dió su pasaporte, y quedó sonriente ante la mirada de extrañeza del hombre que le miraba.

- Va a la Expo - dijo Paco al recepcionista como si comprendiera su reacción - Ya sabes...

El recepcionista asintió con una sonrisa profesional y le entregó las llaves. El chofer le dijo que vendría a recogerle mañana, para dar su conferencia. Halcón asintió con la cabeza y miró a las escaleras.

- Por el ascensor señor - le dijo el recepcionista sonriente señalándole una puerta en la que esperaban unas cuantas personas.

Un botones cogió su petate, con cierto aire de burla, y se dirigió disciplente al ascensor.

El joven asintió y acompañó al botones. Entró y esperó. Aquella máquina de golpe pareció saltar, dandole un brinco en el estomago. Dió un respingo de sorpresa y sintió como de nuevo su cuerpo parecía ascender hacia arriba. Aquella gente debía estar muy acostumbrada a la sensación de ascenso, se dijo, al observar la impasibilidad de los rostros.

La habitación parecía de ensueño. La cama era gigantesca y con colchón mullido. Había televisor y una enorme bañera de agua caliente. Quedó con las llaves en la mano y con aire de niño perdido cuando cerró el botones la puerta tras despedirse.

Inmediatamente se dirigió al baño y llenó la bañera. Se sumergió en ella durante largo rato jugando con los jabones y esponjas que habían de muestra.

- ¡Qué bueno ! - se decía mientras olía el aroma de aquellos jabones, tan distintos al que usaba él.

Se secó con toallas suaves y enormes, y se dirigió hacia la cama saltando sobre ella.

-¡ Qué bueno ! - volvió a exclamar al sentir la comodidad de aquel lecho.

Agotado del largo viaje quedó dormido con una sonrisa infantil.

El recinto de conferencias era grande y sobre un estrado había una mesa larga donde iban a sentarse los exponentes. Halcón miró el lugar con cierta incredulidad. Allí cabía casi todo su pueblo. Debía ser una conferencia más importante de lo que él pensaba.

- Señor Sanchez - le habló la atractiva joven encargada del evento -le presento al doctor Villaverde, una autoridad sobre el uso de enteógenos.

El hechicero parpadeó ante aquella palabra pero no dijo nada. El doctor Villaverde le estrechó la mano con profesionalidad. Al tacto de aquella mano blanda y fofa sintió que ese hombre carecía de poder. Quedó inquieto...ese hombre no sabía lo que era el uso de las plantas de conocimiento.

- Ah, por fin viene - exclamó la joven al ver entrar a un hombre con aire de autoridad -. El doctor Kauffman.

De nuevo las presentaciones. Por lo visto debía ser un hombre importante, dado el trato que la joven y Villaverde le dispensaban. El hombre hablaba en inglés, y pasaron todos a hablar en su idioma ante un Halcón que no comprendía nada.

El joven miró fijamente a aquella personalidad. Era el típico blanco que había asistido a una ceremonia de peyote por el sólo fin de consumir dicha planta. Tampoco transmitía un contacto con el Espíritu. Se encogió de hombros y miró sus pies.

- El señor Sanchez es un chamán muy respetado en sus tierras - oyó de pronto hablar a la joven.

El indio alzó la cabeza sorprendido. Sólo era un simple médico, un hechicero que por fin había alcanzado un nivel de maestría suficiente como para saber manejarse algo dentro del Misterio.

- Bueno - dijo con aire humilde - aún no he llegado a tan alta consideración.

La joven le miró con aire irritado. Era como decirle que en su ponencia iba a presentarse un conferenciante de segunda o tercera fila. Pensó que aquellos indios siempre iban de enigmáticos.

- El doctor Kauffman ha escrito la mejor obra actual sobre el consumo de alucinógenos en la practica chamánica - habló Villaverde con tono respetuoso y mirándo sumisamente al anglosajón.

Sin poderlo evitar el nagual de Halcón surgió y su mirada se transformó lentamente en sorna y burla. El clan del lobo surgía de sus venas sin poder remediarlo.

- Ah, sí - dijo lentamente - ¿de verdad?.

Lanzó su mirada al anglosajón y sonrió lobunamente. Kauffman carraspeó levemente, y dijo algo con tono nervioso y rápido. La joven sonrió complacida.

- Dice que usted es efectivamente un chamán - afirmó como si aquello ya bastara para convencer a todo el planeta.

Halcón inclinó la cabeza levemente hacia su derecha y sonrió aún más ampliamente.

- Qué bueno saberlo - susurró .

Se produjo un silencio hosco ante la actitud del indio. Finalmente éste suspiró, recriminándose su actitud, y trató de adaptarse al ritmo de sus acompañantes. Al instante la tensión desapareció y de nuevo Kauffman siguió siendo el lider de la reunión.

Se le entregó unos papeles, donde aparecía la ponencia de sus compañeros, y se les invitó a almozar a fin de conocerse mejor. El joven no dijo mucho, limitándose a leer la ponencia de Villaverde, dado que la otra estaba en inglés y no la comprendía. Mientras, Kauffman monopolizaba la conversación con aire paternal y confiado. Finalmente Halcón habló dirigiéndose a Villaverde.

- Lo que usted ha escrito - le preguntó con suave timidez - ¿es lo que usted cree?.

- Sí, por supuesto - replicó con seguridad el aludido. - Entra dentro de la corriente más moderna de la etnopsicología, cosa poco sabida aún en este país, pero comienzan a aparecer ya artículos de nuestra disciplina en revistas científicas nacionales.

- Sí, el uso de los alucinógenos todavía está muy mal visto aquí - dijo la joven con cierta frustración.

Halcón se quedó mirando fijamente a la joven y luego a Villaverde. Aquellas personas insistían en hablar de las plantas como “alucinógenos”, como meras sustancias que permitían “alucinar”.

- Yo prefiero usar el término psicodélicos - pontificó Villaverde con aire doctoral -. Es más correcto y nos evita ciertas confusiones.

- Sí, sí, por supuesto - se apresuró a afirmar la joven.

Se ensarzaron de nuevo en la charla, dejando a Halcón aparte. El hechicero pensó que aquellas personas no debían estar en su sano

juicio. Según lo leído el uso de las plantas por los indígenas servía para reforzar las estructurales culturales de los pueblos, mediante una conexión en un estado alterado de conciencia de estructuras arquetípicas que residían en el inconsciente.

En todo lo leído nada se decía del Espíritu, ni nada tampoco de los seres de su reino. Nada del vuelo ni nada sobre la Diosa. Aquello era simplemente una sarta de estupideces. Halcón se sintió ligeramente irritado, pero se dijo que debía evitar enfrentamientos.

Kauffman mencionó el nuevo consumo de una sustancia utilizada por los chamanes amazónicos, la ayahuasca, y su uso posible en psiquatría para casos crónicos de esquizofrenia.

- El problema es que no caigan luego en una ideación delirante - expresó Villaverde en español.

Todo aquello sonaba con el mismo tono que los clérigos. Halcón se removió inquieto vaticinando que aquel encuentro no iba a resultar muy gratificante. Notaba como una pantalla de protección ante el simple hecho de la experiencia del consumo, como un temor oscuro que procedía de no saber exactamente qué significado tenía todo aquello para el alma humana.

- Y ustedes qué tipo de sustancia usan - se dirigió la joven con curiosidad.

Halcón la miró sin saber bien qué responder. Finalmente optó por lo más sencillo.

- Yo uso la hierba del sueño - respondió sonriente -. Otros usan otras, según la simpatía que exista entre la planta y el hombre.

Notó una tensión ante aquellas palabras. Era como si hubiera hablado de algo que no era deseable.

- Se refiere al cannabis - aclaró de nuevo doctoralmente Villaverde y traduciendolo para Kauffman. Este sonrió disciplente, como si lo dicho fuera algo pueril.

- ¿Y ya está? - insitió la joven con rostro decepcionado.

Halcón sintió que de nuevo su nagual quería divertirse. Por lo visto para ser un chamán debía ser un hombre que se atiborraba de todo tipo de cosas.

- Bueno...- susurró tratando de reprimir su mordacidad - a veces tomo otras plantas, dependiendo de ciertas circunstancias.

- ¿Y qué índice de efectividad tiene en sus curaciones? - preguntó cortesmente Kauffman tras ser traducido por la joven.

Halcón miró por un momento a aquel hombre. Sintió que aquello que él decía que era curación era algo que no significaba lo mismo para él, pero prefirió callar.

- Eso depende del alma y de su propio camino - dijo sintiendo que estaba llegando a un punto que conectaba con la zona oscura de esas personas.

Se produjo un vacío en la conversación.No había sido las palabras, sino la manera de decirlas, el hecho mismo de afirmar de una manera distinta la realidad del hombre. De golpe aparecía una división entre una cultura y otra, entre una mentalidad y otra. Halcón presintiendo la grieta tendió rápidamente un puente conciliador.

- Como todos los que se dedican a la medicina saben - dijo suavemente.

Pero las miradas de sus interlocutores ya estaban en el otro lado. El no era considerado en verdad un médico, sino un hechicero de una tribu perdida, un indio de costumbres extrañas y que había sido invitado para que hablara del consumo de ciertas sustancias. Sin más.

Halcón no sabía aún que en Occidente se estaba batallando por una dimensión que estaba siendo sistemáticamente negada en su seno: el alma del hombre, el alma de la vida. Pues para este mundo la Naturaleza estaba muerta, y el hombre era una simple máquina.

Las ventanas cerradas, el aire acondicionado emitiendo un aire extraño, rarificado. La luz de los fluorescentes emitía un parpadeo enfermizo que se reflejaba en los rostros de los oyentes. El nagual de Halcón lanzó su disgusto invitándole a que escapara de aquella sala de conferencias medio vacía, de aquel ambiente pesado, denso, aburrido. Rumbo al aire libre, al Sol, a los verdes campos y las agrestes montañas.

Halcón inspiró profundamente y concentró su atención en el lugar donde se hallaba. Subido a una tarima, en una larga mesa donde estaban sentados los tres ponentes, miraba desde esa altura al distinguido auditorio. Por sus rostros podía observar que la exposición de su compañero había sido escuchada con esa actitud descuidada e inapetente de un niño que escucha las lecciones del profesor.

Le tocaba ahora el turno a él. Por fin había llegado el momento tan esperado, el momento en que aquel indio iba a hablar de su saber ante la vanguardia del conocimiento, ante los integrantes de la cultura

dominante. Se levantó lentamente, salió de la protección de la mesa, y se colocó ante ella en posición de acecho, contemplando en silencio a las personas que allí estaban reunidas..

Debía haber una veintena de oyentes en aquel lugar, diseminados en pequeños grupos o solitarios con una postura tensa, controlando su espacio territorial. Allí cada uno había ido por sus propias razones, pero no quería evidenciar que sus motivos eran realmente prioritarios. Un murmullo ligero comenzó a sonar a medida que Halcón mantenía su posición de acecho. La encargada de la ponencia carraspeó sonando de un modo extraño el sonido por los altavoces. El joven chamán pensó qué necesidad había de amplificar el sonido para tan pocas personas.

- Señor Sanchez....- sonó finalmente una voz entre irritada y desconcertada - Tiene usted la palabra.

La palabra. Halcón sonrió suavemente ante aquella invitación. Como si antes de estar allí no la tuviera, como si importara realmente algo que le escucharan o no, que le comprendieran o no. Se levantó lentamente, tomó el micrófono y sopló suavemente por él.

- Funciona - dijo con sorna mal disimulada -.

Algunos miembros del público comenzaron a moverse nerviosos en sus asientos.

- ¿Se me oye? - volvió a hablar mirando con cara de indio pasmado al público.

Algunos jovenes soltaron un grito de afirmación. Era un grito más que de comunicación de exclamación, de aprovechar la oportunidad para soltar los nervios contenidos antes la seria conferencia anterior.

- Es bueno eso - murmuró suavemente ahora.

Agachó la cabeza y se centró en su poder. Al instante giró la cabeza y sonrió ligeramente a sus dos compañeros.

- No les importa que les dé la espalda, ¿verdad? - preguntó cortesmente.

- En absoluto, en absoluto - respondió uno de ellos.

Halcón sonrió aún más ante aquella mentira. Era evidente que les molestaba y mucho.Volvió la cabeza al público y comenzó a hablar.

- Estoy aquí para hablar de la sabiduría de los míos. Vengo de muy lejos, y vengo aquí a compartir aquello que yo sé con ustedes.

Calló un momento sintiendo el ambiente. Era una mezcla de interés y desconfianza. Pensó que aquella desconfianza era similar a los suyos

cuando hablaba el hombre blanco. Encogió los hombros y se lanzó a fondo.

- Dicen que he venido para hablar del uso de nuestras plantas sagradas. Pero las plantas son sólo un instrumento y nada dan sobre el sentido. Han hablado del funcionamiento de nuestro cerebro cuando se ve influido por las sustancias activas de nuestras plantas. Pero el cerebro es simplemente un organismo, es decir por tanto, un instrumento.

También han hablado de las formas distintas en que funciona nuestro cerebro según sus frecuencias. Pero eso tampoco dice nada sobre el sentido de dichas formas. En nuestro arte sabemos, desde hace mucho tiempo, que nuestra conciencia varía segun distintas formas. Así nosotros llamamos conciencia nocturna a lo que ustedes llaman ondas alfa, zeta y delta, y conciencia diurna a las ondas beta. También sabemos de la diferencias de funciones de los dos hemisferios: del mudo y el parlanchín, del que ve como círculo y el que ve como cuadrícula.

Pero eso tampoco nada dice, pues es una función de ese organismo. Si el organismo llamado cerebro genera una mente, una conciencia, que es para lo que está llamado a ser como instrumento...¿para qué esta llamada esa mente, ese conjunto de conciencias, de modos de funcionar distintos?.

Calló un momento para que la pregunta calara y continuó.

Es facil...para saber, para conocer. El saber es poder, y con ese poder hacemos cosas buenas para todos nosotros, entre ellas el poder de curar, el poder médico.

Nosotros hace mucho que sabemos que nuestra inteligencia es como un dragón, un ser que une el reptil, el mamífero y el águila. Ustedes hablan de un cerebro posterior, medio y anterior que va desarrollandose con el tiempo y la evolución. La diferencia entre ustedes y nosotros es que los míos experimentamos lo que significa la realidad del rombencéfalo, del mesencefálo y el prosencéfalo...nosotros conocemos por la experiencia cómo funciona nuestra inteligencia, y por tanto sabemos de manera sencilla cómo está compuesto nuestro cerebro.

Ustedes sólo examinan la anatomía del órgano cerebral, y luego se interrogan verbalmente sobre el significado de dicha realidad. Ustedes hablan de lo consciente y lo inconsciente, y afirman que todo lo que surge por las plantas sagradas surge de lo inconsciente.

Para mí inconsciente sólo quiere decir que no es conciente, por tanto en eso coincidimos. Pero ustedes van más lejos, pues afirman que en el fondo la experiencia de las plantas es algo que sólo le atañe al individuo, que en el fondo es sólo algo que surge del cerebro y que se explica por el simple funcionamiento de dicho órgano.

Ahí es donde los míos hablamos de un principio vivo e inteligente...el Espíritu. Ahí es donde ustedes callan o bien afirman saber qué es y lo llaman Dios. Nosotros hablamos de una experiencia del espíritu, de una vinculación de nuestra inteligencia con una Inteligencia Superior. Ustedes creen que no es cierto, que es sólo el discurso de uno mismo con otra parte de uno mismo.

Halcón calló en ese punto y quedó fijo mirando aquellas luces molestas. Sintió el ambiente y notó cierta tensión.

- Su visión es como el lugar donde estamos. Cerrado, con luz artificial, respirando el propio aire filtrado de modo mecánico. Se aislan de la realidad viva y luego afirman que ustedes la conocen. Incluso la voz no es natural, sino distorsionada.

En ese punto dejó el micrófono de manera teatral en la mesa y siguió hablando en voz alta.

- ¿Ven? -dijo con voz potente - La naturaleza me ha dado el don de hablar de modo que ustedes me oigan incluso a distancia. Eso es bueno si vives en las montañas, donde las distancias son largas entre un hombre y otro. Ahora oyen mi voz natural, y ahora les diré para qué sirve nuestras plantas.

Extrajo unas semillas de su bolsa de medicina y las mostró.

- Esto son Semillas de la Virgen - las mostró al público -. Con ellas tratamos de comunicarnos con la Inteligencia Soberana, y aprender de Ella. Con ella abrimos las alas de nuestra alma y nos vinculamos a nuestra Madre. Aprendemos a ser hijos del Sol así, a ser hombres luminosos.

Volvió a guardarlas con cuidado y lentamente.

- Para nosotros es un instrumento, un medio. Como el fuego es instrumento para calentarnos y dar luz, así nosotros amamos y cuidamos a todas las plantas sagradas. Pues lo que importa no es el carro, sino adonde vas con él. Pero ustedes no saben donde ir, sólo nos piden estas plantas, las analizan en sus laboratorios, afirman que ya saben qué principio activo posee y luego se olvidan del asunto.

Ustedes tienen miedo a volar, y en realidad tampoco pueden volar a ninguna parte, pues su mundo es como este lugar. El suelo es de cemento, no de la Tierra, y su techo es bajo y artificial, no vasto e incomprensible como el propio Cielo.

Algunos miembros jovenes del público comenzaron a charlar entre ellos excitados. Aquel indio sí sabía de lo que se hablaba.

- Nosotros hemos desarrollado todo un saber acerca de nuestra realidad profunda. Ustedes dicen que la conciencia nocturna no sirve para gran cosa, que es preferible la conciencia diurna. E incluso dicha conciencia diurna, ese ritmo beta cerebral, lo dividen y afirman que sólo el del hemisferio izquierdo es importante.

Nosotros creemos en el saber íntimo, nos guardamos dentro de un círculo, hacemos una cruz y nos asentamos en el centro. Así sabemos que todo lo que hay en ese círculo es nuestro por derecho, aunque esté dividido en cuatro sectores.

Nosotros curamos ayudando al alma del hombre a encontrar su espíritu, su centro primordial que le une al Espíritu. Nosotros vivimos dentro de la Carne y Alma de la Madre, pero ustedes afirman que la Madre no existe, que es un ser muerto.

¿Cómo puede estar muerto Aquella que nos dió a todos nosotros el existir?. Ustedes afirman que sólo el hombre posee alma, incluso han dicho que sólo el blanco tiene alma. Y viven en mundos sin alma, donde todo queda explicado al modo de una máquina o al modo de un libro que hay que obedecer sin preguntar.

Halcón alzó sus manos y emitió un suave grito. Al instante el nerviosismo de la sala se expresó por exclamaciones y murmullos. El indio cruzó los brazos sobre su pecho, bajó la cabeza y aguardó a que el nerviosismo desapareciera. Cuando notó que la gente ya había exclamado lo que sentía y pensaba volvió a hablar.

- Su visión, muerta e inanimada, mata todo lo que les rodea. Hombres y animales, plantas y tierras. Todo queda inerte bajo sus pies, afirmando así su visión. El hombre forja los mundos que él mismo sueña, y este sueño que viven no surge del Sueño, sino de la pesadilla que ustedes mismos insisten en mantener pese a todo.

Por eso es bueno esta oportunidad para hablar. Estoy aquí, en la Exposición Universal, donde se muestran todas las culturas, todas las sensibilidades del hombre. El sueño de un futuro donde la inteligencia del hombre sea una, donde la verdad sea idéntica para todos, y sólo se

diferencia en la manera de expresarla...ese sueño es el que me ha traído aquí.

En mi pueblo los jovenes que quieren usar las plantas son dirigidos por nuestros profesionales, por nuestros artistas del sueño. Los que trabajan en mi oficio dedican toda su vida a la conservación y desarrollo de un saber sobre el alma. Ustedes tambien tienen a sus profesionales, y con ellos estoy.

Halcón chasqueó la lengua y miró un momento hacia atras. Quedó fija su mirada en ellos dos, y por un instante su ojo derecho relampagueó. Kauffman se encogió ligeramente, aquella mirada del chamán le recordaba algo que no sabía identificar. Halcón volvió de nuevo a mirar al público y continuó.

- Ellos dicen que son doctores. En nuestro pueblo doctores quiere decir los que son doctos, sabios en una materia. Dicen que son doctores en el alma, pero no oirán hablar de ella en sus palabras. Mucho menos sobre el Espíritu. De hecho nada saben sobre éste, salvo lo que han leído en sus libros o lo que han oído hablar a mis compañeros.

Sin embargo ellos son los doctores, y yo el simple indio. Los míos han tenido que vivir bajo la condena cristiana, bajo el temor a ser tachados de brujos y condenados a trabajar en minas, o ser severamente castigados.

Halcón suspiró lentamente, recordando su iniciación, los tormentos y los miedos sufridos. La incomprensión de los blancos cuando el Espíritu le llamó para entrar en el conocimiento del chamán...tantas y tantas cosas.

- Pero ahora quiero creer que el tiempo es nuevo, y por eso he venido aquí. He venido aquí no a simplemente a hablar, sino a invitar a que el hombre blanco escuche y aprenda del hombre rojo. Yo he aprendido sus saberes en la escuela, es hora de que aquel que lo desee también pueda aprender en la mía.

Gracias y que la Visión del Aguila les ilumine.

Halcón inclinó la cabeza levemente, giró y volvió a sentarse. Se hizo un silencio incómodo, como si aquella corta exposición aún no hubiera terminado. Finalmente el mutismo se rompió por una voz profesional y educada.

- Muchas gracias señor Sanchez - habló sin traslucir ninguna emoción la organizadora -. Si desean hacer alguna pregunta recuerden que tras terminar la exposición del distinguido doctor Kauffman, la

mayor autoridad sobre chamanismo y enteógenos que tenemos en Europa, pueden realizarla.

Halcón bajó la cabeza y se colocó los auriculares como todo el mundo. Por un momento había sentido que algo se rompía en el ambiente, como si fuera a surgir algo de una espesa capa protectora, pero aquella sensación había desaparecido para volver a sentir esa capa algodonosa, espesa, en la que todo parecía rebotar como si nada importara.

Las luces se apagaron y apareció una imagen reflejada en una pantalla que estaba a sus espaldas. Era una foto de una planta sagrada, el peyote. Kauffman comenzó a hablar lento y tranquilo, sin ninguna emoción especial. Parecía que estuviera perdonando la vida a alguien. Iba desplazando las diapositivas ceremonialmente, y explicando lo que creían los apaches mescaleros acerca del peyote. Luego pasó a otra planta, y siguió hablando de lo que creían sus consumidores. Así lentamente iba desgranando planta a planta y mostrando cómo cada cultura pensaba algo de modo totalmente distinto.

Halcón no escuchaba lo que decía, su atención estaba concentrada en aquella sensación global de la sala. Ahora parecía que aquella masa confusa, como de caucho, se hiciera más estable, como si ya no se sintiera afectada por lo que decía el conferenciante. Escuchó levemente las palabras del conferenciante. Estaba usando la típica técnica de mostrar las diferencias culturales en el uso de las plantas para evidenciar que no existía ninguna semejanza . Que en el fondo aquellos indios disparataban sin saber muy bien qué es lo que hacían. De vez en cuando sacaba a colación algun cuento para niños afirmando que era algo que creían también los adultos.

El chamán se sintió enojado. Aquel hombre tomaba literalmente al pie de la letra algunas expresiones y las convertía en algo global, en algo característico de la mentalidad del chaman. Kauffman pasó luego a hablar de arquetipos, de estructuras profundas de la psique, del inconsciente colectivo, del uso de alucinógenos como medio de desenterrar los traumas del inconsciente y comentó ligeramente las visiones del espíritu como algo característico del entorno cultural del sujeto y que permitía la cohesión social.

- Hasta el momento - sonaba la voz monótona de la traductora - no tenemos aún una evidencia seria sobre la capacidad real de la medicina chamánica. De hecho puede explicarse muchos de sus logros como un

simple fenómeno sugestivo, lo cual nos hace pensar en los estudios de Rischam y Kohl sobre el tema.

Halcón miró fijamente a Kauffman. Seguía hablando como si aquel discurso se lo supiera ya de memoria, como si lo hubiera realizado una decena de veces. De hecho así era, pues en la gira anual del ilustre académico aquella era la conferencia establecida para ese año. Para Kauffman el hablar en público era sólo una actividad más, carecía de importancia real, ya que sólo se trataba de una mera charla divulgativa.

Para el indio aquella conferencia significaba más, mucho más. Y aquella diferencia de sentimiento entre ambos hombres se estaba haciendo cada vez más evidente. Kauffman no invitaba a aprender, él era el profesor; no pedía que le escucharan, él era el que hablaba; no atendía al público, él era el atendido.

A Kauffman aquella conferencia le importaba bien poco, era una más de las tantas que daba. Para Halcón aquel lugar y momento eran vitales en su destino, eran el sentido y objeto de su largo viaje y la excusa para un desafío existencial que aún no conseguía comprender.

Uno estaba dentro del juego, otro fuera. Uno sabía que era doctor, él otro tenía que defender su propio saber. Aquella barrera se iba haciendo cada vez más grande hasta que en un momento concreto de la exposición Halcón sintió que todo lo que había hablado se desvanecía en el olvido. Era como si jamás hubiera dicho algo, todo quedaba apartado, arrinconado, bajo el discurso aplastante de su interlocutor.

Aquella sensación de plástico mullido fue aumentando hasta que por un momento Halcón se sintió desconcertado de sí mismo. Era aún un doctor bisoño, un hombre joven recien cumplida su iniciación, y aquella seguridad que desprendía Kauffman, y que se alimentaba del ambiente global, le hizo sentirse confundido. Por un levísimo instante pensó si era posible que él no supiera bien lo que se decía, que quizás en verdad todo era fruto de su mente, que no existía nada, y habitaba en un mundo muerto, sólo habitado por aquella razón demoledora que no se detenía especialmente ante ninguna diapositiva.

El nagual protestó fuertemente ante aquella cognición de Halcón y éste puso dos dedos en su frente en señal de reconocimiento. Sí, sabía que su mundo era real...pero el hecho es que su mundo en este mundo no existía. Miró a las ventanas y deseó que se abrieran, que entrara la luz del Sol, que el viento vivo moviera las cortinas. Sólo sonaba en sus

oídos la voz de la traductora que seguía impertérrita las palabras del conferenciante.

Se sacó los auriculares y respiró suavemente. Nunca antes había estado encerrado en un lugar como aquel y obligado a escuchar la razón dominante como ahora. Ni siquiera de niño, en la escuela, pues tenía siempre la salida de las ventanas abiertas o la distracción de dibujar en un papel. Aquello lo sentía como una encerrona, y su nagual, cazador por excelencia, le advirtió seriamente sobre el hechode haberse colocado en un territorio no apto para él.

Asintió levemente ante aquello. Sabía que aquel sitio no era un lugar de poder. En su cultura las charlas sobre el Espíritu se realizaban en lugares y momentos especiales, mostrando así la importancia de lo que se iba a considerar. Haber hablado así, según las reglas del hombre blanco, le había hecho perder poder. Era por eso que había tenido una grieta en su círculo, y por eso había caído por un momento en la dispersión, en la confusión de su inteligencia.

Se dijo que aquella situación era un entrenamiento más en el desarrollo de su habilidad, en el cultivo de su poder. Y más reconfortado aguardó que la exposición terminara y las luces se encendieran. Sonaron algunos tibios aplausos para luego comenzar el desalojo de la sala de algunas personas con expresión de atareadas de forma esquiva y huidiza. Otras personas comenzaron a hablar entre ellas.

- Bien señores - habló la organizadora - es el momento del coloquio. Si hay alguno de ustedes que desee realizar una pregunta.

Silencio. Nadie parecía mostrar ninguna curiosidad o duda sobre lo expuesto. Algunos seguían charlando, enfrascados en sus teorizaciones, mientras otros simplemente miraban con expresión apática a los conferenciantes. El tiempo pareció hacerse eterno hasta que de nuevo volvió a sonar la voz de la organizadora.

- Si desean comentar algún punto de lo expuesto a nuestros tres invitados - sonó de nuevo su voz con una mezcla extraña entre suplicante e indiferente.

Nada. Nadie quería decir nada, ni a nadie parecía importarle nada lo hablado. Parecía que el coloquio iba a quedar disuelto por falta de participación, cuando el doctor Villaverde habló de modo tranquilo y cortés. Al instante una tensión oculta en la sala pareció quedar disuelta.

- Quisiera hacerle una pregunta a nuestro distinguido anfitrión - dijo mirando sonriente a Kauffman -. ¿Cree usted que las experiencias de este tipo que usted ha mencionado podrían localizarse específicamente en un lóbulo cerebral?.

Villaverde ya conocía la respuesta, pues había leído la última obra de Kauffman. No era interés de conocimiento, sino interés académico lo que le movía a preguntar. Quería mostrarle que había aprendido sus lecciones, que era un buen chico,un profesor serio y competente.

Kauffman sonrió también cortésmente y comenzó a hablar de unos experimentos sobre ratas y la estimulación electrica en una zona de placer del cerebro. Luego habló sobre lobotomías, más ratas, y la posibilidad de una relación entre el sistema límbico y las regresiones oceánicas según había descrito Freud.

Halcón escuchaba callado, como si un gigantesco ser le hubiera colocado en aquel lugar por algún extraño sentido del humor. Kauffman estaba sentado en el centro, Halcón a su derecha y Villaverde a su izquierda. Ambos doctores arecían evitar la presencia del chamán, mirándose fijamente y hablando de un modo técnico. Ahora se daría cuenta aquel indio que presumir de neuroanatomía entre ellos estaba condenado a la derrota.

El público escuchaba complacido el diálogo entre ambos doctores, era como si aquellos dos hombres supieran realmente de lo que se estaba hablando, como si el mundo fuera un lugar ordenado y controlado por la razón allí expuesta. Sí, aquella sensación algodonosa, que Halcón sentía tan desagradable, parecía ahora habitar a sus anchas.

La suposición tácita de todo aquello comenzó a hacersele evidente para el joven indio. Era como si el mundo estuviera hecho para el hombre, como si el mundo fuera un enorme enredo, sin inteligencia alguna, y fuera tarea de aquellos dos científicos poner orden racional a un universo irracional y azaroso. Si antes colocaban a un dios, que prohibía todo saber de su obra, ahora colocaban una razón , abstracta y humana, para afirmar que el hombre era el centro del universo. Aún más, que era lo único vivo e inteligente que existía en todo el Universo.

- Eso quiere decir que cuando sepamos exactamente cómo estimular via electrica o bioquímica esa zona del cerebro todos podremos tener experiencias místicas - sonó la voz de un atrevido miembro del auditorio.

- Sí, sí, evidentemente - dijo complacido Kauffman -. Pero lo que nos preocupa ahora es saber qué sentido evolutivo pudo tener dicha función cerebral. Es posible que fuera un mecanismo de compensación , de homeostasis, ante las dificiles situaciones del ambiente.

Halcón miraba a los que le rodeaban sintiendose que estaba en compañía de desquiciados mentales. Añoró los paseos por la montaña con su perro, los cánticos de su gente. Pero se dijo que tenía que estar presente y evitar distraerse de la realidad que vivía, aunque le disgustara.

- Digame - preguntó de pronto un hombre de edad avanzada -.¿Qué piensa ustede acerca de la exposición del Sr. Sanchez.?.

Aquel hombre se sentó mirando burlonamente a Halcón. Algo en él le llamó su atención, o mucho se equivocaba o aquel hombre era uno de los suyos. Se quedó con su atención fija tratando de penetrar en aquel anciano. Nada, era impenetrable. Sonrió, aquel hombre tenía poder.

- Bueno - respondió diplomáticamente Kauffman -. No es tarea de un científico discutir sobre religiones, sobre discursos de valor. Es cierto que estamos comprobando que la Tierra parece comportarse como si fuera un ser vivo, con mecanismo de regulación, y de hecho es eso tarea de toda una rama científica como es la ecología.

El académico calló un instante y miró levemente a Halcón, le sonrió con condescendencia, como si quisiera decirle: “deje estas cosas para adultos hijo”.

- Respecto a la relación entre los estados de conciencia alterados por psicodislépticos y experiencias psicológicas de lo transcendente esto es algo ya muy comprobado en la literatura científica. La cuestión que he tratado de esbozar en mi exposición es sobre el significado, sea social o subjetivo, que pueden tener dichas experiencias y el control científico que podemos realizar sobre ellas. No creo necesario por ahora aludir a una entidad superior para esto.

- Usted es burro - habló de pronto Halcón sin poder reprimirse más.

Una fuerte carcajada sonó en la sala. Procedía de aquel anciano que parecía destornillarse de risa, de manera ostensible y desvergonzada, ante aquella exclamación. Otras personas sonreían, pero de modo más tímido e inhibido.

- ¿Cómo? - sonó la voz de la traductora.

- Digale que es un burro - respondió al auricular un cada vez más irritado Halcón.

Así le fueron las cosas.

Sentado en la cama de la habitación un joven hechicero contemplaba absorto las palmas de sus manos. Sentía cómo el tiempo se había detenido, que todo su caminar había quedado congelado, paralizado ante la espera de una decisión suya. Sabía que aquella sensación indicaba un cruce de caminos, que dependiendo qué eligiera su realidad se conformaría de una manera u otra.

Pero Halcón no se sentía capaz de tomar una decisión. Se veía a sí mismo sólo, sin la ayuda de su familia ni de sus compañeros de Arte. Sólo en una ciudad extranjera, en un país extranjero, cuyas costumbres y maneras le eran ajenas. Había llegado el momento más temido, el que secretamente le paralizaba. Superada la excusa de la conferencia, un mero ardid del destino para colocarle en una nueva situación, ahora tenía que enfrentarse a una decisión vital ante la cual no se sentía preparado.

¿A donde ir?. ¿Qué hacer?. El resultado de la conferencia había sido una despedida fría y una sensación de no compromiso con su invitación para enseñar. Pero enseñar...¿qué?. ¿Qué podía enseñar él a estos hombres que se jactaban de sabiduría y conocimiento?. ¿Qué podía ofrecer un simple indio al poderoso blanco, dueño de las riquezas del mundo?.

Cazar un búfalo. Atrapar una pieza grande que permitiera a él y los suyos salir de la condición vital en la que existían. Pero aquel búfalo no se regía por las leyes naturales, sino por las leyes de esta sociedad.

- Tendría que haber sido más astuto -se dijo reprochándose su comportamiento en la conferencia.

Sí, tenía que haber buscado la simpatía de sus interlocutores, tendría que haber sido amigable con el influyente conferenciante. No sabía cómo ser diplomático, cómo moverse en las relaciones de poder humanas. Tendría que haberse agachado, tendría que haber aceptado que él era un simple hechicero que necesitaba la razón científica para encontrar el sentido de la realidad.

¿Qué había conseguido afirmando su posición y negando la posición de Kauffman? Nada. Aún recordaba, con una sensación de dolor punzante, cómo se habían despedido de él mientras llevaban a

Kauffman y su acólito Villaverde a una cena a la que asistirían “una serie de pesonalidades influyentes”. Ya se puede ir, ya ha dado la nota de color pintoresca, ya hemos demostrado que estamos abiertos a otras razones pero que la nuestra es mucho más seria.

Suspiró profundamente tratando de centrarse pero el intento resultó inutil. No quería adueñarse de su interior, ni quería llamar al nagual transcendente. No quería volar ni quería aterrizar, prefería estar dando vueltas como el buitre que contempla la agonía del moribundo.

Marcharse, coger el avión de vuelta e irse de nuevo con los suyos. Mirar a los ojos de su familia y afirmar que él no era capaz de triunfar en este mundo. El no había sido llamado por el Espíritu para habitar aquí, sino para vibrar al compás de sus familiares montañas, del Sol de su tierra, de la Luna hechicera que alumbraba sus lugares sagrados.

El sonido de la puerta le liberó de su torturante meditación. Se levantó y abrió enfrentadose ante el botones.

- Sí - murmuró la sombra del hombre.

- Un sobre para usted señor.

El indio cogió el sobre y se lo quedó mirando. El botones se quedó a su vez mirando a aquel insólito personaje. Esperó un momento, y al comprender que no iba a recibir propina mostró su rostro profesional de desagrado y sin decir nada se marchó.

Halcón contempló un momento al joven que se marchaba. En verdad que no era bien recibido en aquel lugar.

Abrió el sobre y encontró en su interior una invitación para asitir a un recital. Parpadeó extrañado. ¿Qué significaba aquello?. Debía ser una cortesía de los organizadores, la misma cortesía que había hecho que su billete de retorno estuviera abierto para que pudiera irse cuando quisiera. Pero no la misma deferencia para el alojamiento, ya que mañana debía marchar del digno establecimiento. Hecha su labor ya podía irse al cuerno.

Meneó pensativo la invitación y finalmente cogió la chaqueta y salió raudo de la habitación. Lo preferible en esos momentos era abandonar aquel estado pesado y triste de su sentir. Salió a la calle, cogió un taxi, dió la dirección y trató de no pensar en nada mientras contemplaba la ciudad.

Quedó parado ante el lugar del recital. Era un sitio al aire libre y se apreciaba la excitación previa a todo concierto. La gente iba de allí para acá, y en algunos lugares corrillos de personas iban

“calentandose” para el concierto. Dió la entrada y se adentró en el recinto.

Halcón quedó quieto sintiendo la imprensión de toda aquella gente. Su nagual le llevó instintivamente a acercarse a un grupo de personas que, sentadas en el suelo, fumaban algo que le era muy familiar. Comenzó a sonreir pero la mirada de rechazo que recibió le hizo quedarse quieto en su lugar. Abrió su percepción y sintió el ambiente que rodeaba a aquel grupo de fumadores.

No fumaban con poder, fumaban para alejarse de ellos mismos y del lugar que se encontraban. Aquella misma sensación se la produjo otro grupo que estaban bebiendo botellas de cerveza. Se encogió de hombros y siguió avanzando en busca de algún lugar en el que se sintiera cómodo. Sintió por un momento que alguien le miraba con fijeza y giró su cabeza. Unos jovenes que formaban un círculo le contemplaban sonrientes. Halcón pensó que debían ser indios por la sensación que transmitian y sonrió a su vez.

Se sentó y esperó. Se dijo a sí mismo que estar aquí era una perdida de tiempo, una huída de su conflicto, pero no deseaba en esos momentos profundizar en la cuestión. Al cabo de un rato un sonido de guitarra invadió el ambiente. Instintivamente se envaró, aquel sonido tenía un poder hechicero como nunca antes había oído. Miró fijamente al escenario que acababa de apagar sus luces para dejar un color rojizo que se proyectaba en dos simples sillas.

La expectación creció. Surgieron dos hombres vestidos de negro, enlutados, que saludaron al público suavemente e inmediatamente se sentaron. Halcón quedó sorprendido ante la presencia de esos hombres. Tenían poder, y emitían un aura de fuerte dominio de la hechicería.

El primer quejío hizo que Halcón se irguiera completamente. El cante flamenco comenzó a inundar el ambiente y dominó, imperativo y señorial, el alma del recinto. El indio quedó asombrado ante aquella demostración de poder y encatamiento. Jamás había oído canto de poder como aquel. El mismo, como chaman, acostumbraba a cantar, pero nunca había escuchado semejante arte en el canto. Ni suyo ni de sus compañeros chamanes.

Miró fijamente al hombre que cantaba. No era un hombre blanco, pero no reconocía su etnia. Fuera lo que fuera tenía un poder extraordinario en el canto. Cantó diferentes canciones cada una de ellas con un sentimiento distinto: alegría, tristeza, nostalgia, ira,

ensueño...Sentía que aquel canto se unía a su propio canto natural, a su propio e íntimo sentir. ¿Cómo era posible aquella semejanza, aquel vibrar tan afin?.

Se removió inquieto, sentía que el hechizo comenzaba a adueñarse de él y cerró por un momento los ojos. Ante su visión interna apareció un grupo de personas cantando ante una hoguera, pero no eran de ninguna tribu reconocible para él . Abrió los ojos y centró su mirada en el exterior en el mismo momento en que aparecía una hermosa mujer en el escenario. Al mirar su vestido quedó paralizado de asombro.

Aquella mujer vestía como vestían los suyos en ciertas ceremonias, aquel indio del pueblo-noche había encontrado un coincidencia de su sentir en otro continente, en otro lugar tan alejado de los suyos.

Sí, aquella mujer de negro con lunares blancos...y cuando comenzó a patear el suelo...entonces supo que esos artistas eran familiares suyos. No sabía cómo, pero era así. El cantaor lanzó su voz con fuerza tremenda mientras las mujer seguía el ritmo de sus palabras, y el poder que transmitieron, de fuerza viva y sueño presente, le hizo comprender que estaba ante unos hechiceros.

- ¡ Canta gitano ! - gritó un hombre cerca de él.

Gitano. Halcón agachó la cabeza y murmuró aquella palabra para él mismo. Sin poder remediarlo se acercó a aquel hombre y le preguntó incapaz de reprimir su curiosidad.

- Perdone señor -le dijo con cierto azoramiento - ¿ De donde vienen estos artistas?

El hombre se le quedó mirando como si hubiera visto un extraterrestre.

.- ¿ Que coño dice el payo este? - murmuró el hombre ofendido.

El indio quedó quieto sin saber qué decir. Finalmente volvió a insistir haciendo caso omiso a la sensación de ausencia que quería transmitirle el hombre.

- Perdone de nuevo, es que no soy de aquí y quisiera saber de donde vienen estos indios.

El hombre abrió la boca dejando caer un enorme cigarro al suelo. Se le quedó mirando fijamente y por fin un aire bonachón pareció invadirle.

- ¡Qué indios ni qué gato muerto!. Gitano. Y el gitano es de donde está en ese momento, de donde quiere y es amado.

Halcón bajó la cabeza en señal de agradecimiento y giró la cabeza de nuevo hacia el escenario. Ahora estaban bailando un hombre y una mujer. Abrió más su visión y les sintió. Sí, no había duda, aquellas personas estaban amparados por el poder del Sueño. Es más, sentía que su idiosincrasia estaba muy unida a la Luna y su influencia.

Sonrió contento y contagiado por el hechizo de su música aquel simple hechicero olvidó por unos momentos todo su pesar. Sintió que volaba, que el hechizo respiraba en aquel lugar, y se dejó llevar por aquel encantamiento...aquel duende del flamenco.

La noche sevillana inundaba los sentidos de un Halcón aún emocionado por lo vivido. Su nagual le había llevado traveseando las calles hasta llegar a un puente. Allí, en la mitad de ese vínculo de dos orillas quedó largo rato contemplando las aguas del Gran Río. Jamás había visto río como aquel, y su hechizo era en verdad antiguo y poderoso. Sintió que sus aguas habían tejido los sueños de muchos hombres a lo largo de muchos siglos y quedó sobrecogido por la intuición de que allí el Misterio se regocijaba en habitar.

Allí, en el viejo puente, miraba las aguas pasar rumbo a su destino final. Y aquel indio de las agrestes montañas, abrío las alas de su alma para soñar ante el reflejo de la Luna en el poderoso río. Quieto, inmovil su poder captando la vibración de lugar, sintió que dos mundos distintos se unían en ese puente. Que las dos orillas de aquel río implicaban toda una dimensión profunda y añeja.

Instintivamente su cuerpo se dirigió hacia un lado del río. Caminaba lentamente, y allá, apareciendo suave y enigmática ante sus ojos, una mujer de piedra le contemplaba desde el fondo orgulloso de su casta. Llegó hasta ella y quedó absorto contemplandola. Era la figura de una mujer sensual y hermosa que, soberana, apoyaba su victorioso pie sobre un yunque.

Aquella mujer de pecho desnudo y desafiante blandía como única arma una guitarra. Sobria y callada, parecía esperar que el viento susurrara entre sus cuerdas el canto libre del Espíritu.

Algo en el fondo de su alma se removió en él ante el poder del hechizo de la estatua. Y de pronto una suave brisa hizo estremecer quedamente su cuerpo.

- Estas aquí - dijo con ojos encendidos Halcón -. Estas aquí....

Un sonido tenue y sutil pareció llenar el lugar donde estaba, un hechizo surgido de lo más profundo de la noche, que fundía en uno el infinito cielo estrellado y lo más profundo de su carne. Sin poderlo evitar un canto suave surgió de su corazón, un antiguo canto de su pueblo.

"Eres el Alma del Cielo, dice
Eres el Alma de la Tierra, dice
Eres mi profundo sentir, dice
Eres Madre de mi ser, dice
Eres Tú, escúchala "

La brisa misteriosa pareció escucharle y llevar por las calles de Triana su canto. Así lo sintió él, como si allí el Misterioso Espíritu se complaciera en deambular por los lugares cantando suavemente las canciones del alma.

Una tenue lluvia comenzó a caer, tímida y callada, y aquel hechicero de tierras salvajes sintió que aquella tierra también era la suya. Que allí, por algúna misteriosa razón, existía un vínculo con su clan.

Sí, con el clan de los alados.

Llegó al amanecer al hotel, con la mirada absorta y el alma envuelta en misterio. Se acercó a recepción y al pedir la llave le entregaron un sobre.

- ¿Es para mí? - dijo saliendo de su ensimismamiento.

El recepcionista se encogió de hombros y afirmó disciplente.

- Así pone en el sobre - respondió con aire desganado.

Halcón miró el dorso, escrito a mano ponía su nombre. Lo abrió y contempló curioso una entrada para las Olimpiadas y una nota que decía: " Siendo usted el mejor del encuentro, permitame invitarle a la reunión de los mejores.". Como firma aparecía un símbolo curioso, semejante a una estrella.

- ¿Quien ha traído esto? - preguntó intrigado.

- No lo sé, yo acabo de llegar, es cosa de los del turno de noche.

El indio bajó la cabeza un momento asintiendo, y murmurando un gracias se dirigió al extraño artefacto que le subiría a su habitación. Una vez allí dejó la invitación sobre la mesa, y volvió a reflexionar sobre su siguiente paso.

No sabía si irse o quedarse, si probar fortuna en Sevilla o bien retornar ya a su casa. De pronto recordó el sobre que le había dado Don

Sancho e intrigado lo abrió. En él había la dirección de un hombre, Don Alonso Ventura, sito en Barcelona.

Un destello asomó a su conciencia, rápido volvió a coger la invitación de la mesa. Aquellas olimpiadas se producían en Barcelona. ¿Debía interpretarlo como un augurio, una señal del destino?.

- Nada se pierde por complacer a Don Sancho - se dijo a sí mismo observando el dinero que le había generosamente entregado.

Sí, lo menos que podía hacer era dar cumplimiento al deseo de su buen amigo, y visitar a aquel desconocido en nombre de Don Sancho. Aquella salida le animó, sintió que de nuevo se hallaba en circulación, que se movía hacia una buena corriente. Sin pensarlo más tomó la decisión de retrasar su vuelta y dirigirse a Barcelona.

Bajó a recepción, tras recoger sus escasas pertenencias, y anunció su marcha, cosa que de todos modos debía hacer. Preguntó por el aeropuerto, y le llamaron un taxi. Cogió el taxi e indicó su siguiente destino.

- ¿Sabe usted qué son las Olimpiadas? - le preguntó al chofer mientras hacía camino.

El taxista miró burlonamente por el retrovisor al joven. La clásica reacción de desprecio ante el que ignora algo.

- Sí, joven, sí - respondió divertido.- Se trata de una competición mundial para demostrar quien es el mejor en cada prueba atlética.

Halcón asintió levemente. Olimpiadas le sonaba a una leyenda griega que había leído en el colegio. Según dicha leyenda los dioses vivían en un lugar, en la cumbre de una montaña, llamado Olimpo.

Quedó callado contemplando el paisaje urbano que dejaba atrás. Sentía que algo profundo y especial le había ocurrido, pero aún no sabía definirlo. Sin saber por qué miró al lado del conductor. Una bella mujer coronada contemplaba serena un espejo en su mano. Algo en ella le cautivó, y sin poderlo evitar se adelantó para mirarla mejor.

El taxista respingó por un momento al sentir la presencia cercana del indio, pero al comprender qué miraba una sonrisa orgullosa surgió espontáneamente de él.

- ¡La Macarena! - dijo en voz alta.- La Virgen más guapa del mundo.

Una Virgen. Por un momento la sombra de la intransigencia católica le invadió, pero el hechizo de la imagen le apartó de esa percepción. Aquella imagen desprendía un misterio bello y profundo.

- Sí que es bella..sí - acertó a decir contemplando su manto verde y dorado.

El taxista se animó ante esas palabras y extrajo un calendario donde aparecía la imagen de dicha Virgen.

- Tome un recuerdo de Sevilla - dijo campechanamente.

Halcón la tomó y por un instante recordó lo vivido aquella misma noche.

- Es su patrona - comprendió el hechicero contemplando la bella imagen.

- Sí señor...la Virgen Sevillana.

El joven bajó la cabeza y se sumergió aún más en lo vivido allá en el puente de Triana. El embeleso y misterio que había sentido, y la cercana presencia de la Madre en aquel lugar.

Halcón no sabía el dicho de que la lluvia en Sevilla es pura maravilla.

2.
Hechizo

Halcón contemplaba absorto la demostración de poder que realizaba aquel hombre situado a unas decenas de metros suyo. Era dificil captar el estado de su espíritu, y más en las condiciones en las que estaba.

Envuelto en un ensordecedor griterío aquel hombre, cerrada su alma a todo estímulo exterior, con el ánimo concentrado en su objetivo, se aprestaba a lanzarse hacia un desafío. Su cuerpo por un instante pareció vibrar, como si una fuerza misteriosa se apoderara de él, e instantáneamente comenzó a correr hacia un punto.

Al llegar a él su cuerpo emitió un fuerte impulso que le lanzó hacia lo alto, más alto que un listón que se hallaba horizontalmente marcando la distancia vertical que debía superar. El hombre pareció volar por un momento, para caer al otro lado del listón y levantarse de un brinco exultante de satisfacción.

El griterio se hizo aún más fuerte. Halcón, que no estaba acostumbrado a semejante ruido, bajó la cabeza sonriente. Parecía que no fuera ese hombre el que hubiera saltado, sino todos los espectadores que contemplaban su hazaña.

Aquel hombre era un atleta, y había entregado su vida al desarrollo y perfeccionamiento de un don natural para alcanzar un nivel fuera de lo común, extraordinario para la mayoría.

El dominio de sí mismo, el poder que había emitido, había impresionado fuertemente al joven hechicero. Aquella abstracción conseguida le recordaba la proverbial habilidad de su pueblo para cerrarse, para hacerse “sombra” en el mundo. Para ello desde muy niños jugaban a asustarse, a tirarse piedrecitas, a chillar en la oreja, con la finalidad siempre de conseguir el dominio de los sentidos, la capacidad de atender a aquello que se deseara atender.

Pero aquel hombre, aquel atleta, había mostrado un nivel de concentración ante un enorme gentío que hizo que Halcón lo admirara profundamente. Había sentido como aquel hombre se ensimismaba en su poder interior, como por un instante nada más que su objetivo existía para él.

Siguió leyendo el librito que informaba sobre las Olimpiadas. Había algo curioso en estas hazañas deportivas. Por lo que podía apreciar las

marcas conseguidas siempre iban en aumento. Era como si el alma humana tuviera primero que concebir que conseguir un record era posible para luego así poder realizarlo.

Observó la carrera de cien metros. La velocidad de aquellos hombres le asombró. Lo más curioso es que cualquiera de ellos superaba ahora lo que antes era el record mundial. Se convertía en normal aquello que en otro momento era paranormal, más allá de lo posible.

Centró de nuevo su atención en el salto de aquel listón. Le agradaba la sensación que producía en él aquella capacidad de elevarse sobre el aire. Cada uno de aquellos hombres que saltaban eran en sí mismos fuera de lo común, y aún así, entre ellos, existían fuertes diferencias. Apreció la diferencia entre uno de aquellos hombres y los demás. Aquel hombre tomaba el salto como esencialmente un desafío del espíritu. Lo notaba en la forma en que llamaba a su poder interior, cómo involucraba totalmente toda su capacidad en el hecho simple de saltar aquel listón.

Aquel hombre había quedado finalmente sólo y, aunque ya vencedor de la prueba, había indicado que le subieran la altura del listón. Esto asombró a Halcón. ¿Por qué?. ¿Qué sentido tenía si ya había ganado?. Notó que el público quedaba hechizado ante aquello, y que el alma de todos se unía a aquel hombre. Se había producido un extraño silencio, como si el hecho ahora de probar el límite de su poder tuviera un sentido mucho más profundo y misterioso.

El hombre saltó una vez y falló, por un momento se le vió torpe y desmadejado, como una criatura insignificante. Era el poder del fracaso. Se levantó y apretó fuertemente los puños. Halcón notó que parte de la gente se unía a la corriente del fracaso, a la desilusión y el pesimismo.

Volvió a saltar. Esta vez el sonido de decepción de los espectadores se hizo aún más grande. La corriente oscura y pesada de decepción se hizo aún más mayor. El hombre pareció compartir aquella sensación y perdió el contacto con su fuerza interior. Sus hombros encogidos, la mirada baja y la perdida de concentración eran evidentes. Aquel hombre ya no parecía creer en él mismo tanto como antes, y estaba abierto a la influencia de la desesperación.

Alzó su cabeza y contempló al Sol. Instantaneamente Halcón notó que algo místico se producía, era como si aquella figura humana

adquiera un sentido distinto, más profundo y universal. No era un hombre común, era la representación de un héroe antiguo, encarnaba una potencia oculta y viva en el hombre.

Comenzó a correr y saltó de nuevo. Por un instante algo se quebró en la realidad, como una grieta, como una brecha, como un antes y un después. Y de pronto una especie de viento súbito irrumpió en aquel lugar. ¡Lo había conseguido!. El público se alzó de pie espontanéamente, y en el altavoz se gritaba que se había conseguido, de nuevo, un record nunca antes realizado.

El hechicero se levantó lentamente y abrió su corazón hacia aquel hombre. ¿Qué encarnaba en aquel momento aquella pequeña figura que corría de un lado a otro exultante de satisfacción!. Es más, ¿qué sentido tenía una vida entera de sacrificio para simplemente saltar una distancia vertical?.

Todo el mundo participaba de una alegría contagiosa, incluso los propios competidores de aquel hombre le abrazaban como si aquel hecho no fuera suyo, sino de todos. ¿Qué significaba aquello?. Halcón nunca había presenciado un despliegue emocional de semejante magnitud. En aquellos momentos todos los hombres, de cualquier tipo de raza, nacionalidad o credo se hallaban unidos por el triunfo de aquel atleta.

No era ese hombre el que había conseguido superar un límite, sino el Hombre. Por eso, intuyó Halcón, aquella marca ya nunca más sería imposible, sino que aquel hombre la había convertido para los demás hombres en algo posible, e incluso superable. Había abierto un mundo nuevo, un más allá, un horizonte de posibilidades.

Supo que un día aquello que había presenciado como algo extraordinario sería algo normal, una marca propia de un atleta que se preciara como tal. Pero aun así, se dijo, esto siempre formara parte del dominio de ese tipo de hombres, de aquellos individuos que se forman por el cultivo de una disciplina, que entregan todos sus recursos al logro de algo quimérico y utópico para otros.

Pensó en sí mismo y su arte. Recordó cuantas veces habían discutido, dentro del clan de los hechiceros, sobre la dificultad de iniciar a los miembros de sus tribus. El hecho real es que no todos los jovenes querian siquiera iniciarse básicamente en el arte chamánico, convencidos de la nula importancia del hecho mismo. Ello impedía la más simple enseñanza sobre el dominio y conocimiento interior.

Existía incluso entre los adultos un sector amplio que no respetaban a los chamanes, considerándoles algo superfluo e inútil para su pueblo.

El pueblo de Halcón era distinto a otros pueblos índígenas debido a que todos, de una manera u otra, se consideraban practicantes del arte hechicero de Halcón. La búsqueda del poder de la medicina seguía siendo considerada como algo consustancial al propio hombre. Para ellos existir sin vínculo propio con el Espíritu era un no existir. Por ello cuando fue llamado a encarnar el papel de hombre-medicina su gente lo consideró como digno de júbilo y alegría, pues había sido el propio Espíritu de la Tierra el que había expresado dicho designio. Para el pueblo-noche el no perder la amistad con la Madre era garantía esencial de sus existencias.

Pero no todo el mundo pensaba igual. Recordó su ofrecimiento de enseñar su arte en la conferencia de Sevilla. Nadie se le había acercado, nadie le había preguntado. Había aparecido como un excéntrico que buscaba acólitos. Esto había provocado que se reprochara seriamente el hecho mismo de aquella invitación, pues no formaba parte de las costumbres de su pueblo el abrir su saber a otros. Pero él, por su juventud y nobleza, había pensado que podía existir realmente un intercambio de saberes. No simplemente la dominación de una cultura sobre otra.

Contempló al vencedor de la prueba que, subido en un podium, saludaba al público. Había perdido ya aquel aura misteriosa para convertirse de nuevo en un profesional del deporte. Una sonrisa suave e ironica surgío en el rostro de Halcón ante la escena que presenciaba. Se trataba de la ceremonia de otorgación de medallas. Petulantes barrigudos se acercaban a los atletas entre himnos y banderas patrióticas, concediendo grandilocuentes medallas de oro, plata y bronce.

- Para otros...el simple hierro. - murmuró aquel hombre de otro lugar y sentir.

Con el andar del peregrino y el sentimiento del nómada así se encontraba Halcón Rojo dentro de la gran ciudad. Personas que van y vienen, coches que circulan con estruendo, mundo aislado de la naturaleza. Ritmo mecánico que se impone, sentidos que se aturden por el ruído y el humo, y el comprender que no se forma parte de eso.

Caminaba el indio con su aire singular y extraño, como animal silvestre acostumbrado a otra realidad. Su atuendo excéntrico, su sensación de no pertenencia, su desorientación en ese habitat. Paradoja del mundo que hacía que él, guía de los suyos, habil y perspicaz en la naturaleza, se viera a sí mismo como un hombre perdido y obtuso, como un hombre sin poder alguno.

Chico para un mundo colosal que embiste el cielo con sus edificios y la tierra con sus multitudes. Va caminando por calles de trazado laberíntico en el que asoman continuamente reclamos de compra, cifras de venta, signos de identidad económica. Y siente miedo y se encoge, pues en el fondo es una simple criatura natural, y no comprende el artificio en el que se halla. Pero su instinto le lleva a la mar, a la orilla donde la profunda y misteriosa arrulla la tierra con suaves olas y susurros lejanos. Y allá queda absorto durante largo tiempo, contemplando la infinitud del agua que se une al aire. Y allá su cuerpo se relaja, respira con hondura, y la sal del aire le excita y aviva de nuevo sus sentidos dañados por un mundo sin armonía.

Todo allí es nuevo y arcaico, todo allí es lo que fue y lo que es. Se desnuda y se introduce en el agua, y allí se deja mecer como el niño en brazos de su madre. Su alma se vincula de nuevo al profundo sentir de las cosas, y cuando sale es de nuevo el hombre que es. Se tumba en la arena y deja que su alma se compacte, que vuelva a ocupar el reino de su cuerpo. El miedo aleja el alma de sus dominios, y hace que quede oscuro lo que ha de estar iluminado.

Se viste despaciosamente y se aleja del reino natural para entrar de nuevo en los dominios del hombre circunstancial. Pisa el suelo y se sumerge en las reglas convencionales, en el gusto de una época y lugar. Algunos le contemplan divertidos por su aspecto, otros con censura y reprobación. Para unos ser distinto no es algo hostil, para otros es amenazante pues niega la certidumbre de su realidad.

Toma un taxi, da una dirección y le lleva por calles y más calles. Pasa por un monumento de altos picos que se unen al cielo, y llega finalmente a un edificio ante el que brilla soberana una estrella dorada. Allí llama una puerta y aparece un hombre anciano, un hombre que ya conoce de su estancia en Sevilla.

- Sí...soy yo - sonríe suavemente Don Alonso.

El indio queda quieto en el umbral, sintiendo la semejanza que les une. Es uno de los suyos, pero siente en su alma una pena triste y el eco

de mil combates. Siente a un hombre que ha sufrido el rechazo de manera continua, a un hombre que ha atravesado los lugares que él como chaman conoce.

El anciano se mece su barba blanca y sonríe de nuevo encogiendose los hombros.

- Sí, yo también soy uno de los Renatos.- dice elevando sus ojos hacia arriba.

Halcón sonríe involuntariamente ante aquella expresión. Aún sigue en el umbral de la puerta pero un suave giro del anciano provoca que entre instintivamente. Su nagual está contento, pues siente que aquel hombre de otro lugar es sin embargo de su misma especie. Al avanzar contempla una estancia repleta de objetos. Una bella Virgen preside el lugar, y ante él aparece una espada que descansa bajo la mirada de la Madre.

- La recta razón - oye un murmuro - la luz que nos guía y que hemos de portar hasta el final.

El dueño de la espada, sonriente en su cuna canastera, despierto está y su bendición de oro puro es.

¿Quien era aquel enigmático personaje que había abierto la puerta a Halcón?. Aquel hombre era Don Alonso, un personaje fuera de su tiempo, pero no de su lugar. Un hombre criado a caballo entre la arcana antigüedad y la tradición popular. Al igual que Halcón era un hechicero, pero su mundo y circunstancias eran distintas a las del joven indígena.

- !Un volador nato! - exclamó finalmente tras contemplar con fijeza al de cabello largo y piel de bronce. - Hacía mucho tiempo que no encontraba a alguien de tus características.

Halcón apartó su atención del decorado de la estancia, repleta de objetos de diferentes épocas y lugares, y centró la mirada sonriente en su interlocutor. Aquella instintiva simpatía, surgida de la proximidad de sus almas, le hacía presentir una relación de amistad.

- Me llamo Halcón Rojo - dijo sin ambages.

- Ya...- asintió lentamente Don Alonso - la encarnación de un ave real.

El joven parpadeó sorprendido ante aquella respuesta. Acostumbrado a la insensibilidad de su cultura y sentir por parte de los

extraños, no podía imaginar que un hombre ajeno a su pueblo o arte pudiera comprender el significado profundo de su nombre.

- Yo también tengo un nombre propio - sonrió misterioso ante el silencio del indio -. Aunque imagino que tú también debes poseerlo.

El chamán asintió ligeramente, cauto aún ante el personaje que tenía delante.

- Todos los Renatos lo tenemos - murmuró como respuesta usando aquella palabra tan chocante que Don Alonso había utilizado.

- Sí, sí...- asintió a su vez con gravedad el español.

Se produjo un largo silencio en el que dos hombres permanecían inmóviles mirando absortos a ninguna parte. Bajo esa ausencia de comunicación se ocultaba una profunda atención a la dimensión interna, ambos se calibraban, medían, palpaban la consistencia de sus almas.

De pronto, al unísono, ambos alzaron sus ojos para mirarse sonrientes a los ojos.

- Qué bueno - dijo contento Halcón mirando aún con mayor simpatía a Don Alonso.

- Notable diría yo - respondió mesandose la barba el español -. En verdad que Don Sancho no exageraba acerca de tu talento.

Halcón sonrió irónicamente ante aquella afirmación. Iba a replicarle que a él también le sorprendía que un hombre blanco tuviera tanta semejanza con los suyos, pero cortesmente prefirió encogerse de hombros.

- Bien...cuanto tiempo te vas a quedar muchacho - dijo rompiendo la situación de calibración mutua.

El joven le miró por un momento molesto, no le gustaba aquel tratamiento.

- Yo no soy un muchacho - replicó secamente.

Don Alonso bajó de pronto la cabeza con aire serio y solemne.

- Lo sé hombre...lo sé - murmuró absorto en su propio recuerdo -. Sólo cada hombre sabe el coste de pasar por los niveles de la existencia humana.

Halcón bajó a su vez la cabeza, asumiendo que aquel hombre le comprendía.

- Perdoneme - se excusó - acabo de doctorarme y aún me siento poco firme en mi nuevo lugar.

Aquella frase tenía trampa, si su interlocutor respondía sin comprender su grado de doctor implicaría claramente que negaba el conocimiento propio de su gente. Era algo habitual entre los suyos sondear el respeto que tenían sobre su cultura aquellos que se afirmaban civilizados.

- Iniciarse es tan sólo un comenzar - suspiró suavemente Don Alonso -. Es un volver a empezar desde otro lugar.

El chamán calló ante aquella respuesta. Sí, era cierto que su grado sólo implicaba el vivir desde otra visión, el vivir con firmeza desde la realidad del Espíritu.

- No sabía que también existieran de los nuestros entre los suyos - cedió finalmente Halcón.

- Ni los míos lo saben a ciencia cierta...imagínate - volvió a suspirar con más fuerza Don Alonso.

Se produjo un silencio denso que unía a ambos hombres en un mismo lugar.

- Así que usted también es...- habló desde la herida de su pueblo.

- Sí Halcón - asintió con gravedad contemplando fijamente el vacío - yo también he sido llamado...brujo.

Dos amantes de la sabiduría quedaron callados ante su condena. Lo que no podía imaginar el joven chamán es que el hombre que tenía delante había tenido que soportar heridas aún mayores, y que su afrenta aún seguía existiendo.

En el sueño habitaba, dormido para el mundo y despierto en en el alma. Se movía en el tejido del Sueño, que une todos los ordenes de realidad en su fondo subyacente. Vinculado al reino misterioso Halcón, miembro de éste por derecho, captaba la corriente dinámica del Sentido.

Abrió los ojos lentamente y desplegó su conciencia al mundo externo. Salir de un mundo para entrar en otro. El canto de un pájaro le hizo sonreir infantilmente. Dió los buenos días a los Padres de Vida, se levantó y una vez vestido y aseado se dirigió hacia el comedor.

Su anfitrión se dedicaba a tirar dardos con expresión concentrada. Unos se clavaban en la pared, otros caían al suelo, pero el español seguía tirando impertérrito.

- Tres aciertos de diez - se dijo a sí mismo satisfecho - no está nada mal.

Halcón le dió los buenos días y éste le saludó cordialmente. Se dirigieron hacia la mesa donde ya se hallaba sentada la esposa de Don Alonso, Dulcinea, una mujer de porte elegante y sereno. Se sentaron ambos hombres y comenzaron a desayunar todos en silencio.

-El misterio de mi alma me ha hablado - habló por fin el joven ante el aire expectante con el que le obsequiaba la pareja de la casa.

Alonso inclinó la cabeza sintiendo suavemente. Aunque nada se había hablando existía implícita una decisión respecto a la venida del indio a casa del español.

- Hace mucho tiempo que esperaba este encuentro - dijo Ventura con gravedad -. Tú forma parte de la nueva savia del mundo que está naciendo.

Halcón intuyó un significado distinto en aquellas palabras distintas a las que él mismo poseía.

- ¿Qué quiere decir? - replicó extrañado -. Cierto que soy joven, y por ello renuevo a los miembros de miclan, pero siempre hemos sido lo mismo.

- No, ya no. Un nuevo tiempo aparece y con él una nueva realidad.

- La realidad siempre es la misma - se encogió de hombros Halcón.

El español sonrió contento ante aquella respuesta.

- Me refiero al reino de los hombres - explicó aún sonriente ante la sensación de realidad perenne que transmitía el joven en sus palabras.

- ¿A qué hombres se refiere Don Alonso? - respodió con cierta distancia- ¿Al blanco, negro, rojo, amarillo?. ¿Al cristiano, musulman, al ateo, a los míos, a los suyos?.

Un brillo peculiar asomó en los ojos del anfitrión.

- A todos Halcón, a todos.

El indio bajó un momento la cabeza meditando en la respuesta. Finalmente se encogió de hombros y chasqueó la lengua con un sonido especial que hizo sonreir a la dueña de la casa.

- Sea pues lo que dices hombre, pero aún así sólo queda finalmente cada uno de nosotros - respondió el chamán.

Alonso abrió su alma ante la sensación que estaba emitiendo el hechicero de otras tierras. Sintió la soledad del páramo, el viento libre que acaricia el rostro susurrando una canción misteriosa, el silencio de las montañas, el camino de tierra alumbrado por un cielo limpio y estrellado, y más allá de ello la realidad íntima y esencial del vuelo.

- En verdad eres un halcón - dijo con un punzada de envidia ante la realidad de la que procedía el hombre que tenía delante.

Cerró sus manos y se quedó mirando fijamente el dibujo de la mesa. Ciertamente sentía envidia, envidia de la dignidad propia del hombre en la Naturaleza, ajeno a sociedades y grupos, a la marcha de la civilización y las culturas mayoritarias. Sentía el deseo de compartir él también aquella realidad, la del hombre que vive su existencia y verdad sin necesidad de defenderla o propagarla, que simplemente habita en la sencilla realidad de las cosas. Era la añoranza del ya maduro Don Alonso de sus andanzas por montes y valles.

- El aguila solitaria vuela alto - suspiró finalmente con aire cansado.

Dulcinea colocó suavemente su mano en la de él y le acarició con ternura.

- Tambien el águila tiene su nido - dijo ella.

Don Alonso la miró y una sonrisa cálida surgió espontáneamente a su rostro.

- Perdona querida - musitó con cariño.

Esta vez fue Halcón el que sintió la punzada de envidia ante aquella demostración de amor.

- Qué bueno - dijo sin poderlo evitar. Y soltó el chasquido aprobatorio de su pueblo. Aquella exclamación unida al sonido peculiar hizo reir a la pareja. Halcón también sonreía contento ante la felicidad que desprendían. Aparte de todas las cosas existían ellos por sí mismos, como reflejo real del Sentido.

- Yo también encontraré a mi compañera - se dijo a sí mismo convencido el joven chamán.

Quedó absorto pensando en ello. Don Alonso hizo un gesto con la mano, como si apartara un asunto, y adoptó de nuevo un rostro serio.

- ¿Qué piensas hacer ahora joven? - preguntó ocultando su interés.

Halcón irguió la espalda y cerrando sus manos las apretó con fuerza.

- Mi familia me dijo que fuera a estas tierras a cazar un búfalo - comenzó sintiendo cómo un cruce de caminos aparecía ante él -. Y el Espíritu me ha revelado que aquí debo aprender algo esencial para mí.

- ¿Y? - insistió su anfitrión.

- Hoy las puertas del Misterio se han abierto en mis sueños, y he comprendido que mi lugar ahora es aquí.

- ¿Aunque no sepas nada de este lugar? - sonó burlona la voz del amigo.

El joven sintió un instante de temor. Se enfrentaba al hecho de tener que volver a empezar, aprender nuevas reglas, moverse en una realidad desconocida.

- Sí - aceptó finalmente el curso - pues en el fondo tal es mi condición de no saber.

Así, de nuevo un límite que marca el final de un mundo, de nuevo un umbral que marca el inicio de otro.

Y el hombre, criatura del Tiempo, que avanza en él, con él, por él.

De nuevo en el estadio olímpico, pero esta vez acompañado por Don Alonso, Halcón contemplaba los preparativos para la final de la carrera de relevos. El español ya le había informado de que él había sido el misterioso personaje que había dejado una invitación para asistir al evento.

- Era un cebo - había comentado con sonrisa pícara -. Un pequeño empujón para inclinar tu decisión de venir a Barcelona.

Callados ambos hombres observaban con detenimiento el modo de calentar de los atletas. Esta vez no era un individuo, sino un grupo, el sujeto de la competición.

- Atleta quiere decir defensor enérgico - rompió el silencio el español mirando de reojo a su compañero.

Halcón asintió sin prestar mucha atención, seguía concentrado en la forma de invocar sus fuerzas aquellos hombres. Le fascinaba la capacidad de concentración y dominio corporal que transmitían aquel tipo especial de personas.

- Esta competición no depende de niguno de ellos en particular, sino de todos en global - murmuró Don Alonso sin querer alterar el estado absorto del chamán.

El indio observó que cada miembro del grupo se situaba a cierta distancia uno del otro. Uno de ellos se colocó en la línea de salida portando en su mano derecha un objeto.

- El testigo - le respondió el español ante su pregunta sobre el significado de aquella pequeña vara -. Es esencial que no caiga al suelo y que sepa el corredor tanto entregarlo como recibirlo.

Sonó el disparo de salida y los atletas parecieron ser catapultados por un muelle invisible. En sí misma la carrera era individual, dado que cada uno de los participantes debía entregarse al máximo de sus posibilidades.

El primer atleta ya se aproximaba al segundo miembro del grupo cuando éste, al verle próximo, comenzó a correr.

- ¡Qué hace! - exclamó sorprendido el joven -. No recoge el testigo.

- Espera - respondió excitado su compañero.

El primer atleta parecía no poder alcanzar al segundo, pero hizo acopio de fuerzas y en un último esfuerzo consiguió llegar a su compañero y entregarle en la mano el testigo. Hecho esto su cuerpo pareció quedar privado de toda fuerza, pero el atleta ajeno a su extenuación concentró su mirada en la marcha de su relevo. No importaba su cansancio, sino la fuerza de su relevo.

El segundo, que ya iba corriendo, tomó el testigo y aceleró bruscamente al cogerlo. Así llegó al tercero, y el tercero al cuarto con idéntico procedimiento. Cada uno de ellos al entregar el testigo dedicaba toda su atención a seguir la marcha del siguiente.

- La ventaja lograda por los suyos permite que el último tenga la posibilidad de ganar - señaló Don Alonso al atleta que realizando un esfuerzo excepcional llegaba primero a la meta.

Halcón contempló admirado la alegría de los miembros del grupo ganador al reunirse. Era una satisfacción distinta a la del atleta solitario. Se cogían y abrazaban entre ellos dando brincos de alegría como niños. Ninguno se mostraba como el principal, sino como simple participante.

- Qué bonito - exclamó al fin ante aquella alegría impersonal.

- Sí, la victoria es de cada uno de ellos y a la vez de todos - musitó agachando la cabeza el español.

Halcón sintió algo extraño y miró fijamente a su compañero. Este miraba al suelo absorto en un pensamiento que le hacía mostrarse como aislado de todos. Parpadeó lentamente para comprobar si aquella sensación que emitía Don Alonso era correcta. Se echó un poco hacia trás y contempló con más atención a aquel hombre que tenía a su lado.

Sí, la impresión era correcta. Parecía habitar en un otro mundo, como si se hallara en otra realidad, una realidad que le hacía estar aparte, destacando su presencia de los demás precisamente por su ausencia.

- Un soñador - nombró con voz grave y respetuosa el indio.

El español giró lentamente su cabeza con una expresión de sorpresa en su rostro. Aquella palabra, tan escuchada por él, sonaba en los labios

de Halcón de modo distinto. La actitud que acompañaba aquella palabra, su mirada, le dolorió el corazón.

- Bendita la miel de tu savia - murmuró el hombre curtido en mil choques.

Halcón respingó ante aquella respuesta. Jamás había escuchado, de una manera tan profunda y sencilla, una demostración de aprecio a su mundo. Para él, siempre a la defensiva ante el colonizador, aquella expresión le desarmaba completamente.

- Usted no es como los demás Don Alonso - dijo confundido.

El maduro personaje rió con franqueza.

- De tú Halcón, de tú - respondió dandole una palma al hombro.

El indio asintió tímidamente con una sonrisa. De pronto la profundidad del sentimiento de los suyos surgió agradecida y sin querer evitarlo le cantó.

“Eres bueno hombre
Tú eres bueno
Eres digno de Ella ”

Don Alonso quedó pasmado ante aquel canto. Le recordaba tantas cosas y había tanta semejanza que quedó sin saber qué decir ante aquel indio del pueblo-noche.

- ¡La Virgen! - acertó al fin a decir aún asombrado.

Mientras, abajo, un equipo de hombres subían con orgullo el podio compartiendo el triunfo de todos y cada uno en la entrega del testigo.

El corredor de fondo avanzaba presintiendo la “pared”. Años de entrenamiento por caminos sin transitar, en horas intempestivas, corriendo sólo como un excéntrico que no sabe de donde viene ni a donde va, y aún así allí aparecía. Corre haciendo avanzar unas piernas que se sienten como plomo, con un pecho abrasado y una cabeza aturdida por un esfuerzo ajeno a su medida.

Corría el atleta sin gracia ni elegancia, simplemente corría. Avanza porque tiene que avanzar. No parece ser un hombre fuera de lo común, un atleta, sino un hombre roto, sin nada digno de imitar. Pero corre, corre sintiendo el límite cada vez más cercano, el muro infranqueable tras el cual su cuerpo se rendirá, afirmará que aquello va más allá de su propio poder.

El miedo a no superarlo comienza a surgir en lo profundo de él, como una vocecilla atemorizada que chilla ante un peligro ya

inminente. Ahí, ahí llega...dolor. Al fin llegó. Lo sabía, sabía que tenía que llegar. Aquí está, con él, dentro de él, apoderándose de sus miembros, de toda su alma. Los nervios chillan, la vocecilla ahora grita con fuerza estridente. Implora, suplica que desista. Es inútil, de nada sirve, es una locura, te estás dañando, si sigues así te romperás y nunca más podrás recuperarte.

El hombre aprieta los puños y cierra con fuerza sus mandíbulas. Son años de preparación para enfrentarse a esto, no puede ceder, no puede desistir ahora. La competición es distinta a su entrenamiento, el ritmo es superior al que pensaba, su contrincante más cercano ha mostrado un potencial mayor del que él podía imaginar.

Tiene que superar su propia marca, tiene que ir más allá de lo que nunca se ha atrevido a concebir. Pero el cuerpo no responde, el dolor comienza a ser insufrible. Es inútil, es preferible abandonar ahora que puedes. Pensamientos fugaces de muerte aparecen en su mente, desmayos, colapsos. Con la mirada perdida atisba a personas que le jalean. Pero ellas están frescas, y él simplemente está gastado.

Viejo, infinitamente viejo, su cuerpo ya no es su cuerpo fuerte y resistente. No, ahora es un fardo, un estorbo, una condena. El aire deja de ser fresco para ser fuego que quema sus dolientes pulmones, las lágrimas asoman a sus ojos. Por favor, dejalo, dejalo.

No, no puedo se dice a sí mismo. Puedo hacerlo, no, puedes, puedes hacerlo. No soy yo el que puede. Pero no puedo, pero sí puedes. ¿Quien puede, quien no puede?. Finalmente algo determina la decisión, surge de un lugar profundo y misterioso, una fuerza distinta que le hace erguir esa cabeza que ya sólo miraba fija la marcha de sus torpes piernas. Su mirada relampaguea midiendo la distancia. No queda mucho. Gira la cabeza y observa sin emoción a su inmediato seguidor. Calcula el tiempo de ventaja, mide la capacidad del contrincante, vuelve a mirar adelante.

Silencio. Sólo marcha. Ya no es él, es un impulso misterioso que obliga a un cuerpo a correr. Es voluntad que se iergue sobre su condición, es fuerza que va más allá de sus débiles miembros y agotados pulmones.

Ya entra en el estadio. El griterio invande su alma. No importa, ya sólo es esencial llegar, no claudicar ante la impotencia sentida. Porque puedes hacerlo, porque eres capaz, porque es posible.

Dos hombres se levantan lentamente ante la aparición del solitario y maltrecho corredor. La actitud de ambos evidencia un gran respeto ante aquella figura que avanza por la pista.

- La prueba reina - murmura el más mayor.

El otro asiente en silencio.

- ¡Qué poder! - exclama finalmente.

El atleta llega a la meta y se derrumba al pasarla. Pero el impulso de la victoria le enardece y vuelve a erguirse alzando sus brazos. Muchos se acercan y quieren abrazarle, le mojan con agua, le dan toallas, cuidan a ese cuerpo maltrecho y desvalido. El público asistente le aplaude durante largo rato mientras él pasea dando vueltas por el estadio dueño de una nueva marca, de un nuevo límite a franquear.

El tiempo pasa, anochece, y los dos hombres siguen mirando la puesta aún en pie. Lentamente van llegando el resto de los atletas. Todos como espectros, como cuerpos impulsados simplemente por una pequeña chispa de vida. El público va perdiendo el interés, aún quedan hombres por llegar, pero ya no es importante.

Se encienden los focos, el tiempo sigue pasando. Van llegando los últimos, los vencidos, los que no pudieron soportar el ritmo de la carrera. Pero llegan, llegan entre un correr y un andar.

Finalmente aparece el último. Sólo entre los solitarios corredores de fondo. Su única motivación es no caer antes de llegar a la meta. No hay más victoria para él que ésta.

- ¡Qué espíritu! - exclama uno de los hombres en pie al contemplar la presencia solitara del corredor.

El perdedor por fin llega a la meta, en un trayecto final que se antoja infinito, imposible de recorrer. Su entrenador le abraza. Ha llegado corriendo siguiendo el ritmo marcado por los mejores. Ha luchado contra su orgullo que le susurraba que abandonara al comprobar su posición en la carrera. El hecho de ver cómo todos se alejan dejándole atrás, apartado de toda posibilidad de quedar entre los ganadores, con la única compañía detrás de su simple sombra.

- ¡Magnifico este cola de león! - afirma el otro.

Un hombre capaz de vencer a cualquiera con facilidad anda penosamente apoyado en el hombro de su entrenador. Cojeando, sacudido por temblores que convulsionan su cuerpo, parece la imagen básica del perdedor.

Pero en su pecho habita un sentimiento profundo, el orgullo real de haberse atrevido a probar sus fuerzas con los mejores. El haberse atrevido a ser vencido por desconocidos de otros pueblos, el no haberse contentado con ser el mejor entre los de su propia tierra. Ha traspasado su propia marca personal y aún así ésta ha sido ampliamente superada por otros.

Este hombre que ha venido a comprobar su poder ante la Llama Elevada es en verdad un atleta. Posee el espíritu de los olímpicos.

Paseaban ambos amigos por el casco antiguo de Barcelona. Don Alonso miraba con expresión atenta las reacciones de su compañero ante la visión de aquellas piedras repletas de historia.

- Dos mil años te contemplan - exclamó señalando una calle franqueada por murallas romanas. A su lado una imponente catedral.

El chamán notó la sensación que desprendía aquel lugar. Solemne, ajeno al tiempo y los avatares. Piedras hechas para durar. Siguió andando fijándose en las farolas que flanqueaban el camino.

Cruzaron una especie de umbral similar a un puente ante el que el español se detuvo misteriosamente. Miró con expresión extraña al joven, se dijo algo a sí mismo y siguieron avanzando. Pasaron el ayuntamiento, llegaron a la Plaza Real y siguieron el camino de los farolillos rumbo a un local típico de Barcelona.

En aquel local una bella Virgen asistía al espectáculo que allí se realizaba. Una enorme lámpara, similar a las farolas de la calle, pendía en el centro, y al otro lado una cabeza de toro que hizo sonreir a Halcón.

- Menudos filetes - se dijo sintiendo el ambiente del lugar.

El ambiente era sencillamente flamenco. Personas charlando y tomando vinos, cantando, tocando palmas. El indio sintió la proximidad de su canto al de unos hombres que cantaban sentados en círculo.

- Sí, ya sé - respondió Don Alonso ante la expresión interrogativa de Halcón.

El joven pensó que aquellos indios debían ser de esa tribu llamada “gitanos”.

- El flamenco es algo andaluz, pero son los gitanos los que mejor saben del asunto - le comentó tras saludar al dueño del local cordialmente y pedir unos vinos.

Se sentaron ambos amigos en una mesa pequeña y redonda con la compañía de un buen vino riojano. Los cantes iban y venían, meciendo con una mezcla de aliento y fuego la sensación que producía aquel vino. Surgían rápidos como relámpagos, o bien lentos y tímidos tras un profundo silencio. El cante y el vino deslizó suavemente al chamán al reino onírico.

Sintió entonces un misterio más profundo en aquel canto, era como el eco de saberes arcanos y misteriosos, de existncias vividas al aire y la luz.

- Un cante fragüero - explicó Don Alonso ante el canto de poder que estaba escuchando.

- Son cantes de medicina - murmuró el indio admirado de la belleza y riqueza de éstos.

La música de la guitarra, melosa y seductora en su propia esencia, arrulló el alma de Halcón. Estaba bien, se sentía acogido, como si estuviera en un sitio conocido, como entre los suyos.

- Así es Halcón, así es - susuró Don Alonso -. El flamenco es un pájaro.

El vino siguió corriendo, y el indio sintió la embriaguez que experimentaba como algo liberador, unido a una magia profunda y terrenal que latía enigmática en aquella música. Alzó su mirada y quedó de pronto hechizado, subyugado ante la belleza de la Virgen que allí estaba. Por un instante sintió como si la Divina se complaciera en estar allí. Una corriente suave y sutil hizo levantar de un brinco al chamán, perplejo ante aquel misterio.

- ¡Olé! - exclamó alguien.

Allí, en aquel aire, se escondía algo tan especial que finalmente Halcón se sintió embargado por la sensación.

- Qué bueno - dijo con ojos ardientes.

Su nagual le avisó de que habían otros de los suyos en aquel lugar. Giró la cabeza y contempló a unos hombres que, sonrientes, le miraban con curiosidad y simpatía. Ellos también sabían del nagual. Nada había que decirse ante aquel mutuo reconocimiento.

- Estos que tú ves son los indios del Viejo Mundo - le dijo el español con aire confidencial -. Han sido nómadas desde siempre, y su tribu se extiende por toda la Tierra.

Halcón bajó la cabeza presintiendo un encuentro muy especial. Los suyos, el pueblo-noche, eran un pueblo de costumbres distintas a los de

otras tribus. Guardaban tradiciones que les afirmaban proceder de otro lugar y tiempo, pero la dispersión y represión sufrida por múltiples persecuciones habían hecho que se olvidara su origen histórico.

Alzó la cabeza y miró fijamente a Don Alonso. Supo que tenía que aprender mucho de aquel hombre. Nada sabía en verdad de todo lo que él representaba. El español asintió lentamente, suspiró como si hubiera esperado hace mucho tiempo aquel instante y extendió su mano.

- Compartamos como tuvo que ser al principio -dijo con ojos llenos de ilusión.

El indio miró aquella mano y recordó lo dicho en su pueblo, el poco valor que la promesa del hombre blanco tenía. Suspiró él a su vez y finalmente estrechó la mano del español. Al hacerlo sintió que aquel hombre estaba relacionado con el sentido de su viaje.

- Sí, de la fragua surge la espada - susurró el misterio que le invadía.

La noche seguía entre cantes y brindis. Alegrías y penas, amores y desamores iban y venían como olas del mar. Cuando ambos hombres salieron del lugar, contentos y algo tambaleantes, eran ahora dos compañeros que con canciones tontas andaban por el mismo camino.

Pero aquellos dos hombres que querían compartir su saber simbolizaban algo que iba más allá de ellos mismos. Eran dos mundos distintos, dos mentalidades diferentes, el encuentro entre un chamán y un mago, entre el llamado "salvaje" y el "civilizado". Era la resolución definitiva de una brecha histórica que ahora iba a cerrarse en el único mundo posible para ello: el futuro, lugar donde todo lo bueno ha de ser depositado.

La Luna de siglos iluminaba, con esa su luz, el caminar de ambos. Halcón ahora sabría que el dolor de los suyos también había vivido en aquellas tierras de la religión única y la moral punitiva.

Mientras los dos amigos se perdían por el laberinto de las calles de la vieja ciudad, una raza antigua seguía incansable cantandole a la vida en sí. Allá, en el local de los farolillos.

3.
Embrujo

“Un hombre joven, arrodillado servilmente, se movía encogido y temeroso deslizandose en el suelo y señalando unos dibujos realizados en él. Ante él, de pie, un hombre enjuto y severo vestido de negro vigilaba sus movimientos y asentía cada vez que el joven ponía su mano con temblor en uno de los dibujos.

El miedo llenaba la estancia, un ambiente en cuyas paredes se veían escenas de seres mutilados, torturados con fuegos candentes y tenazas que desgarraban sus miembros. Todo en una atmósfera sombría y teñida de dolor.

Los dibujos que el hombre señalaba, con la cabeza gacha y sin atreverse a alzarla, mostraban imagenes de sexualidad, de comida, de orgullo y desobediencia, de divinidades ancestrales.

Pecados que debían ser severamente castigados en esta vida si no se deseaba sufrir por ellos eternamente. Maldades que reflejaban la abyecta condición del indígena, bestia que debía ser civilizada .”

Halcón despertó sobresaltado de aquel sueño. Hacía mucho tiempo que no tenía una pesadilla como aquella. No era normal en él ahora. Identíficó en el sueño a un indio y un sacerdote católico, en una especie de confensión muda. Aquello había sido habitual en la época inicial de la colonización, debido a la diferencia de lenguajes.

Se levantó lentamente con una sensación de pesada condena, de maldición de su estirpe. Un temor ciego a ser castigado surgió con fuerza a su conciencia. Respiró profundamente.

- Pobre nagual - suspiró.

Miró a la ventana y contempló al Sol. Llamó a su totem tutelar y eliminó aquella sombra de su alma.

- Gracia Padre por tu Luz - murmuró el chamán agradecido.

De nuevo reconstituida su noble esencia se dirigió al aseo para dejarse llevar por el agua. Las duchas eran algo que le divertían tremendamente, el cambio de temperaturas que podía obtener y la cantidad de agua que utilizaba se le antojaban un lujo que en otro momento no hubiera soñado nunca.

Notaba cierto resentimiento en su interior, aquella ofensa en su bondad natural para considerarle maldad cultural le pesaba aún. Pero aquel peso era ya algo acostumbrado entre los suyos.

- Así son las cosas ahora - se dijo mirando al hombre que veían ante el espejo.

Su nagual, ya libre de temor, gruñó exigiendo entrar en el sendero de la guerra. Sonrió suavemente y gruñó él a su vez. Sí, no era justa ni legítima aquella ofensa, pero más poderosa era la razón del alado.

Desayundo le contó su sueño a Don Alonso, comentándole su extrañeza ante un tipo de sueño que creía ya superado. El español asintió gravemente y miró un momento a su mujer de modo cómplice. Ambos mostraban la expresión de comprender claramente el sentido de aquello.

- Hay ciertos aires en estas tierras - comentó al fin lacónico disimulando un asomo de ira en sus ojos.

- Nada ha cambiado - respondió Halcón.

Don Alonso abrió los ojos sobresaltado y negó vehemente con la cabeza.

- Ya no son la mayoría - aseveró con firmeza.

El chamán nada sabía de las dos Españas, para él sólo existía una, la de siempre, la represiva y torturadora, la ciega y obcecada cultura del despota. Esa que ataca, hostiga, persigue y por ello siempre parece estar presente, dominante y monopolizadora de toda la realidad.

El español dió una palmada, se levantó y cogió los dardos con los que diariamente entrenaba.

- Quiero que veas cómo educan los necios - comentó.

Le entregó un cojín y una vara metálica.

- Ahora quiero que cada vez que falle des un golpe en el cojín y digas “mal” con todo el odio que puedas.

El indio quedó perplejo ante aquella proposición pero curioso aceptó participar en aquel experimento.

- Comencemos - dijo ufano y alegre Don Alonso.

El primer dardo falló el blanco. Halcón golpeó el cojín y silabéo “mal” con toda la violencia que pudo. El español hundió ligeramente el pecho y bajó algo la cabeza. Siguió tirando y cada vez que erraba sonaba un seco golpe y la palabra de condena. Cuando terminó de tirar un hombre encogido contemplaba la diana.

- Cuatro de diez - susurró -. ¡Qué condena la mía!.

Se irguió de nuevo sonriente y señaló el cojín. Este había quedado marcado y maltrecho, deformado, perdida su forma natural anterior.

- Este no creo que quiera aprender a jugar a los dardos. Es preferible, mucho más racional e inteligente, optar por no jugar.

Dicho esto tomó el cojín en sus brazos y comenzó a acariciarlo y moldearlo suavemente hasta que éste finalmente tomó su forma habitual. Las marcas, sin embargo, aunque amortiguadas quedaban aún visibles.

Halcón miró fijamente a los ojos del español con tremenda seriedad.

- Nunca quiseron que participaramos - dijo gravemente.

Don Alonso bajó la cabeza suspirando.

- No, nunca quisieron que existieramos - murmuró mirando su mano derecha.

El español pareció hundirse en un mundo que tan sólo él conocía. Su rostro tomó un aire plomizo, pareció avejentarse lentamente hasta parecer un hombre cansado y senil. De pronto alzó su cabeza como un relámpago con una sonrisa infantil en su rostro.

- Pero ahora es distinto - exclamó un hombre pleno de lozanía -. Y mañana será del todo distinto.

Halcón admiró la capacidad de recuperación de Don Alonso.

- Es usted un artista - elogió el chamán experto en salir de los infiernos del alma.

Don Alonso, ufano y orgulloso, cuadró su cuerpo con aire marcial.

- Se hace lo que se puede - dijo con voz altanera.

El indio sonrió divertido ante la figura que mostraba su amigo.

- ¡Qué bueno! - dijo asintiendo con la cabeza.

- Bueno...¿el qué? - respondió extrañado Don Alonso.

- Tener alas hombre, el tener alas - murmuró el indio contemplando el cielo que asomaba por la ventana.

Don Alonso contemplaba cómo desempaqueta sus escasas pertenencias Halcón. La dignidad y sencillez de las cosas del indio le impresionaron profundamente. Cada objeto que sacaba lo trataba con cuidado y cariño, reflejando así la honda significación que tenían para él.

Halcón había aceptado quedarse a vivir en casa del español tras alguna reticencia. Finalmente fue Doña Dulcinea la que convención al tímido indio afirmándole que lejos de ser una carga para ellos, era un

placer real el compartir su casa con él. Además, le comentó con seriedad materna, el dinero que ahorrara en su alojamiento podría emplearlo en cosas mucho mejores.

- No necesitamos el dinero Halcón - concluyó con una sonrisa cuando éste se ofreció a entregarles una suma por su estancia. Aquella sonrisa acabó por vencer la resistencia y pundonr del joven chamán.

El español salió de la habitación de Halcón y se sentó en su sillón favorito. Encendió un cigarro y comenzó a meditar seriamente sobre la nueva situación que se planteaba ahora.¿Cómo evitar que el chamán tomara contacto con toda la mentira que dominaba la cultura en la que residía?. ¿Cómo decirle que en realidad él era un simple idealista, un sabio oculto e ignorado por su propia sociedad?.

El chamán era en su tribu considerado como hombre sabio y respetado por ello en su tierra. Pero él carecía de dicha consideración aquí. Tenía que evitar, en la medida de lo posible, que el joven indígena se encontrara con la miseria mental que su cultura mantenía.

- No es su guerra, no es su mundo - se repetía el curtido sabio no queriendo que Halcón tuviera que enfrentarse a la hostilidad de unas formas violentas y una mentalidad llena de miedoa e ignorancia.

Se dijo que aquella actitud era algo paternal, y que Halcón era ya un hombre aventajado en aquellas lides.

- Aún así yo soy el anfitrión - concluyó meneando la cabeza con pesar.

Pensó en sí mismo. El no era como Halcón, no tenía un clan donde reunirse, ni un respaldo cultural en su tarea. Su trabajo era anónimo, habitaba en el mundo de los sabios, en la tradición callada que soportaba estoicamente la implacable censura de los necios. Existía una hermandad del sentimiento, pero la realidad social seguía dominada por el ciego despotismo.

- Veremos como soporta la gran ciudad - murmuró.

Dicho esto se dedicó a tramar un plan para evitarle amarguras. Comenzó a recordar todos los recursos que los suyos habían utilizado para sobrevivir en una sociedad intolerante y tosca. Tras sopesar diferentes alternativas encontró una que pensó sería satisfactorio para el joven.

- ¡Ah Vos Reina Mía, siempre protegiendo nuestro arte! - suspiró agradecido.

Halcón salió de la habitación sonriente, volvió a darles las gracias por el hospedaje, y entregó un presente a Dulcinea. Esta agradecida le dió un beso en la mejilla.El joven enrojeció ligeramente.

- Este joven necesita novia - comentó burlón el español.

El chamán rió con franqueza.

- Es posible que pronto la encuentre - dijo con actitud misteriosa.

La pareja de anfitriones sonrieron ante aquella expresión tan juvenil en el fondo para ellos.

- Bueno - comenzó Don Alonso a mover su plan -. Es hora de pensar en buscar trabajo.

Halcón sonrió afirmando con la cabeza. Sabía que en el lugar donde estaba su saber no estaba considerado, que allí no era un doctor sino una simple curiosidad cultural. Pero se hallaba dispuesto a no luchar por la dignidad de su oficio en una cultura ajena a su sentir, y por ello se veía dispuesto a tomar cualquier tipo de trabajo que le permitiera vivir hasta tomar una decisión clara sobre su situación en aquella tierra.

Don Alonso le miró con ternura. En aquella actitud optimista se apreciaba el desconocimiento del emigrante de la situación social española. El joven indio nada sabía de lo dificil que era hallar un trabajo en su país. Intuyó que debía pensar como otros muchos que veían una tierra rica y llena de posibilidades.

Pero la realidad era bien distinta. La riqueza existía ciertamente, pero también un mundo laboral hostil y cerrado. Una realidad que teñía de rabia y resentimiento, de hostilidad y escasez de oportunidades, las perspectivas de futuro.

Le entregó un periódico y le mostró la sección de empleos.

- Aquí hay mucho trabajo - murmuró el chamán sintiendo algo en la actitud del español que le indicaba un cierre en su camino.

Tomó un bolígrafo y comenzó a leer con el ánimo dispuesto a subrayar diferentes anuncios. A medida que leía el semblante de Halcón iba ensombreciendose y su mano aflojando el bolígrafo.

Don Alonso esperó un poco más y cuando pensó que era el momento justo alzó una mano interrumpiendo la lectura.

- ¡Ah, casi se me olvidaba! - dijo con aire de despistado.

Extrajo una baraja de cartas de su escritorio y se las entregó a Halcón.

- Este es un regalo de nuestra tradición por pertenecer a la familia - dijo con actitud respetuosa.

El chamán miró las cartas y las examinó lentamente. En ellas aparecían diferentes figuras que representaban conceptos diversos de la existencia.

- Hay un dicho entre los nuestros que afirma que con ellas jamás pasarás hambre.

Halcón asintió en silencio con mirada interrogativa.

- Se llaman Tarot y ayudan para orientar a la gente en sus problemas cotidianos - le explicó sonriente el español.

- Qué bueno - dijo el chamán comprendiendo el significado de todo aquello -. Sirven para las adivinanzas.

- Sí...- sonrió irónico Don Alonso.

Halcón dejó el mazo a un lado y siguió leyendo. Apunto al cabo de un rato un teléfono, pidió permiso para usar el aparato y realizó una llamada. Habló brevemente, apuntó una dirección y colgó lenta y suavemente como si hubiera realizado un paso importante.

- Ya tienes trabajo - sonrió el español.

Halcón asintió satisfecho. Había notado una vía abierta en todo aquello y simplemente se había dirigido por ella.

- Bien, ahora practiquemos un poco con ellas para adquirir experiencia - exclamó el veterano mago español.

Don Alonso barajó las cartas con cuidado y luego miró fíjamente al chamán. Algo antiguo pareció invadir al español, como si un linaje antiquísimo se encarnara en aquel momento en él.

- El arte de echar la buenaventura - dijo con voz profunda.

Y echó las cartas.

Su camino es el viento, su montura el sentir vivo de su carne, el impulso profundo que le transporta hacia el encuentro íntimo con la fuente de su ser.

Se desplaza entre los transeuntes con la mirada del hombre alejado, del habitante de una realidad invisible hecha de sutil trama de inteligencia viviente. Toma un autobus que le transporta fuera de la ciudad, y en una parada concreta su instinto le indica que baje.

Su voluntad, templada por el contacto habitual con la existencia profunda, asiente soberana. Se apea y respira con fuerza sintiendo el

aire del lugar. Está vivo, es el aliento de la tierra cargado de la energía que desprende la verde existencia.

Su pecho le señala una dirección y comienza a caminar hacia ella. Al avanzar huele el olor del agua, presintiendo así que cerca de donde está habita una fuente, un manantial donde descansar.

Al fin llega al punto en el que su cuerpo asiente contento. Un venerable arbol da sombra a la figura de una Virgen. Es una fuente consagrada. Halcón siente el ambiente, es un lugar de encuentro, un espacio de poder. Se refresca y bebe del agua. Se relaja abriendo su percepción sutil a la sensación profunda que late calmada en el lugar. No hay prisa, necesita simplemente realimentarse de la realidad viva del espíritu. Vincularse al orden natural donde él existe por derecho.

Contempla su interior y sopesa su poder. Sí, está debil debido al tiempo que ha pasado sincronizando con un ambiente distinto al acostumbrado. Todo es resonar, vibrar al mismo compás para poder establecer la comunicación, energía que debe conectarse para fluir. El hecho de vivir entre tanta gente ajena al vínculo íntimo le ha provocado el olvido.

El es un chamán. No puede olvidar. Es el hombre que recuerda, la memoria viva y presente, la conciencia actual de la realidad.

La puerta del misterio abre sus goznes, el crepúsculo desciende sobre el mundo avisando a las criaturas de la desaparición del Astro Rey. Los pajaron envían su mensaje de anochecer,y los animales se preparan unos para cobijarse y otros para salir de caza.

El ambiente está cargado de una tensión especial que Halcón reconoce con íntimo placer. Finalmente se produce una ruptura en la tensión, como un velo sutil que se rasga, y una fina lluvia desciende en el lugar donde se halla sentado Halcón. Este sonríe dulcemente y alza su rostro al Cielo.

- Gracias Madre - musita con cariño.

El agua del cielo cae sobre el cuerpo de indio. La tierra absorve el preciado elemento, y el aire se tiñe del poder misterioso. Un relámpago cruza el horizonte de modo súbito y seco. El chamán lo ha cazado con el rabillo del ojo, y profundiza en la sensación del momento.

Ha de vibrar, resonar, latir al mismo compás que la realidad viva. El viento mece sus cabellos susurrándole el canto perenne, el silencio profundo del espíritu. Halcón entona una melodía de agradecimiento y deja que el viento lleve su canto allá donde tenga que llegar. Se

concentra en su esencia vital, en el ser que es en sí mismo. Ha de reunir su realidad, unificar su conciencia con su propio espíritu.

El nagual se queja tímidamente. Halcón asiente. Sí, es cierto, ha perdido contacto. Sus pies no pisan la tierra, sus pulmones no respiran el viento, sus ojos no contemplan la presencia real, sus oídos no escuchan la melodía natural. Su alma no vibra con la realidad de la Tierra.

- Esto va a ser más duro de lo que pienso - murmura acariciando la tierra húmeda.

Se siente sólo, aislado en un mundo que no comprende. Alejado de su gente, de sus costumbres. Añora sus caminatas por los agrestes cerros de su tierra; el trato respetuoso que tienen los suyos con su arte; las pláticas sutiles con los ancianos chamanes; los vuelos libres ante un cielo henchido de estrellas; los encuentros súbitos con el Misterio.

Allí, en la ciudad de donde se ha alejado, todo su mundo parece un engaño o una ilusión; las "flores" son tomadas como venenos diabólicos; las palabras hieren y la realidad existe ajena a su sentir. Es un lugar donde habita imponente un ritmo uniforme y totalizador: la marcha de la máquina. Aquel moverse desde esa exigencia le ahoga, aún no se siente capaz para resistir su influencia. Se nota vulnerable, accesible a la fuerza destructiva. Su firmeza aún no está reciamente consolidada.

- Es un desafío a mi poder - alza la voz a la vez que otro relámpago surca veloz el cielo.

Concentra su atención en su interior y examina su círculo de conocimiento. Nota aberturas en algunos puntos, zonas oscuras, grietas de su conciencia. Menea la cabeza con disgusto. La tensión ha hecho que se halla visto más influído por el exterior de lo deseado, y su totalidad ha menguado al dejar de percibir aspectos básicos de la realidad natural.

Halcón respira hondo y abre su círculo al Espíritu, al poder de la lluvia y la tierra, al sonido de la fuente y al viento que mece los inmoviles árboles. Concentrado en el latir de su corazón, se une al misterio profundo del impulso que habita en él. Retorna a la fuente para continuar su destino.

Allá, sumergido en el bosque, perdido para la civilización pero rodeado por ella, un hombre vuelve a recordar que en el fondo es una simple existencia natural. La criatura humana.

La lluvia cae amante sobre la realidad verde y viva.

Halcón examinaba cortésmente las habitaciones de la casa de Don Alonso. Exposición obligada para todo anfitrión que se precie. Finalmente llegan a una puerta cerrada ante la que el español queda inmovil con aire extraño.

- Esto sí que es terrible - murmuró el español.

Teatralmente rebuscó en sus bolsillos para extraer una llave de aspecto antiguo. Abrió la puerta y asomando su cara al interior lanzó un grito de espanto. Volvió a cerrarla bruscamente, y echó la llave de nuevo con rostro lívido y demudado.

- Espantoso - exclamó desencajado -. Es un lugar terrible.

El indio sonrió ante aquella situación tan insólita. El español tenía la espalda apoyada en la puerta, como si temiera que una bestia monstruosa surgiera de allí. Contempló a su amigo con expresión de temor.

- No sé si enseñarte este lugar - musitó con voz jadeante.

Halcón encogió los hombros. Don Alonso dió media vuelta y encarando la puerta respiró con fuerza como si se cargara de valor. Extrajo la llave, colocó la llave en la cerradura y de modo solemne abrió la puerta invitando a que entrara su invitado.

- Un lugar infernal - exclamó señalando el interior.

El joven chamán entró en la habitación y quedó atónito contemplando la estancia. Aquel espacio estaba literalmente lleno de libros, volúmenes apilados en las paredes hasta el techo, llenando las paredes y gran parte del suelo. Apenas había sitio para pasar. Un gran escritorio de madera dificultaba aún más el acceso.

- Una época terrible de mi existencia - dijo Don Alonso entrando finalmente.

El indio no respondió. Se agachó y miró con cuidado los títulos de los libros. Cogió uno y abrió con delicadeza el volumen ojeando su interior con interés.

Don Alonso contempló fijamente a aquel hombre. Al fin le conocía, tras tantas cartas con su amigo Sancho, al fin allí estaba aquella joven promesa. El indio que sabía leer y escribir, y aún más, que creía en los libros y los amaba. Aquel hecho era singular para él, y le unía con el joven de un modo profundo y enigmático.

Sí, sólo él sabía la historia de la lectura. La osadía al acceso del conocimiento que siempre había sido detentado por unos pocos al servicio de un poder tiránico. Instrumentos del conocimiento inaccesibles durante tanto y tanto tiempo a los hijos de la tierra.

- Veo que no les tienes miedo - dijo con gravedad.

Halcón le miró un momento de reojo y sonrió tímidamente.

- Muchos de los míos creen que porque yo lea libros me separo de nuestra cultura.

Don Alonso asintió suavemente.

- Siempre han sido condenados de un modo u otro - respondió con firmeza.

- No entiendo por qué - murmuró el chamán.

El español bajó la cabeza y habló desde la tradición profunda.

- Porque conservan la memoria - explicó con voz lenta y pausada.

Halcon le miró sorprendido por un momento y sonrió mostrándole el libro que tenía en la mano. Era una obra de Alce Negro, un chamán sioux, que había registrado sus vivencias por escrito.

- Eso decía él - le respondió.

Don Alonso asintió y acercandose a una fila extrajo libros de hombres de mundos antiguos y olvidados.

- Y es cierto - le dijo mostrándolos.

Halcón miró a su alrededor y finalmente su sonrisa se hizo irónica.

- ¿Y todo esto ha tenido que leer? - le preguntó burlón.

El español suspiró con agotamiento.

- ¡Qué época hijo mío, qué época!. - dijo meneando la cabeza tratando de olvidar su camino por el laberinto de papel.

El español quedó absorto recordando a su familia. Gente humilde y analfabeta, ignorantes de toda cultura escrita. ¡Cuanta discriminación, cuanta represión por aquellas simples hojas de papel escritas !.

- Palabras de hombres que ya no están aquí - oyó la voz del chamán.

Don Alonso salió de su pensamiento y le miró excitado.

- Pero por este medio aún su pensamiento habita entre nosotros - exclamó contento -. Sólo necesita un lector que quiera animar con su presente la letra muerta.

El chamán sintió que algo encajaba en su camino. Miró con fijeza a Don Alonso y señaló los libros.

- Tú eres el que sabe de los libros - afirmó solemne.

El español quedó un momento paralizado por aquella frase. Luego pareció encogerse como si un tremendo recuerdo entrara en su alma.

- Ah, los libros....los libros - murmuró con aire ausente.

Halcón esperó callado a que su amigo caminara por los senderos de su alma.

- Los libros - repitió absorto Don Alonso -. Las palabras leídas y vividas.

Rodeados de autores muertos, de hombres que habían dejado grabadas con palabras su realidad, de ideas que movían el mundo, de almas que buscaban a un interlocutor desconocido.

- La pluma es más poderosa que la espada.

Pensamiento que no obliga, que sólo se muestra e invita a la escucha y la reflexión. De soledad a soledad, así es su tradición.

El indio asintió en silencio.

El fantasma de "la letra con sangre entra" miró desde un rincón con odio a aquellos dos hombres de la libertad.

Velas, pócimas, maleficios y hechizos, males de ojo...Discurso del mal de amores. Halcón miraba inmovil a la pared que tenía delante de su puesto de trabajo mientras sonaba en sus oídos las recetas de sus compañeros, los rituales para atar y desatar amores, los conjuros que debían depositarse ora en neveras o en microondas.

Chismorreos, cotilleos, celos y desengaños...Así día tras día. El chamán era el empleado con menor rendimiento de la empresa. Se limitaba a decir que las cosas iban a ir bien, a animar o disuadir como haría cualquier abuelo o abuela. Esto en un negocio basado en el tiempo de establecimiento de la llamada era contraproducente, pues mientras más tiempos hablabas con el tiempo, más le entretenías, mayor ganancia se obtenía.

Esto hacía que su trabajo peligrara, y el joven indio se veía metido en el aprieto de no saber cómo meterse en el meollo de la cuestión. El no sabía recetar rituales pintoresco basados en la cocina doméstica, ni afirmaba eliminar "trabajos" de mal de ojo. Para él toda aquella facilidad mágica, todo aquel saber extraído de libros de divulgación que llenaban el mercado editorial, le parecía una burla a su Arte. Una trivialización más a su existencia.

Arte basado en el sacrificio personal y en la Gracia del Misterio. Conocimiento que exigía un compromiso completo de todas sus

fuerzas físicas y anímicas para conseguir la vinculación con el Espíritu y su propio poder personal.

Para Halcón resultaba chocante todo aquel mundo en el que estaba. Eran precisamente esos que afirmaban ser civilizados, que acusaban a los suyos de supersticiosos e ignorantes, los que se comportaban del modo más estúpido e ignorante en todo lo relacionado con el misterio. Carentes de toda sutileza al espíritu de su Arte, propugnaban ora vulgarización ora intelectualización sobre una realidad que exigía un acceso delicado por parte de la inteligencia.

Recordaba a menudo las charlas con sus compañeros en el círculo de chamanes. Sus comentarios acerca de la grosería del hombre blanco, su reducción de la medicina que practicaban a meros compuestos químicos (el peyote es la mescalina, no el peyote). Despreciaban el misterio de las plantas y las consumían sin ningún tipo de amor o cuidado. Para el indio, de naturaleza respetuoso ante todo lo sagrado, el mundo del blanco se le antojaba una enorme caja de cartón usado repleto de objetos apilados sin orden ni concierto.

Ironías de la vida. El chamán era el único que no podía hablar de brujerías y magias, el único que no podía presumir de poderes de videncia y saberes misteriosos extraídos de algún libro. En aquella cultura todo ya existía, ya habían chamanes, y magos, y brujos, y alquimistas, y toda suerte de expertos de lo sagrado. Pero todos eran triviales ante la realidad del monopolio religioso que poseía la religión católica.

El hombre blanco, moderno y civilizado, trataba al mundo como algo de su propiedad y de modo basto y descuidado. El español medio poseía un lenguaje repleto de insultos y tacos que inicialmente habían sobresaltado al indio. Allí la astucia era intepretada como la aceptación de la hipocresía y la puñalada por la espalda, el “dar por culo” unidos a gestos era algo típico y habitual.

Lo sagrado, lo extraordinario, era en realidad para el hombre civilizado un negocio más en su absurda carrera a la dominación completa de la realidad. Todo debía quedar subsumido bajo su criterio mercantil, un criterio que empezaba desde él y terminaba él. Aquella cultura que inicialmente él había considerada rica producía sin embargo en su interior una sensación de pobreza, una miseria humana que se aceptaba como algo natural de la existencia.

Aquellos hombres que afirmaban ser el pináculo de la evolución eran en realidad incultos, ajenos a la tradición real del hombre. En su practica cotidiana el argumento principal era la violencia. El dicho básico era "cojones", y todo era por "cojones"como base y principio de la realidad. Las cosas se hacían por "cojones", había que tener ante todo "cojones" y todo el entramado de la realidad social se basaba en los "cojones".

Así, cuando Halcón contempló una foto que le enseñó Don Alonso comprendió el origen de toda la violencia y muerte que el español había derrochado en América. En la foto aparecía un antiguo dictador, caudillo por la gracia de un dios, con la espalda arqueada hacía atrás y la pelvis inclinada hacia delante para evidenciar mejor su argumento autoridad. Porque aquella dictadura, aquel gobierno del hombre sobre el hombre, se había realizado por "cojones".

Frente a tanta obsesión testicular la inteligencia se mostraba carente de sutileza alguna. En aquella cultura se apreciaba más la violencia emocional de las palabras que el contenido de ellas mismas. Se rendía culto enfin a la fuerza bruta y no al conocimiento.

Lo paradójico era que la autoridad religiosa de aquella cultura eran precisamente los hombres sin "cojones", hombres que rechazaban la realidad sexual para sacrificarla a su divinidad. Dualidad entre lo sagrado "sin cojones" y lo profano "con cojones". Dualidad basada en el mismo criterio: la sexualidad. Sexualidad que era argumento final para toda explicación del hombre. Escisión entre naturaleza y espíritu, alejando la naturaleza de toda alma y al espíritu de toda carne.

Mundo extraño para el chamán que contemplaba cómo el discurso laico se apoyaba en realidad en el religioso, en la aceptación o no del pensamiento católico como monopolizador de la existencia del Espíritu. Su dios era la única divinidad, y su doctrina la única vía. A su vez aquel poder religioso se apoyaba en lo laico, poder económico y militar, para mantener su domino sobre el pensamiento del hombre.

Junto a todo eso un pensamiento nuevo, que afirmaba ser "científico" y que se basaba en la negación de toda inteligencia creadora, de todo sentido vital. Para el indio, cuyo pensar básico se centra en la realidad del Espíritu, todo aquel mundo mecánico y racionalmente azaroso le parecía procedente de un mundo ajeno al real. Sin embargo el científico, psiquiatra o psicólogo, era ahora el nuevo

inquisidor, el que afirmaba saber qué es la realidad del alma y qué lo conveniente para ella.

Sí, existencia ajena a la Tierra. Allí estaba Halcón, encerrado en una cuadrícula de la ciudad cuadriculada, alumbrado por luces artificiales, comunicandose por sistemas electrónicos, y escuchando discursos alejados de su saber. Cuando podía abría la ventana del local de trabajo y asomaba su rostro respirando el aire del exterior. Quedaba entonces absorto contemplando el trozo de cielo que podía ver desde aquel orificio de la pared con el ruido estridente del tráfico como fondo.

Allí estaba y no lo podía negar. Había escogido libremente ir hacia este mundo y permanecer en él. El ambiente que le rodeaba no reflejaba ya nada de su mundo interno, pero aquella contradicción debía ser superada. Era su desafío y así lo comprendía. Vivir con otra mirada, convivir siendo distinto sin permitir la perdida de su diferencia. Porque aquella diferencia ya no era la del chamán entre los suyos, aceptada e integrada en su cultura, sino la distinción radical entr dos modo de existir, de vibrar ante la realidad.

Culturas, mundos distintos, habitando en un mismo espacio en el que existía tanto el angel de la tolerancia como el demonio de la intransigencia. Para él se trataba de conseguir que su mundo interior no sólo permaneciera con su propia singularidad sino que además creciera y se desarrollara del mismo modo que la realidad de la exigencia de sobrevivir y el deseo de prosperar materialmente. Un doble reto que era en realidad uno sólo: él mismo.

Y para que su cuerpo y su alma alcanzaran su realización, para que su vida desarrollara toda su potencialidad en un ambiente antagónico sólo tenía una ayuda: el Espíritu.

Aquel chamán se enfrentaba a un mundo que no era el suyo, ni en realidad el de nadie. Aquel hombre que había luchado por reintegrarse en su esencia se encontraba ahora ante el mismo dilema con el que se enfrentan sus parientes del bosque y la selva. La aniquilación de los animales consagrados por su tradición, la del cazador y el totem, la destrucción de toda existencia verde. El mundo del chamán estaba en peligro de extinción al peligrar la propia realidad natural.

Su enemigo era la máquina humana, insaciable bestia que devora y destruye todo lo vivo por su deseo de eliminación de toda diferencia. Aquella razón fría que dominaba una realidad en la que el tigre y el lobo, el águila y el oso, eran simples victimas de una bestia que lejos de

destruirse sólo a sí misma necesitaba destruir su contrario. Así como las culturas indígenas desaparecían lentamente, así como las especies se diezmaban, así crecía dominante y soberbia la única y mortífera razón, ratio económica que no comprende nada sobre el sentido y el significado.

Halcón debía mantener su realidad, pese a toda influencia, pese a toda negación. Halcón debía ser el chamán, y debía ser indio. Halcón debía ser el hombre que es por su propio destino natural. Debía prevalecer pese al ambiente que le rodeara.

Desafío del hombre de la Madre Tierra en el mundo subjetivo de la invención humana.

II.
MISTERIO

4.
Arcana

El funcionario alzó la cabeza contemplando con apatía al hombre que tenía delante.

- Señor Carlos Sanchez - repitió mecánicamente -. Veo que ha conseguido un trabajo y residencia fija en poco tiempo.

El hombre asintió en silencio.

- Ha tenido suerte - comentó el funcionario sellando los papeles que permitían habitar en su estado a aquel inmigrante hispano.

Carlos cogió los documentos que le garantizaban por fin la tranquilidad necesaria, y se despidió con un lacónico agradecimiento. La tensión en aquella sala, repleta de inmigrantes de diferentes paises en pos de la prosperidad de Occidente, provocaba que los funcionarios al cargo adoptaran una actitud de recelo y una expresión ambigüa. Trataban de mostrar en su aire que ellos no eran los responsables de la decisión de poder quedarse o no en aquella tierra.

El primer mundo, el lugar donde el hombre ha alcanzado el mayor nivel de seguridad y comodidad material. El lugar donde el futuro es determinado a nivel mundial. El reino del poderoso.

Aquel inmigrante, de apariencia singular, salió de las oficinas del Ministerio y se dirigió a una terraza donde meditar su siguiente paso.

- ¿Qué quieres? - le preguntó el camarero omitiendo el debido respeto al cliente.

Carlos Sanchez miró sin emoció al hombre y le pidió una cerveza. No era persona que midiera su realidad por la mirada del otro. Tomó la cerveza a pequeños sorbos, mientras contemplaba abstraído el volar de las palamas que, ajenas a la realidad humana, insistían en habitar la ciudad.

Al poco rato se sentó un hombre a su lado. Tenía un aspecto excéntrico, que rompía con el ambiente que le rodeaba. Parecía proceder de un otro tiempo, de un mundo antiguo y ya desaparecido. Pidió una copa, mirando con severidad al camarero, y esperó en silencio a que se la trajeran.

- ¿Y ahora? - preguntó el español tras tomar un sorbo de brandy.

El hombre llamado Carlos Sanchez no contestó. Seguía con la mirada perdida en el vacío.

- Ya - musitó Don Alonso.

Su invitado aún no sabía qué hacer. Hacía ya un tiempo que veía cómo su amigo se mostraba inquieto, sin mostrar evidencias de sentirse a sus anchas en donde estaba. Encerrado durantes y horas en un habitáculo, sin otra perspectiva que la de continuar escuchando males de amor, y en una cultura en la que carecía de reconocimiento alguno su arte, aquel joven no debía ver su futuro de modo halagüeño.

- Espero - respondió de pronto el chamán interrumpiendo los pensamientos de su compañero.

Halcón giró la cabeza y miró con una sonrisa infantil a su amigo. Aquel hombre traslucía un sentimiento de confianza y seguridad en algo que sentía le protegía. Don Alonso sonrió a su vez ante aquella expresión. Aquel hombre aceptaba regirse por la voluntad del Espíritu Misterioso que rige los caminos de la existencia.

- Un cazador siempre espera un signo, un anuncio que le indique la aparición de su oportunidad - continuó el indio.

Como el ave real que, desde las alturas, otea durante largo tiempo el territorio que se extiende ante él sin ninguna prisa ni ahogo, simplemente atento a la ocasión propicia, así se mostraba aquel indio consagrado al arte más antiguo del hombre. Sabía por experiencia que el nerviosismo difuso de querer dominar el tiempo le dispersaba, le hacía perder su dominio, y ello implicaba enfermar.

Y si enfermaba estaría a merced de la hostilidad del ambiente, y esto era algo que ya no quería experimentar nunca más. Por ello el chamán actuaba según el remedio, no por la enfermedad. En esto cifraba su voluntad, en la aplicación de su propio conocimiento. Era su propia experiencia el campo de experimentación de su saber, y así, de este modo empírico, iba desarrollando y acumulando sabíduría y poder.

- Has superado pronto el deseo de prevalecer sobre esta sociedad - comentó Don Alonso recordando su propio camino -. Para mí un proceso mucho más lento y doloroso.

Halcón sintió el alma de su compañero y asintió suavemente.

- Es tu tierra - respondió comprensivo -. Es duro que tu saber sea apartado a un lado para que sean otros los considerados sabios.

Don Alonso negó con la cabeza.

- No. Se trata de un asunto personal. Yo sabía que tradicionalmente los magos no han tenido importancia sobre la civilización - aseveró el español -. Conservamos lo bueno, procuramos que siga existiendo nuestra tradición pese a la marcha implacable de su negación.

- ¿Qué quieres decir con un asunto personal?.

El español bajó la cabeza con aire dolido.

- No supe distinguir mi persona del Arte durante largo tiempo. Todo lo personalizaba, todo se refería a mí y para mí. No comprendía que yo era un elemento del todo, creía ser todo lo que significaba el Arte.

Halcón se encogió de hombros.

- Yo también he pasado por ello - murmuró -. Forma parte del propio proceso del círculo.

- Sí, pero el no saber distinguir mi lucha personal de la lucha impersonal me trajo mucho dolor. Creía ser el único combatiente frente a un mundo ciego y destructor.

Halcón suspiró con lentitud.

- En el fondo es así - respondió grave -. Cada hombre lucha desde su propio puesto y para él todo el combate se halla en su lugar.

- Aún así no debí defender algo que iba más allá de las tonterías de esta época - se dijo Don Alonso molesto consigo mismo.

El indio le miró con fijeza y de pronto sonrió ferozmente.

- No lo dices en serio - respondió burlón.

El español sonrió de manera pícara y divertida.

- Por supuesto que no - dijo acabando su copa -. Faltaría más.

Calló un momento recordando algo y se irguió de pronto en su asiento.

- El presente, nuestro presente -habló excitado - es todo lo que hay. En él se une el ancestral y poderoso pasado con el gran futuro.

Miró hacia el horizonte y sonrió con ojos brillantes.

- Sí - dijo paladeando la palabra -. El es el autentico campo de batalla. En él se marcan los hechos de poder de un hombre. En él se escribe, con letras de vida, el tiempo.

Halcón dejó que las palabras vibraran en el aire durante un tiempo.

- Hablas con fundamento hombre - respondió finalmente.

Volvieron a callar. Don Alonso pidió dos copas de brandy y continuaron bebiendo. Halcón reflexionó sobre aquellas palabras acariciando la copa. Sabía lo que estaba sugiriendo su amigo, de la idea

implícita en todo aquello. Se trataba de pasar a la acción, de encender las corrientes de fuerzas que marcan la realidad.

- No es este mi territorio -dijo finalmente dejando la copa en la mesa de modo seco y energico provocando que sonara un golpe.

Don Alonso sonrió con ironía y dejó a su vez la copa también con un golpe sonoro en la mesa.

- El escenario lo define el artista - respondió el veterano mágico -. En el fondo dudas de tu poder.

El chamán no respondió al desafío.

- Uno que es de los nuestros actúa por el mismo, expresando la voluntad profunda que le mueve. No es obra de otros, sino autor de sus hechos.

El indio apretó con fuerza sus mandíbulas. Su nagual lanzón un grito en su interior, expresión pura de su libertad, pero le contuvo firme.

- No te engañes, nadie te ofrecerá la situación propicia para que muestres quién eres - susurró Don Alonso ante el mutismo de su amigo.

- No necesito mostrar a nadie quein soy - respondió cortante y con furia contenida -. Soy porque soy, nadie puede quitarme eso.

- Eres tú el dueño de tus hechos, tú el interprete del Espíritu que te anima - insistió Don Alonso mirando a lo lejos -. Tuya la ejecución del poder que en tí habita.

El chamán meneó la cabeza con disgusto.

- ¿Qué buscas Alonso? - le miró con recelo.

El español soltó una carcajada estentórea, una risa teatral que hizo que la gente de otras mesas le mirara. Era un sonido feroz, que mostraba explícitamente la lejanía con la convención social.

- Acción - respondió enfático.

Cerró sus manos y las movió como puños, las abrió y comenzó a modelar con ellas algo en el aire. Finalmente volvió a cerrar las manos para volver a boxear con un enemigo imaginario.

- Ya - musitó lacónico el chamán.

- Sí - respondió bajando la cabeza con fuerza Don Alonso -. Debemos liberar la potencia del hombre, utilizar las potencialidades de nuestro interior expresándolas por medio de nuestro Arte.

- No es ningún deber - volvió a musitar el chamán con la mirada baja.

- Es cierto. Es Deseo de la Tierra y es ejercicio de nuestra libertad.

El chamán se evadió de aquella afirmación. No quería seguir por ese camino.

- Creía que un volador lo era porque era libre. Pero veo que en tí la tiranía te doblega.

Don Alonso chasqueó la lengua de modo curioso. Halcón se tensó ante aquel sonido. Era de su tribu e indicaba desagrado y algo más: cobardía del hombre ante su propio desafío.

- Los jovenes de ahora... - continuó implacable el español -. Parecen viejos.

La sangre finalmente ardió y el corazón lanzó su grito en el alma del chamán. Sus ojos se encendieron y su aliento rompió la quebrada de su cuello para surgir como voz.

- Soy Halcón Rojo - afirmó el indio -. Soy hombre del espíritu, soy hombre del misterio, soy hombre que hace.

Se levantó y alzó su rostro al cielo, dejando que la luz del Sol le acariciara.

- Soy hijo de luz, soy el hombre que es.

- Yo sé quien eres - dijo Don Alonso con voz extraña.

El chamán giró su rostro intuyendo que aquel hombre sabía un secreto de su realidad.

- Eres hombre del trueno -lanzó confiando el español.

Halcón miró con sorpresa a su amigo.

- ¿Cómo sabes eso? - respondió aún de pie el chamán.

Don Alonso alisó su cigarro lentamente. Sacó de su bolsillo un mechero y lo encendió. La llama del mechero se mantuvo un instante entre la mirada de ambos.

- Cosas mías compañero, cosas mías - respondió lentamente mientras encendía con cuidado el cigarro que mostraba su encarnada brasa.

El indio se mantuvo inmovil sintiendo el aire del mundo. Finalmente sonrió y se sentó con parsimonia.

- Qué bueno - murmuró contento.

- Pero usted qué opina - insistió aquel joven de aire extraviado y actitud confusa.

Don Alonso meneó la cabeza.

- Amigo mío - volvió a repetir -. Yo no soy quien para afirmarle o negarle nada de su propio camino.

El joven adoptó una expresión suplicante, demandante de apoyo. Necesitaba que alguien le diera la fuerza, el impulso, para lanzarse hacia algo que le atraía desde sus sueños. Buscó encontrar la respuesta deseada en su interlocutor adoptado otra postura.

- Usted es un hombre sabio en estas cosas - comenzó halagador.

- ¿De qué cosas? - interrumpió Don Alonso enarcando asombrado las cejas.

- Pues...no sé...del ocultismo, del esoterismo...ya sabe...de esas cosas.

Don Alonso adoptó una expresión completa de perplejidad quedando en silencio.

- Joven, no sé quien le habrá dicho eso - respondió finalmente con aire burlón.

Su interlocutor bajó la cabeza y permaneció callado. Aquel joven era vecino de Don Alonso desde hacía ya muchos años. Era asiduo visitante de la nutrida biblioteca del gentilhombre, alentado siempre en su lectura por el propio Don Alonso. Aquel joven había mostrado una capacidad fuera de lo común en la adquisición de información, su voracidad era similar a la de Don Alonso. Además de ello poseía una inteligencia privilegiada que le había permitido obtener tres títulos universitarios en un tiempo record.

- Sus libros, la elección de los temas - contestó el joven -. Siempre creí que usted era un experto sobre ello a juzgar por el volumen de libros que posee.

- Leer no implica nada - sentenció Don Alonso con gesto de indiferencia.

Sonó la cerradura de la puerta de la casa, y alguien entró en ella. El joven, nervioso e inquieto, se envaró instintivamente. Se escucharon unos pasos, suaves y apenas perceptibles, y apareció en la estancia un hombre de apariencia singular.

- Hola, como estamos - dijo sin mirar al joven.

- Bien, bien - respondió Don Alonso levantándose de su sillon.

El joven se levantó a su vez de modo apresurado y torpe, sin saber bien cómo reaccionar ante la presencia de aquella persona que no conocía.

- Joven, le presento a mi invitado Carlos Sanchez - anunció Don Alonso solemne.

Halcón tendió la mano al joven y quedó un momento inmovil al estrecharla. Luego chasqueó la lengua de manera extraña.

- Sí - murmuró Don Alonso.

- Me llamo Juan Valverde - se presentó a sí mismo el joven ante la mirada de complicidad de los otros dos.

- Que bueno - murmuró el indio sentandose lentamente en un sillón.

Don Alonso también se sentó. El joven quedó de pie un instante, ante la mirada de ambos hombres, y finalmente también se sentó con aire incomodado.

- Aquí mi vecino cree en cosas de brujos y hechiceros - dijo en voz alta Don Alonso.

El joven enrojeció bruscamente y pareció desaparecer dentro del sillón. Halcón sonrió ante aquella reacción.

- Bueno - comenzó a defenderse Juan -. Es una teoría que tengo sobre su existencia.

- ¡Ah...! - remachó irónico Don Alonso -. Una teoría.

- Sí, verá - balbuceó el joven luchando consigo mismo - según lo que he leído e investigado...

- ¿Pero tú qué sientes? - cortó de pronto el indio.

- ¿Cómo? - respondió aturdido Valverde.

- ¿Qué sientes? - volvió a preguntar el chamán.

El joven meneó la cabeza negando inconscientemente con ella.

- Bueno, verá...- comenzó titubeante.

- Digo aquí y ahora - insistió Halcón.

- ¿Cómo? - respondió extrañado Juan -. ¿Aquí y ahora?.

- Sí - contestó paciente el indio.

Valverde menó la cabeza aún más confudido.

- Bueno...no es una cosa de sentir. Esto es un asunto de pensar, de poseer una información especial que te permita...

- ¡Tonterías! - estalló Don Alonso.

Juan calló avergonzado. Algo pareció brillar en su interior, como un fuego oculto, pero lo reprimió para hundirse en un profundo abatimiento.

- Estoy loco, lo sé - murmuró pidiendo lastima y consuelo.

Nadie dijo nada. Halcón miraba fijamente a aquel joven que tenía delante. Era un hombre alto y barbudo, fuerte pero con una actitud de indefensión y lucha interna que le impedía acceder a su propio poder.

- Aquí Carlos Sanchez trabaja con esas cosas del tarot - rompió el silencio Don Alonso.

Halcón miró un momento a su compañero con un relámpago de disguto en sus ojos. Don Alonso mantuvo su mirada y el chamán comprendió el sentido de aquella expresión.

- Sí - respondió lacónico.

- Vaya, juraría que usted es indio.

Halcón miró con sorna a Valverde.

- Sí, es evidente.

- No sabía que los indios manejaran las cartas.

- Yo sí - suspiró Halcón.

- Ya...- respondió Valverde sin saber qué decir.

A su mente asomaron decenas de lecturas sobre chamanes y ritos indios.

- Y digame, conoce usted algún chamán - preguntó con aire intelectual.

Halcón sonrió suavemente.

- Sí, conozco alguno - contestó asintiendo con la cabeza.

- Ya sabes Juan. Esos indios siguen anclados en supersticiones y tonterías - comentó Don Alonso.

- Ya, claro - respondió el joven confundido, sin atreverse a mirar a Halcón.

Don Alonso se levantó dirigiendose al mueble-bar. Extrajo una copa para Halcón y depositándola en la mesa llenó las copas de un brandy añejo.

- Bebamos - exclamó alzando la copa.

Brindaron y de pronto algo como un estremecimiento del aire surgió en la habitación.

- !Shakan¡ - exclamó Halcón.

Valverde quedó inmovil con la copa en la mano, como congelado por algo que le hubiera atravesado.

- Qué cosas - murmuró Don Alonso.

Juan menó la cabeza aturdido. Algo en su interior luchaba por salir, finalmente volvió a adoptar su expresión habitual.

- Enfin, seguiré investigando sobre esta idea - dijo a Don Alonso.

Halcón meneó la cabeza asintiendo para sí mismo.

- No recuerda - le murmuró a Don Alonso que a su vez asintió.

- ¿Cómo? - saltó Valverde intrigado.

- Nada, cosas nuestras -evadió el español.

Quedaron todos callados. En el silencio de la estancia el sonido del reloj de pared marcaba el tiempo a un compás inexorable.

- ¿Pero tú crees en el destino? - preguntó Don Alonso a su vecino.

Valverde se encogió de hombros.

- No sé, supongo que todos tenemos uno.

- Tú, por ejemplo - habló Halcón.

- Sí, yo también claró está - asintió ausente.

- Aquí mi joven vecino tiene un sueño. Afirma que en un lugar perdido y remoto existe una cultura de sabios olvidados por la civilización.

- ¿No me digas? - exclamó con ironía el chamán.

- Bueno, es algo que he deducido de mis lecturas. Debe existir una fuente de donde ha surgido todas las tradiciones y el conocimiento esotérico.

- Natural - respondió el indio.

- El hecho es que estoy convencido de que existen - continuó Valverde con cierta excitación en su voz.

- ¿Y qué quieres decir con esto? - preguntó Don Alonso.

- Que el hombre que les encuentre hará un formidable descubrimiento antropológico.

- Antropo...lógico - musitó Halcón.

- Sí - respondió excitado del todo Valverde. La bebida comenzaba a subirle a la cabeza.

- Tú mismo podrías ser ese hombre - sugirió Don Alonso llenando la copa al joven.

Este, abstraído, cogió la copa y la tomó de un trago. El anfitrió sonrió y volvió a llenarla.

- Sí, yo podría ser. De hecho lo intenté, pero la universidad no me quiere conceder ninguna beca de investigación para ello.

- Burócratas. El mundo nunca se movió gracias a ellos - exclamó Don Alonso con un gesto de desprecio.

- Sí, claro. De hecho no es tan dificil. Un poco de dinero que puedo conseguir de mi familia, y comenzar claro.

- Veamos si es tu destino - murmuró con aire misterioso Don Alonso.

Se levantó y se dirigió hacia un mueble. De él extrajo solemnemente unas cartas de tarot. Se acercó a Halcón y se las entregó ceremonialmente.

- Tú que sabes algo de estas cosas - le dijo.

El chamán le miró y asintió lentamente. Barajó con suavidad y luego colocó las cartas una a una, de dorso, sobre la mesa.

- Sólo una carta necesitas, ella te dará la respuesta - susurró Halcón concentrandose en el Misterio.

Algo extraño surgió en Valverde. Sus ojos por un momento se transformaron mostrando a alguien distinto.

- Sí - respondió perdido en la marea de su alma.

Alzó su brazo y comenzó a mover su mano sobre las cartas. Finalmente la dejó parada en una de ellas.

- Cogela, es tuya - murmuró Don Alonso.

Valverde tomó la carta y la miró. Quedó inmovil contemplándola, con rostro perplejo, como si aquella carta fuera un espejo donde se reflejara el impulso profundo de su alma.

- Es el Misterio el que te reclama - susurró Halcón.- Ella te ofrece un destino.

Juan Valverde, hombre llamado, se levantó lentamente. Tomó la copa de un trago y ligeramente tambaleante se dirigió hacia la salida.

- Me tengo que ir - sonó su voz envuelta en mares ocultos -. Muchas gracias por todo.

- Buena suerte - alzó la voz Don Alonso mirandole con expresión conmovida.

La puerta de la casa se cerró. Ambos hombres quedaron en silencio mirando la carta.

- Qué bueno - musitó Halcón.

- Sí - murmuró Don Alonso.

En la mesa una simple carta descubierta destacaba ante las demás cartas ocultas. La elección de Juan Valverde. La carta cero del tarot, con la imagen de un joven andando por un camino, inocente y ajeno a los peligros.

Un hombre, sólo y movido por la voz del Misterio, avanzaba rumbo a la aventura.

Conciencia que camina.

Irritado, cada vez más irritado. Y callado, sin otra salida que callar. Dura es la existencia.

- En suma - resumió la encargada -. El peor rendimiento de media es el de Carlos.

El grupo miró al que había sido apartado del éxito, al que no funcionaba correctamente. La empresa cronometraba mediante un sistema informático la duración de las llamadas de sus operadores, y las de Halcón habían sido minuciosamente registrada y analizadas estadísticamente. La buenaventura del indio no podía competir con el discurso ocultista y el diálogo de porteras del resto de sus compañeros.

- ¿Qué pasa? - le increpó la encargada con aspecto de bruja moderna -. ¿No te sientes integrado en el grupo?. ¿No crees en tu trabajo?.

Halcón parpadeó ante aquella sesión de grupo. Bajó la cabeza y buscó alguna disculpa.

- Lo siento -respondió -. Mea culpa.

Se tocó el pecho imitando el rito católico de inculpación. Al instante un ramalazo de orgullo surgió de su pecho. Se lo tragó y siguió mostrando aspecto de cordero bobalicón. Todo aquello comenzaba a marearle, perdía suelo y no sabía de qué modo eficaz reaccionar.

- Tendría que aprender de alguno de nosotros - saltó el típico enterado del grupo. Era un tipo de esos que leen manuales de "Cómo leer el tarot en diez días" y que los escupe al pie de la letra.

El indio sintió que iba a aplastar a alguien.

- Trataré de mejorar - cortó el examen crítico de su personalidad retirándose de la reunión.

Aquella marcha le tachó aún más de antisocial y anticolaboracionista. Sentado en su silla, en un habitáculo de tabiques de plástico, con medio metro de ancho y treinta de profundidad, el indio trató de aislarse del lugar por un instante. Debía reflexionar sobre todo aquello. La situación que se iba creando no le gustaba nada. Mas tarde o temprano tendría que irse de aquel trabajo. Aquella forma de interpretar el futuro por las cartas, a toda máquina telefónica, comenzaba a resultarle insufrible.

Pero...¿qué hacer?. Carecía de salidas laborales, los trabajos que existían en el mercado eran de tipo temporal y exigían además una cualificación que él no poseía. No le afectaba el hecho de que ser tratado como un incompetente en su trabajo. De hecho reconocía su impotencia a la hora de ficcionar una historia y contarla con la actitud

de estar leyendo el futuro de un desconocido. Aquella realidad telefónica tan alejada de la realidad, paradoja de la vida urbana y sus mundos virtuales, le hacía sentir que habitaba en un mundo de plásticos y cables electricos.

En suma, resumió para sí mismo,no tengo salida. Cuando le despidieran, algo que ocurría más tarde o temprano, por su ineficacia tarotista se encontraría en una situación bien enojosa.

- Me rindo - se dijo el joven chamán contemplando la habilidad de charla y poderes ocultos que esgrimían las personas que tenía a su alrededor.

Envidia. Sentía envidia.Aquello comenzaba a llegar al límite del absurdo. Y junto a ello un fondo de resentimiento. Sí, ellos tan bien integrados en aquella estupidez y él mostrandose estúpido en la estupidez. ¿Qué significaba aquello?. Ser estúpido en una estúpidez. ¿Era un elogio o un insulto a su capacidad?.

Recibió una llamada y soltó al cliente una ficción de principio a final. Colgó y miró a su alrededor. Sí, él también era listo, tanto como los demás. Exito para la empresa, nada para el propio Halcón.

Suspiró y se relajó en la pequeña silla. Tenía que aceptar que se sentía resentido con su suerte, con el propio ambiente que le rodeaba. Nunca había imaginado hallarse en semejante situación, y con aquellas nulas expectativas de futuro.

- Solomillo - se dijo recordando a su familia.

Meneó la cabeza cansado. Para su gente él era un hombre de poder, el indio mágico, el doctor, el guía que conocía los caminos. El aliado del Misterio.

Pero todo aquello aquí no era nada. La gran ciudad le invadía, ahogaba su sentimiento de individuo nutrido en la soledad de las montañas. Aquí era un átomo con las mismas necesidades y deseos que el resto de átomos. En aquel lugar poco importaba que fuera chamán, cura, ateo marxista o cualquier otra cosa. En aquella ciudad el criterio era el éxito económico, la máxima eficacia en la obtención de dinero.

Campo de concentración económico donde cada día circulaba el dinero de mano en mano.Donde caían y ascendían hombres, donde se sucedían dramas y alegrías, muertes y nacimientos sin ninguna alteración en el orden. Aquí cada noche un hombre caía al suelo, roto, derrumbado por las trampas de un mundo insensible. Abrirse al caos de la ciudad, a su pozo negro, era hundirse en las peores aberraciones y las

mayores desgracias. Ciudad que se jactaba de su riqueza y en sus margenes mostraba su miseria. Jungla artificial en la que el debil perece y el fuerte es exaltado. Lugar violento y cruel donde habita el miedo oscuro.

Aquí el misterio se difuminaba ante las luces artificiales y el ruido constante. Marcha implacable de una máquina sin descanso. Televisores permanentemente funcionando emitiendo desgracias terribles y cotizaciones de bolsa que regían los destinos de los hombres. Aquí el nagual del chamán, su vinculo natural, de nada servía. Su talento era simple extrañeza que ni siquiera era apreciado entre aquellos que formaban el submundo, de los muchos submundos, del ocultismo.

Notaba que iba perdiendo su singularidad, el orgullo nacido de su trato íntimo con el Espíritu. Su destino ya no era propio de cantos de poder, era un vivir similar a los metros y autobuses que cogía. Apiñado, empujado, casi sin espacio propio. Transporte colectivo, común y ordinario. Su camino era como las calles, público y para todo el mundo.

Su calidad, su diferencia esencial que marcaba su existencia, se desvanecía ante el reino de la cantidad y la ausencia de calidad real ya que la calidad que se ofrecía era pura cuestión de cantidad de dinero. Los tópicos reinaban insolentes, la sutileza era un estorbo y las propias expectativas de destino propio eran consideradas como un signo de arrogancia y separación inmoral.

Aquí, en la metrópolis de la gran sociedad de la única civilización, aquel indio se mostraba como una chispa de excentricidad destinada a su extinción. Su rareza no le distinguía con dignidad ino que le marginaga. Su sensibilidad no le otorgaba poder sino que se mostraba como un obstáculo para habitar con comodidad en la ordinariez considerada como única y legítima realidad posible.

En su interior aquel joven chamán sentía un vago temor. Temor a que el Espíritu no le ayudara en su camino, de que fuera olvidado en la multitud indistinguible y todo dependiera de sus propios medios. Lanzado a la competencia por recursos detentados por unos pocos en un mercado anónimo e impersonal.

Aquel hombre sabio aún tenía desconfianza, poco conocía todavía al Misterio, y por ello le juzgaba según las categorías que iba adquiriendo en su vivir, sean conceptos surgidos de una realidad mediocre y

avasalladora o de algo muy superior a ella. El camino del amor lo anda el hombre paso a paso, y como el Misterio es Misterio y ningún hombre puede traspasarlo, su conocer se limita a su caminar.

Mientras Halcón se hundía lentamente en silla, aceptando pasivamente el reinado del hombre civilizado y su insolente trato a la realidad viva, fuera del habitáculo donde trabajaba brillaba la Luna. Allá, allá fuera, imperaba el Poder Real. El cielo se llenaba de nubes, y el misterio del trueno y la lluvia susurraba al aire.

En otro tiempo el chamán hubiera notado su canto, pero hoy, en ese lugar y momento, su alma no vibró. Su vinculación se debilitaba y con ella la conciencia de la realidad a la que tanto amaba.

- ¿Recuerdas al joven del otro día? - le comentó Don Alonso al verle.

Halcón afirmó con la cabeza.

- Se marchó al día siguiente - continuó sin mostrar el español reacción aparente.

El indio bajó la cabeza con la mirada fija en ninguna parte.

- Su sueño era más grande que el mundo en el que vivía - murmuró abstraído el chamán.

- Sí - respondió Don Alonso perdiendose él también en su alma.

Ambos quedaron en silencio, con una sensación de melancolía que les unía en un mismo sentir.

- Esta realidad es más fuerte que yo - confensó Halcón.

Don Alonso suspiró. Todo aquello era más dificil de lo que parecía. El chamán aguantaba día a día las sandeces de su trabajo, sin posibilidad de encontrar otro oficio. La mediocridad, incesante e insidiosa, iba minando la resistencia y sensibilidad de su invitado.

- Aquí todo es pequeño, dominado por gente pequeña y mezquina a la que se le otorga un poder enorme e inmerecido - continuó el indio.

Don Alonso aguardó callado lo que intuía iba a ocurrir.

- No lo aguanto esto - estalló Halcón.

- Yo tampoco - confesó el español.

- Entonces, qué hace usted aquí - respondió aún enojado.

- Este es mi sitio, este mi lugar. No pienso permitir que nadie me aparte de la realidad - dijo apretando fuertemente su puño derecho.

- ¿Pero qué realidad? - exclamó Halcón -. Este lugar carece de contacto alguno con la verdadera realidad, es un mundo aparte, alejado de todo.

El mago se levantó y contempló el reloj.

- Aún podemos verlo - dijo -. Te invito a ver algo muy especial.

El indio dió una palmada, alejando la irritación de sus nervios y respiró fuertemente.

- Vamonos - replicó lacónico.

Tomaron un taxi para llegar al parque de la Ciudadela. Entraron y dieron un paseo. Don Alonso dejó que durante un rato el indio se uniera al ambiente del lugar. Cuando notó que su amigo estaba más relajado por el contacto con la verde tierra, decidió dar el siguiente paso.

- Vamos allá - dijo con brío.

Se dirigieron al zoológico y al entrar el indio dió una paso hacia atrás.

- No me gusta este sitio - murmuró notando la sensación de encierro.

- Valor compañero, has de ver lo que has de ver - le respondió Don Alonso sabiendo el dolor que iba a provocar a su amigo.

Pasearon contemplando a los diferentes animales. Al llegar a los felinos Halcón se entristeció.

- Está enfermo - dijo contemplando el alma del leopardo que se movía frenético de un lado a otro.

- Sigamos - murmuró el español.

Llegaron a una jaula pequeña. Allí, quieta y sobria, se hallaba la reina de las aves, el aguila imperial. Halcón quedó fijo mirando aquel lugar donde se hallaba el ave. Un espacio cerrado, enrejado por todos lados, alejando al animal de toda posibilidad de vuelo.

- Ladrones de alma - murmuró de nuevo Don Alonso.

Aquel ave cuya esencia misma era el vuelo había sido apresada y enjaulada para el disfrute de unos bípedos presuntuosos. La monstruosidad de aquel acto, la ciega crueldad que no reparaba en el hecho mismo de matar el alma de un animal provocó lágrimas en los ojos del chamán.

- Asesinos -. susurró sintiendo la lejanía de su sentir ante todo aquello.

Suspiró tragando su dolor y silbó una melodia para el águila. Esta meneó levemente sus alas.

- Qué fuerte y valerosa es - exclamó el chamán -. Aún cree en el vuelo.
- Sí - respondió Don Alonso absorto en su pensamiento.
Siguieron caminando y viendo animales enjaulados. Finalmente salieron del lugar con un indio deprimido y entristecido.
- El hombre no perdona las diferencias - comentó Don Alonso invitándole a sentarse en un banco.
- Es el blanco que encierra a todo. No sólo a los indios - dijo Halcón recordando las reservas.
Las palomas volaban por el cielo ajenas a todo.
- El halcón es capturado, la paloma es libre - murmuró el indio observando su vuelo.
- No atentan contra su importancia, por ello las deja tranquilas.
El chamán meneo la cabeza confuso. Aún mantenía en su mente la imagen de un animal amado enjaulado por el simple hecho de ser él mismo.
- Llevamos miles de años así, y lentamente vamos liberándonos - comentó Don Alonso.
- No me gusta su historia.
- Tú has venido por ella - contestó enigmático Don Alonso.
Halcón giró su cabeza para mirar fijamente al español.
- Por él, ¿verdad? .
- Por todo lo que él representa. Su victoria ha de ser la de cada uno de nosotros.
- Incluso la de un indio en una gran ciudad - murmuró irónico el chamán.
- Incluso la de un brujo en esta cultura - respondió Don Alonso tocándose el pecho.
Halcón meneó la cabeza con escepticismo.
- Ahora es posible. Ya sólo queda burla, incomprensión o simple indiferencia. Desapareció la condena de muerte o prisión por nuestro saber - continuó el español.
- Ya - respondió el indio cansado de tanta estupidez.
Don Alonso se levantó de súbito enfurecido.
- ¿Crees que no sé lo que digo? - estalló él al fin -. ¿Crees que no he vivido ultrajado, temiendo en todo momento mi final?. ¿Crees que no me he arrepentido de ser yo mismo?.¿Crees que no he vivido la locura y el sufrimiento?.

El español calló mirando al suelo. Su figura se mostraba triste.

- Sí, tú presumes del hecho de ser indio y ser injustamente afrentando por el blanco. Yo no puedo presumir de ello. Todo lo perdí, mi honor y mi honra. Fuí insultado, rechazado, despreciado. He vivido el escarnio del exterior aumentado diez veces en mi interior.

- El infierno de estos enfermos - murmuró el chamán.

- Y mi propio infierno. La negación de mi razón, que me hacía pensar ideas que negaban sus dogmas. La negación de mi propia experiencia que me mostraba la verdad negada por su ignorancia.

El chamán asintió comprensivo.

- Yo también he vivido eso - respondió lentamente.

- No. Tú no los ha vivido como yo. Tú tenías tu gente, tus montañas, el aire libre de la Tierra. Yo sólo tenía las calles, la miseria diaria, el enfrentamiento constante.He vivido asustado por todo y por todos hasta acabar viviendo en un pozo negro donde cualquiera podía lanzarme sus excrementos.

- Y lo hacían - murmuró el chamán conocedor del alma humana y su miseria.

Don Alonso suspiró y continuó con voz ronca.

- Expulsado de su mundo, alejado de todo empleo. Símbolo público de lo indeseado, saco de burlas y afrentas para cualquiera. Penetrado por toda voz, poseído por gritos, invadido por un ruido que nunca cesa en este lugar.

El español apretó sus puños y el furor hizo temblar su cuerpo.

- El deseo de morir y matar. La violencia y el miedo a la misma violencia. Desear mil veces derramar sangre. Sentir la cobardía completa, el temor ante cualquiera, la sumisión completa de mi alma que degrada hasta la propia virilidad.

- Es sólo el infierno compadre - le dijo en su susurro el chamán.

Don Alonso asintió calmándose. Se agachó y tocó la tierra.

- Pero esta tierra es antigua, y su pueblo aún conserva sabiduría. Aquí han estado muchos pueblos, y sus raices se nutren desde la noche de los tiempos. Por eso es mi tierra, y nadie me expulsará de ella. Mi verdad es superior a mí porque es verdad, por tanto no negaré su existencia en mi vivir y continuaré existiendo tal como soy. Pese a quien pese, incluso a mí cuando no soporto la estupidez.

Don Alonso quedó absorto en sí mismo. Finalmente alzó su cuerpo, volviendo a adoptar su porte caballeresco con una sonrisa altanera en sus labios.

- Enfín, lo típico - suspiró irónico encogiendose de hombros - El dolor no ha de negar ni ocultar la grandeza.

Halcón calló un largo rato. Don Alonso se sentó respetando el silencio de su compañero.

- El Espíritu te guarda - habló finalmente.

- No hay Reina más bella que la de esta tierra - exclamó ufano Don Alonso.

El indio estrechó sus ojos recordando una imagen.

- Es buena tierra para morir - murmuró.

- Es su deseo de que aquí se cumplan sus misterios - susurró Don Alonso -. Y recuerda que no eres el único indio de estas tierras.

- Sí, lo sé - asintió Halcón.

- No. No lo sabes como lo sé yo - dijo Don Alonso mirando a la verde tierra y el cielo azul.

El chamán se levantó del banco y quedó de pie ante el español. Don Alonso se levantó a su vez. El indio colocó una mano en el hombro derecho y asintió solemne.

- Tú eres hombre bueno - habló con gravedad - Tú eres sabio. Tú eres digno. Todo enemigo tuyo será ahora mi enemigo, y todo amigo tuyo mi amigo.

Colocó su otra mano en el hombro izquierdo y acercó su boca a su oído.

- Yo vengo desde el Origen, dice - susurró suavemente -. Yo soy el hombre, dice. Que mis aliados sean tus aliados, que mi raiz sea tu raiz.

Don Alonso bajó la cabeza con respeto. Halcón dió un paso atrás y bajó también su cabeza.

- Gracias hermano - murmuró aquel que conocía la leyenda.

Un pájaro verde y dorado pasó entre ambos y se alejó con su canto hacia el horizonte.

El chamán miró al ave y luego a Don Alonso.

- Qué bueno - dijo sonriente mirando con curiosidad a aquel hombre.

El hombre ojeaba las facturas, examinando el nuevo gravamen de los impuestos en ellas incluído. Observó la artimaña bancaria que conseguía extraerle una nueva deducción, la subida de los precios por una imaginaria inflación que nunca cesaba. Aquel hombre comenzó a pensar en números, en cifras de dinero, obviando la voz envuelta en miedo oscuro que le gritaba la necesidad de tener más, de asegurar su existencia mediante la posesión de una mayor cantidad.

Aquel yugo sólo oprimía una faceta de su ser, una identidad llamada 36.978.987-C. Había tardado en comprender que todo aquel mundo que le exigía su alma le había bautizado con aquel nombre. Un nombre numérico que finalmente él había aceptado y desde el cual tenía que pensar. Atomo innecesario del engranaje económico había conseguido adaptar su mente a aquel juego de reglas frías y precisas que formaban el sistema económico.

Suspiró y se reclinó en su asiento. Su mente dió un paso atrás y volvió a pensar desde un nivel más profundo. Ahora era Alonso Ventura Maya, hijo de su madre y su padre, natural de su tierra y marcado por una cultura determinada.

- Qué fatiga - volvió a suspirar dejando los papeles que le informaban sobre su dinero y posición en la escala económica.

Dinero con el que tenía que bregar hasta que muriera. Condena que empezó cuando se se hizo adulto y que sólo terminaría cuando se abonaran los recibos del entierro. Recordó cómo en otro tiempo había traducido su vida entera en términos económicos, en potencial de compra y venta, en capacidad de obtención de dinero y saldo bancario. Era cuando había pretendido ser como “se debe ser”, es decir, realista y pragmático, de “pies en tierra”. Todo por esconder su extravagancia ante el mundo que le rodeaba, su temor a ser simplemente él mismo.

Al aceptar el criterio básico, tanto tienes tanto vales, todo se mostraba claro y diáfano. Todo poseía un precio y se movía por dinero, el sentido era conseguirlo, ser capaz de demostrar tu valía en la capacidad económica. Asumiendo aquel traductor existencial podía hablar sobre cualquier cosa sin equivocarse, todo se cifraba al final en dinero, y aquella sensación de certeza le permitía moverse por el mundo con seguridad y confianza.

Certeza indudable, infalible, madura y realista. Por fin sentirse alejado de fantasías, comprender el mundo de los adultos: todos buscan lo mismo, todo se mueve por lo mismo.¡Qué facil resulta la realidad!.

No hay nada que no resulte ser dinero, todo lo esconde como esqueleto de la realidad humana. Sus deseos tienen una cifra, tener gusto es tener dinero. Ser de una clase social u otra es simplemente tener. Sin más.

Pensando así ya no atenta contra nada. Poco importa que sea bueno o malo, valiente o cobarde, necio o sabio. La única categoría real es cuantitativa, y se muestra cualitativamente en signos de identidad social, en propiedades, en potencia de consumo o impotencia de obtención. Al perro con dinero lo llama Don perro, y al hombre sin dinero se le trata peor que a un perro.

Lo demás, todo lo demás, son buenos sentimientos, ideales para el tiempo libre, añadidos estéticos que permiten un cierto barniz a las cosas. El dinero no necesita nada para prevalecer, su razón es poderosa, su practica implacáble. Gobierna un mundo donde todo se fabrica y se vende-compra, donde todo el resto del universo es azar, alejado de razón y medida. Gracias al dinero formas parte del único y verdadero cosmos, sin él vives apartado, alejado de la realidad. Por ello has de competir, y tener cuidado porque siempre hay otro que quiere tu dinero.

Así son las cosas y así las pensó durante años. Era como debía ser, un hombre de mentalidad moderna. Formaba parte de la corriente, de la gran fuerza histórica que todo lo moldea y configura bajo su criterio. Su sed de poder había encontrado al fin al auténtico poder, al que hace y deshace, domina y posee toda la realidad. Sí, al fin era un hombre integrado, vestido según las formas, dispuesto a conseguir más y más de ese poder que nunca termina por poseerse del todo. Siempre hay un nuevo nivel que le muestra que arriba hay alguien con más poder, más rico, con más ventajas. Imposible quedar satisfecho, nunca es suficiente.

Pero un día, sí, un día...

Meneó la cabeza y se levantó para dirigirse hacia la terraza. Ruido, gritos de gente insultando a otra gente, tacos, sonidos de claxón, olor de aire cargado de todo menos de aire.

- Más de lo mismo - murmuró contemplando al hombre que se acercaba rozando suavemente con la mano los arboles de la acera.

Era un hombre de pelo largo, con un andar felino y tenso, con la actitud de un extraviado, de un enajenado del mundo. Aquellas caricias que realizaba sobre los arboles indicaban que no era un hombre

correcto, que no actuaba según las normas estrictas del comportamiento en la vía peatonal.

Alonso pensó en sí mismo desde un nivel aún más profundo. Sus ojos brillaron, ahora era un ser mágico, un hombre que moría no sólo al juego económico, a la realidad medible y obtenible por dinero, sino también a la cultura que le acompañaba. Cultura basada en la moral y el juicio permanente sobre la cualidad humana. Herencia del ser social, de ente civilizado, que formaba su mente. Mentalidad basada en la condena por el hecho de existir como naturaleza, y posible salvación por ser miembro del mundo que ella define. Has de abjurar de todo lo que no sea esa mente para poder pertenecer a los elegidos que son salvados.

El hombre que paseaba por la calle paró y miró hacia arriba, en dirección a donde estaba Alonso. Sus ojo se encontraron. El peatón le miraba con una sonrisa extraña. Alonso captó su fuerza y asintió lentamente.

- Tutún - susurró el hombre al que un día nombraron en un rito colectivo como Alonso.

El indio contemplaba con frialdad las charlas de sus compañeros, el hablar nervioso que llena el tiempo muerto de los clientes insatisfechos, la preocupación fingida por sus problemas, el fastidio de escuchar por enésima vez las mismas historias. Aquellos usuarios anónimos pagaban por ser escuchados, por oir hablar de ellos mismos, por ser importantes durante un tiempo mediante el pago de un dinero.

Vacío. Vacío de todo espíritu, en un mundo repleto de gente y a la vez ausente de presencia humana. La noche se llenaba de personas que vivían de llenar con sus palabras las vidas de otros. Pagar por tener compañía, pagar para poder hablar con alguien, pagar para sentir que se es persona. Todo el mundo cree que el tema más fascinante es uno mismo, y allí estaba él conbrando por seguir aquel juego.

Miró el cheque que le habían entregado, la cifra que le resultaba extraña en sí misma. Jamás había cobrado tanto dinero por un trabajo, nunca había tenido tal suma en sus manos. Acostumbrando a un nivel de vida modesto aquella suma le hacía sentirse distinto, como si fuera millonario.

- Qué poder tienes - le dijo al cheque meneando la cabeza.

Una vez conseguido el dinero ahora se trataba de saber en qué gastarlo. No tenía que pagar el alojamiento, y su alimentación era frugal. ¿Qué hacer con el resto?. Podía enviarlo a la familia, con una nota que les sugieriera comprar kilos de solomillo.

A cambio de ese dinero tenía que habitar en el vacío, en la ausencia de realidad. Tenía que renunciar a su identidad, ser un ente anónimo afanado en la búsqueda de la riqueza en la gran ciudad. Pero eso no era nada comparable con la sensación que le persiguía incansablement: el fastidio, un tedio que le hacía sentir la existencia como si fuera un prolongando aburrimiento enmarcado por la mediocridad humana.

Halcón no sabía cómo vivir en aquel mundo, no sabía cómo congeniar su realidad con la realidad que le envolvía. Sentía que carecía de la fuerza necesaria para existir siendo él mismo, que una especie de corriente gris le envolvía una y otra vez rebajando su impulso a mero automatismo servil. No podía leer la prensa o mirar la televisión sin sentir aquel abatimiento, aquel cansacio, aquella ausencia de ánimo de búsqueda y descubrimiento.

Hablaba con los clientes repitiéndoles las mismas consignas, los mismos argumentos, las mismas escenas de amor y desamor. Todo se reproducía una y otra vez, como si la realidad se agotara en aquellas formulaciones, como si no existiera nada más que lo que allí se representaba. Hombre de soledades naturales era ahroa individuo aislado en su cubículo, debilitando su nagual día tras día, hasta sentir que se movía sólo por inercia.

Su pasado se le aparecía como si fuera un sueño hecho de iniciación y misterio, su lucha por adquirir el poder chamánico una otra vida cuyo recuerdo se desvanecía lentamente. A menudo recordaba los comentarios de algunos indios que habían vuelto con su gente tras vivir un tiempo con el hombre blanco.

- Todo es cuadrado, no habitan en el círculo - sentenció un viejo apache en una ocasión que visitó a su familia.

Para el indio esto implicaba la negación del propio sentido vital, la ruptura con el fluir de las cosas, con la propia naturaleza de la realidad. Alejarse del circulo, de su poder y misterio, era alejarse de todo lo que merecía la pena ser vivido. Y sin calidad la vida perdía algo esencial.

Pero aquí, en esta gran ciudad estrictamente cuadriculada, ya no sentía con tanta precisión la diferencia de ambos mundos. El hombre es el animal con mayor capacidad de adaptación, y él comenzaba a

sentirse como si aquel mundo fuera lo dado, lo que siempre ha existido. Era una aceptación implícita de que aquella realidad inventada era en resumidas cuentas la autentica realidad donde debía desenvolverse la existencia humana.

Sentía que algo se apagaba en él, que su arte ya no existía como tal, que todo daba igual. Bajo la apariencia de un individualismo feroz sólo se escondía una profunda sumisión a los poderes colectivos que imprenagban de modo sutil el campo de libertades de la persona. No importaba la calidad de la realidad que vivía, sino el hecho de tener la suficiente cantidad de dinero como para asegurar la existencia. La queja continua que tenía aquella sociedad era un simple hábito esteril ante la constatación de la ausencia de alternativa a sí misma.

Ausencia de alternativas practicas y reales que imposibilitaban el ejercicio del potencial humano. Halcón comenzaba a comprender que un chamán no es sólo por sí mismo, sino también por las personas que le rodeaban. Su función de hombre-mágico formaba parte de su propia cultura, y era ella misma la que le motivaba para ejercitar y practicar sus facultades. En esta cultura en la que estaba la motivación debía ser estrictamente individual, y se sorprendía a sí mismo constatando que no poseía un motivo tan fuerte en él mismo. El era un hombre tribal.

Escuchó las risas y comentarios de sus compañeros. Sentía tras ellos la sensación de vacío, de aquello mismo que provocaba las llamadas y habitaba por las calles. Ausencia que sólo podía ser llenado por unas personalidades formadas de cualquier modo, sin ley ni arte, al capricho de la época y la moda. Esta cultura que privilegia el culto a la personalidad, como medio de llenar el vacío, se muestra tristemente estéril para la vida del espíritu. El predominio del gusto de la mediocridad convertía en criterio de juicio absoluto su apreciación, dejando al margen y como marginal cualquier otra mirada.

Gobernada por una poderorosa minoría la cultura de la mayoría avanzaba aplastando todo lo que encontraba a su paso. Todo debía ser comprensible, accesible y al gusto del consumidor. Lo contrario significaba el fracaso, la ruina existencial. Había que reir y llorar con todo el mundo, pensar y sentir según criterio común. La sutileza se convertía en algo negativo, antidemocrático, separatista, signo de un fracaso personal para adaptarse al ritmo general.

¿Adaptarse a qué?. A la buena marcha de las cosas, al sistema productivo, a la eficacia laboral y social. A aquella realidad ausente de

realidad, al vacío que debía ser llenado frenéticamente con charlas breves y aceleradas, comidas rápidas, pensamientos de alcance corto. Lo demás era pesado, tendencioso y de mal gusto.

- Te llama la directora - le dijo un compañero sacandole de sus pensamientos.

Halcón se levantó y se dirigió al despacho. Allí le esperaba una mujer con una serie de papeles encima de la mesa. Le mostró gráficos de rendimiento, estadísticas comparativas, prospectivas, medias y cifras que justificaban la decisión que había tomado.

El indio salío del trabajo, y por el camino a casa tomó unas copas. Finalmente llegó a la casa de su amigo, se dirigió al estudio y se sirvió una generosa dosis de brandy. Bebió en silencio mirando fijamente el fondo de la copa. Al rato notó una presencia, levantó la cabeza de la copa y miró a Alonso que le contemplaba desde el umbral de la puerta.

- Vaya - murmuró el español.

El chamán volvió a mirar la copa, vació el contenido de un trago y volvió a llenarla.

- Los indios también nos emborrachamos - susurró Halcón.

Alonso entró en la habitación y se sentó enfrente de su amigo. Se sirvió una copa, encendió un cigarro y aguardó en silencio.

- Salud - dijo Halcón levantando la copa.

Brindaron y bebieron callados hasta que finalmente el joven rompió a hablar.

- Me han despedido - confesó con voz trágica.

Alonso se quedó mirando al indio durante un tiempo que pareció eterno con el rostro inmutable. Poco a poco una expresión se fue mostrando en su cara, una expresión de alegría que desembocó en una risa escandalosa.

- ¿ De qué te ries hombre? - preguntó irritado Halcón.

El español meneó los brazos como si tratara de llenarse de aire, incapaz de dejar de reir.

- No sé dónde está la gracia - masculló el chamán.

Su anfitrión trató de recobrar la compostura pero algo en su interior se lo impedía. Adoptaba un rostro serio para al instante ser quebrado por un nuevo ataque de risa. Aquellas carcajadas hicieron entrar a Dulcinea que acababa de llegar a casa.

- ¿Qué pasa? - preguntó intrigada ante aquel ruido.

El español meneó la cabeza tratando de indicar que nada pasaba, para luego señalar al joven sacudido aún por una risa reprimida.

-¿De qué se rie tanto? - dijo su esposa mirándole con curiosidad.

- Me han despedido - respondió el indio.

Dulcinea alzó la cabeza y sonrió suamente.

- ¡Ah, era eso! . Este hombre mío nunca se equivoca - comentó saliendo de la habitación.

Halcón parpadeó confundido.

- ¿Qué ha querido decir con eso? - preguntó mirando con seriedad a Alonso.

Este puso cara de sorpresa para luego adoptar un rostro de inocencia absoluta.

- No sé, cosa de mujeres.

Dejó de reir un momento, respiró profundamente y miró con cariño a Halcón.

- Perdona si te he ofendido - murmuró.

Halcón se encogió de hombros y volvió a mirar el fondo de la copa.

- Me duele el corazón amigo - respondió en indio en voz baja -. No sirvo para esta gente, su magia no es mi magia ni su saber mi saber.

- Ni el mío - alzó la voz su anfitrión.

- El hecho es que han reducido personal y han empezado por el último - siguió hablando el joven sin alzar la cabeza -. Por el más debil e incapaz de todos.

Alonso sonrió ante aquella afirmación.

- Me han hecho sentir como si careciera de saber alguno. Como un hombre inutil y sin capacidad.

- ¿Y?.

- Que mis demonios han acudido rapido hacia mí.

- ¿Tus demonios?.

El chamán sonrió levemente y se encogió de hombros

- Mis negaciones a mi propio ser esencial, a mi verdadera naturaleza. He pasado años luchando contra ellos con la ayuda del Espíritu.

- Ya.

- Siguen tratando de encerrame en su mundo oscuro y triste. Desean que niegue mi naturaleza luminosa, mi herencia y estirpe. Quieren hacerme negar la valía de mi ser.

- Tú eres un hombre Halcón - respondió jocoso Alonso.

Halcón negó seriamente con la cabeza. Algo en él habitaba en un mundo terrible y cruel.

- No. No se trata de mi derecho, sino de mi hecho. Sé quien soy por estirpe y don natural. Me refiero a lo que yo hago de mí mismo.

- Te dije que este mundo es mucho más complicado que el tuyo.

El joven asintió con la cabeza lentamente.

- De todos modos acepto la herencia que me diste, reconozco y agradezco tu regalo.

El veterano mago miró a Halcón orgullo. Bien, eso estaba bien. Había conseguido distinguir lo que procedía de la tradición de lo que se mostraba en aquellos momentos de la historia.

- Gracias a tí Halcón, mago natural, por reconocer el talento de los míos y la belleza que quisieron transmitir.

- Aquí también creen en nuestras cosas - respondió el chamán absorto.

El español sonrió contento.

- Ya te lo dije. Todos somos iguales en el fondo.

El joven guardó silencio, concentrandose en una idea que surgía de su sentir doliente.

- Pero no entiendo que se muestre con tanta frivolidad, negando el hecho mismo de nuestro Arte.

- Es una cuestión de calidad. Tiene que haber de todo, lo importante es que todos puedan participar, que a nadie se le niegue el derecho a expresarse.

- ¿Como antes? - murmuró el indio.

- Sí, como era antes - respondió gravemente Alonso -. Estos tiempos son nuevos, y deben ser abiertos a todos. No se puede negar a nadie el derecho a la libertad de expresión y creencia.

- Aunque aparezca tanta estupidez - comentó asintiendo Halcón.

- De ella surge la genialidad, pues negar que el hombre es ignorante por naturaleza le imposibilita acceder al conocimiento que posee por derecho.

Halcón terminó la copa y tomó un cigarro de los que fumaba su anfitrión. Lo encendió y miró la brasa pensativo. Luego dejó que su vista se perdiera por el humo del cigarro.

- A los míos les costó mucho tiempo y esfuerzo desarrollar nuestro Arte - murmuró.

- También a los míos, y yo te lo brindo como herencia que también es tuya.

- ¿Mía? - respondió extrañado el chamán.

- Si tú la quieres tuya es.

Halcón volvió a callar sumergido en sus pensamientos. La generosidad de su amigo le recordaba la más pura esencia de los suyos.

- ¿De qué viviré ahora Alonso? - se preguntó a sí mismo el joven.

El español sonrió y asintió lentamente. También él había pasado por aquellos lugares.

- De tu estrella Halcón - murmuró -. ¿De qué si no?.

5.
Secreta

Responsabilidad. Asunto propio e íntimo. El chamán contemplaba su interior apreciando la perdida de su poder, el debilitamiento de su sueño sagrado, de su impulso vital. Aquel lugar donde estaba exigía la perdida de su individualidad, la adaptación al gusto y criterio del mercado, el aislamiento de su realidad.

Pero esto era algo que aceptaba de buen grado. El hecho de sentirse sólo entre los hombres, de asumir su entera autoría en la senda de su destino era la base de la forja de su caracter. Dependía del Misterio, no del capricho cultural e histórico. Era un hombre inscrito en la Tierra, no en un mundo mental determinado por muy amplio que fuera.

Desde niño había aprendido eso de su gente, pues su pueblo era distinto y peculiar a otros pueblos. Cantaban a la vida y la libertad, al sueño y al destino. No formaban parte de ningún lugar, pero se movían por todos los caminos. El hecho de ser indio había marcado su vida desde el comienzo, mucho más cuando decidió formar parte del mundo del hombre blanco.

Diferencias que nunca se olvidaban. Había vivido en el mundo blanco durante años a fin de adquirir una educación, unos estudios que le permitieran abrirse paso por el mundo que él gobierna. Había callado su sentir por vergüenza y timidez, por considerarlo algo que no era correcto. Su mente se había dividido en dos, una a favor y otra en contra. Había asimilado la crítica, la mentalidad propia de la gente con la que se movía. El lenguaje que usaba, el español, estaba lleno de connotaciones, de asociaciones, de líneas de pensamiento que le llevaban siempre a la misma mentalidad, a la cosmovisión del civilizador, del dueño, del amo.

Pero toda aquella educación, aquel adiestramiento, de nada había valido cuando el Espíritu le llamó, cuando la Divinidad quiso que formara parte de los chamanes. Otro lenguaje hecho de sueño y sentimiento, de visiones e intuiciones, le llevaba hacia otra realidad, una realidad que el hombre blanco sólo roza pero no conoce.

Para lo que el indio era sagrado para el blanco era pecado. Su saber era propio del extravío, era un brujo alejado de la verdadera religión,

del verdadero camino. Se le asociaba al diablo, al espíritu maligno, al mundo del tabú occidental.

Cuando su círculo se abrió a las fuerzas de la existencia, haciendo temblar su alma y ahogando su mente, el chamán creyó muchas veces que el hombre blanco, poderoso y satisfecho, tenía razón. El simplemente era un indio, un nativo más de unas tierras saqueadas y tiranizadas.

Tuvo que volver a sus raíces, y comprender la opresión que habían sufrido sus antepasados. Tuvo que recordar el dolor, la humillación y el desespero de ser de los vencidos. Pero algo como un viento, como una ola de vida, le empujó de nuevo de vuelta, y comprendió que sólo en el futuro existía su verdad.

Y allí estaba, en el propio dominio del colonizador, en la gran ciudad, en la metrópolis donde todo los pueblos comenzaban a unirse lentamente. Sólo siendo fiel a sí mismo, asumiendo su pequeña verdad y su pequeño saber, aceptando ser el que era sin tregua a la negación, podía conquistar y merecer lo que era suyo por derecho.

En todas partes habita el Gran Misterio, en todos los corazones reside su Sueño. Distinto para cada uno, semejante en su humanidad. La responsabilidad de su realidad, de su mundo, de la existencia del chamán que era él, caía sobre el joven.

Halcón suspiraba y añoraba sus lugares sagrados, los lagos y montañas, los bosques y praderas. ¿Cómo recobrar su poder alejado de Ella?.

- Tendré que buscar nuevos lugares en esta tierra - decidió comprendiendo que sólo chamanizando su realidad podría ser el chaman que simplemente era.

La vida posee su hechizo, hay que vincularse a él para vivir en su ilusión. Asintió para sí mismo.

- Halcón, podrías venir un momento - sonó la voz de su anfitrión desde el estudio.

El joven se dirigió hacia allí, la habitación estaba a oscuras, sólo se veía una imagen de miles de luces en un espacio negro proyectada en la pared.

- El universo conocido - exclamó Don Alonso invitándole a sentarse.

El chamán se puso comodo sonriendo ante aquella exposición.

- Posee una extresión de unos diez mil millones de años-luz - comentó el español mostrando una especie de elipse donde entraban todas esas luces.

Don Alonso sonrió mirando al chamán y extendió una mano.

- Por si no lo sabes piensa que un segundo y pico la luz llega a la Luna, así que calcula la distancia de la que hablamos.

- Simplemente que si fuera luz tardaría diez mil millones de años en llegar a ese límite - comentó el indio depreocupadamente.

Don Alonso miró al indio ligeramente sorprendido ante tal simple y eficaz razonamiento.

- Sí, claro, si fueras luz - murmuró el español.

Tocó un botón y apareció una especie de nube luminosa.

- Bueno, dentro de ese universo existen millones de cúmulos, en los que habitan galaxias. Este es uno de ellos, el grupo local, con menos de treinta galaxias.

Nueva imagen y aparece una imagen de una espiral luminosa.

- Nuestra galaxia, La Vía Lactea, en ella habitan cien mil millones de estrellas.

Otra imagen y aparece el sistema solar.

- Bien, aquí nuestra estrella, nuestro Sol, y su corte de planetas. Esta esfera luminosa tiene un volumen de un millón de veces la Tierra.

Siguiente imagen y aparece la Tierra y la Luna.

- Nuestra casa, una especie de planeta doble por la influencia mutua de ambos cuerpos. En ella reinan las aguas.

Nueva imagen y aparece un mapamundi de la Tierra.

- Enorme, en verdad enorme dicha casa.

Otra imagen y aparece el valle de Barcelona.

- Bueno, aquí estamos.

Encendió la luz y miró sonriente al joven.

- Hemos extendido la idea del Dominio Divino, ¿eh?- comentó con mirada pícara.

El chamán no respondió. Finalmente se encogió de hombros y murmuró con suavidad.

- Prefiero pensar como un arbol. Desde la profundidad de la Tierra a las alturas del Cielo.

El español sonrió ampliamente ante aquello.

- Natural, natural - meneó la cabeza -. Es lo mismo que te he mostrado pero al revés.

- Ya .

El español se dirigió hacia la mesa y señaló unos libros abiertos sobre ella.

- No acabo de localizar vuestra etnia - comentó jovial -. Aunque hay algunas referencias de algunos pueblos apaches sobre vosotros.

El indio se encogió de hombros sonriente. Era habitual que los suyos provocaran aquella reacción de desconocimiento. No existían como tribu antropológica reconocida, de hecho su tradición misma se sumergía en lo desconocido.

- Nadie sabe de donde venimos - comentó Halcón -. De hecho estamos donde estamos, cuando estamos, y luego simplemente no estamos.

El español parpadeó confundido.

- No acabo de comprender - respondió.

Halcón suspiró y meditó sobre el hecho de hablar de su propia gente. No era una practica habitual, pero la confianza que tenía con su amigo le obligaba a sincerarse.

- Somos el pueblo-noche, los indios-sombra - dijo tocándose el pecho -. Ningún otro pueblo es como nosotros, pues nosotros no tenemos tierra donde asentarnos.

- Sois nómadas - susurró el español mirando absorto al vació.

- No exactamente. Habitamos en un lugar hasta que sentimos que ya no debemos estar allí.

- Pero de alguna manera teneis que ser conocidos por los demás.

Halcón se encogió de hombros.

- Sólo somos familias que andamos por la tierra. Para vosotros los españoles somos una simple agrupación de apaches, sean mescaleros, chiricahauas, jicaridas...

- O sea que sois apaches - trató de comprender el español.

- No, no procedemos de ellos. Nosotros no hemos participado en sus guerras, ni creemos en la violencia como ellos.

- Pero sois guerreros.

- Sólo guardianes, defensores de lo nuestro, simples cazadores. Cuando los españoles o mejicanos invadían nuestras tierras simplemente...desaparecíamos.

- ¿Cómo que desapareceis?.

- Nos trasladamos a otro lugar - hizo un gesto con la mano como si imitara al viento y chasqueó la lengua de un modo concreto.

- Sin más - ironizó Don Alonso.

- Tenemos relación de amistad con muchos pueblos. Dado que no tenemos territorio propio nos adaptamos a la vida de otros. Mi familia, por ejemplo, ha vivido con navajos, chokonens y mescaleros.

- ¿Pero cómo es posible? - meneó la cabeza sorprendido el español.

- Somos antiguos. Convivimos con los antepasados de esos pueblos, los atapascanos, y antes con el pueblo del que ellos proceden a su vez.

- ¿Y siempre fuisteis vosotros?.

- Siempre. Nuestro conocimiento nos ha permitido comerciar con los diferentes pueblos, serles útiles en su existencia.

- Pero el hecho de que no existais como etnia diferenciada - insistió el español ojeando uno tras otro los libros de clasificación étnica que poseía.

Halcón murmuró algo para sí mismo y quedó encerrado en un profundo mutismo. Alonso notó la ausencia de su amigo y apartó la vista de los libros para centrarla en él.

- Perdona Halcón - se disculpó bajando levemente la cabeza -. Bien sé que lo que he dicho es una estupidez.

- Mi gente se ha mezclado con mucha gente, no somos más que humanos. No entiendo tanta diferenciación - replicó el indio con actitud hermética.

- Sólo quería saber cual es tu cultura - comentó el español -. CAda pueblo posee su propia mentalidad, esto es lo que le diferencia de otros pueblos.

- Las fronteras de la mente no son mis fronteras - contestó el chamán.

- Pero entonces...¿cómo os distinguís de los demás?. Necesitais algo que os diferencie para comprenderos como identidad propia.

Halcón meneo la cabeza disgustado.

- El hombre común limite el Misterio a su creencia, nosotros nos abrimos al Misterio. Esa es la única diferencia. El que está abierto y el que está cerrado al Espíritu, al propio sentir vital, a la conexión real con las cosas.

- Pero teneis un nombre que os distingue - remachó Alonso.

- Es por nuestra costumbre de no mostrarnos y vivir también de noche. Para pertenecer al Misterio hay que ser misterio, para participar del Espíritu hay que ser espíritu. Sólo buscamos una cosa: la libertad

para que cada uno de nosotros sea aquello que ha de ser en su existencia.

- ¿Sin exigencias, sin obligar a que sean de un modo u otro?.

- Un hombre es lo que es, reducir el misterio del hombre es reducir la propia existencia. Somos curiosos y aprendemos de todos, pero la última palabra la posee el propio espíritu que habita en el interior de cada hombre.

- Por eso os podeis mezclar con otros, por vuestra versalitidad.

- Nos alejamos de los pueblos que creen que oprimiendo al hombre encuentran la verdad. La verdad del hombre procede del hombre, y es desarrollada por el Espíritu que le sostiene.

Don Alonso suspiró y fue cerrando los libros que tenía abiertos con además grave.

- O sea, que no existís en los libros - murmuró con voz extraña.

- No, no existimos. Sólo somos un sueño que personifica cada individuo, cada familia, del modo que buenamente puede. Nada más.

- Un sueño -repitió Don Alonso.

- El hombre sueña despierto y dormido. Todo al final se reduce a que sea el propio Espíritu el que bendiga dicho sueño.

- ¿Y si no?.

Halcón cerró los ojos y suspiró.

- Al igual que la vida se muestra en cada una de sus criaturas, cuerpos que habitan y ocupan su propio espacio en la Tierra, del mismo modo el alma del ser huano es en sí misma individual. Que tu pequeño sueño sea parte del Gran Sueño, en eso consiste todo.

- No lo entiendo - meneó la cabeza el español mirando al suelo.

El chamán se dirigió a la ventana y la abrió, dejando que el aire de la noche entrara en la estancia llena de libros.

- A mí me enseñaron a amar las estrellas - susurró el indio -. Allá, allá arriba habitan unidas en la misma noche.

- Pero cada una de ellas es distinta - replicó Don Alonso fijándose en una de ellas a la que tenía en gran estima.

- Cada una de ellas es una luz. La luz es identica a sí misma.

El chamán bajó la mirada del cielo estrellado y entonó un suave canto para sí mismo. Su compañero notó una sensación milenaria, antiquísima en aquel canto, como si procediera de una fuente que reonocía instintivamente como propia.

- ¿Qué has cantado? - preguntó intrigado.

Halcón le miró y sonrió suavemente.

- Mi herencia - respondió volviendo a mirar las estrellas.

La Luna paseaba envuelta por las olas celestes. Pronto llegaría Aquel que alumbra la Tierra, y todas sus criaturas se nutrirían de su esencia.

- Cuanto miedo existen en el mundo humano a encarnar la propia y singular humanidad - mumuró el indio contemplando la ciudad de edificios y calles cuadriculadas.

- La diferencia niega la semejanza - comentó el español.

- Y la exigencia de semejanza aniquila la natural diferencia. Es la Madre misma la que procrea sin cesar individualidades.

Don Alonso sonrió asintiendo en silencio.

- La Vida podría haber sido sólo representada por una forma, pero Ella misma ha querido expresarse en una riqueza cualitativa sin igual. No sólo es cantidad, sino calidad - continuó el chamán.

El mago español apagó de pronto las luces y volvió a mostrar imágenes en la pared.

- Comencemos...hay unas cuatrocientas mil especies de plantas, un millon de especies de insectos, seis mil de reptiles, casi nueve mil de aves, unas veintitres mil de peces, unas cuatro mil quinientas especies de mamíferos que a su vez...

El demonio de la uniformidad gruñía frustrado ante la expresión viva de las diferencias. El demonio de la miseria tapaba sus ojos ante tanta riqueza mostrada en la Tierra.

Amor del Universo hacia la singularidad.

Don Alonso contemplaba risueño a su invitado mientras éste hablaba por teléfono atendiendo a un cliente. Halcón terminó la consulta, colgó y se quedó mirando sonriente a su amigo.

- Qué bueno - murmuró estirando la espalda y levantandose.

El español afirmó con la cabeza con expresión irónica.

- Quien iba a decirlo - comentó mirando el libro que reposaba sobre la mesa de la habitación de Halcón - Un indio que realiza una consulta de adivinación por teléfono y con un método chino.

Halcón le miró fijamente asintiendo abstraído.

- Sí - respondió lacónico.

Don Alonso recordó el proceso que había llevado al joven chamán hasta aquí. Tras volver de las montañas le había pedido permiso para

solicitar una línea teléfonica en su habitación. Había pedido un sistema 906 para dicha línea, y establecido su propia empresa de adivinación invirtiendo el dinero que había ganado con el tarot.

- O sea que vas a continuar leyendo las cartas por cuenta propia - le había comentado el español intrigado.

El indio negó con la cabeza, se dirigió hacia el estudio de Don Alonso y le mostró un libro que destacaba sobre una estantería.

- Quiero probar con este método - le dijo tocando suavemente el lomo del libro.

El español quedó un instante sorprendido al reconocer el volumen.

- Es el I Ching, el método más antiguo que la historia escrita ha guardado.

El indio no respondió, sólo le mostró las palabras.

- Dicen cosas buenas - murmuró.- Me recuerda el modo de hablar de los míos.

Don Alonso asintió suavemente.

- Es la quintaesencia de la cultura china, tiene más de tres mil años de existencia - comentó pensativo -. De hecho su visión es ahora detenidamente estudiada por las mentes más preclaras de la física.

- Habla del tiempo como un río, y de las situaciones que uno puede vivir como si fueran ritmos, imágenes en movimiento que continuamente mutan hacia un nuevo estado.

- Sí, el continuo juego del Tao mediante el yin y el yang - respondió aún más pensativo Don Alonso.- Un modelo dinámico de la realidad sujeto al sentido del movimiento de las cosas.

Halcón observó la actitud introvertida de su compañero y finalmente rompió el hielo.

- ¿Qué ocurre Alonso? - preguntó directo.

El anfitrión meneó la cabeza como si guardara algo para sí que no quisiera decir, finalmente suspiró aceptando el hecho de que tenía por fin que hablar.

- Para mí esto es un signo de que ya es tiempo de que te hable de todo aquello que es la tradición de los sabios, de nuestro Oriente.

- ¿De Oriente? - repitió el chamán intrigado.

Don Alonso asintió en silencio contemplando con seria mirada las estanterias de la biblioteca. ¿Cómo explicar Oriente, todo lo que significaba para él y su tradición?. ¿Cómo explicar todo lo que estaba unido a esta simple palabra?

- Sí, esta tierra ha sido el foco de reunión de todo el saber procedente del Próximo Oriente, que a su vez recogía el saber del Lejano Oriente mediante la Ruta de la Seda. Si a esto le unimos el Camino de Santiago...Enfin, que somos Europa, Africa y Asia, y contigo somos America.

Halcón quedó callado comprendiendo que uno de los sentidos de su estancia era asimilar todo el saber que aquel hombre había acumulado durante años, todo el conocimiento que había recogido del arte y ciencia del pasado.

- Ahora estaré contigo Alonso, tendremos mucho tiempo para hablar.

El español miró con ojos brillantes a su compañero.

- Sí Halcón, ya ha llegado el momento. El momento que tanto deseaba y el que tanto temo, porque tú serás el contraste que me permitirá hilvanar con certeza la historia de nuestra Ciencia, de nuestro Arte amado.

El chamán quedó un momento confundido.

- ¿Yo? - dijo el joven indio con timidez.

Don Alonso Ventura, marinero de muchos puertos, puerta abierta a las culturas del Viejo Mundo, contempló fijamente a aquel digno ejemplar del Nuevo Mundo, aquel indígena que aún coservaba la raíz del saber mágico.

- Tú sigues siendo chamán, y eso es muy valioso por ser el origen. Aquí los chamanes fueron transformandose lentamente sea por las presiones o la adaptación al momento histórico Creo que tu saber es fundamental para poder establecer una nueva manera de ver todo aquello a lo que yo he dedicado mi vida.

Halcón quedó callado largo rato sintiendo al hombre que tenía delante.

- No eres del todo sincero conmigo Alonso, algo me escondes.

El español sonrió suavemente, y comenzó a tararear un canto de su tierra. Dió un taconazo al suelo y una palmada para luego mirar con burla alegre a su joven amigo.

- Bueno, de Oriente vienen muchas cosas, no sólo filosofías - dijo enigmático.

Dió otra palmada como para así cambiar de tema y acto seguido se dirigió a un mueble del estudio. Comenzó a buscar por sus cajones,

repletos de objetos varios, para finalmente extraer de uno de ellos un grabado realizado en metal.

- Para que te dé suerte en tu nueva empresa - le entregó al indio.

El chamán tomó el grabado y contempló las figuras que en él estaban. Guardado por dos dragones el simbolo del Tao, el t´ai-chi, mostraba el continuo ir y venir de las cosas dentro de un orden natural. Halcón quedó un momento pensativo mirando aquellos dibujos y finalmente lo dejó sobre la mesa, al lado del I Ching, y comenzó a arremangarse un brazo en silencio.

- ¿Qué haces Halcón? - preguntó intrigado el español.

Por única respuesta el joven le mostró su brazo desnudo. En él la figura de la serpiente emplumada, el dragón de América, se hallaba bellamente dibujado mediante la técnica del tatuaje. Don Alonso contempló absorto aquel dragón y meneando la cabeza sonriente comenzó a frotarse las manos.

- Qué cosas madre mía, qué cosas - dijo excitado.

Se dirigió hacia el altar donde reposaba la espada y tomándola le mostró la empuñadura de ésta. Sobre ella, grabada al hierro, se mostraban dos dragones de Occidente.

- Qué bueno - murmuró el indio sorprendido.

Los dos hombres quedaron callados contemplando ora el dragón de Oriente, ora el dragón de America, ora el de Occidente.

- Tenemos mucho que hablar - sentenció moviendo lentamente la cabeza el veterano estudioso de la Mágica.

- Lo primero es que consiga ganarme el sustento - respondió serio el indio.

Don Alonso parpadeó saliendo de su abstracción y le miró risueño.

- Vamos Halcón, vas a usar el método más clásico de todos, usado desde hace miles de años por millones de personas. Lo curioso es que aquí sólo se usen las cartas.

Suspiró con fastidio pensando en la cantidad de gente aficionada que había en el gremio.

- Vas a ser el que introduzca el Oráculo de Oriente . - comentó irónico .

- Oráculo - repitió la palabra el chamán paladeandola - Me gusta, así llamaré a mi empresa.

El español miró al indio con sorna.

- Natural - murmuró para sí mismo -. Qué cosas, qué cosas.

Con delicadeza y respeto el chamán encendió un cigarrillo especialmente preparado según la costumbre. Quedó quieto y callado contemplando amante el dibujo en el cielo de la escalera relampagueante que unía el Cielo con la Tierra. El aire estaba cargada de una fuerza especial que hacía vibrar su alma con ecos misteriosos, y el suelo mantenía el compás repiqueteando por las perlas que saltaban en él.

La ciudad había enmudecido al aparecer la tormenta, era el momento de que la naturaleza se adueñara de lo suyo por derecho. El sonido de los coches quedaba amortiguado por una capa invisible, como dejándolos en un segundo plano ante la música de la lluvia.

Todo quedaba inmovil, los arboles se mecían suavemente hambrientos del alimento celeste, los animales callejeros se refugiaban suspendiendo sus habituales actividades. Incluso el hombre urbano, insensible a tantas cosas, quedaba entumecido en su rutina.

El Dragón atravesaba las nubes dejando a su paso su marca celeste y el sonido de su alma. El Ave del Trueno volaba sobre Barcelona, y dejaba su carga de vida sobre ella, ajeno a todo lo ajeno a la Ley de la Tierra. Como ha sido siempre, así continuaba siendo.

El chamán alzó sus brazos y se unió en amor a la Fuerza del Cielo, al sosten celeste de la existencia. Su cuerpo vibró al sentir su alma el contacto, y una energía especial le recorrió centrando de nuevo su alma, renovándo su percepción ante el contacto del Espíritu. El hálito del misterio le hizo sonreir dulcemente.

- Bienvenida seas Regalo del Cielo - murmuró suavemente el chamán, repitiendo lo que todos los suyos habían hecho antes que él.

El agua volvía de nuevo a su lugar, la Tierra, tras un largo viaje de la que surgía completamente purificada, íntegra en su propia naturaleza. Volvía unida al poder del fuego y el viento, del rayo y el trueno. Su presencia era la base de la existencia de todos los seres terrestres. Luego aquella agua volvería de nuevo a su Madre Mar, y volvería de nuevo a repetirse el Ciclo.

Halcón se unía a la sinfonía perenne, criatura que se integraba dentro del Sentido, dentro del discurrir natural de las cosas. Notaba sus nervios tensos e irritados, su mente confundida y oscurecida, pues aquel lugar donde él vivía era un lugar dificil para el hombre. La razón

sin corazón gobernaba inexorable. Y sin corazón no hay alma, y sin alma no es posible humanidad.

El agua sagrada descendía a su ritmo, y todo por un momento volvía a ser dominio de la Naturaleza. No había diferencias entre el mundo humano y Ella, porque éste quedaba subsumido por aquel orden superior que le permitía su existencia. Y así en esos breves momentos, que para otros hombres era el simple funcionamiento mecánico de un sistema hidraúlico, el Canto de la Vida era susurrado por el reino verde, por los alquimistas y sustentadores de lo vivo.

Más allá de su lucha como hombre por conseguir su propio sustento, por conseguir mantener su dignidad, por llevar a cabo su voluntad en el mundo, Halcón asumía que más allá de él existía una Inteligencia que orquestaba el vivir.

Era en esos momentos cuando el indio, endurecido por sus combates chamánicos y por su propia identidad, sentía su alma tierna y deseosa del cuidado que él mismo sabía necesitaba.

- Guardame - murmuró inclinando la cabeza aquella simple criatura del Reino.

Ora niño ora hombre aquella identidad necesitaba siempre ser cuidada.

Pues en el fondo era lo que era: el hijo de la Familia.

Halcón trataba de no cruzar la mirada con Helena, la hermana de Dulcinea, en un intento de mostrarse cortés. La mujer le miraba fascinada, como si estubiera ante uno de aquellos animales que habitaban en las jaulas del zoólogico.

- O sea que es un indio de verdad - volvió a repetir por enésima vez con curiosidad de entomólogo.

El chamán carraspeó suavemente moviendose incómodo en su silla, no quería mostrarse impertinente pese al fuerte deseo que albergaba de ser él el que la mirase como un alienígena.

- Y de qué tribu es - se introdujo en la conversación Fenando, el hijo de Helena.

Halcón levantó los ojos de su plato y miró de manera extraña al joven. De pronto hizo un gesto con sus manos, indicando así en lenguaje indio quién era.

- Qué cosas tan curiosas - acertó a decir la cuñada de Alonso que contemplaba la escena con aire burlón.

- Es un apache - dijo el español con guasa.
- ¡Un apache, Dios mío! - casi gritó la señora.
- ¡Qué fuerte ! - respondió Fernando.

El indio miró un momento a su anfitrión,le sonrió mostrándole los dientes, y volvió a concentrarse en su comida. El vino iba corriendo, ofrecido generosamente por Alonso, y esto provocaba que los comensales comenzaran a soltarse cada vez más de su inhibición social. Halcón notó la sensación de desinhibición y presintió que aquella situación iba para largo.

- ¿Y digame señor Sanchez, de qué trabaja? - inquirió curiosa la cuñada.

- Tengo una consulta telefónica - respondió tratando de mostrarse amable.

- ¡ Uau, qué fuerte, un apache por teléfono! - volvió a soltar la lengua el adolescente Fernando que iba notando cada vez más los efectos del alcohol.

- En realidad - medió Alonso - se dedica a la iatromancia.

Se produjo un silencio en la mesa interrumpido por una suave risita de Dulcinea. Conocía las bromas de su marido.

- ¿Atro...qué? - respondió Helena.
- Iatromancia - repitió lentamente el mago.
- ¿Y eso qué es? - preguntó intrigado Fernando.

- Es bien sencillo, es un arte cultivado desde hace muchos siglos. De hecho estimada cuñada los iatromantes son los primeros sabios griegos, antes de tus apreciados filósofos acartonados querida Helena.

La cuñada adoptó una pose rígida. Daba clases de filosofía en el instituto, y se consideraba una persona inteligente y cultivada. Miró fijamente a Alonso, seguía sin comprender cómo su hermana podía haberse casado con semejante excéntrico.

- Iatro quiere medicina, y mancia adivinación - continuó imperturbable Alonso pese a la mirada venenosa de Helena.

- Sí, ya sé qué quieren decir esas palabras griegas, querido cuñado - respondió gélida.

Miró al indio con escepticismo y no comentó nada.

- O sea que haces adivinación por teléfono - continuó la conversación interesado Fernando -. ¿Y qué sistema utilizas?.

- El I-Ching - respondió lacónico Halcón.

Helena parpadeó aún más confundida. Un apache que decía practicar un arte arcaico griego utilizando un sistema chino. Aquello era el colmo del descaro.

- ¿Y cómo te va, tienes muchos clientes? - insistió el sobrino.

- No me va mal - respondió encogiendose de hombros mientras terminaba su plato.

- O sea que eres un mago o algo parecido, como Alonso - comentó burlonamente Helena, convencida de su superioridad racional ante aquel par de ejemplares masculinos.

El indio miró fijamente a la mujer y de pronto sintió que era el momento de divertirse.

- En mi tierra me llaman nagual - respondió con lentitud.

- ¿Nagual?. ¿No es eso algo de Carlos Castaneda?.

El indio suspiró con resignación.

- Sí, algo parecido - aceptó lacónico.

- Un chamán, tú eres un chamán - dijo excitado el joven Fernando.

- Ciertamente, así les llamamos ahora. El señor Sanchez ha tenido la amabilidad de hosperdarse con nosotros, tras dar una importante conferencia sobre el uso de plantas sagradas en Sevilla.

Halcón miró con burla a su anfitrión.

- ¿Alucinógenos? - respondió Fernando encogiendo ligeramente su pecho -. ¡Qué fuerte!.

El chamán miró con más detenimiento al joven y abrió su percepción. Pese a la influencia del alcohol notó que en la conciencia del sobrino de Alonso existía una zona abierta mediante una de las plantas de poder.

- Tú usas planta del sueño - comentó el indio mirándole a los ojos.

De inmediato se produjo un aire gélido en la habitación. Dulcinea se levantó y comenzó a recoger los platos para dirigirse a la cocina, Alonso colocó sus manos en la cara ocultandose así, y sólo quedó la mirada helada de Helena y un Fernando ligeramente borracho y tartamudeante.

- ¿Cómo dices? - murmuró encogido el joven.

- Lo sabía, sencillamente lo sabía - habló Helena cortando el aire como un cuchillo -. O sea que te drogas.

- No mamá, yo no me drogo - dijo el joven tomando otro trago de vino para tratar de reanimarse del susto.

El indio miraba sorprendido la escena.

- Deja de beber y mirame a los ojos jovencito - respondió una madre airada -. ¿Desde cuando te drogas?.

- Sólo un porrito de vez en cuando mamá - acertó a decir el joven.

- ¿Qué es un porrito? - preguntó intrigado Halcón -.

Helena miró con aire asesino al indio mientras Alonso reía con el rostro aún tapado por sus manos. Respiró profundamente y destapó su rostro.

- Es un preparado aromático de cannabis realizado por la cultura árabe, lo llaman hashish. Se mezcla con tabaco y se fuma.

- Ah, eso se llama aquí porrito - respondió interesado Halcón.

Helena miraba de uno a otro reafirmandose en su opinión de que estaba ante dos chalados.

- Qué porros ni qué diablo muerto. ¡Droga!.- alzó la voz con actitud indignada -. ¿Cómo es posible que ocurra esto en nuestra familia, con la educación que le he dado?.

Se produjo un silencio que fue aprovechado por Alonso para acercar una botella de excelente brandy y escanciar unas copas para los comensales.

- Enfin mujer son cosas de jovenes, brindemos y olvidemos el asunto - dijo Alonso mirando a su mujer que volvía con unos pastelitos moros.

Helena se tomó de un trago la sustancia alcohólica de alta graduación y continuó pensando en la decadencia de Occidente. Fernando la imitó y quedó medio borracho de sopetón ante aquella sacudida alcohólica.

- El hecho es que no es tan malo como se dice - se atrevió a decir en voz baja.

Halcón contemplaba la escena impasible. Desde luego, se dijo, esta gente carece de conocimiento alguno sobre el uso de las sustancias de la tierra. Miró al trasluz el agua de fuego y tomó con delicadeza un sorbo de aquel potente veneno.

- El problema querido sobrino es que no se consigue los excelentes productos que en otro tiempo hizo las delicias de tantos sabios - comentó Alonso encendiendo un grueso cigarro que provocó la asfixia de Helena.

- ¿Cuando dejarás de fumar ese veneno? - dijo irritada apartando el humo -. Podrías tener la decencia al menos de apartarte de mi lado al fumarlo, no quiero morir de cancer como tú seguramente lo harás.

El español se levantó y corrió su silla al lado de Halcón, que estaba en la otra punta de la mesa, ofreciendole en silencio un habano. El indio lo encendió en silencio, envenandose junto a su amigo.

- Sí - continuó nostálgico Alonso -. En otro tiempo el mejor preparado de cannabis de Oriente se encontraba en la India y Arabia, rivalizando ambas culturas en ofrecer la mejor sustancia aromática.

- Qué bueno - dijo Halcón interesado.

- Sí. La preparación, mezcla y arte de consumo que exigía desbancó la práctica más antigua de fumar semillas o las hojas de la marihuana.

- Me gustaría probarlo - respondió el indio.

Helena miraba de uno a otro con actitud escandalizada.

- ¡Alonso! - soltó al fin -. Estas incitando al consumo de la droga, debería darte verguenza.

- Hija mía parece que no hayas vivido los sesenta - atajó Alonso sonriente.

Helena se puso colorada y una mirada nostálgica apareció en sus ojos.

- Bueno, es verdad, ya no me acordaba - respondió de pronto suavizada y cogiendo un cigarillo que le ofrecía Dulcinea.

- ¡Mamá, tú fumabas porros! - exclamó asombrado Fernando.

La madre miró un momento a su hijo absorta aún en sus recuerdos juveniles, para de súbito recobrar la compustura de adulto normalizado.

- Eran otros tiempos - dijo haciendo un gesto con la mano como si indicara algo ya superado -. Eran tiempos de resistencia a la dictadura, de apertura a una nueva manera de ser, de...

- De ansia de libertad sí - interrumpió Alonso.

Helena se quedó mirando fijamente a su cuñado, y finalmente rompío a reir.

- Eres incorregible Ventura Maya - dijo mirandole con reprimido afecto.

Miró al indio y sonrió aún más ampliamente.

- Creía que eso de los brujos y los naguales eran un cuento, una ficción para jovenes. Yo de joven leía a Castaneda.

- Ya - dijo el indio notando que su nagual comenzaba a gruñir.

- O sea que tú eres de verdad - insistió Helena medio mareada por el brandy y por recuerdos sepultados de otra época.

El indio se tocó los brazos y su pecho como para constatar si en verdad tenía carne y hueso.

- Pues sí, eso parece.

- Oh, vamos Helena, no seas tan niña - interrumpió Alonso comprendiendo que Halcón estaba incómodo ante la insistencia en dudar sobre los suyos por parte del moderno civilizado -. Enfin, como iba diciendo el momento más delicado de la preparación del también llamado “aceite arabe” es el hecho mismo de su cocción. Se mezcla la resina con una serie de ingrendientes florales que...

El aire se llenaba del humo aromático del tabaco y del olor del buen licor. Todos escuchaban encantados las historias culinarias que Alonso relataba sobre el arte de la preparación de una de las sustancias más antiguas de la dieta humana.

En un rincón el demonio del puritanismo se ocultaba enojado.

Seguridad, en eso consistía esencialmente el trabajo de Halcón. Había colocado un modesto anuncio en un periódico e iba recibiendo llamadas que versaban siempre sobre la misma situación: desengaño y esperanza, incertidumbre y temor al futuro. Amores que se rompían, personas que agarradas a una relación se encontraban de pronto frente a la simple soledad, necesidad de seguir avanzando en un mundo que nunca cesaba de girar.

El indio salía a la pequeña terraza de la casa y respiraba el aire de la ciudad, envuelto en un constante ruido que le impedía paladear el silencio de la realidad. El fondo era el ruido y los gritos de la calle, gente que alzaba su voz en exceso como medio de ahuyentar el temor. Mientras menos seguridad económica más se levanta el volumen de voz, más se pretende mostrar que se está en el mundo y le influyes. La clase dominante no grita porque es escuchada.

El chamán no soportaba aquellos gritos ni el ruido ensordecedor, pero era el fondo cotidiano en el que desgranaba su vivir. Un vivir entre consultas al I-Ching e incensates cábalas económicas para determinar la marcha de su empresa. Halcón se sentía atrapado entre tantos números, pero eran estos números los que le darían otros números en papeles con los que vivir. Se regía por lo cuantitativo, comprendiendo cada vez más el tremendo poder de dicho reino. Su nagual callaba ante aquella situación, como si no quisiera ya recordarle el viento nocturno y el misterio del sentimiento en el crepúsculo. Sus demonios se agitaban de vez en cuando, como moscas impertinentes que afirman su derecho de compartir el mismo espacio que tú.

Halcón comprendía que allí, en aquel lugar, el chamán carecía de importancia. El peso predominante de la realidad era la economía, eje esencial de la existencia humana, lo demás se articulaba en torno a esto. Aquella perspectiva de tan corto alcance obligaba a las personas a atender a lo trivial como significativo, a concentrar su interés en las noticias de cada día, en entretenerse meramente tras el trabajo. En suma, aquella inmensa civilización carecía de proyecto alguno, y ajena a las raices del hombre caminaba insolente como único modelo posible de realidad. Todas las demas culturas debían imitarla, porque todo finalmente acababa en ella. Era el centro, el río del cual todo lo restante era mero afluente condenado a llegar a él.

Sentado en el despacho de Alonso hablaban sobre culturas y filosofías, sobre el desarrollo histórico del arte y la ciencia. Miraba a su amigo y comprendía su motivación. Vivía proyectando para el futuro, luchando para conservar la riqueza del pasado y transmitirla al porvenir. Pero su situación era distinta a la de su amigo, porque él no era ni tan mayor como para legar en manos de otros las cosas ni tan joven como para esperar que alguien hiciera su tarea. El tenía que actuar, que conquistar su lugar en el mundo. Pero en verdad, ¿cual de los mundos?. La respuesta simple era el de ese momento y lugar, aquí y ahora. Sin más, la gran ciudad.

Enfrentado a una situación desconocida para los suyos el indio sólo podía ser creativo, generar una respuesta nueva y eficaz a una condición ajena a su modo habitual de proceder. Tenía que forjar una nueva conducta, ser un nuevo tipo de hechicero, pero no se sentía motivado porque no comprendía realmente la importancia de hacerlo. En su interior seguía deseando habitar en la soledad de las montañas, queria vivir al modo de sus antepasados, y en el fondo vivía como una claudicación todo lo que estaba haciendo. Estaba viviendo al modo blanco, no al modo indio.

Esto era así, y desde dentro de aquella realidad comprendía que era imparable el avance del modo blanco. Sólo quedaría un refugio, sólo quedaría lo que esencialmente es un hombre.

Un interior.

- Acaso crees que esto de aquí fuera es de ellos - respondió Alonso señalando la calle.

Halcón bajó la cabeza y suspiró lentamente. No conseguía romper la dicotomía en la que vivía. Su mirada se lanzó hacia la cima de una montaña lejana y dejó reposar allí su alma.

- Allí es reino natural, pero aquí es un reino ajeno a todo lo que siento - contestó finalmente.

El español apretó con fuerza sus puños y lanzó una mirada de hierro a la calle.

- Aquí también Ella reina - dijo en un susurro contenido.

El chamán miró de reojo a su compañero y admiró la fuerza contenida de su interior.

- Este es el mundo del hombre, de este tipo de hombres, no entiendo qué puedo hacer yo aquí más que vivir sujetado por su mentalidad - respondió encogiendose de hombros.

- Allí y aquí es lo mismo, el Cielo es el mismo en la montaña y la ciudad - respondió lentamente Alonso.

- El aire no es el mismo, aquí no puedes sentir la misma realidad. Estamos en el suelo, y desde el suelo te hablo

- Permitir que sean otros los que digan cómo han de ser las cosas, permitir seguir creyendo que sean unos pocos o unos muchos los dueños de la realidad es una blasfemia contra la Divinidad.

El chamán calló y cruzó sus brazos.

- Pero son ellos los que dominan este mundo - respondió sin convicción.

Alonso miró burlón a su joven amigo.

- ¿De verdad?. La gente que ves en la calle creen que son otros los que dominan la realidad, simplemente se adaptan a un criterio abstracto que les ha sido adoctrinado, la norma vigente. Luchan entre ellos para ocupar una mayor porción de espacio en la escala económica, y no se desplazan más allá de lo que está permitido pensar por la norma cultural.

Viven siempre bajo el temor a salir de la zona protegida, de ser lanzados al margen donde habitan los fracasados y rechazados del sistema. El temor al aislamiento, al paro, al rechazo y censura por parte de los seguidores de la norma, les hacen vivir con la sensación de que no son dueños de su propia existencia.

- Nosotros tambien enterramos el hacha de guerra hace tiempo - respondió lacónico el indio.

Alonso sonrió ferozmente y asintió con la cabeza.

- Lo sé. La gente que tú ves andando por estas innumerables calles han tenido que sufrir siempre el dominio del hombre. Emperadores, reyes, caudillos...,siempre la realidad de su vivir cotidiano ha sido gobernada por hombres de mayor poder económico y militar.

- Ya.

- Sí, ya sé que lo sabes. Que tú formas partes de un grupo de hombres y mujeres que saben perfectamente lo que es la dominación arbitraria, el control de la vida libre del ser humano. Sólo quiero que entiendas que también ocurre aquí.

- Por eso se afanan tanto en alcanzar los mejores puestos, por eso rinden pleitesia a los poderosos y sus mandatos.

- No todos Halcón.

- Sí, sólo unos pocos.

Alonso dejó de mirar la calle y miró fijamente a su compañero.

- ¡Que brujo eres caramba! - respondió finalmente sonriente.

Halcón sonrió levemente y dejó que su mirada viajara en alas de un pájaro que libre surcaba los aires de la ciudad.

- Sé que eres de los otros, pero también sé que guardas en tí una pena honda por no conseguir que tu mundo sea el que domine a este mundo.

- Poco a poco la razón se va imponiendo.

El indio meneó la cabeza con suavidad.

- Los míos tan sólo queremos vivir tal como deseamos vivir. No queremos que otros vivan lo nuestro, pues de hecho no todos pueden ser como nosotros.

- Eso es discriminación.

- El tigre no puede compartir su tigridad.

- Pero puede recordar al tigre amnésico que lo es.

Halcón apretó las mandíbulas y una chispa de fuego encendió sus ojos.

- Basta de sermones hombre. Acaso crees que yo he de usurpar el lugar del Misterio, que yo soy el que tiene que trazar los caminos del hombre. Veo en tí la semilla del hombre blanco, su necesidad de que todos vivan como él. Crees todavía que debes salvar a los demás de la ignorancia, cuando cada individuo tiene en realidad su propio destino.

El indio hizo un gesto con su mano indicando el saber chamánico.

- ¿De qué sirve vuestra ciencia, de qué sirve vuestras buenas intenciones?. En realidad muchos de vosotros os disfrazais de corderos

cuando escondeis almas de hiena. Temeis afirmar vuestra propia naturaleza real, y deseais alterar la naturaleza creyendo que ésta es imperfecta, que debe ser arreglada por vosotros.

Halcón señaló el aire que les rodeaba.

- He aquí el resultado de vuestro triunfo. Apestais la tierra, contaminais y encerrais el alma libre en vuestras carceles hechas de miedo y dogmas.

El curtido caballero, conocedor en mil batallas del enemigo, bajó la cabeza y sonrió para sí mismo.

- Aún así la verdad triunfará sobre la mentira - respondió suavemente.

El chamán parpadeó sorprendido ante el poder de convicción que se escondía tras aquellas palabras. Era como si aquel hombre estuviera empeñado en una lucha que iba más allá de él mismo, como si simplemente fuera un soldado de un ejercito invisible, y aceptara su destino como guerrero en un mundo confuso.

- Qué noble tu estirpe - murmuró el indio confundido.

Halcón cerró los ojos y concentró su poder. El equilibrio que trataba de establecer era delicado, por un lado debía asegurar su propia integridad y por el otro debía aprender algo que aquel hombre poseía.

- Todo lo bueno ha de vivir y prosperar Halcón, no importa el tiempo que haga falta para ello, pero el futuro así nos lo reclama.

- Este mundo no es mi mundo, esta gente no es mi gente - dijo entristecido el joven chamán.

- Lo sé amigo mío, lo mismo me pasa a mí. Pero pese a la multitud el hombre sigue avanzando.

- Ellos hacen las reglas, ellos abren y cierran puertas, ellos dicen lo que es y no es, ellos alzan y hunden al hombre. Hoy dicen blanco, mañana dicen negro. ¿Cómo confiar en gente así?

- Nadie te pide que confies en ellos. Sé que te cuesta abandonar tu idea de chamán de la tribu, para ser simplemente un individuo en una gran ciudad con su propio y particular punto de vista. Ser tú sabiendo que a nadie le importa.

- Aquí no soy Halcón, sólo soy Carlos Sanchez. Un emigrante indio.

Ahora fue el turno de Alonso. Su mirada también se encendió por el fuego de su pasión.

- ¡Hombre!. ¿Acaso no llevas el nombre del ave real?. ¿No es tu patria el Reino Celestial?. En cualquier lugar de la tierra dominan los

mismos Señores, los mismos Reyes. Poco importa lo que digan los transeuntes mortales sobre las cosas.

El hechicero indio asintió lentamente.

- Gracias hermano por recordarme lo que soy. Mi visión está debil, necesito cazar poder, reencontrar la fuerza luminosa de la visión.

Alonso miró al indio con simpatía.

- ¿Y quien no amigo mío, y quien no?.

Ambos hombres guardaron silencio y siguieron contemplando la calle. Desde ella dos pequeñas figuras eran devoradas por los monstruos de cemento de los edificios. No eran nada para la enorme ciudad, dos simples átomos del entramado gigantesco que no cesaba de moverse exigiendo no tan sólo el tiempo dedicado a la economía sino también el alma, la aceptación de que dicha realidad era la única posible.

- He debilitado mi vínculo con la esencia. Atiendo al ruido del mundo, se me escapa el susurro del viento - musitó en voz baja Halcón añorando el paisaje de las montañas donde vivía el vuelo solitario y majestuoso del águila

Una paloma pasó rozando la terraza de la casa, giró en el aire y volvió a pasar delante de los hombres. El indio quedó fijo mirándola y lentamente surgió una sonrisa.

- Tú estas en todas partes, porque todas las partes son tuyas - murmuró el chamán.

Alonso asintió bajando la cabeza en silencio.

- Tuyas son las cuatro direcciones, tuyo el cielo azul y la tierra verde, tuyo mi corazón - continuó Halcón absorto en sí mismo.

Alonso miró hacia arriba y contempló las nubes preñadas que se acercaban.

- Me parece que va a llover - comentó.

- Sí, esta noche tuve un sueño en el que cabalgaba el dragón del trueno - respondió el chamán aún absorto.

El español parpadeó sorprendido ante aquella respuesta de su compañero. Lo que acababa de decir significaba que aquel hombre tenía un vínculo misterioso con la lluvia.

- ¿Quieres decir que sabias que iban a venir antes de que llegaran ? - preguntó intrigado.

El chamán salió de su ensimismamiento y miró sonriente a su anfitrión.

- Todos estamos unidos, es natural que sienta el poder que se aproxima - dijo contemplando con curiosidad a su amigo.

- Ya - dijo Alonso con una nota de tristeza.

- Sabes que es cierto ¿verdad? - murmuró el chamán mirando comprensivo a su amigo.

- Sí - respondió el veterano grave y sombrío.

El viento comenzó su anuncio de la llegada del Rito. Alonso meneó la cabeza entristecido.

- Pero esa verdad no es en este mundo - señaló las calles.- Aquí se impone la idea de la ausencia.

- Dicen aquí que eso es ser realista, pisar con los pies en el suelo - comentó el indio observador de las costumbres españolas.

- Unos pisan tierra, otros cemento - respondió Alonso contemplando las personas que iban y venían por las calles.

- Pero la voz de vuestra cultura es la del cemento

- Bien sabes lo que absorve al hombre la necesidad del sustento - alegó el español.

- Mi gente también se sustenta y no por ello niega la realidad del Espíritu - contestó el indio.

- ¿Qué quieres que te diga Halcón? ¿Qué es dificil prevalecer en mi visión en una sociedad que la niega continuamente? - respondió Alonso con gravedad.

El chamán miró a sus pies y quedó callado un largo rato.

- Bien sé que es dificil - reconoció humildemente -. Eres un bravo y respeto tu camino. Perdona mi necedad juvenil.

El veterano mago sacudió la cabeza y sonrió comprensivo.

- Yo también creía que las cosas eran más faciles de lo que eran - respondió con cierta burla en su voz -. Aún no comprendía la ley del esfuerzo, la exigencia de la acción.

- Aquí como allá prevalecer es importante - dijo Halcón asintiendo -. Cuando estaba allá creía que en esta sociedad la comodidad material haría las cosas mas faciles para el hombre.

- Ya ves que no lo es. Es su imagen, su fachada que exportan a todos los pueblos de la tierra. Afirman que esta sociedad es la realización de todo el curso de la historia de estas tierras, cuando es simplemente una sociedad más.

Alonso se tocó suavemente su pecho y lo alzó orgulloso.

- Yo represento la cultura, el saber, soy más profundo y real que las sociedades que dominan mi pueblo. Soy heredero de mujeres y hombres que han entregado su vida a la fertilidad de estas tierras, soy cadena que transmite un sentir al siguiente eslabón.

El indio notó la vibración de poder, el canto ancestral que surgía ante la afirmación de aquel hombre e hizo el gesto de bueno: tocó su corazón con dos dedos de su mano derecha y luego dejó que se alzara como si volara hacia arriba.

- Halcón, halcón - dijo Alonso mirándole agradecido.

La lluvia cayó en ese momento, suave y fina como el rocío, tímida y delicada pero poderosa en su efecto.

- El dragón ama en silencio - dijo el chamán contemplando el cielo.

Un hombre danzaba moviendo con lentitud su cuerpo en el estudio de Alonso. Aquella lentitud de pronto estallaba en un gesto rapido y preciso, como una ola que estalla en la roca, como el rayo que cae sobre la tierra. Luego volvía a mover sus piernas y brazos siguiendo una correografía precisa y definida, en torno suyo su aura se movía transmitiendo una sensación peculiar.

Finalmente se detuvo y se inclinó ante dos hombres que le contemplaban en silencio.

- Qué bueno - dijo el chamán admirado de aquella demostración de poder.

- Gracias - respondió aquel hombre, un hombre de apariencia oriental.

- Es una forma del estilo dragón - comentó Alonso.

Long Sheng había hecho una visita a su viejo amigo. Era un maestro chino de kung-fu, y durante años había tenido charlas con el buen Alonso.

- Así es - dijo complacido el oriental.

- Es una danza de poder - dijo el chamán reconociendo en algunas cosas danzas de su gente y su clan.

- Sí, es una forma que permite expresar al espíritu del dragón - respondió Long con la misma sonrisa complacidad.

Como todo integrante de un saber minoritario agradecía las muestras de respeto y consideración de su tradición. La visita de aquel día le había sorprendido en gran manera. Nunca había conocido a un indio, y

menos un chamán, y la posibilidad de compartir ideas y coincidencias le excitaba como al propio Alonso.

- Lo curioso es que todos sepamos sobre el dragón.

- El tuyo es el malo - bromeó Halcón meneando la cabeza.

Long rió recordando la diferencia de imagen entre un dragón oriental y uno occidental. Uno era belleza y armonía, otro mera deformidad.

- Alto caballeros - respondió el español alzando su mano -. Recuerden que represento a la tradición profunda, al arte del misterio. Para nosotros el dragón ha significado mucho, y permitanme mostrarles algunas imagenes.

Alonso se dirigió a su sección de Alquimia y mostró algunos grabados de dragones alquímicos. Sus amigos aprobaron el gusto de aquellos dibujos

- Además, somos nosotros los que hemos bautizado el recorrido de la Luna con el nombre de dragón - sentenció con voz profunda el español.

- Siempre serás el mismo Ventura - respondió el oriental -. Siempre tirando para tu rama.

Alonso se encogió burlón de hombros.

- Es natural - dijo el chamán.

- De todos modos reconozco que tu rama ha estudiado y posee mayores conocimientos sobre la energía vital que nosotros - reconoció Alonso inclinando suavemente la cabeza.

- Gracias amigo mío - respondió sonriente el maestro de kung-fu.

El indio miraba a los dos con una sonrisa burlona en sus ojos.

- No digas nada Halcón - dijo Alonso intuyendole.

- No, si no iba a decir nada - dijo el chamán del trueno.

- Tambien los míos procedemos de tu tronco - dijo el oriental reconoció Long Sheng.

Alonso dió una palmada en el hombro al oriental y le mostró una sección de la biblioteca.

- Enseñale, enseñale un grabado de los vuestros sobre el cuerpo sutil del hombre, sobre la energía que nos recorre - invitó Alonso.

Su amigo asintió y recorrió con su vista los libros sobre medicina china que poseía el español.

- En este aparece un buen dibujo - murmuró el oriental.

Extrajo el libro y mostró la lámina en la que aparecían detallados los meridianos del cuerpo por donde el chi circulaba. Halcón se acercó y apreció el tremendo esfuerzo de estudio mostrado en aquella información visual.

- Qué bueno - dijo para sí mismo.

- Es la base de muchas prácticas internas y de la acupuntura - comentó Long Sheng -. Es la medicina popular de nuestro pueblo, la que siempre durante miles de años hemos practicado.

- Y aquí estan, hay tantos chinos que deben ser buena prueba de ello.

El oriental sonrió levemente ante aquello. Sabía que era el pueblo mayoritario del planeta, y también sabía que por ello los demás pueblos les veían de un modo peculiar.

- Gracías a la sabiduría de mi pueblo que siempre apoyó a sus sabios.

Una sombra pasó por el rostro de Alonso, pero no mostró ningún gesto expresivo de ello.

- Sí - respondió asintiendo -. Ahora cada vez más personas acuden a la acupuntura.

- Sí hay futuro aquí para nuestros acupuntores - inclinó la cabeza el oriental.

Alonso agradeció que su amigo hiciera caso omiso de su pesar. Luego miró a Halcón que seguía enfrascado contemplando el dibujo en el que se detallaban los circuitos de energía del cuerpo.

- Es muy semejante al sistema nervioso - dijo el joven indio recorriendo con sus dedos los caminos del chi.

- Sí, pero nosotros no hemos realizado visecciones. Nuestro método de estudio es distinto, parte no de la percepción de la materia sino de la percepción de la energía - explicó el maestro chino.

- Por lo demás existe un fuerte paralelismo con los nadis de prana de la sabiduría hindú - dijo Alonso abriendo otro libro y mostrándolo a Halcón.

- Pero todo estos dibujos son antiguos - dijo el indio.

- Sí, Oriente nunca tuvo censura en estos estudios - respondió Alonso mirando complacido una biblioteca que en otro tiempo hubiese sido prohibida.

Halcón alzó su cabeza del libro y sonrió a su anfitrión. Todos aquellos libros eran para el joven como ventanas a otras culturas que no

conocía, a otras miradas de la realidad que la hacían aún más rica y misteriosa.

- Cuanto por saber - murmuró el joven chamán.

- Sí - dijeron al unísono los otros dos hombres.

Un silencio recorrió la estancia recordando a cada uno de ellos el coste del camino del conocimiento. Long Sheng dió de súbito una palmada y sonrió alegremente.

- Una imagen vale por mil palabras - dijo con tono burlón -. Una demostración por mil libros.

Seguidamente pasó a realizar un ejercio alquímico, mostrandole a Halcón el modo de respirar y la visualización que realizaba.

- El centro está en el ombligo - explicó -. Allí es donde habita el oceano de vitalidad, se trata ora de movilizarlo ora de cargarlo del poder que nos impregna en el aire.

Long Sheng concentró su energía en un punto y luego la enfocó hacia el cuerpo de Halcón. Este de inmediato notó un impacto que le hizo retroceder, como si hubiera sido empujado por una fuerza misteriosda.

- Tai Chi Chuan - comentó Alonso aplaudiendo ante la demostración.

El indio parpadeó sorprendido, no había experimentado aquello nunca.

- Qué bueno - acertó a decir intrigado sobre la tecnica utilizada.

- Sólo consiste en concentrar y enviar - respondió con sencillez Long Sheng.

- No es tan sencillo creeme - dijo sonriente Alonso al aturdido Halcón -. Requiere años de seria disciplina.

- Lo importante es concentrarlo en los puntos de poder - continuó el maestro de kung-fu -. En mi pueblo el éxito de una práctica se basa en la salud y longevidad que ella otorgue.

Hizo un gesto con su mano y cerró su circuito de energía.

- Lo importante es que el chi circule libre y armonioso por todo el cuerpo, y que la mente no lo interrumpa.

- Eso pasa mucho - respondió Alonso -. Muchas personas bloquean la circulación de su energía vital debido a emociones y pensamientos que impiden que la mente permita el flujo. Se contraen, bloquean zonas de su alma y por tanto de su cuerpo.

- Forman puntos de oscuridad - dijo el chamán asintiendo.

- Sí - respondió el oriental.

- Aunque no lo deseemos muchas veces, es la mente la que gobierna nuestros nervios - dijo Alonso meneando la cabeza con pesar -. Existe aún poco conocimiento sobre el dominio de nuestro sistema nervioso.

- Sin embargo aquí se presume de saber más que nadie sobre él - dijo irónico el chino imperturbable ante la ciencia occidental.

- Sí - respondió con desgana Alonso.

- Sus medicos presumen de poseer la mejor medicina de la tierra - dijo Halcón -. Es pena que no se compartan con generosidad todos los saberes.

- Universidad - expetó Alonso irritado -. Un centro de saber que afirma ser universal y censura todo saber que no sea propio de ciertas culturas concretas.

- Se van abriendo Alonso, se van abriendo - respondió afectuoso Long Sheng -. Hay que tener paciencia.

- Sí - dijo sonriente Halcón recordando en aquellas palabras el estilo del I Ching.- Es propicia la perseverancia.

El oriental parpadeó sorprendido ante la cita y miró al indio con curiosidad.

- Veo que conoces el Oráculo - comentó intrigado.

- Vivo de él - dijo el chamán encogiendo sus hombros con sencillez.

- ¿Cómo? - respondió extrañado Long Sheng.

Alonso soltó una fuerte carcajada.

- No te lo he dicho, pero aquí nuestro amigo es un experto en consulta del I Ching.

Halcón meneó divertido la cabeza.

- Alonso - dijo sonriente.

- Qué curioso - respondió el oriental mirando intrigado a aquel hombre que decía ser hechicero en su tribu.

- Sólo estoy aprendiendo - dijo Halcón.

- En la práctica - comentó sonriente el español.-. Se está haciendo un experto aquí en España.

- Sí, que es curioso, sí - dijo de nuevo Long Sheng.

- Me interesa mucho la visión de ....

El telefono de la habitación sonó y Halcón giró la cabeza interrumpiendo su frase.

- El deber te llama - comentó Alonso.

- Disculpad, me llaman por el teléfono.

Halcón se dirigió a su habitación y respondió a la llamada. Era una persona que deseaba consultar al Oráculo. El indio tomó las monedas con las que realizaba la adivinación, y las echó formando el hexagrama que mostraba la situación del cliente. Luego le leyó lo que decía el I Ching, un libro con una antiguedad de tres mil años.

Mientras Alonso sirvió una copa de brandy a su amigo, y se sentaron comodamente en los sillones.

- Está aprendiendo. Es duro para él hacer ese tipo de consultos por teléfono, sin todo el misterio que exige en realidad dicha práctica.

- Es valiente - respondió Long Sheng comprensivo -. Se debe sentir necio por no saber cómo amoldarse aquí.

- Sí - respondió Alonso suspirando.

- Para comer hay que adaptarse - respondió su amigo que vivía de un restaurante de cocina china.

- Le resulta dificil saber conciliar la realidad del gusto mayoritario y el suyo propio. Está muy de moda las ciencias ocultas y el mercado impone sus reglas si quieres vivir de ellas.

- ¿Pero come de esto? - preguntó interesado Long Sheng.

- Sí, y nada mal. Forma parte de esta nueva generación de magos que pueden ya vivir de nuestras artes.

El oriental asintió complacido pensando en su hija que vivía de enseñar Tai Chi.

- Son buenos tiempos para los nuestros - sentenció el oriental.

- Sí, lo son. Esto es lo que quiero que comprenda él.

- Nuestros tiempos sí que fueron duros - respondió nostálgico el viejo luchador oriental.

- ¡Ah!. Sí. ¿Recuerdas cuando...?.

Ambos veteranos comenzaron a recordar batallas, con el placer que da el gusto del triunfo otorgado por el tiempo.

Mientras. un joven hechicero seguía tratando de encontrar su propio camino hablando por telefono e intentado que no le colgara la clientela escéptica que frecuentaba los 906. Un público que exigía a los adivinos decirles lo que les agradaba, o en caso contrario cortaban la comunicación brusca y maleducadamente.

Halcón quedó sorprendido mirando a un Alonso cargado de lapices, reglas, calculadora y muchos papeles

- Vengo a echarte una mano - comentó burlón el español.

- No te preocupes Alonso - dijo el chamán sonriente -. Ya tengo todos las cifras aquí apuntadas y he hecho mis cuentas.

El indio miró orgulloso a su anfitrión ante su demostración de que sabía manejarse entre números. Ventura le miró paternalmente y meneó la cabeza sonriente.

- Angelito - murmuró para sí mismo.

Se sentó al lado de Halcón y examinó las cifras.

- Veo que aquí nos has estimado el Impuesto del Valor Añadido y en tu caso, al no declarar el Impuesto de Actividades Económicas, tampoco has calculado el Impuesto de la Renta sobre Personas Físicas.

- ¿Perdon? - dijo el indio pestañeando.

- Nada, nada - respondió Alonso quitando importancia con un gesto -. Ya imaginaba que no sabrías estas cosas y por eso vengo a ayudarte.

El indio se puso mortalmente serio.

- Hombre, he invertido todo mi dinero y lo he arriesgado. Nadie me ha ayudado a que mi trabajo funcione, no debo pagar a nadie. Es el fruto de mi esfuerzo.

Alonso sonrió benevolente. Le recordaba sus viejos tiempos.

- Sí, sí - respondió con suavidad -. De todos modos vamos a calcular lo que te vas a llevar este mes.

Halcón señaló su libreta con un dedo.

- Te he dicho que ya está calculado - dijo solemne -. Es lo que ves aquí.

- No - meneó la cabeza el veterano sin perturbarse -. Esto no es lo que tú vas a cobrar.

El indio suspiró con fuerza y se levantó de su silla.

- Todo estas costumbres comienzas a irritarme Alonso - dijo lentamente Halcón -. Comienza a cansarme vuestras exigencias de ordenar la vida del hombre según vuestros criterios.

El español no mostró ninguna reacción ante la actitud de su compañero. Sabía que era dificil que aquel hombre comprendiera ciertas costumbres heredadas del control estatal sobre la vida humana.

- Sólo es dinero Halcón - dijo con suavidad -

El chamán suspiró lentamente y volvió a sentarse.

- Bien, veamos. Apliquemos a esta cifra el IVA ...- comenzó Alonso con gran fanfarria de papeles y manejo de la calculadora.

Se produjo un silencio tenso en el que el indio veía como su anfitrion comenzaba a manejar números en una calculadora que

imprimía papel sin cesar. Alonso se mostraba sumamente concentrado en su tarea.

- Si a esto le aplicamos el logaritmo neperiano...- murmuraba para sí mismo.

Más papel impreso, y más números rellenandose aparte en lapiz. Pasó un largo rato hasta que Alonso comenzó a menear la cabeza negativamente.

- Creo que me he equivocado en una coma - dijo gravemente rompiendo todos los papeles y volviendo a empezar.

El indio seguía mirando en silencio el continuo garrabetear de cifras. Sólo se escuchaba el ruido de la calculadora al soltar números en el papel.

- Necesito un café - dijo finalmente exhausto frotándose la frente.

Cogió el termo que había traído y se sirvió un cafe. El chamán negó con la cabeza la invitación a tomar él.

- Siempre preparo un termo para estos casos - comentó Alonso.

Tomó el café a pequeños sorbos mirando sin expresión a su amigo. El chamán se mostraba imperturbable como una piedra. Alonso comprendió que estaba tratando de dominar su enojo.

- Enfin, sigamos - dijo el español continuando tecleando la calculadora y rellenando cuartillas de papel.

Pasado un rato soltó una exclamación y mostró triunfante una cifra.

- ¡Ya está! - dijo levantando una hoja.

El indio miró el papel. Había una cifra mayor de la que él había apuntado. Parpadeó asombrado.

- Qué bueno - dijo irónico.

Alonso sonrió burlón.

- No, aún no he terminado - dijo cogiendole el papel y comenzando de nuevo a hacer números. -. Aún queda descontar el IRPF.

- Ya

Nuevo silencio en el que sólo la calculadora sonaba. Esfuerzos titánicos de Alonso rellenando y tirando papeles en una papelera cada vez más llena.

- Claro que existe la deducción por...-murmuraba el español sin cesar de hacer cifras.

Más cifras y papeles escritos. Al rato Alonso se echó hacia atrás bostezando ostensiblemente.

- Ya lo voy cogiendo - comentó.

Suspiró y sacó de su bolsillo una caja de aspirinas.

- Siempre las llevo a la hora de hacer esta tarea

Tomó una aspirina con una nueva taza de café, y dandose ánimos continuó la tarea. Finalmente levantó un papel en silencio de manera solemne.

- Por fin - dijo gravemente enseñandole la cifra a Halcón.

El indio quedó inmovil mirando aquella suma.

- Esto es menos de lo que he ganado Alonso - murmuró.

- Bueno, sólo es un pedazo de tarta que le corresponde al estado, representante de la sociedad en la que vives.

- Es menos dinero del que yo he conseguido Alonso - insistió el indio con voz queda.

- Lo sé, lo sé. Son dineros que has de pagar al estado.

- ¿Por qué?. - respondió Halcón lentamente.

Alonso suspiró meneando la cabeza con aire cansado. Aquello sólo era el principio. Decidió ir al meollo de la cuestión.

- Por que así son las cosas aquí - respondió con sequedad.

- Ya.

- Sí.

- Y si no quiero pagar esa suma.

- No importa, te lo descuentan automaticamente en la factura de Teléfonica.

El indio miró con fijeza a su anfitrión, un destello pareció querer surgir en sus ojos pero lo contuvo. El nagual de Halcón fue enmudecido.

- Como ustedes digan - dijo de pronto el chamán sonriente.

Alonso bajó la cabeza y miró a sus pies.

- Eso es un golpe bajo amigo mío - dijo en voz baja.

Halcón echó la cabeza a un lado y quedó fijo mirando a un punto en el vacío.

- En mi pueblo cada hombre obtiene el fruto de su trabajo - dijo lacónico.

- Son las cosas de vivir en una sociedad moderna - dijo Alonso levantandose y recogiendo todos los bartulos.

Halcón miró a su amigo y sonrió suavemente.

- Perdona Alonso - dijo sosegado -. Anda, enseñame cómo lo has hecho.

El español respondió también con una sonrisa y volvió a sentarse.

- Bueno, lo primero que hay que hacer es aplicar el tanto por ciento de....- comenzó su larga explicación del mecanismo económico necesario para poder recibir el fruto del trabajo.

- Todo se trata de acumular esa fuerza y saber utilizarla - continuó Long Sheng explicando a Halcón el significado de sus gestos.

Long movió sus brazos como si flotaran en un espacio fluido, denso, semejante al agua.

- Está en todas partes, y lo captamos desde nuestro interior - murmuró al terminar.

Halcón siguió mirando fijamente a su nuevo amigo. Poseía un poder interno que no se mostraba en el exterior, y su nagual se expresaba sonriente mediante aquella danza misteriosa.

- Habeis profundizado mucho en nuestro saber - dijo el chamán asintiendo complacido.

Como respuesta Long realizó el gesto ritual de la fragua china: funde y forja, yunque y martillo...derruir la oscuridad y construir la luz.

- Todos procedemos de la percepción original - respondió amable ante aquel elogio.

Halcón meneó la cabeza sonriente.

- Me gustaria llevaros a ambos a mi clan, podríamos aprender tantas cosas juntos - recordó añorante sus charlas con sus compañeros hechiceros.

Long asintió en silencio, también él guardaba recuerdos de su aprendizaje.

- Mi buen amigo sigue añorando a los voladores - alzó la voz Alonso disipando la melancolía que aparecía en el rostro de sus compañeros. - El ser alado necesita volar para sentirse él mismo.

- El inmortal, amigo del dragón, vuela hacia las altas cumbres de la Montaña Misteriosa - recitó el oriental un recuerdo de su saber.

- Allá donde el Misterio se complace en mostrarse - susurró Halcón.

- Allí donde reina con esplendorosa belleza lo sutil y arcano - respondió Alonso.

Los tres amigos habían vuelto a reunirse. Desde la primera visita ya habían comprendido que estaban destinados a compartir su amistad, y aún más, su propio saber.

- Todo eso habita en el reino profundo, misterioso, de nuestro interior.

- De aquello que llamamos alma.
- Del misterio de ser conciencia.

Tres voces sonaban en el ambiente de estudio de la casa. Rodeados por escritos y artesanía mistérica tres culturas se unían para constatar la realidad de que se nutrían.

- ¡ Ah, nuestra tradición, siempre virgen y fresca! - cantó uno.
- Como el río que surge de la lluvia - exclamó otro.
- El mismo y distinto en cada momento - concluyó uno más.

Tres identidades, forjadas cada una de ellas en un mundo distinto, en dogmas y lenguajes diferentes. Y sin embargo, por el ejercicio de su inteligencia, iban penetrando en la multiplicidad de la superficie para alcanzar la realidad que sostenía todo el entramado. Aquellos hombres sabían que, aunque de procedencia distinta, sólo existía un único saber sagrado.

Saber que se mostraba complacido en las formas del arte, uno y a la vez caleidoscópico.

- La Luz que gobierna nuestras vidas.
- La Luz que muestra nuestro saber.
- Luz - entonó una melodia uno de los tres con arte y cariño.

Aquellos hombres habían comprendido que la conciencia se define como claridad, como luminosidad que nos permite percibir. El conocimiento de la conciencia es el conocimiento de su origen luminoso.

- Entrañas que recibis la luz.
- Entrañas que guardais la luz.
- Entrañas profundas y oscuras.

Halcón tomó un sorbo de brandy y aclaró su voz. Ahora le tocaba el turno a hablar a él, tras haberlo hecho Long.

- Mi alma es luminosa, se abre y se cierra como una flor - comenzó -. Dentro de ella habita mi espíritu, celeste y alado, viajero de su destino.

- ¿ Y tu cuerpo Halcón? - preguntó Alonso, heredero de una falsa concepción de la carne que aún le pesaba por la influencia cultural.

- Soy el alma de mi cuerpo, soy yo el que te habla hombre - respondió el chamán extrañado por una pregunta tan sencilla.

El indio se tocó su pecho y continuó.

- Mis raices son profundas y misteriosas. En mí cantan los espíritus de los animales, en mí el saber de la herencia. Y de ello surjo yo, pequeño misterio envuelto en el Misterio.

- El cuerpo es todo, el receptáculo de la vida, la forma de nuestra existencia - dijo Long.

- Unos vienen, y otros van. Cuerpos luminosos que se transforman en luz, almas luminosas que se transforman en cuerpo - dijo Alonso recordando a un padre de la física llamado Newton.

- ¿Donde el principio, donde el final? - meneó la cabeza el oriental recordando el símbolo del Tao.

- Sin embargo he aquí que nací con un tiempo, y mi tiempo ha de desplegar mi sentido. Nací cuando mi madre dió a luz, y sé que un día moriré. Soy el actor de mi destino, pero os digo amigos míos que también soy el que lo padece.

- Eres muy joven para pensar así Halcón - dijo Alonso captando la tristeza de su amigo. El indio seguía añorando el reino natural. Seguía viviendo con menos intensidad en aquel lugar.

Halcón suspiró y negó con la cabeza.

- Un día volveré a pisar la tierra y a dejar que mis ojos beban de la Belleza Natural.

- Lo que debería hacer es enamorarse - recetó Long sonriente.

Al oir eso el joven chamán se sonrojó. Aquel comentario le hacía presente su anhelo de encontrar compañera.

- Aún ella no se ha cruzado en mi camino - respondió Halcón mirando a sus pies.

Alonso hizo un gesto con la mano apartando el hilo de los pensamientos de sus amigos.

- Caballeros, aquí no estamos para hablar de mujeres - dijo con sonrisa burlona. -. Estamos para hablar de ciencia y arte.

- Menudo arte tienen - suspiró Long recordando la belleza singular de su mujer.

- Long - recriminó Alonso con mirada ceñuda.

- Sí, sí. Ya sé.

- ¿Qué es ese nagual del que tanto hablas Halcón? - preguntó Alonso para centrar la conversación.

El indio se encogió de hombros. Era una palabra que unía muchas cosas.

- Sólo es un nombre, es dificil de explicar el contenido que encierra - respondió Halcón -. Es la parte misteriosa de mi ser, es el vínculo natural con la vida, es el canto que surge de mis profundidades.

- Sin embargo tú tienes diferentes naguales.

- Son cualidades distintas del mismo nagual expresadas en forma animal. Pues ellos representan las potencias del nagual en la naturaleza.

- Las facultades del alma - trató de traducir Alonso.

- No Alonso, como siempre tratas de mezclar filosofías ajenas a nuestro saber - exclamó Long -. Es lo que he tratado de expresarte otras veces, son cualidades. Cada forma de animal que yo danzo es una forma de sentir y existir, una forma de actuar.

- El nagual es más que lo que tú haces Long - dijo Halcón mirando fijamente a su compañero.- El nagual es la montura en la que entro en el Reino del Misterio, el nagual es en sí mismo misterio pues es criatura de éste.

- Quieres decir que Halcón puede ser comprendido, pero su nagual no - respondió Alonso.

- Yo soy el nagual - dijo el chamán haciendo un gesto de identificación entre los suyos.

- Es decir, que tú representas entre los tuyos el misterio - asintió Alonso.- Aunque ni tú mismo puedas comprenderlo.

- Desde siempre los míos somos elegidos por el Espíritu para estar presentes en forma de naguales, para hacer este papel entre los demás hombres.

- El propio camino del mago es un misterio - comentó Long recordado de nuevo al Tao.

- Por eso sufres Halcón, porque crees que debes ser hechicero para estas gentes con las que ahora vives - meneó la cabeza Alonso comprensivo. - Tú vienes de un mundo donde tienes un lugar, aquí tendrás que construirlo.

- Los puestos ya estan ocupados - dijo sonriente Long -.

El indio miró de hito en hito a sus dos amigos. Notaba cierta condescendencia hacia él procedente de la diferencia de edad. Sonrió intimamente, la actitud paternalista era algo que ya conocía.

- Soy arbol joven y vosotros os burlais de mí - respondió el chamán.

- Aun sigues creyendo que tu lugar está fuera de aquí, cuando bien sabes que tu lugar está en este momento - comentó Alonso tratando de resolver una situación que debía ser despejada del todo.

- Aquí y ahora, en este momento, en este lugar. - recitó Long Sheng un poema ch´an.

- Dilo Alonso - susurró Halcón sabiendo que era el momento de escuchar algo importante.

- De aquí fuimos y allí llegamos. Allí mezclamos nuestra sangre, allí nos quedamos. Lo mismo pasará aquí.

El chamán asintió con la cabeza y no respondió.

- Creía que el nagual era la energía del cuerpo, el alma vital que sostiene nuestra realidad física y la comunica con el resto de la energía - dijo Long permitiendo que aquella frase se guardara en otro nivel de conversación.

- Sí, del nagual extraemos nuestro poder, nuestra fuerza. Y es el nagual el que presiente los flujos del espíritu.

- Permitidme un momento - dijo Alonso dirigiéndose hacia la biblioteca.

Extrajo un libro y mostró una fotografia de su interior. Se veía un campo luminoso en torno a una mano.

- Es un descubrimiento moderno basado en tecnicas avanzadas de fotografía - dijo señalando el trazado de esa energía -. Durante siglos se le ha llamado cuerpo etérico, aura, magnetismo animal. Es un campo de fuerza que rodea al cuerpo, y según las últimas investigaciones resultaría ser un campo de configuración.

- No entiendo - dijo intrigado Halcón contemplando los colores que surgían de una hoja fotografiada con camara Kirlian.

- Bien. Como sabemos nuestro cuerpo está recorrido por una corriente electrica, esto genera un campo magnetíco a nuestro alrededor. Pero esto, que podría parecer una simple consecuencia de la actividad nerviosa, ahora se muestra de doble vínculo. Es decir, que la transformación de ese campo transforma el sistema nervioso. Ese aura se conforma por la actividad física de los nervios, y a la vez conforma la realidad corporal.

- Estan mutuamente implicados el cuerpo de chi y el cuerpo físico ciertamente - asintió Long comentando la medicina oriental -. Esta es la base de la acupuntura.

- También es la base de algunas curaciones nuestras - asintió el chamán -,

- Bien, quiero ir más lejos - continuó Alonso -. Desde siempre se ha comentado que el aura está formada por haces de colores. Ahora sabemos que cada frecuencia de color responde a un nivel de energía, por lo que el estado anímico del sujeto se muestra en colores en el aura.

- La luz se muestra en colores, se manifiesta así en diferentes cualidades - dijo Long.

- Exacto. Lo que quiero decir es que ese aura es también un receptor y emisor de energía. Cada frecuencia resuena a un nivel en una dimensión concreta, permitiendo así que se comunique con otra aura.

- ¿Quieres decir que mi sentimiento se transmite mediante esta esfera luminosa ? - preguntó Halcón.

- Sí. Su centro es el ser - dijo Alonso dibujando un circulo y marcándolo su centro con un punto.

- Hablar de frecuencias Alonso es simplemente hablar de ritmos. Es normal que un ritmo sincronice con otro, es el juego oscilatorio del yin-yang.

Alonso miró a su compañero Long mostrándole sus manos vacias.

- Ya sé Long que nuestro saber hace mucho que conoce todo esto. Sólo os comento que ese ritmo vital se muestra en forma luminosa.

- También es un canto - comentó Halcón -.

- Decían los antiguos magos egipcios que un hombre al nacer es marcado con un nombre en su aura, que era la que guardaba y mantenía su cuerpo físico. Ese nombre sería el sello de su destino, su peculiar forma de sentir en el mundo - respondió Alonso.

- El nombre de poder - asintió Halcón.

- ¿Qué quieres decir? - dijo Alonso.

El chamán se encogió de hombros.

- Un hombre puede tomar muchos nombres. Entre los míos muchas veces cambiamos de nombre según el modo de sentirnos. En general cada nombre indica un tramo de nuestro camino, una época de nuestro ser. Además tenemos nombres familiares, nombres de clanes, nombres de caza. En mi propio clan, los hechiceros, tenemos nombres para indicar la búsqueda del Espíritu, nombres para nuestros propios naguales...

Halcón calló y su mirada quedó absorta.

- Pero sólo un nombre es el importante: el que te da el Espíritu - dijo en un susurro.

- Vaya, y yo presumiendo de tener nombres - respondió sonriente Alonso.

- Ese nombre es la palabra latente que habita en nosotros - continuó Halcón.

- Nuestra propia identidad, única y singular como el propio genoma - dijo Alonso recordando el lenguaje del ADN, matriz de la realidad biológica.

- Desde un lado y desde otro habla la misma realidad - comentó Long.

- Sí. Pero si la herencia de los genes procede de nuestros padres, y de su combinación singular, esto que yo digo procede de otro reino. De otros padres.

- Gracias Halcón por recordarme la pureza de nuestro saber - asintió el veterano mago español que a menudo olvidaba a su Madre Celestial.

Dulcinea llamó a la mesa para que vinieran a disfrutar de la cena. Cuando les vió salir, enfrascados aún en sus charlas una sonrisa maternal apareció en sus labios.

- Son como niños - murmuró.

6.
Insondable

El practicante recordaba, concentrado en sí mismo entraba en la memoria, en busca de un recuerdo de poder, de un acuerdo en el tiempo con el espíritu.

"Había caminado por las sendas del Búfalo, había recorrido los caminos propios que le correspondían. Ahora llegaba el turno de recorrer la vía del Aguila.

Un día había encontrado una pluma de águila en el valle donde vivía. Ese era un acuerdo,un signo de promesa por sus esfuerzos en recorrer la senda del poder terrestre. Ahora tenía que avanzar, tenía que marchar en busca de la otra pluma.La confirmación del poder celeste.

Se dirigió a un lugar sagrado del pueblo indio. Allá, donde vivían los indios Taos. Aquel lugar acababa de ser recuperado por dicha tribu, tras años y años de lucha por conseguir que el hombre blanco aceptara que aquel lugar era sagrado, especial para la existencia de los indios Taos. El gobierno estadounidense había reconocido el espacio como monumento natural, permitiendo así que no fuera expoliado como el resto de la Naturaleza.

El camino había sido largo, pero por fin se hallaba delante de las montañas que guardaban el punto sagrado. Comenzó el ascenso, el viento le animaba en su marcha, y un sentimiento inefable le llamaba desde la cima. Iba en compañía de un perro salvaje, de su amigo en tantas y tantas aventuras.

El cielo se estremeció al canto del Trueno. El hombre miró hacia arriba contemplando la presencia del espíritu celeste que se cernía sobre él. Alzó su brazo derecho y lanzó un grito de saludo. El trueno volvió a sonar lenta y poderosamente, con la seguridad de dominar todo el espacio del fluido llamado aire.

Llegando casi a la cima su amigo irguió las orejas y quedó quieto. El hombre miró a su compañero y amplió su percepción para sentir qué era la nueva presencia que se aproximaba. Al poco apareció un oso que se les quedó fijamente mirando. El hombre se mantuvo inmovil captando el espíritu de aquel animal. No tenía ánimo violento, sólo estaba allí, como guardando un tramo del camino.

Siguió caminando pero a los pocos pasos sintió que su amigo cánido no le acompañaba. Miró hacia atrás y le vió quieto, sentando en posición hierática, sólo contemplandole. El hombre miró al can y luego al oso. Finalmente asintió. Tenía que seguir él sólo el camino. Siguió pues subiendo, dejando a un lado al oso y trepando lentamente por las rocas que gobernaban la cima.

Un sonido agudo atravesó su alma e instintivamente alzó su cabeza. Era el águila que le saludaba, que reconocía su presencia. Miró al ave largo rato, hasta comprender que tenía permiso para subir a su territorio. A pocos metros de la cumbre estaba el nido del águila. Se acercó con respeto y tocó una pluma. Alzó la cabeza y su vista quedó fija en el ave real.

El águila volvió a lanzar un sonido y planeó en picado hacia abajo, celera como el rayo. Posó su cuerpo en una roca cercana y quedó quieta e inmovil ante el hombre. Parecía no mirarle, pues la vista del águila es tal que contempla las cosas sin necesidad de esfuerzo. Con la visión más poderosa de los seres vivos captaba al bípedo como sólo ella puede hacerlo.

El hombre tomó la pluma y se la mostró al ave. Esta permaneció inmovil, como si no percibiera el acto del hombre. El humano quedó por un momento indeciso sin saber qué hacer. Finalmente se colocó la pluma en la cabeza, junto a la otra pluma que ya llevaba. El aguila lanzó un fuerte canto y alzó el vuelo en dirección a la cumbre. Quedó dando vueltas sobre el otro lado de la montaña, el lado contrario al que él estaba.

El hombre miró el vuelo del ave, y sintió la necesidad de ver lo mismo que ella. Ascendió rapidamente los pocos metros que le separaban de la cumbre, y allí quedó paralizado de asombro ante la imagen que sus ojos le mostraron.

Abajo, al otro lado, un lago quieto y sereno reflejaba en toda su pureza el color del cielo. El azul se hundía en las aguas del lago, abrazando de tal manera en su reflejo la imagen celeste que apenas podía distinguirse la diferencia. Era el Lago Azul, lugar sagrado de los Taos.

La lluvia, fina y delicada, cayó sobre la tierra. Pero aquella lluvia sólo se complació en la montaña donde el hombre estaba, dejando al hombre contemplar el reflejo del Sol en el agua del lago. Alzó su cabeza y contempló la nube que descansaba sobre él. Era como si le

abrazara,como si la lluvia y él estuvieran juntos contemplando la visión del lago. Aquella imagen reflejo del cielo.

El viento mecía los arboles suavemente, y el hombre comenzó a cantar en voz baja. El cielo comenzó a tomar colores cálidos, anunciando el crepúsculo. Al igual hizo el lago, exacto y fiel reflejo de la realidad que mostraba. Contempló emocionado cómo el agua se tornaba de colores dorados, rojizos y violáceos.

El águila lanzó un fuerte grito y se lanzó en picado hacia el agua del lago. Se zambulló en él con tal impetu que parecía querer hundirse en lo más hondo de sus aguas. Pero al instante, en un parpadeo, volvió a surgir portando en sus garras un pez. Subió lenta y soberana hacia la cumbre de la montaña, para dejar allí su presa. Luego volvió a alzar el vuelo y quedó sobre el hombre lanzando de nuevo un aviso.

El hombre asintió lentamente y alzó sus brazos hacia el águila. Aquella demostración de poder era la que tenía que practicar, la capacidad de entrar y salir con la potencia del águila. El viento llamó a las criaturas para rendir gracias al Padre y el ambiente se llenó de cantos de distintos seres uniendose en sinfonía.

De pronto se produjo un denso silencio, como si todos callaran ante la aparición de una presencia poderosísima. El viento remolineó en torno al hombre y el águila descendió del aire para descansar en una roca de la cumbre.

Allá, allá iba surgiendo la Gracia. El cielo de la tierra abrió las puertas y se mostró el reino universal, el infinito espacio estelar. El silencio se hizo profundo, tanto como la propia noche, como si un único canto fuera en esos momentos posibles.

El lago se convirtió en plata, en luz azulada. Oscuro e insondable sólo reflejaba ahora el misterio que surgía del cielo.

Un canto rasgó el aire, un aullido que se mantuvo durante tiempo y tiempo como si jamás fuera a cesar. El hombre sonrió complacido, era su amigo que mostraba su alma a la Noche. Sólo a Ella, en íntima compañía. El hombre lanzó a su vez un canto corto y fuerte desde las entrañas de su ser.

Serena e íntima alegría, contentamiento de estar y ser donde se ha de estar y ser. Paz profunda de ver sin obstáculos la realidad en la que se es.

- Qué bueno - murmuró intensamente emocionado aquel hombre de ojos inundados.

Más allá de la incensante lucha del hombre contra el hombre, otra realidad.

El joven indio tomó la bebida sagrada y aguardó la conexión con el Reino del Sueño.

Estaba tranquilo.

A su lado se hallaba uno de sus vigilantes, alguien en quien se podía confiar en momentos tan delicados para un hombre.

Clan Antiguo.

- Restitución de un derecho antiguo - alzó la voz grandilocuentemente.

Alonso se dedicaba a su sesión dramatúrgica, de manera trágica y espontánea mostraba el veterano mago su disconfirmidad contra la información recibida por la televisión.

- Eso carece de razón - exclamó andando de un lado a otro.

Como era costumbre Dulcinea le miraba callada. Estaba acostumbrada a los arrebatos de su marido.

- Introducen su ideología a toneladas - repitió Alonso indignado.

- La cuestión es qué no es ideología - replicó su mujer.

Alonso se plantó mirando ceñudo a su mujer. Por supuesto iba a tocarse el pecho para afirmar que lo que él pensaba, pero se contuvo conociendo sus propias torpezas.

- Pero hay mejores que otras - dijo convencido.

Miró dramaticamente a su mujer, como si estuvieran hablando sobre el peor crimen del mundo, y ella alzó las cejas irónica.

- Querido mío, sólo es un debate - trató de calmarle cuando en realidad Alonso disfrutaba.

- Siempre colocan a los mismos para representar las diferentes voces del nuestra sociedad - acusó ligeramente indignado.

- Son autoridades en sus disciplinas - sugiró Dulcinea.

Alonso bufó y se sentó de nuevo en su sillón. En el fondo le interesaba el debate. Un debate esencial para el futuro humano: el uso del conocimiento del genoma humano, del nuevo poder otorgado al hombre de dominar el lenguaje con el que estaba escrita la realidad biológica.

Siguieron viendo la televisión un rato. Alonso se removía inquieto ante los comentarios de personas presentadas como serias autoridades en el conocimiento humano.

- ¡Qué cojones dice! -lanzó un taco el español indignado ante la duda sobre qué criterios seguir en dicho territorio.

- Alonso no te pongas loco - dijo Dulcinea.

- ¿Loco?. La historia ha tenido siempre que darle la razón a los que llamó locos por afirmar algo contrario a la creencias de su época o lugar - dijo levantandose de nuevo.

Halcón salió de su habitación, tras concluir una llamada que había tenido en ella, y volvía al salón.

- ¿Qué de nuevo viejo? - se sentó sonriente el chamán.

El indio disfrutaba enormemente con el histrionismo de su amigo. La capacidad escénica que desarrollaba Alonso le recordaba una de las disciplinas de su arte: la actuación. Rama de su arte con el que surgía sensorialmente el sentimiento de su alma.

- Estos necios insolentes que pretenden afirmar que han de gobernar el futuro de la humanidad por ellos mismos - señaló a los integrantes invitados por la televisión.

- En el fondo Alonso es que te gustaría estar ahí - lanzó Dulcinea con mirada burlona -. La envidia le hace arrastrar los dientes por el suelo.

- ¿Envidia yo? - dijo Alonso poniendo cara de asombrado. Calló un momento y se volvió a sentar.

- Tú me dijistes Alonso que tu saber era para unos pocos - comentó el chamán que comenzaba a comprender la necesidad de Alonso de expresar públicamente sus ideas.

- Hay cosas que son de jardin de infancia - replicó con seriedad el hombre entregado a un conocimiento no reconocido por su sociedad.

El chamán asintió lentamente. Era algo que el indio no comprendía de la sociedad del hombre blanco. Entre ellos compartían sus visiones, el chamán formaba parte de la red de comunicación de su pueblo. En la sociedad colonizadora sólo unos pocos estaban reconocidos como fuentes de conocimiento. Eran llamadas “autoridades”, y nunca se veía realmente quienes eran.

Mirando la televisión con la familia Ventura el indio aprendía costumbres y modos de pensar que antes no alcanzaba a conocer. Conocía la sociedad dominante por su medio de comunicación

principal, y asistía como simple testigo mudo a los acontecimientos de la historia. Historia que afectaba a pueblos enteros, a millones de personas. Las autoridades que gobernaban eran los “políticos” representando el “Gobierno”, “los cientificos” representando la “Ciencia”, el “clero” representando la “Religión”, y de vez en cuando aparecían “encuestas” donde la “gente” representando al “Pueblo” ofrecía su “opinión”.

La razón la poseían dichas autoridades. Esto implicaba que para ser escuchado por la comunidad había que trepar por una especie de jerarquia vertical, compitiendo contra otros, para alcanzar un puesto en el que pudieras ser escuchado.

El indio se encogía ligeramente sintiendo cierto frío en su cuerpo. Se sentía debil ante la capacidad que podía ejercer el hombre colectivo. Su pueblo había sufrido por una ideología, que ahora comenzaba a mostrarse caduca. Pero seguía sin sentirse reconocido por las palabras de los que hablaban por la televisión.

Aquellas personas al hablar afirmaban hablar por la “humanidad”, por “Dios”, por el “progreso”. Pero sólo veía el modo de proceder blanco, en nada se mostraba la visión india. En esos momentos se sentía ligeramente extraño. No acostumbrado a la influencia televisiva, el joven chaman a veces quedaba hipnotizado por el poder sugestivo de la televisión.

- Hay que tener mucha cabeza para poder verla - bromeó de pronto Alonso señalando el televisor.

- A veces me parece que el mundo del que hablan sea la única realidad posible - dijo Halcón preocupado por aquellas desviaciones de conciencia.

- Sí, en esta sociedad hay que estar fuertemente concentrado en la visión propia. Existe mucha influencia subliminal - dijo mostrando el español los anuncios que ahora mostraban.

En la televisión aparecían personas satisfechas, felices podría decirse. Consumían con inteligencia, con estilo, y eso les hacía sentir bien. Eran así más fuertes, atractivos, valientes, simpáticos, sensuales, misteriosos. Eran sanos y siempre podían obtener lo que querían. Su identidad se cifraba en qué consumían. La calidad humana se medía por el precio del producto, el valor propio por la capacidad económica.

Esto generaba un deseo inconsciente en todos de desear disfrutar de aquel mundo. El instinto natural de atracción a la abundancia, de plenitud material, era constantemente asaltado por imagenes.

Al indio todo aquello le dejaba indiferente. Sólo la presencia de mujeres bellas y sensuales le provocaba cierta inquietud que hacía agitar su alma. Su nagual de vez en cuando saltaba queriendo comerselas, lo cual le recordaba al chamán su tan ansiadad necesidad de compañera. Tema que guardaba para su intimidad viril.

- Ya vuelven - gruñó Alonso ante la aparición del programa de debate.

Silencio tenso mantenido heroicamente por el español hasta que de nuevo vuelve a saltar.

- ¡Ustedes no deciden nada hombre! - exclamó alzando sus brazos -. Como si no supieramos que somos una simple colonia del imperio.

Efectivamente los eruditos que hablaban por el programa no paraban de citar nombres anglosajones que respaldaban, con autoridad de ley, sus afirmaciones.

- Españolito - dijo meneando la cabeza ante las ínfulas de unos de los integrantes de la reunión.

El indio no dijo nada. Bien conocía los pavoneos del hombre blanco.

- Al fin y al cabo no te quejes Alonso que estamos en democracia - murmuró la mujer que había compartido con su hombre tantas y tantas cosas.

Su compañero asintió. Buena razón tenía su dama.

- No llamemos a las puertas de las sombras del pasado - dijo Halcón conocedor del poder de evocación de los recuerdos.

Alonso le miró y sonrió levemente. Agradecía la presencia de su joven amigo, pues siempre le recordaba de modo naturla aquel arte que tanto amaba.

- Cierto Halcón, miremos siempre hacia la puerta abierta del futuro - respondió mirandole con afecto.

El indio simplemente asintió y siguió contemplando el presente que se mostraba en televisión.

- Por lo que tú me has dicho Alonso por la tele no estan todos los que son, ni son todos los que estan - murmuró Halcón atendiendo a las palabras de importantes doctores de aquella sociedad.

- ¡Cómo te lo diría! - suspiró el veterano sabio.

- Sin embargo no creo que estos sean los hombres con el poder de decisión - dijo el indio perspicazmente.

Alonso bajó la cabeza y murmuró algo para sí mismo.

- Bueno, pero influyen - dijo en voz baja.

- El dinero...ese sí que influye - comentó Dulcinea.

Ambos hombres se la quedaron mirando en silencio. Ninguno respondió.

- De todos modos - arguyó finalmente Alonso harto acostumbrado a aquel argumento - el hombre actúa por una idea. Sus actos dependen de lo que él cree que es real.

- ¿Y la mentira Alonso? - respondió el indio gravemente.

- ¿Cómo? - preguntó sorprendido el español.

- La mentira. El hombre miente conscientemente, a voluntad. ¿Por qué mienten si saben que mienten?.

- ¿Quien miente? - preguntó retóricamente Alonso.

De nuevo se produjo un silencio que nadie cortó. Siguieron mirando la televisión. En el fondo todas aquellas personas trataban de mostrarse racionales.

- Su paradigma está obsoleto señor mío - dijo señalando con un dedo a una imagen electrónica -. Usted todavía está en el mediodevo.

El buen Alonso sólo quería combatir en la justa del conocimiento.

- ¿Qué es paradigma Alonso ? - preguntó intrigado Halcón.

- Quiere decir marco, el código básico con el que estableces tu pensamiento. La visión de la realidad en general que te permita inferir razones en particular.

El indio parpadeó ligeramente.

- Por ejemplo cuando el hombre creía que la Tierra era inmovil y el Sol giraba en torno suyo dentro de un espacio finito. Ese es un paradigma. Otro, surgido en el Renacimiento, fue lo contrario: era la Tierra la que giraba en torno a un Sol...

- Dentro de un espacio infinito - recitó Dulcinea.

- Eso es.

El chamán quedó callado un momento.

- O sea como una religión - dijo.

Alonso se le quedó mirando fijamente para suspirar de pronto con cansancio.

- Sí. Es el modo de ver la realidad, la visión que tengas del hombre. Las bases fijas que te permiten pensar de un modo u otro.

- Siempre me ha gustado las nuevas cosas que el hombre blanco descubre sobre el Universo - dijo el indio recordando su primera vez que vió una foto de la Tierra desde la Luna.

- Sí, la técnica también tiene buenas cosas -asumió Alonso.

- Tengo un amigo mío que quería ser astrónomo - recordó el indio a un joven sioux tan soñador como él.

- Bueno, el conocimiento real es uno. No dependen de culturas ni naciones, mucho menos de las diferencias físicas surgidas por el clima.

- Soy un poco racista, lo siento - dijo el indio de pronto.

- No amigo mío, no lo eres. Ese hábito fue involuntario, adquirido por la exposición al verdadero racismo.- tocó su mano Alonso -. Somos humanos, no somos tan fuertes e invulnerables a todo tipo de estímulos.

Dulcinea de pronto cambió el canal y se dedicó a ver otro programa de televisión. Hacían una película de indios y vaqueros donde los indios eran los buenos.

- Como han cambiado las películas - murmuró ella.

Los dos hombres se la quedaron mirando y luego se miraron mutuamente. De nuevo se produjo un rato de silencio.

- Bueno mujer, que yo quiero ver el debate - gruñó Alonso -. Dejame ver algo serio de vez en cuando.

Halcón sonreía ante la pelea del matrimonio. Parecía que tener el mando a distancia del televisor era tener el mando de la realidad.

- Lo que diga nuestro invitado - respondió ella mirando a Halcón.

El indio se quedó mirando a ambos y encogió de hombros.

- Lo que ustedes quieran - murmuró sintiendose cohíbido.

- Vamos Halcón, sientete en tu casa - le animó Alonso sabiendo la dificultad de ello.

El chamán miró un momento a sus pies y no dijo nada.

- Lo que ellos dicen ya lo sé Alonso. Que el mundo está muerto, que no existe el Espíritu. Que ellos son los amos del mundo y pueden hacer con él lo que deseen.

- Sólo un necio puede decir que el lenguaje de la vida física es fruto del azar - despreció Alonso con un gesto de su mano.

Dulcinea volvió a pasar el canal. Aparecía ahora un miembro del clero afirmando las creencias de la Iglesia, representante de Dios en la Tierra.

- Con la Iglesia hemos topado - murmuró Alonso con una mirada especial en sus ojos.

El resto de los invitados en el programa televisivo miraban a su interlocutor con rostro impasible. La religión católica en aquellos momentos de la historia española comenzaba a perder su autoridad infalible. Empezaba a resultar una más de las voces de una futura realidad plural.

Le tocó el turno a un catedrático. Hablaba con aire semejante al sacerdote católico, pero con cierta dosis de mayor confianza en su influencia.

- Con la Universidad chocamos - comentó de nuevo Alonso.

- Teneis muchos doctores aquí - dijo el chamán.

- También estás tú - respondió con un guiño el español recordandole sus iniciales luchas por demostrar que él también era doctor entre los blancos.

- Y tú Alonso, también eres un hombre docto - dijo Dulcinea sin mirarle.

El español gruñó algo y se arrellanó en su asiento.

- Esos necios olvidan que fuimos los magos los guardianes de la ciencia, que nosotros impulsamos al estudio durante siglos y siglos de oscurantismo - comentó con cierto enojo.

- Ya comienzan a reconocerlo - dijo Dulcinea.

- Sí, en privado. Por el simple estudio de la historia de la ciencia. Saben que muchos de sus sabios no hacían distinciones, que eran hombres que aspiraban al saber sin más. Pero esta dichosa especialidad ha convertido el conocimiento humano en bunkers donde cada erudito defiende su propia disciplina.

- ¿Y qué dirias tú Alonso? - preguntó de pronto Alonso.

El español alzó sus cejas sorprendido.

- ¿Yo? - dijo tocando el pecho .

Quedó un momento callado y su rostro mostró una expresión grave y profunda.

- Que es bueno que el hombre conozca, y que aplique con sabiduría dicho conocimiento - respondió el que creía en la dignidad del hombre.

Alonso se sumergió en el mundo de sus lecturas, en tantos y tantos sabios que habían dejado su pensamiento en hojas blancas llenas de signos negros.

En un mundo más allá de la chachara.

Alonso entró en la habitación de Halcón atraído por las voces del indio.

- Que se les lleve la chingada - hablaba en voz alta mirando al teléfono -. Que las hienas vomiten sus entrañas , que los gusanos les devoren sus fétidos sesos...

Siguió soltando palabra ahora en su lengua. Alonso parpadeó sorprendido ante la actitud del chamán.

- ¿Qué ocurre Halcón? - preguntó amable.

El indio miró de reojo a su anfitrión y masculló una palabra más.

- Esa gente no me quiere dar mi dinero - rezongó apretando los dientes.

- ¿Cómo?

Halcón suspiró y se levantó de la mesa de su habitación.

- Les envié la factura tal como la hicimos, descontando mi dinero por las exigencias de vuestro amo. Ahora ...

- No es mi amo - farfulló Alonso -. Estoy en este mundo pero no soy de él.

El chamán le miró con una chispa de burla en los ojos y asintió.

- Bien. El caso es que Telefónica, el monopolio de estos trastos, me dice que me pagará dentro de dos meses si considera que todo va bien.

- ¿Dos meses? - dijo el español pensando en las marranadas del juego capitalista.

El indio asintió lentamente.

- ¿Quieres decirme de qué voy a vivir mientras tanto?. Esa gente se queda con mi dinero, y me pagan cuando ellos deciden.

El indio hizo un gesto ritual que indicaba el trato entre hombres.

- Ellos me dijeron que pagara esto y aquello para tener este servicio. Y les pagué en el acto. Ahora ellos me dicen que lo que me deben pagar lo harán cuando a ellos les apetezca.

- Bien, sólo es un truco económico. Quieren tener un fondo con el cual poder especular, jugar con tu dinero en esa inmunda cosa llamada “Bolsa”. Pagandote dentro de dos meses consiguen retener una facturación de modo perpetuo.

- Quieres decir que se han quedado con dos meses de mi trabajo - murmuró el indio sintiendo que el nagual le llamaba de nuevo a la guerra.

- Tecnicamente así es. Piensa que toda esa gente vive por y para el dinero. Conocen todas las formas de manejarlo, las maneras de que el juego vaya a su favor. Además...es su juego.

- O sea que ellos inventan el juego, ponen sus reglas, y te obligan a jugar en él bajo pena de hambre.

- Sí -murmuró Alonso cansado de vivir en el monopoly.

- Que les lleve la chingada - dijo de nuevo el indio -. Que caguen higos chumbos envenados.

- No te sulfures amigo mío. Simplemente son gusanos nacidos en el orín de las ratas de las cloacas.

- Vestidos con sus atuendos de lujo, viajando petulantes con sus grandes coches, presumiendo de competentes, de cazadores eficaces. Chusma que lo único que es...

- Alimañas, gusanos fétidos que hieden...-asintió Alonso acostumbrado a los miserables.

- Cuando mueran ni los gusanos querran comerlos, es tal su putrefacción.

Alonso hizo un gesto con su mano, beber, y el indio asintió. Se dirigieron a los sillones y allí abrieron la botella de brandy. Encendieron sendos cigarros y levantaron sus copas.

- Por los buenos - dijo Halcón tomando la copa de un golpe.

- Por nosotros - hizo lo mismo Alonso.

Una vez reconfortados, se quedaron mirando en silencio. El indio comenzó a reir meneando la cabeza.

- Menudo mundo en el que vives amigo mío - dijo Halcón entre risas.

El español encogió los hombros.

- Hubo tiempos peores. De hecho la jodienda no tiene enmienda.

- Hay jodiendas y jodiendas Alonso.

- Sí, yo prefiero la jodienda con mi mujer. Pero hay otros que prefieren joder con la mierda de sus miserables cerebros, ya que dudo de que posean almas.

El indio suspiró y se miró sus manos vacías.

- Y ahora de qué voy a vivir . Ya no tengo dinero, esperaba el fruto de mi trabajo. - murmuró.

Alonso miró con ternura a su amigo. Sabía que en el mundo en el que vivía era extremadamente dificil hallar la amistad, la confianza, la lealtad.

- No te preocupes hombre, si quieres puedo ofrecerte un simple préstamo hasta que te paguen.

Alonso bajó la cabeza y miró su copa. Sabía que el orgullo de aquel hombre estaba siendo herido. Halcón no dijo nada. Se sentía cansado de vivir en un mundo donde carecía de poder, y donde debía sufrir la acción de unos hombres cuyo poder había sido conseguido mediante la mentira y la violencia. Un dominio sobre su vida ejercido por gente que carecía de dignidad alguna para tenerlo. Pensó en cómo disfrutaría poniendo a esos tipejos desnudos en la montaña. Respiró hondo y miró a su anfitrión.

- Muchas gracias amigo mío, te lo devolveré en cuanto me den mi dinero - agradeció emocionado el indio.

Ya eran dos hombres blancos los que le habían ayudado en su camino. Uno Don Sancho, ahora Don Alonso. Pensó en la pena de que no hubieran muchos como aquellos dos hombres. En lo distinto que sería el mundo.

El noble indio agradeció al Espíritu haber tenido la suerte de haberlos conocido.

- Bueno, el asunto ya está pues solucionado - dijo Alonso tratando de animar a su compañero que miraba absorto al suelo.

El indio alzó su rostro y miró con sonriente cariño al noble español, al gentilhombre.

- Aun así...que les lleve la chingada.

- Como dice mi mujer, que se lo gasten todo en medicinas - replicó Alonso alzando su copa.

Brindaron por eso.

Aquella noche Halcón soñó que volaba sobre la tierra. Veía desde una elevada altura los seres vivos que en ella habitaban. Hasta él llegaba el murmullo de los cantos con los que jugaba el viento misterioso. En un valle verde y fresco iluminado brillantemente por el Sol un grupo de caballos corrían briosos como el viento; por las laderas de la montaña vió a una familia de lobos jugando libres y ajenos a todo lo demás; un poco más arriba vió a un oso limandose las uñas en un arbol con actitud despreocupada, marcando perezosamente su propio territorio, su espacio vital donde él se sentía a sus anchas.

La visión cambió para contemplar de golpe algo semejante a un hormiguero, pero expuesto en la superficie. Allí la luz se hacía ligeramente grisacea, y el aire no corría libremente en todas direcciones

sólo transportando un ruido cacofónico e inarmónico. Veía diminutas criatura apresuradas moviendose de un lado a otro, veía cómo se enfrascaban luchando entre ellas para conseguir mejores posiciones en la colonia. Tropezaban unas con otras, y de vez en cuando se dañaban mutuamente. Su mundo era pequeño, reducico al tamaño de la propia colonia. Un olor de hacinamiento se desprendía de aquella pequeña estructura fabricada por los integrantes de aquel mundo.

De pronto se aclaró la vista y vió con más detalle a aquellas insignificantes criaturas. Quedó parado mirando a una: era él mismo que andaba entre la multitud de una calle. Sintió un frío extraño, como si él no formara parte del mundo del caballo, del lobo, del oso...sino del aquel hormiguero.

Se despertó de un brinco y quedó con la vista clavada en la oscuridad. Sus ojos brillaron extrañamente, como si pudieran ver en la densa negrura. Dejó que el nagual se mostrara y exclamó una palabra de poder. Era la afirmación de su voluntad inquebrantable, del derecho propio de soberanía indiscutible. Luego suspiró y volvió a acostarse apretando la almohada.

- Pues qué bien - gruñió comprendiendo la sensación que querían transmitirle en aquel mundo.

Simplemente: la insignificancia del individuo en el colectivo.

Y por tanto su valor prescindible y sacrificable.

Lógica de hormiguero.

Se levantó a oscuras y buscó entre sus pertenencias una bolsa que había traído de lejanas tierras. La abrió y miró su interior durante un largo rato. Finalmente cogió algo de su interior y se dirigió hacia la terraza donde humildes macetas contemplaban el cielo estrellado.

El hombre se agachó y enterró en una de ellas, en donde habitaba una planta hermosa y de perfume embrujador, lo que llevaba en su mano. Se levantó y miró la maceta.

Sonrió asintiendo.

El indio miró fijamente a su amigo y asintió lentamente.

- Como tú digas hombres - murmuró.

Alonso asintió a su vez en silencio. Le había propuesto tomar una noche libre, e irse a tomar unas copas por la gran ciudad. Alonso hizo

el mismo recorrido de siempre, al que estaba acostumbrado, por las calles de la ciutat vella de Barcelona, allá por piedras milenarias.

Recalaron en silencio en La Macarena, clasico lugar del flamenco español. Alonso saludó al dueño, y pidió su botella de vino.

Y comenzaron a beber.

Bebida de Luna, vino que surge de las entrañas de la tierra y que tantos cantos acompañastes, deja que tu hijo se sumerja en los vaivenes de tu corriente.

Beber para olvidar un mundo y recordar otro, bebía el indio el vino sintiendo cómo aquella agua roja y ardiente cambiaba su persona. Bebía y bebía en silencio, al compás de Alonso, y ambos seguían el compás de las canciones que surgían espontáneas en aquel digno y entrañable establecimiento.

El chamán miraba fijamente a aquellos hombres a los que se llamaba gitanos, y sentía su afinidad real y presente. Alonso nada decía, sólo bebía y servía vino a la copa de su joven amigo.

Allá presente estaba la imagen más bella del mundo de la Diosa, la Macarena de Sevilla.Encima de ellos se hallaba la cabeza de un toro, que miraba absorto ora la lampara luminosa ora la Virgen.

Y el indio bebía, bebía para olvidar. Sí, porque no soportaba más el falso mundo en el que tenía que habitar. La hipocresía estructurada que encerraba su aliento en jaula de cemento. Y escuchaba, sí, cómo escuchaba el canto del gitano. Ancenstral y poderoso le recordaba una frase de Alonso.

- Los indios del Viejo Mundo - murmuró Halcón triste en su pesar.

Alonso nada decía, porque sólo bebía. Bebe y bebe, hasta que el mundo se transforma por esa agua mágica en algo distinto. Los sentimientos afloran, el rojo corazón canta simpático por efecto del vino.

Sincerarse, expresar el otro lado que tan bien conoce el chamán. Pero él nada dice, sólo reconoce la existencia de esa otra dimensión, de ese otro modo de ver las cosas. Está acostumbrado, es su saber, su ciencia, su arte y su vida.

Los cantos del Arbol Flamenco surgen uno tras otro: bulerias, soleares, fandagos, sevillanas, martinetes y seguidillas...Riqueza expresada.

El indio por fin queda borracho, Alonso sonríe en silencio. Sabe que su amigo no está acostumbrado al efecto de aquella droga, la única

legal en su cultura y que tantos recuerdos trae a la memoria. Halcón murmura sus cantos siguiendo el compás de los gitanos, y mágicamente se encuentra en la hoguera del sueño, en el fuego que alumbra las noches de Luna.

Magia Flamenca, misterio andaluz que en el gitano impera. Y Alonso le hace seguir bebiendo, más allá, sí, más allá de su control consciente. El chamán le mira un momento en silencio y sonríe extrañamente. El, el aventurero, el que viaja por mundos que pocos conocen, y acepta el reto silencioso de su amigo.

Más vino, y el vino entra en su sangre y hace su cuerpo más pesado. Por un momento siente que le embrutece, que le hace perder su fina conciencia, entonces comprende que sólo queda el compás de su sentimiento. Canto y vino en una noche cualquier de la gran ciudad que tanto ofrece.

El indio siente de pronto una tremenda ola, es su rabia, su cólera, la furia del nagual que le hace gritar su afirmación pese a lo que pese. Por un momento se echa hacia atrás, pues siente que aquella furia es poderosa y puede arrastrarle. Pero luego asiente, comprende que es su furia, la expresión de su voluntad vital.

Y oye el grito gitano, la furia expresada en arte y se sorprende del domino alcanzado en aquel canto. El chamán abre sus alas y vuela dentro del lugar, sintiendo el ambiente, palpitante su corazón y su mente convertida en alada.

Y ve, y comprende, y calla.

Alonso le mira entonces y sonríe. Sabe lo que va a decir su amigo.

- Viviré siendo el que soy - dice Halcón decidido, reafirmando la cruz de su destino.

Salen y pasean por las calles. Calles hechas de ruido y ausencia. Al llegar al coche Alonso va a encender el contacto cuando una mano de Halcón le detiene.

- Yo también quiero enseñarte algo - le susurra quedamente.

El español se queda un momento en suspenso, como si algo distinto a lo acostumbrado le hubiera tocado. Mira a los ojos de su amigo y encuentra un eco de un recuerdo olvidado.

- Bien amigo mío - contesta arrancando el coche.

Circulan por la gran ciudad hasta tomar un pequeño camino que conecta con una carretera comarcal.El indio le indica el camino. Suben por una montaña y descienden a un valle, dejando Barcelona atrás. El

chamán sonríe quedamente, como si guardara un secreto. Finalmente le señala un giro de la carretera a su derecha, y entran en un caminito de tierra hasta llegar a un pequeño descampado.

Allí una fuente suena en el silencio de la noche, junto con algún ave nocturna. El indio baja de coche y en silencio le hace el gesto de acompañarle. Caminan y llegan a la misma fuente, donde una imagen de la Virgen reposa luminosa en el silencio.

Alonso mira la imagen y sonríe. Pero el indio le señala con el dedo hacia el cielo. Arriba, allá arriba, en el alto cielo repleto de estrellas, la Luz de la Noche ilumina a las criaturas de la Tierra. El indio respira suavemente y alza sus brazos hacia Ella, como si fueran sus brazos alas que se desplegaran, para juntar sus manos finalmente en una sencilla reverencia.

Alonso mira callado a su amigo. De pronto, al mismo tiempo que el chamán termina su saludo, un ave nocturna pasa entre ambos sobresaltando al español. Da un fuerte respingo sintiendo el miedo en su cuerpo. Pero un miedo distinto al que produce el hombre, un miedo limpio y puro ante el contacto real con lo desconocido.

Su cuerpo parece despertar y unirse al canto nocturno del bosque. Oye ruidos de pisadas, el susurrar del viento entre los arboles, el canto de los pajaros nocturnos, y la fuente sencilla que no cesa de manar.

Algo se rompe en él, y de pronto comprende. Más allá de toda influencia cultural, más allá de lo humano, la realidad de la existencia. La propia Naturaleza Madre. Y alza sus ojos a la Luna y la contempla en silencio. Y lágrimas aparecen en los ojos del español.

- Perdoname por olvidarte - murmura Alonso comprendiendo la inocencia.

Mira a su amigo aún con lágrimas en los ojos. El chamán nada le dice, sólo sonríe, mostrandose tal como es, una simple criatura de aquel reino.

- Gracias Halcón - dice asintiendo con la cabeza -. Ahora te comprendo.

El chamán amplía su sonrisa y deja que su alma se sumerja en el silencio de la noche y en el misterio del bosque. Entra en el sentimiento-fuente de las cosas, y alza su rostro dejando hechizar por la belleza de la Reina.

Así el mago natural enseñaba al filósofo volver a su raíz.

Ventura Maya volvió a recordar su estirpe y su origen.

Sentados en el coche contemplaban la ciudad desde arriba. Halcón permanecía en silencio admirado de tal profusión de luces. La metrópolis nocturna se mostraba futurista y ajena a la naturaleza, como una colonia en un planeta extraterrestre.

- Halcón - interrumpió el silencio Alonso -, quiero hablarte de mi arte y su sentido.

El chamán giró la cabeza y le miró atento.

- Sé que lo que tú quieres es partir desde la base del arte, desde las cosas tales como fueron.

- Como son Alonso, como aún son - interrumpió el indio.

Ventura asintió e hizo un gesto pidiendo paciencia.

- Tú representas algo muy valioso, pero quiero hablarte de lo que yo también represento. Soy el fruto de miles de años de encierro en la civilización, de la búsqueda de la medicina que permita al hombre soportar la tensión que genera su convivencia, del recuerdo perpetuo que le haga no olvidar que su raíz y origen no está en tal o cual sociedad sino en la propia naturaleza.

Hizo una pausa y le mostró un símbolo que llevaba en uno de sus brazos.

- Representa el arte hermético, es un sello y una alianza. Lo llamo hermético por la necesidad que han tenido los míos durante siglos de guardar reserva ante la hostilidad de la religión dominante por un lado y la ignorancia vulgar por otro.

Le mostró otro símbolo.

- Su antiguedad es de miles de años, su línea se remonta a Egipto, y es la corriente subterránea que ha vivido en Occidente durante todo este tiempo. Ha conservado el saber de las antiguas religiones y filosofías, y ha comulgado con todo el conocimiento de Oriente. Ha sido la base de las ordenes secretas, de las conspiraciones de los sabios y la base de la fantasía popular sobre los magos.

Alonso miró a la ciudad y suspiró lentamente.

- Antes de que marches quisiera enseñarte ese saber...la Alquimia, la Magia, todo eso que se ha dado en llamar Ciencia Oculta y que pocos en el fondo estudian.

Arrancó de súbito el coche y se introdujo en la ciudad. Al entrar en ella se detuvo y miró a Halcón.

- ¿Qué sientes? - preguntó.

El chamán bajó la cabeza.

- Encierro humano, control territorial exclusivo de un grupo de hombres, desconfianza...- dijo notando la fuerte diferencia entre el espacio natural y el urbano.

- En el Arte Hermético buscamos la vinculación del hombre con el Universo, del microcosmos con el macrocosmos en este lugar, en esta ambiente. ¿Cómo te explicas eso?.

- No lo sé - dijo encogiendose los hombros el hombre acostumbrado a comulgar directamente con el Espíritu Natural.

- Sé que lo ves complicado, pero tras siglos y siglos de estudios hemos ido extrayendo un conocimiento válido sobre el alma humana. Conocimiento que no está validado por la cultura en la que vivo, y que es considerado como inexistente o fantasía de excéntricos.

- Lo sé Alonso.

- Ya, lo mismo te pasa a tí. Lo que quiero que comprendas es que me gustaría donarte mi saber. Dejame enseñarte primero lo que sé, y lo que sabe Long, y después si lo deseas podemos dar un nuevo paso.

- Sé que hace tiempo que quieres validar tu saber con el mío Alonso - contestó el chamán -. Sin embargo no sé por qué tienes esa necesidad. Tú estás más respaldado que yo.

- Pero he perdido pureza, me he perdido entre ideas de libros y a veces noto que sólo son palabras lo que conozco.

El indio asintió, sabía lo dificil que era alcanzar un saber real.

- A mí me pasa algo parecido en ciertos aspectos de mi conocimiento. No todo lo que conoce mi tradición está respaldado por la verdad.

- Es lógico. La realidad es plural, no puede ser agotada por una sóla perspectiva.

- Sí - dijo el chamán.

Alonso volvió a arrancar el coche y condujo por la ciudad, por aquella pequeña y a la vez enorme extensión en la que miles de formas de vida se apretujaban cada una de ellas creyendo poseer la realidad. Finalmente llegaron al mar y los dos hombres quedaron conmovidos ante la imagen que se mostraba en ellos.

La Luna se reflejaba en el agua del mar, creando una estela plateada misteriosa y seductora. Las olas de las profundas aguas acariciaban la tierra amada.

- Sólo Ella es Señora de su Misterio - musitó el chamán.

- Tanto por aprender, tanto por saber - asintió Ventura.
- Tanto por vivir - susurró ensoñador el joven Halcón, deseoso de que una puerta nueva se abriera en su horizonte.

De tan rica que es, no entiende el sabio cómo el hombre puede encerrar la vida en pequeños cubículos a los que exige obediencia. El temor a otros hombres, el miedo a la soledad y lo desconocido, la necesidad de no verse juguete del profundo y misterioso oleaje que le lleva de un lado a otro. La búsqueda de la certidumbre ante el miedo de lo incierto.

Ser capitán, qué hermoso sueño.

El indio paseaba por la ciudad, llamativo en su atuendo, por ser distinto, por ser ajeno a la uniformización de la sociedad que se afirma plural y sólo va en camino de ello. Sentado tomando un café notó una presencia familiar, giró lentamente la cabeza y le miró de soslayo.

- Vaya, creí que no volveríamos a vernos - murmuró.

La presencia le olisqueó y luego se movío por el lugar donde estaba el indio. Era un animal negro como la noche, pero con un aspecto desastroso. Enflaquecido y sucio, parecía tener sarna, el aura que emitía era el propio de los intocables, de los apestados. Todo el mundo que pasaba cerca suyo se apartaba ostensiblemente de él.

El indio no movío un músculo cuando el perro se acercó a otro perro y fue rechazado con hostilidad por el dueño. Aquel animal, perdido en la gran ciudad, tenía un destino evidente: el sacrificio. El negro can siguió merodeando cerca al indio, siendo rechazado una y otra vez por la gente cercana. Era demasiado evidente su aspecto lamentable y enfermizo, y el arcaico temor al contagio provocaba el fuerte rechazo de la aversión instintiva.

El indio se levantó y miró al animal. Este se acercó a él.

- Tú decides - le habló a la libertad del animal.

Este agachó ligeramente la cabeza. Halcón se sacó su cinturon y lo colocó en torno a su cuello. De inmediato el animal emitió un suspiro de satisfacción que el hombre notó claramente. Era la primera vez que la familia del can le emitía una sensación de fuerte de alivio al pertenecer a un hombre.

El indio bajó la cabeza y reflexionó sobre aquello. Aquel lugar era tan inhóspito, tan absolumente determinado por el hombre que el hecho

de hallar un alíado entre los humanos significaba para el animal la diferencia entre la vida o la muerte.

Lo llevó a casa, lo cepilló y lo bañó. Tan sólo era suciedad lo que llevaba encima, roña incrustada que provocaba aquella apariencia de sarna y enfermedad. Una vez terminado el perro se tumbó y el indio se lo quedó mirando profundamente notando cómo los nervios del animal iban calmandose lentamente.

- Vaya, qué hermoso ejemplar - sonó la voz de Alonso al entrar en la habitación del indio.

- Quisiera pedirte permiso para poder tenerlo aquí - rogó gravemente el indio.

Alonso miró fijamente al animal, era joven, a lo sumo un año. No preguntó a su amigo el origen de aquel perro, de sobra sabía que para un tipo como Halcón aquella especie de lobo negro encajaba perfectamente.

- No tienes ni que pedirlo - murmuró.

Acarició al noble animal. Salvo su delgadez nada evidenciaba cómo lo había encontrado el indio. Nada sabía Alonso del tiempo que había pasado siendo rechazado por su anterior aspecto, ni del significado que tenía para el chamán.

Este por fin había encontrado a su viejo amigo de correrías. Cogió una tira de cuero y lo enganchó a su cuerpo, seguidamente lo ató al perro negro y salió a la calle. Unidos por la cuerda comenzaron a vagar por las calles, el indio con las manos en los bolsillos y el perro captando el compás de su nuevo dueño.

Esa era la forma india de caminar con un perro, no se trataba de llevarlo controlándolo mediante una correa que gobernaba el hombre con la mano, sino de juntarse ambos en un mismo camino y compás.

El nagual de Halcón surgió un instante para agradecerle el ritmo de la marcha, el recuerdo del trote salvaje por los montes. El chamán se fijó en cómo su nuevo amigo olisqueaba todo lo que encontraba a su paso y sonrió. También él había tenido aquella época en la que el despertar de su percepción sutil le hacía captar sin cesar todo lo que se hallaba a su alrededor.

Sin embargo en la ciudad el indio sabía que no podía abrir su percepción, al contrario, tenía que cerrar sus sentidos, su sensibilidad tenía que ser amortiguada si no quería ser víctima del continuo tráfico de estímulos que en ella se sucedían. Eso explicaba aquella sensación

que producía el hombre urbano, como si viviera amortiguado en su sensibilidad corporal, como si habitara encerrado en una burbuja de plástico que si bien restringía su percepción le permitía no captar estímulos hostiles o desagradables para su sensibilidad.

Halcón comprendió andando con su amigo, al que llamó Lobo, que en aquel lugar tenía que esforzarse por alcanzar el nivel del águila. No quedaba otro remedio que alcanzar la percepción desde las alturas, la concentración máxima que implicaba dicho nivel: el estado más alto del nagual.

Paró un momento su camino y contempló su tatuaje: el dragón alado. Para los suyos simbolizaba los tres pasos del conocimiento. Halcón acababa de atravesar el tercer paso, y aún se sentía inseguro en aquel estado. Prefería habitar en el segundo, aunque ahora comprendía que necesitaba, para su propio poder personal, acostumbrarse al nivel alado.

Chasqueó la lengua y su amigo le miró con sus nobles ojos. Sonrió suavemente y le devolvió la mirada con afecto.

- Pronto conoceras tu reino - le prometió a aquella criatura hija de la Naturaleza y que tan sólo había conocido el asfalto y el trato humano.

Un indio y un perro negro caminaban solitarios por la noche de Barcelona.

III.
MISTICA

7.
Intima

- La sabiduría del dragón - repitió Halcón -. Me gusta.

- Bueno, creo que es una clave que nos une a los tres - comentó Alonso.

- Extraigamos la esencia de nuestro saber y veamos dónde nos lleva - afirmó Long.

Los tres amigos se hallaban reunidos ya dispuestos de modo formal a establecer una serie de reuniones en las que se contaran mutuamente sus saberes.

- ¡Ah! - exclamó nostálgico Alonso -. Desde los tiempos míticos del Al Andalus no se habían vuelto a reunir diferentes tradiciones en busca del saber común.

Para Ventura aquello significaba el poder por fin vivir uno de sus sueños más preciados, el poder trabajar en pos del enriquecimiento de la tradición mística. Para Halcón era la respuesta a su invitación realizada en Sevilla, su ofrecimiento de enseñar su saber, y con unos receptores con los que nunca habría imaginado. Para Long, era la posibilidad de ampliar sus estudios sobre el arte interno, sobre la disciplina del "poder misterioso" que tanto amaba.

- ¿Qué es para tí el dragón? - comenzó Alonso dirigiéndose a Halcón.

El indio asintió y mostró su tatuaje.

- Es una marca de los chamanes, significa los tres reinos que has de explorar y dominar. Así es una serpiente, para mostrarnos el nivel subterráneo del poder, siendo además la serpiente una criatura viviente que se desliza intimamente conectada al poder del suelo. El siguiente nivel es mamífero, un jaguar o un puma...

- Para nosotros es un tigre - asintió Long.

- Bien, es el guardián, y representa el poder intermedio. Finalmente el poder de la serpiente asciende al cielo, adquiere el nivel del águila. Es entonces el poder celeste. Todo unido junta el poder viviente que habita en la Tierra.

- Quiero enseñaros algo - comentó Alonso.

Extrajo una serie de láminas y se las mostró. Representaba el desarrollo evolutivo del cerebro humano.

- Como veis el cerebro humano está compuesto por tres capas sucesivas de evolución. Una es llamada la parte reptiliana, es la parte más primitiva y profunda del cerebro.

- Interesante - murmuró Halcón.

- Reflejos mutuos - susurró Long.

- Sobre ella se desarrolla la parte mamífera, es un desarrollo más avanzado del sistema cerebral con funciones más complejas. Y sobre esas dos partes se iergue, insolente, dos terceras partes de ese órgano fabuloso que es llamado el neo-cortex. El último pináculo de la evolución.

- Suponía que el nivel del águila era mucho más amplio, pero reflejado en nuestra carne realmente veo que aún tengo mucho que conocer - admitió Halcón.

- Para mi tradición el dragón significa la fuerza vital, todo lo relacionado con lo animal. Pero llevado a un nivel superior, mítico - comentó Alonso.

- Entre mi pueblo el dragón es el símbolo fundamental, fundador de nuestra cultura, protector imperial,, fuerza subterranea que anima la vida al igual que la fuerza celeste expresada en la lluvia. Habita donde lo desea, bajo el agua, la tierra, en la cumbre de la montaña, entre las nubes...y amante, muy amante.

- Es guardián del tesoro mágico - murmuró Alonso.

- Sí, posee el poder de transformarse, de ser la esencia de los elementos.

- Nuestro mercurio - replicó Alonso.

- Sí - afirmó Long conociendo el lenguaje alquímico por ser su origen oriental.

Halcón sintió que se perdía.

- Lo siento, qué quieres decir con mercurio - preguntó el chamán.

- Es una figura del arte alquímico, arte que consiste en la obtención desde la materia de la luz y de nuevo su transformación en materia. A eso lo llamamos pasar del plomo al oro, la transmutación. Mercurio es la clave misteriosa de todo ese arte, por su capacidad de adoptar cualquiera de las formas.

- La iniciación - murmuró el chamán -. Convertir el cuerpo en espíritu, y luego volver a convertirse en cuerpo desde otra condición.

- Efectivamente.

- El dragón es la montura de los inmortales, de los adeptos del saber interno - dijo Long con ojos soñadores -. Los lleva a lugares inexplorados y les revela asuntos que sólo ellos pueden conocer.

- Visiones - dijo Halcón.

- Viajes astrales - comentó Alonso.

- ¿Astrales? - inquirió el chamán.

- Bien, astral es una palabra para referirse al Reino de la Luna, también se le llama la luz astral y otros nombres. Lo importante es la afirmación de la existencia de una dimensión invisible que es la que conforma la realidad visible. Junto a eso hablamos de un cuerpo para ese reino invisible: el cuerpo astral.

- Sí, es el reino por donde viaja el chamán, el mundo del sueño - aceptó Halcón.

- En Occidente el sueño carece de valor alguno. En Oriente se afirma que es la base constituyente de la realidad, la fuente nutricial de nuestra existencia.

- El reino del dragón - dijo Long -. Por eso es el único animal de nuestro horoscopo que no existe en el mismo plano que los demás.

- Para nosotros el alma del sueño es tanto lo que conforma nuestra realidad corporal como la interior. Su saber y su poder es el que buscamos, pues es el que está más intimamente unido al Espíritu.

- Sí, el astral estaría compuesto de energía etérica, de un tipo de energía sutil que conforma la realidad; y de forma mental que es la que configura esa energía de modo concreto.

- La mente determina el chi - asintió Long. - El chi es para nosotros la energía subyacente en todas las cosas. Todo es condensaciones distintas de chi, adaptadas según una forma mental concreta.

- De ahí que imites animales, para captar su espíritu - comentó Halcón.

Long sonrió y realizó la forma del tigre brevemente ante ellos.

- El chi expresado según el tigre tiene una serie de cualidades. Al imitarle expeso mi chi de aquella manera. Adquiero la mentalidad del tigre por sus gestos, y así mi chi se determina según dicha forma de la mente.

- Para nosotros los animales son también maestros de poder, son el nagual. Cada uno de ellos expresa de un modo especial el Poder único.

- Todos ellos reunidos potencialmente en el hombre, la verdadera forma de nuestro ser - dijo Alonso.

- El hombre es señor del nagual, no al contrario - replicó Halcón.

- En el antiguo Egipto mostraban en forma de animales a sus dioses, a las manifestaciones específicas del poder único - comentó Alonso.

Halcón echó una mirada significativa al dios egipcio que tenía Alonso en su mesa y sonrió suavemente.

- Sin embargo es el hombre el que resume todas las cosas - dijo Long.

- Sí - dijo Alonso mostrándoles la imagen del hombre de Leonardo -. El Renacimiento dió un fuerte impulso a mi tradición al dignificar de nuevo la imagen del hombre.

- Ya la teniais dignificada - murmuró Long.

Alonso miró rápidamente de soslayo a Long con una especie de chispa en sus ojos.

- No hablemos de eso, dejemos que la historia siga su curso - murmuró también Alonso.

Se produjo un fuerte silencio. Halcón sabía de qué estaban hablando, o mejor dicho, de quién.

- Centremonos en la tarea de los pequeños sabios - murmuró el chamán.

- Sí - aceptó Alonso -. Sólo somos pajaritos en una rama del Arbol de la Sabiduría.

- Está claro que tenemos que encontrar palabras comunes - afirmó Halcón -. De nada sirve que sigamos utilizando nuestros propios lenguajes.

- Alonso me ha explicado cómo os entendeis las diferentes tribus - comentó Long.

Halcón asintió.

- El lenguaje silencioso. Sí, es la mejor forma de no perderse en palabras.

- Bueno, como dicen en tu pueblo tambien podemos usar imágenes - afirmó Alonso -. Ya sabes, una imagen vale más que mil palabras.

- Y un acto por mil imágenes Alonso - le recordó Long.

- Sí, sólo desde la propia experiencia podemos coincidir claramente. Desde la propia vivencia sensible - admitió Alonso.

- El sentimiento - dijo Halcón.

- Bueno, aun así hemos encontrado una palabra común: dragón.

- Sí, en tú lenguaje. Podríamos decirlo en chino - adujo Long.

- Ah, claro - murmuró Alonso.

- Además no me gusta vuestro dragón. El de Halcón es bello, de plumas coloridas. El vuestro parece haber sido vomitado por alguna pesadilla.

- Reconozco que no es posible competir con la belleza de vuestra representación - aceptó Alonso.

- Simple amor de mi pueblo - dijo con gravedad Long -. El tuyo lo ha odiado y ha personificado en él todas las maldades.

- Como con los indios - dijo Halcón.

Alonso suspiró. Bien sabía que tenía las de perder su tradición, seriamente golpeada por la mayor represión histórica del saber conocida. De pronto se le iluminó el rostro.

- Esperad un momento - dijo rebuscando entre sus libros.

Sus dos amigos se miraron mutuamente. ¿Qué nueva idea iba a extraer de la enorme hilera de libros?.

- ¡Aquí está!. - exclamó triunfante mostrando una serie de dibujos de física.

- ¿Qué es esto? - preguntó Halcón extrañado.

- Simple, es la expresión matemática de la transmisión de la energía en forma de oscilación rítmica en el tiempo.

Ante ellos se mostraba una simple linea ondulante rodeada de números.

- Elegante, muy elegante - murmuró Long comprendiendo que era una representación del movimiento del dragón.

- Bueno, no todo iba a ser tan malo. Recordemos que mi tradición ha tenido que luchar mucho para hallar ciencia - afirmó ufano Ventura.

- El problema es que para esos que escriben esto la vida no tiene alma - murmuró Halcón.

- ¿Y qué nos importa a nosotros? - exclamó Alonso -.

- Lo que es seguro es que sí que nosotros no le importamos nada a ellos - meneó la cabeza Long.

Los tres sabios se miraron mutuamente en silencio y finalmente estallaron en una carcajada.

- Sí, es hora de tomar un trago - comentó Alonso abriendo una botella.

Tras unas copas comenzaron a intercambiarse canciones. Long cantó una canción de un adepto taoísta acerca del Tao y la espada del hombre libre. Halcón sobre la libertad del lobo en las montañas.

Alonso salió por soleá.

Long contemplaba callado el manejo del I Ching que realizaba Halcón en su trabajo. Habían ido afianzando su amistad, y el oriental había querido ver in situ cómo se las arreglaba el indio con el texto de las mutaciones.

Tras un par de llamadas Halcón miró a Long y sonrió suavemente.

- Hoy no es un buen día, todavía no he conectado con alguien de sensibilidad - dijo el chamán sin perturbarse.

El oriental asintió suavemente con la cabeza. Hizo un gesto fantástico con su mano y sonrió burlonamente.

- Aquí las cosas son distintas. En mi tierra, según la tradición, la consulta del King exige un actitud respetuosa por parte del consultante. El adivino ha de prepararse según un rito prescrito que exige un atuendo y actitud adecuada. Para establecer las lineas del hexagrama se realiza un manejo de unas varas de madera especiales, extraídas según un rito especial...

- Total una tarde entera para consultar al adivino - murmuró el chamán.

- Sí. Es el modo correcto de respetar un arte surgido del origen de la cultura.

El indio se encogió de hombros, se sentía endurecido ante la insesibilidad reinante.

- Aquí las cosas son distintas. Les gusta trivializar la consulta, que la adivinación no resulte algo en exceso extraordinario. Estan preocupados por el coste de la llamada y exigen, como buenos comerciantes que son todos, que sea lo más barata posible.

- Aquí es el consultante el que domina al mago.

- Sí - aceptó Halcón mostrando las manos vacias -. Muchas veces noto la sensación de que algo que les digo no les gusta y presiento el impulso de colgarme. Esto al principio me producía temor, pues no puedo permitirme que me “desconecten”.

Había algo irónico en la última palabra del indio. Long captó la sutileza y sonrió.

- Ya veo que adaptas el texto, de miles de años, a su gusto. Tienes miedo de que les suene exótico y extravagante y que te corten en tu explicación.

El indio dejó que la ira asomara en sus ojos y asintió.

- Su mundo es sin encanto e insisten en quitar todo misterio a fin de sentirse seguros. El modo de tratar al oráculo sólo refleja la cultura en la que vivimos. Muchas veces me he irritado al tratar de poner algo y ser de pronto desconectado. Ahora comprendo que es preferible pensar en personas con un mínimo de sensibilidad, y esperar que asomen de vez en cuando.

- No sé si es justo para el I Ching que lo adaptes al gusto de este época, para ellos es sólo una moda.

- Tengo que comer Long, y como diría Alonso la adivinación es un arte menor - dijo el chamán mirando a sus pies.

- Perdona mi descortesía - rogó el oriental inclinando ligeramente la cabeza -. No pretendía censurarte, comprendo tu posición.

- Además estoy seguro que este libro soportara el paso de esta época. Su espíritu es fuerte, soporta bien el trasiego de lo mundano.

- Sí - sonrió burlón Long -. De hecho también en mi pueblo estan los adivinos del mercado, que te dicen la suerte mediante la técnica de las monedas.

- ¿Con el I Ching? - se sorprendió Halcón.

- Sí. Son rápidos y juiciosos. Agarran a cualquier mujer que esté de compras, y en cinco minutos les adivinan la corriente de su destino, su Tao.

- Vaya, eso me recuerda la buenaventura de Alonso.

- Bueno, sólo quería probarte. No todos los magos tienen templos a donde ser visitados, ni todos los que estan en templos son magos.

- Ya, lo de siempre. Comienzo a comprender que mientras más gente hay más dificil resulta distinguir lo real y lo aparente.

- Lo que debe importarte es no abaratar tu servicio. Debes conseguir que cada consulta no de sensación de comida rápida.

- A ellos les gusta así - se defendió Halcón.

- A otros no. Es mejor especializarse que perderse en el gusto general.

- Aún es pronto para eso. Todavía tengo que quitarme la sensación de estar a merced del público, el temor a no ser llamado o no apreciado.

- El sabio educa al pueblo, no hay otro camino. Para que tu arte sea apreciado debes desarrollar la sensibilidad en el receptor de éste.

- Ya, pero...

Una llamada le interrumpió. Comenzó la consulta para al cabo de tres minutos colgar con expresión contenida.

- Me ha colgado - dijo conteniendose.

Long contempló a su joven amigo. Aún tenía necesidad de mostrar al tigre, de enfurecerse como medio de responder a una situación hostil.

- Señal de que no le ha gustado - respondió echando el anzuelo.

El indio enrojeció ligeramente.

- Voy a vivir toda mi vida dependiendo de su gusto - masculló con ira contenida.

- Sí, eso parece - aceptó Long.

- Pues que se vayan con sus brujos y brujas de peluquín y maquillaje.

Halcón aludía a la competencia de su servicio. Hombres y mujeres que aparecían anunciandose en televisión envueltos en tramoya y decorado, asegurando tener poderes mágicos para atar y desatar, predecir con exactitud y quitar o echar males de ojo.

- Todo es una farsa, les gusta así. Les da miedo que en verdad existan los brujos, prefieren gente más cercana a ellos, a los que puedan comprender.

- ¡Mediocridad de mediocridades, y todo mediocridad! - sonó la voz de Alonso desde la puerta de la habitación.

El español entró sonriente.

- Lo siento,no he podido evitar escuchar la conversación - dijo con aire socarrón.

El chamán sonrió contagiado por el histrionismo de su amigo.

- ¿Que te parece amigo mío el trabajo de nuestro joven? - preguntó Ventura a Long sentandose en una punta de la cama.

Long sonrió con ironía y meneó la cabeza.

- Alonso, Alonso - susurró -. Ya sé por donde quieres ir.

- ¿Yo? - alzó la voz con actitud de inocencia.

Halcón suspiró y recogió el libro chino colocandolo con delicadeza dentro de un tejido negro. Ante la actitud de respeto expresada por el chamán a su querido texto el oriental asintió suavemente.

- Nuestro amigo se queja de vicio. Aquí está, todo tranquilo, sin necesidad de moverse de casita y ganando un buen dinero sin apenas sudar - siguió Alonso.

Halcón no respondió, sólo le dirigió una mirada sonriente. Como si fuera un niño bien cuidado y hasta un punto mimado.

- La calle es muy dura - rezongó Ventura -. Recuerdo cuando tenía que vender enciclopedias llamando puerta por puerta. La gente te cerraba la puerta en las narices, incluso te injuriaban. Además...

- Alonso, no empecemos con las batallitas - murmuró Halcón.

El español cerró la boca de golpe y puso cara de pícaro. Los tres rieron de buena gana.

- Esta juventud educada entre almohadones... - quiso continuar la broma.

De pronto el indio quedó serio de golpe, su nagual exigió respeto en ese preciso instante.

- El dragón es burlón pero también el más terriblemente serio - murmuró Long sintiendo el cambio de expresión del chamán.

- Hablemos de lo nuestro Alonso, tiempo damos al mundo común para seguir dándole más - susurró Halcón.

Alonso miró a su amigo y notando el tajante cambio de actitud del chamán recordó con quien estaba hablando. No era un joven, sino un jefe, con quien estaba hablando.

- Menuda vara - murmuró el español.

Los ojos de fuego surgieron del alma del hombre, y con ellos volvieron a encender la realidad en la que habitaba, la visión de su camino y su sentido. El aire del lugar pareció ser habitado por una presencia invisible, generando una atmosfera sutil y penetrante. Bajó lentamente la cabeza y habló.

- Sólo el Espíritu domina la vida humana - susurró.

- El dragón bebe de la fuente misteriosa - murmuró Long.

Alonso Ventura Maya sintió el ambiente, que se iba haciendo cada vez más denso y profundo,y tocándose el pecho con la mano inclinó la cabeza ligeramente. Era el momento del recuerdo profundo y real, de asumir por entero la condición humana.

- La fuente de la verdadera autoridad - dijo recordando su clan y a su fundador.

Los tres hombres quedaron callados ante el Misterio.

El indígena miró la ventana un momento sopesando la respuesta y finalmente habló.

- Me llamo Carlos - dijo respondiendo a la pregunta de un cliente.

Terminada la sesión telefónica Halcón quedó inmovil tomando conciencia del lugar en el que estaba. Sentado en una silla, apoyado en

una mesa, dentro de una habitación de unos quince metros cuadrados, envuelto en un constante ruido producido por la circulación de la calle que la ventana siempre cerrada sólo amortiguaba.

- Me llamo Carlos Sanchez, encantado de conocerle - murmuró mirando por los cristales a los balcones del edificio de enfrente.

Sí, otro hombre era el que se sentaba en el suelo, el que tenía como techo el propio cielo, que trabajaba amparado por solemnes montañas con el único sonido del viento y el canto de las criaturas vivas. Otro hombre el que iluminaba su trabajo con el fuego de la hoguera, envuelto en olores de hierbas y susurros misteriosos.

Aquel hombre había sido doctor, había conseguido, tras una tremenda ordalía, alcanzar el alto grado de la medicina. El esfuerzo de años de completa absorción en superar la enfermedad y acceder al poder de su oficio, el vivir en el límite de la realidad cotidiana de su gente para conocer una dimensión oculta de la existencia, el hollar el camino sabio amparado por el Misterio que se complacía en tratarle.

Tantas y tantas cosas. Sin embargo también tenía que aceptar su búsqueda de reconocimiento tanto por sus compañeros más veteranos de clan como por su propio pueblo y familia. Su oficio era algo público, inscrito dentro de la propia dinámica de la cultura de su gente. Ser aprobado o no como médico fue algo crucial para él durante años. Incluso cada paso, cada nuevo grado alcanzado, le provocaba la ansiedad de que fuera reconocido por todo el mundo.

Pensó en Alonso y Long, en lo distinto de su camino. Un camino íntimo, ajeno a la cultura que les envolvía. No poseían el reconocimiento, e incluso podían ser ridiculizados. Solos ante el Misterio practicaban su arte e indagaban en el conocimiento sin más motivación que la de su propia satisfacción.

Era ese punto el que le desconcertaba. Recordó cuando llegó a España, su necesidad de ser aceptado como doctor, de divulgar su conocimiento y que éste fuera reconocido como válido por la cultura colonial. Su sentimiento doliente por asumir la diferencia entre el indio y el blanco, la pesada carga del pesado sobre su corazón que le impedía mirar hacia adelante, hacia el porvenir.

Y he aquí que precisamente ahora vivía de eso, de hablar sobre el futuro, de mostrar la fuerza oculta del destino y el sentido invisible de las cosas que organizaba los eventos que iban transcurriendo a lo largo del tiempo.

Sabía que dentro de aquel gran mundo, de aquella tremenda aglomeración de personas, poco importaba lo que él fuera. Que ya no era importante ser reconocido como doctor, que el mundo en el que habitaba tenía una lógica que escapaba de su percepción humana.

El reconocimiento era simplemente el conocimiento desde fuera, la mirada de un otro que estaba teñida de su propia subjetividad. Su camino se había convertido ahora en algo distinto, en un conocimiento íntimo por y para él. La medicina que practicaba Alonso y Long se hallaba enfocada hacia la propia realización de su potencial, hacia su propia salud. Era en esencia un cuidado de sí mismo, una mayoría de edad humana que exigía por tanto el conocimiento necesario para preservar y desarrollar su propia autonomía.

Esta ausencia de repercusión en la sociedad de ambos amigos había chocado con su costumbre de atender al pensar de su gente, su mirada en el ojo ajeno. Aceptó su diferencia con ellos, él era un hombre tribal, ellos eran herederos del hombre frente a la civilización. Y de hecho tenía que asumir que su propia gente comenzaba a padecer el proceso de civilización. Las tribus se iban difuminando en el pasado, absorvidas por una organización antigua que se había perpetuado a sí misma sin importarle raza o credo.

Pero pese a esto también había sentido la importancia que Alonso le otorgaba, pues de hecho tanto él como Long eran miembros de tribus del espíritu, de hermandades basadas en lazos invisibles del alma. Más allá de los vinculos sanguineos, reforzaban los lazos de clan.

De pronto ante el chamán surgió poderosa la percepción del ejercito invisible.De un sentimiento subterraneo que había conseguido sobrevivir a la tiranía civilizatoria, de una conciencia íntima que era la que permítía el desarrollo del conomiento humano.

Existía, y la visión de una espada de vida volvió a su memoria.

El futuro nagual miraba con los ojos asombrados de su infancia las nubes que se deslizaban a lomos del viento.

El anciano chamán contemplaba el fuego del hogar sumido en su profundo ensueño mientras entonaba un canto lento y sentido.

El hechicero que unía ambos tiempos apretaba los dientes ante su sentimiento de imposibilidad por un mundo que no comprendía.

Mundos que se marchan, mundos que vienen, y el actual como puente.

El temblor hizo sacudir el aire de la estancia, sobresaltando al indígena que se despertó de súbito. Abrió los ojos, aún dormido, y sólo pudo contemplar una profunda oscuridad envuelta en el sonido que todo lo invadía.

Halcón se encogió instintivamente ante la potencia sentida, y trató de focalizar su conciencia en la negrura del espacio que le rodeaba. Finalmente su mirada reposó en el piloto de luz roja del teléfono, pequeño punto encendido en la profunda oscuridad.

El sonido del trueno cesó para dejar paso al del agua cayendo con fuerza sobre la tierra. El indígena parpadéo lentamente para comprender que había sido despertado por una tormenta, cuando volvió a sonar con fuerza el trueno.

- Estas aquí - murmuró sintiendo el alma del aire.

Suspiró lentamente, notó en su interior la gratitud de su ser ante la existencia de aquella potencia natural y con una sonrisa volvió a tumbarse ligeramente encogido. Dejó que su alma se estremeciera ante la fuerza mostrada por el cielo, y recordó cuantas veces había amado aquel momento en que el Dragón se unía a la Tierra, en el que el Aguila del Trueno mostraba su existencia volando libre y salvaje por el celeste reino.

Y el chamán quiso cabalgar, subir a lomos del más brioso de los corceles y lanzarse furioso a una existencia alejada de toda vulgaridad, de todo encierro, en la más pura de las intensidades. Su alma regresó al reino del sueño, allá donde sus dominios no eran violados por extraños a su propia esencia.

Sueña chamán, sueña y recuerda el sentido de tu estirpe hechicera.

El hechicero accedió al Espíritu Celeste, y se encogió fuertemente ante el impacto fulminante de éste en su corazón. Alcanzado por el rayo sintió su marca candente en su interior, y sin poder evitarlo las lágrimas aparecieron en sus ojos. Trató de reprimirlas pero finalmente dejó que su cuerpo se expresara libremente.

El amor duele, y el chamán aceptaba su sufrimiento. Abrirse al misterio de la existencia implica el no uso de las barreras que nos protegen de ésta.

Ventura Maya se tocó suavemente el pecho con la mano abierta y luego la extendió cerrando lentamente su mano hasta formar un puño que contempló fijamente.

- La lucha existe, nunca ha cesado. Cada logro del pasado es un paso a una siguiente conquista,nada más.

Dulcinea parpadeó lentamente, aquel hombre seguía en sus trece de alterar la cultura en la que vivía.

- ¿Por qué no vives tranquilo, olvidándote de todo lo que nos rodea? - murmuró ella con tono cansino.

El hombre dejó de mirar su puño y miró fijamente a su mujer.

- Mujer, tengo un compromiso que cumplir. No pienso irme de este mundo con la espada rendida.

- Nadie te dice que rindas tu espada, sólo que dejes de combatir contra molinos de viento.

Alonso sonrió ferozmente.

- Son gigantes querida mía, gigantes. Y a fe mía que uno a uno serán derribados. No pienso permitir que la chusma lleve las riendas del futuro.

Dulcinea miró a su hombre, al compañero al que había elegido en una noche de su camino. Suspiró lentamente, era tozudo como él sólo.

- Si permitimos que la cultura no se nutra del genio humano ésta se verá arruinada, convertida en sumidero de mediocres sin escrúpulos que carecen de visión alguna - continuó su esposo.

Ella asintió pacientemente, hacía ya tantos años que escuchaba aquellas diatribas que lentamente había comprendido que el camino de aquel hombre seguía un rumbo propio.

- Haz lo que debas amor mío, pero no te pongas de mal humor.

- Ya - gruñó el veterano pensando en cómo darle una lanzazo de muerte a su siguiente enemigo.

Aquel caballero andante, fiel espejo de la Orden Real de Caballería, tenía su animo puesto en la lid, en el combate contra la infamia humana que persistía una y otra vez en mostrarse.

- Cuando Halcón se comprometa a luchar aquí, a defender su identidad en este mundo de españolitos facistas, un nuevo desafío aparecerá para ser conquistado.

Ella meneó la cabeza lentamente. ¿Por qué quería que aquel joven se comprometiera en una construcción que no parecía acabar nunca?.

- Preguntale a Adán mujer - respondió Alonso en voz alta encongiendose de hombros mientras seguía manipulando el nuevo trasto en el que de nuevo se había empeñado.

Ventura, amante del ingenio humano, había adquirido a plazos un nuevo invento. Esta vez se trataba de un ordenador personal con conexión a la red mundial llamada Internet.

- Conquistaremos las redes de información. Esos rufianes quieren convertirlo en un simple mercadillo de sus baratijas - gruñó conectando diferentes cables.

Dulcinea le miró un momento con cariño, seguía siendo un niño con sus juguetes.

- Te dejo tranquilo para que puedas vencer a la maquina infernal - le susurró dandole un beso.

- Sí, sí - respondió absorto Alonso.

Configurar el ordenador y la instalación a la red le mantuvo enfrascado durante horas.

- Amigo, perdoname que te interrumpa - apareció de pronto Halcón.

- Pasa compañero, pasa. Mira qué nueva ventana he abierto - exclamó el mago.

El indígena se acercó y quedó fijo mirando a la máquina.

- Es nociva, emite una sensación desagradable - dijo dando un paso hacia atrás.

Alonso sonrió.

- Sí, es la radiación de la pantalla y el campo electromagnético generado por su funcionamiento. Afecta al aura, y por tanto a nuestra salud, pero no creo que nos muramos por ello.

Halcón sonrió también ante aquella explicación.

- Muy bien Alonso, pero no creo que pueda interesarme una nueva maquinita. Estoy saturado de tanta máquina .

- Lo sé amigo mío, lo sé. Pero esto es distinto. Es un sistema inteligente, permite hacer muchas cosas de manera rápida y sencilla. Además lo he conectado a la red mundial, a Internet.

- ¿Internet? - murmuró el chamán.

- Es un proyecto de conexión entre universidades que se ha extendido al uso popular. Actualmente cualquiera puede conectarse a las multiples bases de datos existentes, permite por fin realizar el viejo sueño de la Biblioteca Universal y...

- Sólo es información Alonso - matizó Halcón.

El mago sonrió para sus adentros.

- Lo sé, pero por algo se empieza. Además te repito que todos podemos estar en él y...

- Si tienes dinero, claro está - le interrumpió el chamán.

Ventura miró fijamente a su amigo. El escepticismo del joven era lógico, todo lo que le rodeaba se basaba en el dinero. Había un pesimismo en el chamán, surgido de su contacto con aquella sociedad que se jactaba de ser del “capital”.

- En algo hay que gastar el dinero Halcón, y esto es una buena herramienta si se sabe emplear - murmuró recordando el fuerte desengaño recibido en su juventud ante la insolencia del dinero -. El hecho es que si puedes acceder a esta herramienta te permite que las fronteras de los paises y las culturas desaparezcan.

- Ya - respondió el indígena con escepticismo.

Por toda respuesta Alonso señaló con su dedo en la pantalla. Aparecía una base de datos sobre el pueblo gitano. Tocó un cursor y apareció una nueva pantalla, en la que aparecía una web del pueblo sioux.

- También estan los tuyos amigo mío - dijo mostrándole el escudo del pueblo lakota.

Halcón se acercó y contempló fijamente el interior de la pantalla.

- No sabía esto - murmuró el indígena

Alonso volvió a tocar un cursor y apareció una web del pueblo tibetano, fue tocando y mostrando diferentes webs de distintos pueblos clasicamente denominados “primitivos”. Luego accedió a una base de datos y le mostró la enorme cantidad de información sobre Arte y Ciencia que había.

- Esto es sólo el principio. Además permite conectar por el precio de una llamada urbana a cualquier punto del planeta.

- ¿Cómo ? - respondió intrigado el chamán.

- Sí. Puedes enviar una carta, un mensaje o incluso comunicarte de viva voz con quien quieras de cualquier parte del planeta por el precio de una llamada local.

El indio abrió los ojos y pensó un instante en su familia.

- ¡Qué bueno!.- exclamó.

Alonso asintió lentamente con la cabeza.

- Sabía que te gustaría - dijo malicioso el veterano sabio.

El indio-noche se sentó al lado de su amigo y comenzó a aprender sobre aquella nueva herramienta, surgida de una ilusión y destinada a permitir el libre acceso de información a nivel mundial.

En el fondo un símbolo más del mundo por venir.

Alonso abrió la puerta, ligeramente tambaleante, y compuso su mejor estampa antes de cruzar el umbral. Su mujer había ido a cenar con unas amigas, y él había aprovechado para echarse una escapadita y tomarse unos vinos en su lugar de confianza.

Entonando una bulería se acercó a la habitación de Halcón, en donde la luz aún brillaba.

- ¿Está el noctambulo de la casa? - alzó la voz Alonso.

Decía eso por la costumbre de Halcón de dormir de día y vivir de noche, aquello le había hecho murmurar a una vecina que en casa del excentríco Ventura habitaba un vampiro. Tal era la fama que corría del buen mago.

Halcón abrió sonriente la puerta de la habitación. Por la voz había notado el ánimo de su amigo.

- Muy bien Alonso, muy bien - dijo divertido viendo a su anfitrión bambolearse ligeramente.

- Sí, es cierto, tengo alguna copita de más - alzó la mano Alonso a modo de defensa -. Nada que no pueda dominar un curtido caballero como yo.

- Por supuesto - concedió el chamán.

Bien conocía la resistencia de su compañero al efecto del alcohol.

- Bueno, creo que te he interrumpido en uno de esos misteriosos ritos de indio tuyos - dijo irónico el mago.

- En absoluto amigo mío, sólo reflexionaba - murmuró Halcón sonrojado.

Alonso notó aquella reacción y comprendió que aún se avergonzaba de mostrarse diferente en aquel lugar.

- Bueno, el mundo está lleno de chalados. Hete aquí uno por ejemplo.

El indio miró a su amigo y sonrió suavemente. La clásica dualidad de Alonso: o estaba loco o era un genio. No tenía criterio medio.

- Andele - se dijo Halcón.

- ¿Cómo? - preguntó Alonso.

- Nada, cosas mías - murmuró el chamán.

- Tenías que haber venido conmigo, hubieramos pasado un buen rato - respondió Alonso ligeramente fatigado.

- Tenía que atender el negocio y pensar en algunas cosas.

- Ya, ya. Por supuesto - aceptó la disculpa el mago. En el fondo lo había echado de menos -. Bueno, tomemos la copita antes de dormir.

Se dirigieron juntos al pequeño mueble-bar del salón, y se sentaron confortablemente sirviendose un generoso brandy. El chamán se mantenía como si estuviera esperando algo, no atendía del todo a la conversación que trató de establecer Alonso.

- Amigo mío, creo que no te interesa lo que digo.

Por única respuesta Halcón alzó una mano, como pidiendo silencio.

- He sentido que se acercaba, aunque mi poder está disminuido - susurró.

- ¿Quien? - dijo extrañado Alonso.

El chamán hizo de nuevo ademán de silencio, y puso actitud de escuchar el aire invisible.

- Antes estaba más unido a su poder - murmuró de nuevo el indio.

Ventura sintió la actitud mágica de su amigo y mantuvo un silencio respetuoso. Aún había cosas que no captaba de Halcón. De pronto el indio se levantó y se dirigió a una ventana abriéndola.

- Sí, está aquí - dijo con voz alegre.

De súbito el Trueno llamó al mundo anunciando la venida de la Lluvia, y el agua celeste fue enviada de nuevo al reino terrenal. Halcón asomó sus cabeza y brazos por la ventana y dejó que el agua cayera sobre él.

- Bendito tu regalo que permite la vida verde y la vida roja - dijo Halcón hablando al cielo cuyo azul profundo de la noche albergaba a las oscuras nubes, dispensadoras del agua.

Entró de nuevo su cabeza y brazos al interior de la habitación, con el rostro empapado en agua. Comenzó a acariciar el brazo donde estaba tatuado su dragón.

- Que buena amistad - acertó a murmurar el hombre de letras.

El indio, feliz ante el encuentro, sonrió con aquellos ojos nobles e inocentes que mostraba cuando se reunía con el Espíritu.

- Bueno Alonso, sigamos charlando - dijo animado.

El español le siguió y se sentó con él. Estuvo un momento mirándole gravemente, con una fijeza terrible, y al final cogió la botella y se llenó la copa.

- A tu salud - dijo con terrible seriedad.

Alonso tomó un fuerte trago, y dejó con lentitud la copa en la mesa.

- Qué triste olvidar - murmuró para sí mismo.

Sintió dolor en su pecho, como una punzada de envidia y lamento por sí mismo.

- Este mundo me trivializa - dijo el sabio entrando en fuerte melancolía.

Halcón miró a su amigo y le comprendió, sentía el dolor del sabio cuando olvida la fuente del conocimiento, cuando duerme ante el Misterio que se presenta ante nosotros.

- La vida es grande, no es malo olvidar al Espíritu de la Lluvia - dijo el indio mirándole con cariño.

- Aquí sólo hablemos de su existencia en relación con los pantanos y el consumo electrico, y en ocasiones por alguna catástrofe - murmuró el cansado artista de la gran ciudad.

- Lo sé, estoy viviendo aquí contigo - afirmó Halcón.

- Es cierto compañero, es un error propio de mi arte, debería cultivar más mi kung-fu como diría Long.

- Sí, hacer más gimnasia como dices tú - comentó Halcón.

El heredero de los gimnosofistas sonrió. Tenía razón, se dormía en sus laureles.

- Bueno, a veces me jacto de mis logros y olvido todo lo que me queda por aprender - se disculpó ya sonriente Alonso.

- Es natural - aceptó el nagual.

El sonido de la lluvia ponía cascabales a los coches, y su repiquetear armonizaba con el vaiven de los arboles de la acera. Los dos hombres quedaron callados envueltos en el sonido que surgía de la abierta ventana.

- Qué música tan grata - dijo Alonso embelesado ante el canto de la lluvia.

- Amarla es conocerla - respondió Halcón dejando que los recuerdos asomaran llamados por aquel sonido.

La nostalgia y la promesa se unían en un momento mágico, donde todo se unía. Halcón comenzó a recordar su primer beso a una mujer, justamente una tarde de lluvia.

- Un día tendré mujer y casa - sentenció el chamán llenándose su copa.

- Por eso - brindó Alonso.

Bebieron y encendieron sendos cigarros aromáticos. Sus volutas comenzaron a girar caprichosamente por el aire de la estancia.

- ¿No echas de menos tu tabaco? - comentó Alonso.

- Algo - aceptó el chamán.

- No veo el por qué no tratas de hacer tu vida lo más agradable aquí. El abandonar tus cosas no creo que te haga bien.

Halcón bajó la cabeza y asintió para sí mismo. Era cierto lo que decía su amigo.

- Algunas de mis hierbas estan prohibidas aquí - murmuró el chamán.

- Bueno, siempre lo han estado. Antes decían que eran cosas del mismísimo diablo, así que ya ves - dijo Alonso encogiéndose de hombros.

- Lo sé - dijo aquel cuya cultura había sido reprimida durante siglos tachándola de fruto del diablo.

- Ya sé que lo sabes hombre, sólo te lo recuerdo. El hecho es que vuestros ritos continuaron hasta ahora, pese a toda condena.

- Cierto, aunque siempre han tolerado finalmente el consumo de nuestras plantas sagradas.

- Yo diría que ahora hasta alientan a tomarlas. Sólo hay que ver la moda que hay con todo esto.

- Una moda no sustituye a una tradición Alonso - dijo el chamán con gravedad.

- Por mí no lo digas, díselo a todos esos que predican la psicodelia y sobre todo a los que reprimen su consumo por considerarlo perjudicial.

- Drogas - respondió el indio ofendido.

- Sí, venenos que engañan la mente humana y enloquecen su razón. Que le llevan al deterioro físico y psíquico, que le condenan a la propia muerte - dijo Alonso poniendo voz de dar miedo.

- Son simples ayudantes de poder, no son el Poder -murmuró Halcón.

- Catalizantes de un proceso cerebral, enzimas que generan una reacción psíquica especial...transmutadores que...- el alquimista hizo un gesto de fastidio y calló un buen rato.

- Tú tampoco eres feliz en este sitio Alonso - dijo el indio comprendiendo su estado de ánimo.

- Hay tantas cosas que ya debería estar aceptadas, tantas principios necesarios para comenzar la marcha de un nuevo mundo - murmuró el sabio.

- Todo llegará a su tiempo amigo, tú verás el trozo del camino que tengas que ver - le animó el chamán.

- Lo sé, pasa tan rápida la vida - respondió Alonso.

Halcón no dijo nada, bien sabía que aquello era verdad.

- Bueno, se hizo y se hará lo que se pueda - despejó su cansacio el mago.

El indio asintió.

- No somos perfectos, amigo mío - continuó Ventura -. Aunque aspiremos a la excelencia en nuestro arte.

- Colmar el vaso y beberlo en su totalidad - respondió Halcón.

Alonso miró a su amigo y asintió con curiosidad. Aquel joven indio tenía una personalidad realmente especial.

- Celebro haberte conocido - dijo solemne levantando la copa.

El chamán sonrió ante aquel gesto, Alonso se estaba quedando borracho. En ese preciso instante sonó la llave de la puerta, evidenciando que Dulcinea regresaba de su cena.

- ¡Me marcho! -dijo Alonso de un brinco dirigiéndose con rapidez a la habitación de matrimonio.

Halcón sonrió meneando la cabeza. Cosas de hombres casados.

El nagual sintió su ka y meneó lentamente su cabeza. El escaso contacto con el poder de la Tierra lo había debilitado, sentía que era menos compacto y que sus nervios estaban más irritables que de costumbre.

El indio suspiró y mirando a su amigo sonrió suavemente. El perro le miraba con insistencia, en una súplica muda de salir a dar un paseo.

- Esta bien, vamonos - dijo encogiendo los hombros y saliendo de su habitación.

Hacía tiempo ya que hombre y perro se habían hecho amigos, y el chamán estaba ahora preocupado por la salud de su compañero. Aquel animal, encontrado un día en las calles, aún vivía resentido de su pasado, encogiendose a menudo de temor cuando veía pasar a un hombre.

Aquello encrespaba a Halcón, comprendía claramente que el maltrato sufrido por su amigo había provocado aquel temor instintivo.

Le hubiera gustado aplastar al cobarde que había tratado cruelmente a su amigo de cachorro.

- Recobraras tu espíritu amigo mío - le decía acariciándole con cariño.

El noble animal, debido al debilitamiento de su poder, era a menudo ladrado por perros que encontraba por las calles. La ley animal del más fuerte hacía que el enfrentamiento con otros cánidos fuera algo habitual, como respuesta su amigo siempre adoptaba la posición de sumisión ante cualquier encuentro.

El chamán sabía que el único modo de recuperar las fuerzas su amigo era realizar largas caminatas por la montaña, pero su trabajo exigía que estuviera siempre presente en la habitación. No sabía cuando podían llamarle, y por tanto sólo podía ausentarse durante cortos espacios de tiempo.

No, no era vida para Halcón. De vivir en grandes espacios a habitar recluído en una pequeña habitación, de sentir el sonido del aire al constante ruido de las máquinas. Pero no podía hacer otra cosa, la trampa del dinero se había cerrado sobre él y la necesidad de éste le obligaba a formar parte del mundo que en otro tiempo había contemplado con distancia y extrañeza.

Sentía que algo se iba apagando en él, que se sensibilidad iba menguando lentamente a medida que su tiempo era constantemente ocupado por el estímulo del ambiente en que vivía, por la adaptación a la mentalidad que tácitamente se utilizaba en la interacción humana. Era otra más de las exigencias que en otro momento le habían enfurecido y ahora comenzaba a aceptar como algo habitual y normal.

El miedo volvía a entrar en el alma del chamán, el temor a la pequeña muerte que hace que el alma se apague lenta e imperceptiblemente. La pasión que desaparece.

Halcón trató de ocultar su sonrisa bajo un rostro hermético, aquella situación que estaba viviendo le resultaba en extremo graciosa.

- ¡Por supuesto, y además rojo y masón! - estalló Alonso ante su interlocutor.

Acababa de ser criticado por no ser católico por parte de un miembro influyente de la sociedad española, integrante del Opus Dei.

- Usted es un fosil del pasado - respondió con arrogancia dicho sujeto -. Todo lo que usted defiende ya está superado en esta nueva era de modernidad.

- Lo que está superado es la estupidez clerical - susurró Ventura.

El sujeto le miró con aire de superioridad y meneó lentamente la cabeza. Era el momento de utilizar un nuevo as de su baraja.

- Usted es un profano en este asunto, carece de la titulación correspondiente - señaló con rotundidad aquel sujeto que trabajaba de psiquiatra en un lujoso hospital subvencionado por su organización.

- ¿Usted cree? - masculló Alonso.

Halcón sintió que su compañero comenzaba a perder la calma, aquel punto dolía en extremo a su amigo.

- Si usted no quiere seguir las indicaciones facultativas es asunto suyo, pero sólo daré de alta a su familiar hasta que yo lo considere oportuno - sentenció aquella conversación que había ido derivando de un asunto médico a la cuestión religiosa.

- Carece de ningún derecho para juzgar el alma de un ser humano, ni siquiera cree que exista - continuó insistente Ventura.

El sujeto suspiró de fastidio.

- Ya le he expuesto mi posición entre razón y fe. Como católico estoy obligado a creer en ella, como psiquiatra no debo considerarla.

- ¿Y eso no se llama esquizofrenia? - respondió rápido el mago.

Nuevo suspiro de fastidio, estaba claro que aquel anciano carecía de la sólida formación cultural que le permitía comprender un asunto tan profundo.

- Le recomiendo que lea la enciclíca del Papa sobre dicho asunto - sugirió tratando de enviarle a una autoridad superior.

- ¡Oiga no meta a mi padre en este asunto! - clamó Alonso.

- ¿Quien ha hablado de su padre? - casi gritó a su vez el psiquiatra.

- ¡Usted!. Y tengo un testigo para demostrarlo - dijo señalando al indio.

Halcón apretó con fuerza sus dientes para no reir.

- He dicho el Papa, está usted sordo señor - respondió el sujeto armándose de paciencia.

- ¡Pero qué papá ni qué...! - rezongó Alonso.

- No sólo es usted un hombre sin formación, también carece de educación - se crispó el sujeto.

De súbito el rostro de Ventura se transformó, en la estancia pareció entrar un viento gélido que se condensara en el cuerpo de éste.

- Caballero - susurró Ventura -. Caballero...

Alonso se quedó mirando con terrible fijeza al hombre, hasta que de pronto una lenta sonrisa apareció en sus labios.

- Enfin, sólo he venido a rogarle que tenga a bien permitir que seamos nosotros mismos los que decidamos sobre el internamiento o no de nuestro familiar - dijo en tono neutro.

- Le vuelvo a decir que eso lo decidirá la autoridad correspondiente. Su familiar fue detenido en medio de una crisis de pánico debido al consumo de un estupefaciente, ahora es el momento de decidir si necesita vigilancia psiquátrica o no.

- Cualquiera puede asustarse - murmuró de pronto el indio.

El sujeto miró por un momento al joven y una mueca de desprecio asomó en sus labios al reconocer su etnia. ¿Qué podía saber aquel primitivo sobre la ciencia de la mente?.

- Si quiere realizar una reclamación vaya usted a secretaría y pida la solicitud correspondiente - continuó el psiquiatra -. Mientras tanto disculpeme, tengo muchas personas a las que atender y no puedo perder más tiempo con ustedes.

Dicho esto se levantó de la mesa dando por concluida la conversación. Quedó de pie inmovil contemplando a aquellos dos hombres que seguían sentados como si tal cosa.

- Tienes un cigarro amigo - pidió Alonso ignorando al psiquiatra.

- No sé, dejame mirar - respondió con voz infinitamente lenta el indio.

Halcón comenzó a buscar por sus bolsillos, tomandose todo el tiempo del mundo.

- No se permite fumar aquí, y ya les he dicho que no tengo más tiempo para dedicarles - dijo con voz nerviosa el psiquiatra que aún seguía en pie.

- ¿Y qué va a hacer? ¿Llamar a la policia porque me fume un cigarro en su despacho? - dijo Alonso mirándole con fijeza.

El psiquiatra suspiró lentamente y volvió a sentarse.

- Mire voy a respetar sus canas, pero no crea que esto es positivo para su reclamación.

- ¿Me está amenazando?

- No, le estoy simplemente haciendo una sugerencia.

- No veo el inconveniente de dejar libre al muchacho y permitir que seamos nosotros los que le cuidemos. ¿Donde mejor que con su familia?.

- Usted no parece haber comprendido el asunto. Ha consumido una sustancia ilegal, y además puede ser considerado un peligro social. Puede sufrir un brote psicótico y hacer daño a alguién.

- El hecho es que no hizo daño a nadie - terció Alonso.

- Estamos para prevenir, para controlar la estabilidad de nuestra sociedad - respondió el psiquiatra pensando en llamar por teléfono al servicio de seguridad para sacarse de encima a aquel entrometido.

- ¿Sabe usted lo que consumió? - preguntó Ventura.

- Dietilamida del ácido d-lisérgico - respondió el psiquiatra.

- ¿LSD?. Estos jovenes siguen creyendo en las porquerías de laboratorio - rezongó Alonso.

- El hecho es que no es la primera vez que lo ha consumido, y ha provocado en él una crisis psicótica que necesitamos supervisar.

Alonso bajó la cabeza un instante reflexionando para sí mismo. Alzó su cabeza y miró por un momento a Halcón, luego meneó lentamente la cabeza como si asintiera a algo que pensara y se levantó de pronto.

- Está bien señor no le molestaremos más. Haga usted su trabajo - dijo Alonso inclinando la cabeza ligeramente a modo de despedida.

El indio se levantó a su vez y le acompañó a la salida sin decir palabra. Andaron en silencio atravesando los jardines decorativos de aquella institución, jardines por los que no paseaba ningún enfermo.

- ¿Qué quiere decir “rojo “ y “masón”? - preguntó una vez salieron del recinto.

Alonso se encogió de hombros.

- Cosas de otros tiempos, ahora carecen ya de importancia - dijo el veterano mago.

Halcón se encogió de hombros a su vez.

- Siento lo de tu familiar - dijo el chamán contemplando las innumerables ventanas de aquel edificio donde se encerraban a las personas.

- En cierto modo se lo tiene merecido, seguro que ahora aprenderá a distinguir lo que dicen unos y lo que dicen otros.

- En mi pueblo no encerramos a las personas que han tenido un feo sueño - murmuró el indio.

- Aquí sí Halcón, y esto es el futuro de todos los pueblos - respondió con frialdad Alonso.

El indio se paró mirando fijamente a su compañero.

- ¿Qué quieres decir hombre? ¿Porqué condenas a los míos a vuestra pesadilla? - habló Halcón con ira contenida.

Alonso se detuvo también y sostuvo la mirada de su amigo.

- Es la verdad Halcón, el mundo que tu ves es el mundo que gobernará a todos los hombres. Es el nuevo orden que tragará a todos los pueblos.

- Nosotros hemos vivido durante siglos sin tener que compartir vuestras razones.

- Pero las habeis tenido que sufrir igual. No entiendo tu postura.

Halcón suspiró fastidiado y miró al suelo.

- Yo tan sólo soy un indio - murmuró mirando sus pies.

Ventura Maya le miró con una sonrisa extraña en sus ojos.

- Ya, ya lo sé amigo - le respondió con ternura.

- Me siento como el águila que va desapareciendo de los riscos, como el búfalo que ya no corre por las praderas - continuó el chamán melancólico.

- Como el lobo en los bosques, como el oso en las montañas....- respondió Alonso en voz baja.

- Los míos desaparecerán, al igual que los animales. Sólo quedará este mundo y jaulas donde poder contemplar a los animales encerrados - murmuró apenado Halcón.

Alonso guardó silencio dejando que su amigo recompusiera su ánimo. En el fondo sabía que aquella pena era propia del alma del indio, y que no tenía derecho a pretender quitarla. El chamán le miró un momento y alzó su cabeza hacia el celeste cielo.

- Andele, vamonos - dijo el indio comenzando a mover sus pies.

Al otro lado, dentro del edificio, el psiquiatra dejó de contemplar a aquellos dos sujetos por la ventana.

- Gentuza - murmuró para sí mismo.

Se ajustó la corbata, sintió el orgullo de formar parte de la Obra y el Camino, y sentándose extrajo su estilógrafica de oro. Era el momento de firmar los papeles que decidirían sobre la liberación o encierro de los enfermos. Miró por un momento su foto besando la mano al Papa,y con ejemplar dedicación comenzó su tarea.

Por supuesto el familiar de aquel sujeto se quedaría recluído, no faltaría más.

- El arte de la defensa es largo y complejo, superado el tigre la defensa del dragón es el siguiente paso - comentó Long.

- Sé lo que dices pero no acabo de comprender la esencia - respondió Halcón meditativo.

El adepto taoísta sonrío e hizo un giro completo en el espacio quedando con las manos una arriba y otra abajo.

- Lo sé - volvió a asentir el chamán.

Long comprendía la inquietud de su joven compañero, el sentimiento guerrero que le llevaba a lanzarse hacia la conquista de un mundo que se le mostraba insuperable.

- El combate deja de ser combate, porque la única liberación posible es alcanzar la libertad del dragón - murmuró el oriental.

- Y dejar que siempre hagan lo que quieran con nuestras vidas - musitó Halcón.

- Yo no he hablado de indefensión, sino de la liberación de la obsesión de la mente..

- Es cierto amigo mío, sigo apresado por las cadenas de sus limitaciones - aceptó el chamán.

Long cerró los ojos y bajó ligeramente la cabeza, entrando en la gruta de los adeptos. Halcón le miró un instante y suspiró. El problema le atenía a él, estaba aceptado que su modo de existencia estuviera determinado por la formulación social en la que vivía, por el mundo ordinario de una cultura cualquiera.

- Añoro la libertad del vuelo - suspiró el chamán.

- El dragón es libre de habitar en el cielo y la tierra, suya es la libertad de elección - respondió Long sin abrir los ojos.

- Sólo soy un nagual, no tengo el poder para forjar por mí mismo la realidad que me envuelve - concluyó el joven Halcón que seguía sin aceptar el hecho de vivir en la ciudad.

- No entiendo como un hombre como tú, que ha conocido el infierno de la mente, no es capaz de aceptar el mundo trivial de los hombres - dijo Long abriendo los ojos y levantadose de pronto.

El chamán miró a los ojos de Long y vió allí, en lo profundo de ellos, la furia del dragón, el poder del trueno y el rayo.

- No soporto que sean ellos los que gobiernen mi existencia - dijo el indio con el gesto de verdad -. Yo creo en la jefatura, no en la tiranía. Los jefes han de serlo según las reglas que yo creo, no según sus intrigas y conjuras.

- Ese es tu mundo, pero estamos en su mundo.

- Es el mismo mundo, hombre - respondió con fiereza el indio.

- Sigues sin querer acceder al dragón - meneó la cabeza Long.

El chamán no dijo nada, se limitó a cruzar los brazos.

- El dragón existió antes que los hombres montaran sus tramoyas, antes que supieran siquiera de sus creencias. Existió durante todas las civilizaciones, y seguirá existiendo mientras exista el aliento que lo alimenta - continuó Long como si recitara un dicho antiguo.

- Alonso me dijo que construyera un mundo, pero no sé por dónde empezar - confesó Halcón abriendo sus brazos y encogiendo sus hombros en señal de impotencia.

- ¿Por qué no quieres escuchar tu poder? - respondió Long mirándole con ojos inquisitivos.

El nagual suspiró y movió los pies en el suelo como si quisiera arrancar algo de él.

- Aquí sólo soy un indio, y para ellos un indio es un ser humano sin conocimiento. Un ser humano de segunda categoría.

- Lo mismo piensan de mí - dijo Long.

- Y de Alonso, ya lo sé - respondió irritado Halcón.

Se produjo un tenso silencio en el que el chamán sintió cómo Long penetraba en su alma.

- Ya - asintió antes de que su amigo hablara.

- Te lo diré de todas maneras - respondió Long con seriedad -. Te está perdiendo tu amor propio, tu deseo de reinvindicarte a tí mismo.

- Sigo sin poder aceptar que en mi mundo fuera un hombre respetado, y aquí sea un hombre sin conocimiento.

- Poco importa en este mundo lo que sea un hombre, aquí sólo domina lo que domina - respondió de pronto Long haciendo un gesto del dragón con fiereza -. Lo que importa para el dragón es lo único importante. Te hablo de asimilar el arte que has de aprender, de comprender el misterio del dragón en todas sus esencias.

El joven se mantuvo callado respetuosamente.

- Pena sería que acabaran con el joven dragón - murmuró Long saliendo de la habitación.

Halcón miró la puerta y una leve sonrisa apareció en su rostro.

- Qué bueno - murmuró tratando de mantener su compostura.

Soledad, soledad que aturde envuelto en las cuatro paredes de donde no podía salir. Debía aguardar a que llamara algún cliente, debía esperar a que alguien se fijara en el pequeño anuncio del periódico y llamara. Debía estar todo el día y toda la noche porque en cualquier momento podía recibir una llamada, una llamada que le permitiría poder subsistir modestamente.

Tan sólo vivía ya para conseguir el suficiente dinero para poder mantenerse. Temía el momento en que registraran su empresa, ausente de papeles y certificados, provocando que le cerraran el negocio y le impusieran una fuerte multa que tampoco podría pagar.

Había probado buscar otro tipo de trabajos, pero su condición de emigrante, su nivel de educación y ausencia de calificación laboral le imposibilitaba para hallar un mejor trabajo. Era el mejor trabajo que podía tener, aunque le obligara a estar siempre pendiente de una llamada pidiendo un poco de esperanza para continuar su camino.

Salió de la habitación y miró la casa. Estaba vacía, porque Alonso y su mujer se habían marchado de fin de semana. No tenía con quien hablar, ni conocía a nadie. Encendió la televisión y pasó horas como muerto ante ella. Allí aparecían personas con vidas intensas, repletas de amistades y de éxito.

Su sentimiento de insignificancia, de irrelavancia, se iba incrementando a medida que pasaba el tiempo. A veces tenía arranques que le afirmaban el orgullo de ser él el que era, pero una constante pesadez provocaba que fuera desistiendo de sus propósitos. No había lugar en su vida para la aventura, para lanzarse a lo desconocido. Lo único que podía hacer era esperar una llamada, conseguir llegar a conseguir el suficiente dinero para vivir.

Sin más. En eso consistía todo. El aislamiento en el que vivía comenzaba a pasar factura, sólo tenía el sentimiento de exigencia, de que algo debía hacer...pero no tenía ni la fuerza ni la visión para ello.

Los que salían por televisión afirmaban jactantes su realidad, era una descripción del mundo semejante a la ordinaria pero teñida de una emoción de triunfo, de logro, de haber conseguido llegar a la meta. Y la meta estaba definida por aquella sociedad.

- Y son tantos...- murmuró el hombre que un día vivió ajeno a todo eso.

Al fondo de su alma un canto pugnaba por ser escuchado, pero Halcón no quería atender a su misterio. Pensaba que era mejor aceptar la ideología en la que iba siendo inculcado subliminalmente, el horizonte de visión que se imponía en la practica humana de aquel entorno.

- No quiero luchar más contra corriente - habló al espacio solitario.

Un murmullo de vientos y oleajes comenzó a sonar en su interior, y el chamán finalmente aceptó la visión que surgía de su interior.

Y vió un mundo dividido en dos, al igual que las criaturas que viviían dentro del agua y dentro del aire. Las que habitaban abajo, dentro del agua, creían que nada más existía salvo aquel ambiente acuático. Los que vivían arriba, dentro del aire, sabían que existía no sólo el interior de las aguas, sino también la realidad de fuera de ellas.

Un ser azul y de canto poderoso surgió de pronto de lo profundo de las aguas, en un salto vertical, dirigiendose hacia las alturas celestes. Aquel ser, de rostro sonriente, llegó al cenit de su salto y luego elegantemente dejó que la gravedad tirara de él de nuevo hacia abajo.

Al caer se sumergió de nuevo en las aguas. No era un ser como los del agua o los de aire, él podía vivir dentro de las aguas y vivía del aliento del aire.

El ser le contempló un instante y lanzó su magnifico canto, su lenguaje hecho de música y verbo. El chamán reconoció parte de su canto y lo imitó. Aquel sonido se transmitió multiplicado en las aguas y el ser azul sonriente afirmó alegre con la cabeza.

Despues penetró en el vasto territorio de las aguas que gobernaban la Tierra.

Halcón parpadeó y dió un ligero brinco al salir de la visión. Había sentido el espíritu de aquel animal, aquel totem, y una nueva realidad comenzó a abrir su mente.

- Dentro y fuera, disfrutando de ambos mundos - susurró.

Se levantó y alzó con fuerza los brazos, imitando al levantarlos el gesto del ave real.

- No hay límite al Espíritu, no existen fronteras para su Poder - afirmó descendiendo los brazós y sintiendo de pronto que reproducía el gesto del dragón.

Sus ojos brillaron sintiendo un nuevo avance en la sabiduría del dragón, en el conocimiento brujo. Amante de Sofía su pasión comenzó a arder de nuevo, sintiendo que una bocanada de aire fresco alimentaba su fuego.

- Por fin me abres mi destino, el camino de mis días - susurró excitado.

El Clan del Delfín aparecía ante él, una nueva alianza dentro del Espíritu del Totem.

- Soy el soñador que despierta, la inteligencia que recuerda, la memoria que se encarna, el futuro que avanza...- dijo con voz chamánica.

El embrujo de sus palabras le transportaron a la realidad viva, al Misterio, y desde allí volvió a conectar con el Tejido Sutil. Los hilos de éste formaban su entramado, gestando y configurando la realidad que se manifestaba ante los ojos de los hombres.

- Madre de los días y las noches, Madre de la Eternidad....- recordó el indio a su Madre.

El hechicero se deleitó en el Amor que de Ella recibía, y disfrutando de nuevo de la existencia en su Seno comenzó a practicar su arte como si de un niño se tratara.

Porque los niños aprenden jugando.

Era así cómo el chamán volvía a disfrutar de sus saberes, de sus pequeños misterios ocultos a los ojos de los profanos.Participaba de la Inteligencia Divina y así su propia inteligencia crecía. Volvía a recrear el mundo, según la luz a él otorgada, y así el artista primigenio volvía a soñar con enriquecer la realidad manifiesta.

El deleite que otorga al alma contemplar la Arcana Belleza le aliviaba de su sufrir, como un bálsamo mágico que fuera aplicado sobre sus heridas.

Volvía a recuperar su conciencia inmortal, y con ella la comprensión de su mortalidad.

Volvía a unirse a la Corriente, a aquello que era llamado en su libro de trabajo Tao.

Así aquel brujo indio, aquel hechicero de una cultura llamada ignorante, adquiría un conocimiento que estaba vedado para aquellos que no formaban parte de su arte.

Que eran muchos debido a la tirania de aquella civilización que sólo cambiaba de aspecto, pero seguía siendo la misma tiranía para el espíritu del hombre.

El nagual comprendió que si su camino era ser un sacerdote-médico en aquella cultura, personaje reconocido entre los suyos, tenía que aceptar aquel inicio dificil, aquel superficial entendimiento que le generaba tanta angustia en su trato humano.

El doctor indio reflexionó sobre lo novato que era aún en su nuevo nivel de conocimiento, y como en todo nuevo peldaño recordó lo experimentado en los anteriores. Su inicial inexperiencia que le generaba temor, su obstinada torpeza que no permitía la fluidez mágica de la eficacia, su deseos de desistir cuando el esfuerzo no cundía....tantos y tantos obstáculos en la adquisición del poder sabio.

Pero una vez adquirida la capacidad se sentía orgulloso, era como dar una nueva pluma al dragón. A aquel ser celeste que vivía gozoso en la libertad completa de la Tierra.

El ser del sueño se mostró en la existencia, y despertando sonrió.

No se le puede robar al hombre su realidad en la Creación.

El cansado Ventura miró el paisaje que se le mostraba a la llegada de la ciudad y suspiró lentamente.

- Bueno, ya estamos llegando - dijo jovial a su mujer.

Ella no dijo nada, bien sabía que a su hombre le disgutaba volver a la gran metrópolis española.

- Ya volvemos a la capital - volvió a hablar ante el silencio de su mujer.

Alonso apretó los dientes ante la nueva ausencia de respuesta. También bien él sabía que a su mujer le gustaba la ciudad, pues Barcelona era su tierra natal.

- ¿Cuando volverá la niña ? - cambió de tema para olvidar.

- Aún le queda tiempo en sus estudios, no sé cómo permitiste que se fuera y luego no paras de preguntarme sobre su vuelta - respondió ella puntillosa.

- ¿Quien yo? - alzó la voz con expresión teatral.

El padre no dijo nada, porque bien sabía que la madre era la que más la echaba en falta. Pero cada persona ha de encontrar su propio camino, y así él lo había comprendido.

- Te imaginas que...- dijo de pronto en una ocurrencia.

- Alonso - le advirtió ella.
- Sí, claro, claro - murmuró él con una media sonrisa en el rostro.

Al llegar a casas los ladridos desde la terraza del piso les indicaron que el chamán estaba dentro. El perro siempre estaba con la nariz en la calle.

- Este hombre no sale de casa - meneó la cabeza preocupado Alonso.
- Es su trabajo - respondió ella.
- Lo sé, pero le quita vitalidad y le desanima - respondió con el ceño ligeramente fruncido.

Abrieron la puerta del piso y encontraron en medio del salón a un indio realizando una misteriosa forma taoísta. Al verles interrumpió el ejercicio de kung-fu y se acercó a ellos sonriente.

- ¿Como ha ido? - preguntó animado y cortés.

El español se quedó mirando al indígena. No parecía ni mucho menos debilitado, al contrario, sintió que aquel hombre estaba llegando a su plena potencia de juventud.

- ¡Caramba, no esperaba verte de esta manera! - respondió Alonso sin poder evitarlo.
- ¿Cómo? - respondió aún sonriente.
- Bueno, olvidalo - atajó Alonso -. Hemos estado en una zona preciosa, estoy seguro de que te encantaría conocerla.
- Hay tantos sitios por conocer - dijo contento Halcón.
- Sí...claro - respondió Ventura, conocedor de muchas tierras.
- Y tantas cosas que descubrir - continuó el chamán de modo misterioso.
- Vaya, te ha vuelto ha salir el brujillo. Creía que lo tenías aparcado en algún olvidado rincón.

Halcón sonrío de nuevo contento, se sentía de nuevo con la fuerza de soñar y hechizar la realidad.

- Como todo ser vivo me estoy adaptando al nuevo ambiente que me ha tocado vivir - respondió encogiéndose de hombros el indígena.
- Cuida no te adaptes demasiado - gruñó Alonso dirigiéndose a su amado estudio para echarle un vistazo.

El chamán miró cómo se dirigía su amigo a su guarida y sonrió de nuevo dirigiéndose hacia Dulcinea.

- No se le irá nunca la irritación - le dijo comprensivo.
- El es así - respondió ella dandole un beso en la mejilla a Halcón.

El indio miró a la mujer de Alonso, aquella compañera de sus días que un día eligió amarle.

- Te agradezco el honor que me has dado por compartir tu techo y comida, espero que un día pueda devolvertelo de algún modo - dijo el chamán mirándola con cariño.

- Eso quiere decir que ya comienzas a tener dinero - le respondió ella.

El indio se inclinó ligeramente de hombros, aún no se sentía muy seguro sobre la establidad de la empresa que llevaba a cabo.

- Estoy ganando más de lo que pensaba, comienza a ser rentable - afirmó el chamán contento por su suerte.

- Me alegro - dijo ella maternalmente.

Halcón aceptó la emoción de ella y la compartió.

- Sí, es bueno esto de poder ganar dinero - dijo el indio.

- Mientras no te cambie será bueno - respondió ella dirigiéndose hacia el dormitorio.

El indio afirmó suavemente con la cabeza y se dirigió al estudio de Alonso. Lo encontró trasteando con aquella nueva máquina que le permitía hacer diferentes cosas.

- ¿Sabes que puedo recibir fotografías del satélite Soho, que viaja hacia el Sol? - le dijo mostrándole la pantalla como saludo.

El chamán contempló las fotos y parpadeó sorprendido. Aparecía una bola azul, verde, roja, y todas ellas desprendía un halo luminoso de su mismo color.

- ¿Esto es el Sol? - respondió asombrado.

- Visto desde el ultravioleta, un espectro de percepción que no poseemos pero sí el satélite.

- No lo entiendo - murmuró el indio.

- ¿El qué? - dijo absorto Alonso examinando las diferentes frecuencias en que había sido fotografiado el Sol.

- Si no es visible...¿cómo podemos verlo? - preguntó extrañado.

- ¿Cómo? - respondió Ventura la pregunta.

- Pues que si...

- Ya, ya, es cierto. No había caído en la cuenta, estas fotos las estamos viendo desde nuestro espectro visible, luego en realidad vemos una representación del Sol según el ultravioleta.

- O sea, que en realidad desde el ultravioleta no se ve así.

- Así es, así es como lo vemos como si fuera en un espejo.

- Qué bueno - dijo el chamán absorto en aquella visión de un dorado Sol Verde.
- Y el sonido del Sol también podemos escucharlo - comentó Alonso tocando un comando del ordenador.
Una especie de viento sonó por los altavoces del ordenador, un sonido misterioso.
- En realidad tampoco podemos escuchar todo su sonido - murmuró Alonso.
- Como los delfines, que cantan en ultrasonidos, una gama que no podemos escuchar - respondió Halcón.
- Exacto - dijo entre asombrado e intrigado mirando a su amigo.
- Sólo escuchamos aquellos que podemos escuchar, nada más - continuó el chamán.
- Sin embargo, algo oímos, al igual que algo estamos viendo - respondió Ventura señalando la pantalla.
Alonso cerró los ojos un momento y suspiró.
- El antiguo sueño de los sabios, la música de las esferas ...- murmuró melancólico.
- ¿Cómo?
- En otro tiempo existían unos hombres que creían que todo estaba regido por la Música, que todos los planetas tocaban una nota dentro de una Sinfonía Universal.
- Al igual que todo ser vivo tiene su canto - comentó el indio.
- Sí, todos juntos formaban el Canto de la Creación.
- El latir del tiempo - murmuró Halcón.
Alonso asintió y pasó a otra web donde se podía contemplar la Tierra desde un satélite.
- Aquí estamos - dijo señalando aquel planeta azul visto desde el espacio.
- Que profunda inmensidad la rodea - murmuró el chamán contemplando la oscuridad del espacio donde habitaban infinitas luces.
- Sí, dentro de todo esto existe la Tierra.
- Es tan azul - susurró Halcón contemplando la Joya.
- El aire y el agua que lo refleja - dijo Alonso -. Por eso tiene ese color.
- Azul...-repitió en voz chamánica el indio.

Ventura miró un instante sorprendido a su compañero. Aquella voz tenía un poder de embrujo especial. En verdad que aún desconocía todos los talentos de aquel hombre.

- También podemos contemplar la vida en la tierra - dijo señalando diferentes zonas del globo.

- Verde - dijo el chamán con el mismo tono de voz.

- Sí, un color que comienza a extinguirse lentamente - respondió con gravedad Ventura mostrándole el proceso de deforestación existente mediante sucesivas fotos tomadas a lo largo de diez años.

Mediante aquella visualización podía observarse cómo el manto verde iba siendo eliminado, incluso en las zonas más tropicales que aparecían como espesas manchas de color.

- ¿Cuando acabará esto? - se dijo el indio apartando su vista del ordenador.

- El tiempo de extinción de especies cada vez es más rápido, estan acabando no sólo con todas las culturas indígenas que encuentran a su paso, sino con el mismo entramado de la vida - continuó con voz grave el viejo luchador.

- Según la ciencia ha hecho falta mucho tiempo para poder crear las condiciones de la Tierra - dijo Halcón pensando en la locura de aquella cultura entre conocimiento y actuación.

- Destruir cuesta muy poco, ya lo sabes - dijo Alonso absorto aún en la pantalla.

- No entiendo lo que está pasando - meneó la cabeza el chamán.

- El futuro lo dirá - respondió el veterano mago.

Halcón miró a su amigo y asintió. De eso precisamente él vivía.

¡Qué sana era la compañía de Halcón Rojo para Alonso Ventura!. A su lado reencontraba la simplicidad de sus antepasados, la sencillez de su origen. Alejado de grandes armazones intelectuales, el indígena simplemente practicaba su medicina con el mismo espíritu que le había sido legado. Y así durante siglos y más siglos.

Sí, sentía la diferencia del chamán con su propio camino. Envuelto en mil teorías surgidas de miles de libros, ideas contradictorias que chocaban en su mente impidiéndole la clara visión de la realidad. En su juventud había pecado de erudición, había vivido enteramente dedicado a la lectura. La satisfacción intelectual, el hecho de almacenar datos y pensamientos en su memoria, le hacían creer que era alguien especial.

Sí, Alonso había sido ocultista. Había sido de esos hombres que creen que el conocimiento está en los libros, en los discursos oscuros, en las filosofías de ese o aquel. Mientras su cuerpo pagaba las consecuencias de su absurdad actitud cognitiva. Alejado de la tradición, creyente acérrimo de la modernidad que le exigía estar al tanto de lo último, acumulaba libro tras libro en su existencia. Apagado vitalmente, apocado en su actitud existencial ante la vida, fiel seguidor de las teorías de su época.

Un simple contemporáneo de la cultura contemporánea, eso era Alonso.

Pero las raíces profundas de su alma, el canto íntimo de su corazón, el latir de sus venas, le llevaría un día a cerrar los libros y decidirse a salir al mundo para vivenciar lo leído. Allá, más allá de las cómodas protecciones del intelecto satisfecho, del "ya lo sé", de las mil relecturas de sus autores favoritos...más allá estaba la vida, la simple y maravillosa.

-Om Shakti - cantó suavemente el de tradición milenaria.

Lanzarse a probar el coraje de su alma, el brío de su espíritu ante las fuerzas de la existencia. Y simplemente hallar la comprobación real, el conocimiento que tanto buscaba. Saber que duele, conocimiento que produce herida, y herida que reclama su medicina. Así la búsqueda de gloria pasó a ser búsqueda de ese bálsamo de mirabrás, de esa pócima mágica, de ese elixir medicinal.

Su máxima ambición había sido siempre conseguir una síntesis de las diferentes doctrinas religiosas, de las distintas escuelas filosóficas. Buscador incansable de libros y más libros, lector infatigable siempre con el lapiz en la mano, devorador insaciable que tragaba ora este ora aquel sin ningún tipo de miramientos.

Pero la experiencia, la base real del conocimiento, le hizo comprender que la síntesis anhelada no se realizaba con las palabras de otros, sino con el encuentro real con la existencia y la sintesis primordial del ser. Al igual que el alqumista pasó a comprender que el único laboratorio real era su propia vida. Allí, sólo allí, podía cuajar el fruto anhelado. Sintentizar no ya posturas filosóficas, mentalidades divergentes; sintetizar lo dividido en su interior, desde el sistema nervioso autónomo al central, desde los dos hemisferios al neocortex, desde su cuerpo y alma al ser del espíritu.

Enfrentado al enorme tablero de ajedrez de la existencia, pronto comenzó a comprender que su posición en uno de los bandos determinaría su destino. Y tras muchas luchas, tras muchos quebrantos, tras tantas y tantas batallas del espíritu, comprendió que su lugar era entrar en el ejercito del Rey Blanco.

¡Y cuanto misterio y secreto, oh Madre, posee su camino!

El veterano caballero se levantó de su sillón y se dirigió lentamente hacia la habitación de su amigo, de aquel hombre surgido de otro mundo. Ahí estaba Halcón, sin perder el norte del espíritu. Sencillo y tranquilo en su posición racional,el joven sabio indígena sabía que su arte era la medicina, que su fuerza se basaba en sus prácticas medicinales. Y a esa medicina su pueblo la tenía en gran aprecio, fundamentándose su actitud religiosa en dicha arte y ciencia sin igual. En el conocimiento indio no hay dualidad entre razón y fe, siendo así una mentalidad semejante a las más bellas y sabias visiones de Oriente. Todo ello se sintetiza en la afirmación axiomática del Espíritu, de la luz que nos sostiene.

Halcón era el indígena oriental, el nómada que viajaba lejos para mantener su identidad.

Oriente que unía los mundos, Oriente hacia el que tiende todo ser.

La Aurora y el Crepúsculo - murmuró asintió Halcón tras escuchar la larga disertación sobre ritmos cerebrales por Alonso.

Ventura arrugó la nariz, como siempre su amigo sintentizaba poéticamente la extensión relaciónde ehchos científicos.

- De la conciencia humana efectivamente - asintió él a su vez -. El hecho es que podemos ahora aseverar sin lugar a dudas que el ser humano habita en diferentes estados que se reflejan en la frecuencia de actividad cerebral.

- No entiendo Alonso que lo sepas ahora mejor por una máquina que por tu propia experiencia - comentó Halcón meneando la cabeza perplejo.

Ventura calló. Sí, era otro de los tics adquiridos en su paso por la universidad. Su deseo de figurar entre los titulados, entre los privilegiados de la cultura, le había dejado una pobre herencia.

- Bueno, la ciencia actual no permite el método fenomenológico - respondió cerrando los puños con fuerza -. Es demasiado subjetivo.

Alonso lanzó una fiera sonrisa al aire al decir aquella última frase. El hecho de ser criticado por su subjetividad era algo bien conocido por él.

- Toda experiencia la vive un hombre, por tanto es lógico que sea subjetiva - respondió Halcón sin comprender aún la importancia de la demostración científica de una realidad humana.

Alonso miró sus pies un rato y luego meneó la cabeza con cierto desaliento.

- No se trata de nosotros amigo mío, sino de aquellos que poseen el poder sobre el pensamiento humano. Para la ciencia moderna el alma humana no existe, es una simple quimera.

- El alma niega su propia existencia, esto es natural - dijo encongiéndose de hombros el indígena.

- Ya, ya...- dijo Alonso asombrado de la paciencia que estaba mostrando el chamán.

Calló un momento. ¿Dónde estaba aquel joven irritado contra las instituciones del hombre blanco?.

- Todo llegará - dijo el chamán.

Alonso miró el libro que reposaba en la mesa de Halcón. Seguía siendo el I Ching.

- Vaya con el taoísmo - murmuró Alonso.

El indio sonrió con ojos traviesos.

- Tan sólo vamos montados en Ella, no tenemos por qué dudar de la evolución de sus criaturas - respondió con suavidad Halcón.

- Sí, sí...claro - dijo intrigado ante aquella postura que adoptaba su joven amigo.

Decidió poner en práctica una pequeña trampa.

- Bien, aún así está claro que doctores tiene la iglesia, y que nosotros sólo somos unos simples estudiosos - dijo haciendo el ademán de retirararse de la habitación.

El chamán se envaró ligeramente.

- ¿Qué quieres decir hombre? Yo soy doctor entre los míos - susurró el chamán.

- Sí, sí, entre los indios. Pero aquí, en este lugar donde tú estas, sólo eres un simple futurólogo que carece de autoridad alguna para influir en el desarrollo del conocimiento.

Halcón bajó la cabeza y calló. En su interior se agitaba la lucha en cuyo fuego podía perecer. Finalmente sonrió y alzó de nuevo la cabeza.

- Todo se andará hombre, todo se andará - susurró en un tono de voz que le hizo recordar a Alonso el sonido del viento nocturno de las montañas.

Se quedó mirando a aquel joven que representaba al clan de los chamanes, del nagual misterioso, del brujo de tantos cuentos.

- La fuerza de la verdad - murmuró Alonso pensando para sí mismo.

- Unos ierran por ignorancia, otros por engaño - respondió Halcón -. Sólo en la verdad reside el poder.

- Lógico - dijo uno.

- Natural - respondió el otro.

Permanecieron en silencio mirándose con ironía.

- De todos modos - rompió el silencio Alonso - la diferencia entre nuestra ciencia y la oficial sigue siendo de unos cuantos miles de años.

- ¿Cómo? - preguntó extrañado Halcón.

- Sí, los científicos modernos comienzan tímidamente a creer en diferentes modos de funcionamiento de la actividad mental. Nosotros llevamos siglos explorando sus aplicaciones.

- Bueno, también está bien eso de saber las ondas beta, alfa, zeta y delta - respondió encogiéndose de hombros el practicante del conocimiento.

- De todos modos lo que les interesa más es el funcionamiento bioquímico del cerebro. Es donde hay más inversiones de la industria farmacéutica.

- Es un poco pueril afirmar que el fruto de toda la actividad nerviosa se reduzca a unos elementos químicos - respondió el médico indio.

- Pero tremendamente práctico. Puede reducirse todo el misterio del ser húmano al funcionamiento mecánico del órgano - respondió Alonso que conocía bien el interés contemporáneo por la reducción de la dignidad humana.

- Eso es como confundir el lapiz con la mano que escribe - dijo Halcón.

- Cierto. Si no tienes lapiz no puedes escribir, pero lo que realmente interesa es lo que escribes.

- Pero no entiendo esto. Si permiten el estudio y consumo de agentes bioquímicos para la medicina...¿porque quieren prohibir la tradición de nuestros remedios?.

- Sólo aquellos que afecten de algún modo el funcionamiento de la actitividad mental. Es completo monopolio de la ciencia la administración de sustancias psíquicas.

- ¿Quieres decir que mi conocimiento no es ciencia? - dijo irritado el chamán.

- ¿Acaso los indios teneis ciencia? - respondió abrupto Alonso.

- ¿Y vosotros sabiduría?- contestó Halcón.

Alonso sonrió complacido. La respuesta había sido rápida y tajante.

- Muy bien Halcón. Sigamos en lo nuestro. ¿Qué sabes acerca de la aurora y el crepúsculo?.

- En uno nace el Sol, en otro muere...en uno retorna, al otro se dirige. Y en su camino la Tierra amanece y anochece. ¿Qué más debo saber?

La Luna pasó señora por la ventana de la habitación del indio. Alonso la miró y luego miró a Halcón.

- Todo lo que por derecho has de saber - respondió con la voz de los mayores.

El joven miró con curiosidad a su amigo durante un instante. Finalmente asintió con la cabeza, con el respeto a la sabiduría de los mayores que su tradición le había enseñado.

Clama el nagual por la libertad de su mundo, por las colinas y las praderas, por los ríos y los valles, por los riscos y las cumbres. Su voz es semejante al rugido del tigre, al canto ululante del lobo, con la intensidad animal que su latir le otorga. No cree en lo que vive, ni quiere ya acompañar por más tiempo la decisión de la voluntad consciente.

El chamán abre los ojos, consciente dentro del territorio del sueño, y murmura unas palabras enigmáticas. Luego se incorpora y mira la oscuridad reinante en la habitación.

- Es hora ya de no temer - dice para sí mismo.

Inclina la cabeza y suspira. Sí, teme por la reacción de los hombres con los que cohabita. Teme ser indio y ser brujo, porque donde está no es aceptado. Teme, porque le han enseñado a temer y porque ha visto durante este tiempo suficientes señales que le indican la prudencia que debe adoptar ante el mundo que le rodea.

- Mi prudencia esconde mi temor, y mi temor apaga mi poder - murmura enojado consigo mismo.

Ya ha pasado un año, toda una vuelta de la Tierra en torno al Sol. Y aún sigue oculto, sin saber qué hacer salvo que debe sobrevivir en aquel lugar. Más allá de la obtención de recursos económicos no encuentra un sendero claro, como si tuviera que realizarlo por él mismo. Su tradición no pertenece al mundo en el que vive, y eso hace que carezca del apoyo de las costumbres y maneras consagradas por el tiempo.

Se siente mejor ahora que durante el año que ha vivido, vuelve a tener confianza en su destino. Pero el nagual no está contento, su poder mágico le exige nutrirse de su arte, de su experiencia profunda e intensa con el Espíritu.

El hombre se sumerge en sí mismo y se une al nagual, identificandose con el impulso de su vida profunda. Se transforma en aquello por lo que es respetado entre los suyos.

Ajeno al ruido del tráfico, al sordo funcionar de la máquina, un ser caliente y vivo contempla con ojos ardientes la profundidad del silencio.

- Voy a concederte lo que tú deseas- dice el hombre a su profundo sentir.

De inmediato se abre ante su visión un bosque, y en él una casa que se nutre de agua de manantial.Allá, perdido entre las montañas, se encuentra el hogar que necesita. El hombre sonríe suavemente, como si sintiera que un río cálido le lleva hacie el buen puerto anhelado.

De súbito suena un rugido en su interior, semejante al del león, y un ave de color encarnado surge en su visión cruzando orgullosa el espacio azul, navegando sostenida por el viento, contemplando desde arriba la belleza terrenal que se ofrece a su existencia.

El hombre abre su corazón al vuelo real, limpio y elevado, al territorio superior que acoge la nobleza humana. Allá donde las verdades permanecen inalterables, allá donde el tiempo graba sus señales.

Abajo a su derecha aparecen los monstruos de la mentira, encarnados en palabras y formas que le recuerdan su existencia. El joven chamán siente un estremecimiento, las sombras se han alimentado y aparecen fuertes.

El ave lanza un penetrante grito y se lanza como una flecha con las garras hacia aquellas formas sombrías, semejantes a tiranos vampiros que no quisieran dejar libre el alma del chamán. Un rugido semejante

al trueno se muestra en el mundo, la manifestación de la fuerza celeste. Rasga las capas de los mundos, penetrando como el rayo y el acero hacia la tierra.

Es el poder que abre la luz del cielo al mundo, el martillo que rompe los muros del miedo y la ignorancia. Su destino, inquebrantable, es llegar al centro del mundo, al corazón profundo del ser.

El chamán alza su cabeza y abre su boca, dejando escapar el aliento en forma de canto. Canta a su Madre, la que le cuidó y veló en su infancia, cuando sólo era un niño en el mundo.

- Madre Hechicera - canturrea el indio.

Serena y hermosa recorre los cielos, ora día ora noche, ora visible ora invisible, siempre Ella en su camino.

- Perdonadme que os olvide, que pierda mi recuerdo a Vos - dice entristecido el hechicero.

La pureza de su sentir natural y original surge de su alma, y vuelve a recordar la simple identidad que es él.

- Soy el que soy, aquel al que Tú iluminaste en sus pasos por el camino .

Instintivamente pone la mano en tierra, pero al notar que no es el suelo natural sino suelo artirficial elchamán sonrie. Se coloca entonces su mano derecha en el pecho.

- Tierra de mi corazón, tú eres testigo - repite la voz ancestral.

El indio llamado Carlos Sanchez comprende las circunstancias que le han tocado vivir, un mundo donde la Tierra no es Ella, sino un lugar frío y hostil que debe ser conquistado para la propia supervivencia. Un mundo inventando por el hombre y que se niega a reconocer su arbitrariedad, su ausencia de sentido sin la vinculación a la realidad natural. Un mundo mecánico, regido por mandatos humanos, que carece de humanidad.

El indio hace el signo del Espíritu, que implica Misterio y Medicina, que implica Naturaleza y Transcendencia. Es el signo sagrado de su gente.

Entonces el espíritu de su clan es recordado, y comienza a pensar el joven chamán en lo mucho que le queda para ser en verdad sabio.

- Sé que por mi juventud debo ser yo, pero mi ignorancia y debilidad me hacen dudar - confiesa Halcón.

Recuerda al Maestro Bueno, e inclinando la cabeza calla durante un rato.

Su amigo Lobo de pronto lanza un pequeño canto y se acerca a él. El chamán sale de su abstracción y sonriendo a su fiel compañero le acaricia compartiendo el tiempo de vida en la Tierra con él.

- Sí machote, tenemos que ir a cazar - murmura el hombre aún pensando en su falta de valor ante el desafío de su destino.

Menea la cabeza sonriendo. En otros tiempos, en los tiempos de su iniciación, cuantas veces había luchado contra aquel demonio concreto. Contra el que le afirmaba que carecía de valor. Hizo el gesto de rechazo y se volvió a concentrar en la dirección luminosa.

Su mente se convirtió en haz de luz que marchaba celera a la dirección que le marcase su voluntad.

- Al Futuro - mandó el sabio.

El Reino del Alba dormía en brazos de la Noche, y al ser despertado se mostró radiante, iluminado con su brillo la tierra oscura.

El chamán se dirigió en dirección a la respuesta, no a la pregunta; a la presencia, no a la ausencia; a la afirmación del ser, no a la negación. Aquel era el camino heredado por sus ancestros, la buena senda que recorrida traía todos los bienes al hombre.

El impulso vivo le atrapó, y sintió que ya estaba en la corriente del tiempo, en la evolución de la vida, en el camino que tenía que pisar. Tranquilizado, sabiendo que las cosas seguían marchando por la Voluntad Soberana, relajó su vuelo.

- Tao - dijo el indio comprendiendo el sentido de la palabra china.

El chamán asintió con la cabeza ante aquella comprensión. Era hermoso comprobar que la sabiduría habitaba en el hombre, y que por tanto surgía en cualquier tierra que él habitara. Las palabras y las formas confundían a los hombres, sin comprender que todos se dirigían hacia el mismo referente.

El joven indio se relajó soñando lo que le gustaría protagonizar el día de mañana.

El chamán comenzaba a fraguar su plan.

- Caramba, carambita,carambola - dijo Alonso cuando Halcón le explicó qué quería hacer.

- Es hora ya dar un nuevo paso - concluyó el indígena.

Alonso no pudo disimular una sombra de tristeza en su rostro. Se sintió envejecido, cansado y ante las puertas del aburrimiento.

- Ya, supongo que un día u otro tenía que suceder - murmuró el español.

El chamán calló comprendiendo el sentimiento de Alonso. También a él le apenaba el hecho de tener que irse de la casa de su anfitrión.

- Necesito encontrar un lugar para mí, este es vuestro - dijo Halcón señalando la casa.

Alonso asintió con la cabeza baja.

- Te echaré mucho de menos amigo mío - murmuró el veterano mago.

- Mi casa será tu casa - respondió el indio solemne.

El español levantó la cabeza al sentir la voz de su amigo. Parpadeó ligeramente, sintiendose emocionado ante la sinceridad que había percibido.

- ¿Cómo dices? - respondió aún sin creer del todo, queriendo pensar que aquella respuesta era la clásica frase diplomática.

- Tú me alojaste entre los tuyos, tú me diste de comer, tú me diste de beber...- habló el indio.

Alonso volvió a bajar la cabeza. Se sentía confundido, confundido porque estaba acostumbrado a la hipocresía cotidiana, al engaño y la traición.

- No digas más hombre - susurró Alonso haciendo un ademán con su mano.

Halcón cayó sorprendido por la actitud de su amigo. Era como si no creyera en lo que acababa de decirle, como si pensara que le estaba mintiendo. El indio por un momento se sintió ofendido, pero recordando el lugar donde estaba comprendió la actitud de Alonso.

- Enfin, necesitaré tu ayuda una vez más - dijo Halcón.

Alonso alzó de nuevo su cabeza con expresión contenta.

-¡Ah sí! - dijo contento.

- Sí - afirmó fuertemente con la cabeza el chamán -. Necesito que me acompañes con tu coche para ver el sitio.

- ¿Pero...te vas fuera de Barcelona? - dijo Alonso sorprendido.

- Sí claro, a las montañas...¿donde si no?- respondió el chamán encogiéndose de hombros.

- Sí claro, a las montañas...-repitió Alonso absorto.

Se produjo un silencio largo entre ambos.

- Espero que tengas a bien venir a mi casa - dijo el indio.

- Y tú a la mía - respondió rápido Alonso.

Volvieron a permanecer en silencio, sin saber qué decirse mutuamente.

- Te iría bien salir de vez al cuando al campo... - comenzó el indio.

- Sí...,por supuesto - atajó Alonso aún absorto.

De nuevo el silencio. Halcón se sentía incómodo, como si hubiera fallado en algo a su amigo.

- Es hora de que practique mi arte, y necesito el lugar para ello - dijo Halcón rompiendo el silencio con voz seca.

Alonso alzó su rostro y le miró fijamente. Su mirada pareció posarse en el rostro del indio e irse centrando lentamente en él. El silencio entre ambos parecía eterno. De pronto un brillo surgió en los ojos de Alonso, y una lenta sonrisa apareció en sus labios.

- Pues ya era hora que lo dijeras - dijo irónico.

- ¿Cómo? - respondió ahora sorprendido Halcón.

- Desde luego, qué dificiles sois los jovenes - meneó la cabeza Alonso.

- Pero...

- Nada, nada. Estaba esperando hace tiempo que el brujo se fuera ya a sus cosas, nada como poder ver a un verdadero brujo indio en su salsa.

- Pero tú mismo has dicho..

- Olvida lo que yo he dicho - respondió tajante Alonso -. Mis defectos no son tus defectos, mis limitaciones no son tus limitaciones.

Halcón permaneció callado aún confundido ante el nuevo cariz de los acontecimientos. Iba a tratar de continuar la conversación cuando sonó el timbre de la puerta.

- ¡Ah, mi respuesta! - dijo Alonso mirando su reloj.

Salió del salón y volvió con un invitado.

- Bien muchacho, te presento a un amigo - dijo presentandole a su amigo.

- Hola - respondió el joven.

El indio contestó al saludo sin saber aún muy bien qué hacer.

- Es el sobrino que estaba en el centro psiquiátrico - comentó Alonso a su amigo.

Halcón asintió con el ademán de recordar.

- Tío...- dijo el joven avergonzado.

- Nada hombre, aquí todos estamos más locos que tú - dijo el mago.

Le invitó a sentarse y le ofreció una taza del té especial que estaba tomando en ese momento con Halcón. El joven al tomarlo sonrió.

- Mi tío siempre con sus hierbas y cosas raras - comentó festivo el joven.

Alonso asintió y le miró con curiosidad.

- Bueno, cuentame..- le respondió.

El joven miró un momento al indio, con cierta desconfianza.

- No te preocupes por él, me acompañó al psiquiátrico cuando te ingresaron.

- Bueno - dijo con timidez el joven.

Encendió un cigarrillo e inspirando con fuerza comenzó a hablar.

- Verás, me parece que me pasaron un material de mala calidad - comenzó.

- ¿Material? - dijo Alonso irónico.

- Bueno, ya sabes...- se encogió de hombros el sobrino.

- Sí, pastillas y demás sintéticos químicos - murmuró despreciativo Alonso.

- O drogas, como quieras llamarlo - respondió su sobrino con dignidad.

Alonso asintió con la cabeza, invitandole a que siguiera.

- Total, que o bien no supe calcular la dosis o bien me pasaron alguna mierda de esas que corren por ahí.

- Ya , claro. Aquí mi sobrino es un experto en sustancias químicas.

- Hombre tío, no tanto - respondió el joven ufano.

- Bueno, pero no me podrás negar que lo has probado todo - le dijo halagador Alonso.

- Casi todo, casi todo - respondió aún más ufano el joven.

- Ya - dijo Alonso sin mirar ni por un momento a Halcón.

El indio se mantuvo callado.

- Bueno, tras el tratamiento de choque que me dieron en el psiquiátrico enseguida me bajé. Me pasé durmiendo dos días enteros.

- Muy fuertes son esas pastillas de los medicos - murmuró el indio de pronto.

Alonso pareció no escucharle.

- Total, que cuando se te pasó el mal viaje te dieron el alta - respondió a su sobrino.

- Sí. Lo que pasa es que ahora tengo que ir visitando con frecuencia al psiquiatra, tengo que ir obligatoriamente a pasar terapia.

- Terapia - repitió Alonso.

- Sí, bueno, contarle al psiquiatra que sigo bien y que ya he dejado de tomar drogas.

- Y para eso te receta otras drogas - respondió Alonso.

- Sí, claro - dijo el joven -. Son unos tranquilizantes que me están iendo muy bien. Además ya sabes que conseguir las pirulas de los médicos es más caro en el mercado.

- Sí, claro - repitió Alonso.

El indio se sentía aturdido ante la sensación de aquella conversación. Era como si Alonso se hubiera marchado del mundo que compartían ambos, para adentrarse en un mundo cuyas reglas y usos le eran desconocidas.

- Así que ya no tomarás más alucinógenos - comentó Alonso.

El joven hizo un gesto de desprecio.

- Qué atrasado eres tío, ya no se dicen así. Te has quedado en los sesenta - dijo la nueva generación psicodélica.

- Bueno, yo en mi juventud también tomé ácidos y esas cosas - respondió Alonso con una extraña sonrisa.

- Sí, por eso vengo a hablar contigo. Eres el único de la familia que me entiende.

- El único bicho raro - respondió Alonso.

- Yo no soy raro tío - contestó el sobrino con cierta angustia.

- Por supuesto, sólo haces lo que hacen muchos jóvenes hoy en día.

- Claro. Lo que me pasa es que a mí me tocó dar el numerito de ir al loquero.

- El loquero...- dijo Alonso con mirada burlona.

Halcón se removió inquieto en su sillón. Notaba que por edad estaba más cerca del sobrino que del tío, pero no comprendía a aquel joven.

- Total, que voy a pasar un tiempo de tomar nada - concluyó el sobrino.

- Me parece estupendo - respondió el tío.

Se produjo un silencio, como si aquel tema ya estuviera completamente sentenciado. El chamán sentía curiosidad por saber qué tipo de sustancias tomaba aquel joven, pero su discrección le impedía hacerle la pregunta directamente.

- Aquí mi amigo también sabe sobre los alucinógenos - rompió de pronto el silencio Alonso señalándole con el dedo.

Halcón se quedó mirando fijamente el dedo de Alonso, sintió que aquello parecía ser como una acusación. Se quedó absorto sintiendo lo que envíaba su amigo. Era la ilegalidad, la enfermedad, la marginalidad. Era una dosis reconcentrada surgida del pasado, un estigma, una condena, un peso sordo y ciego que hundía su realidad.

- Sí, ya he probado las cosas que toman los indios - dijo el sobrino ante el silencio de Halcón.

El chamán giró lentamente la cabeza y miró con fijeza al joven.

- ¿Cosas? - repitió el indio sin emoción.

- Bueno, en realidad sólo he probado los honguitos. Pero he tomado muchas veces mescalina, el componente psicoactivo del peyote, y tengo un colega que ha tomado ayahuasca.

- Ah - respondió Halcón sin mostrar reacción alguna.

Por dentro comenzaba a estallar la tormenta.

- Mi sobrino está muy metido en la cultura moderna - dijo Alonso.

- Postmoderna - aclaró el joven.

- Sí, eso, postmoderna - aceptó Alonso con guasa.

Se produjo un silencio acentuado por la actitud de Halcón. Este se había quedado mirando al sobrino con rostro ausente, como si estuviera mirándole desde otro lugar.

- Tiene el ka debilitado - murmuró finalmente apartando la vista del joven.

- ¿Qué? - dijo el sobrino que había comenzando a sentirse incómodo ante aquella mirada extraña.

Alonso hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia a lo dicho.

- Nada, cosas de indios - respondió Ventura mientras asentía discretamente con la cabeza en dirección a Halcón.

- Bueno, pero qué ha dicho. Me interesa saberlo - respondió el inquieto joven.

Ambos hombres quedaron callados sin responder, finalmente Halcón chasqueó la lengua de un modo especial y Alonso asintió de nuevo.

- Aquí el amigo es un médico indio - dijo señalándole con la barbilla.

- ¿Un medico indio? - respondió el sobrino parpadeando confuso.

- Un chamán - dijo pacientemente Alonso.

- ¡Un chamán! - respondió el sobrino mirándole ahora con asombro hacia Halcón.

Este carraspeó incómodo. No soportaba que proyectaran en él todas las alucinaciones de aquella cultura en torno a su oficio.

- Sólo soy un simple practicante de medicina - murmuró Halcón tratando de quitar atención sobre su persona.

- Lo que ha querido decir antes es que aún tenías debilitado el sistema nervioso, la fuerza de tus nervios que gobierna tu voluntad - comentó Alonso.

- ¡Ah! - dijo con la boca abierta el sobrino.

- Dicho de otra manera, estás neurasténico - continuó Alonso con sonrisa malévola.

Se produjo un incómodo silencio por parte del sobrino ante la burlona mirada de Alonso.

- Neurastenia sólo quiere decir falta de fuerza en los nervios. Es decir, neuro, a, stenos...nervio, no, fuerza...lo que pasa es que os quedais hechizados con las palabras de las lenguas muertas.

- Yo no estoy neurótico - se defendió el sobrino.

Alonso meneó la cabeza ligeramente irritado.

- Yo no soy un psiquiatra, no te estoy hablando desde su sistema de valores. Te estoy simplemente diciendo que te has debilitado, nada malo hay en ello.

- Es natural - dijo Halcón encogiéndose de hombros.

- Por supuesto - asintió Alonso.

El sobrino bajó la cabeza reflexionando sobre lo dicho.

- Perdoname tío, ya sé que tú no querías decirme que estuviera enfermo - respondió el sobrino.

- Al contrario, estás enfermo - respondió con rapidez Alonso -. Es decir, no estás firme, no-firme, pero en latín claro está.

- Sí, su ka no es compacto y firme - asintió Halcón.

- Muy bien, muy bien- asintió de mala gana el sobrino.

- Ha usado plantas de poder para dispersarse, su alma simplemente se ha extraviado por la confusión, deambulando por los fantasmas de su propia realidad - volvió a hablar Halcón dirigiéndose hacia Alonso.

Este asintió con gravedad.

- Sí, carecen de arte, de método, incluso de ciencia. No me extraña que sigan perpetuando el demonio de las drogas en esta sociedad - comentó el veterano mago.

El chamán se encogió de hombros.

- Hay que perderse para encontrarse, deambular para hallar el sendero.--- murmuró abstraído en sus recuerdos -. Es natural.

- Sí, es joven y fuerte. Lo que pasa es que no cree que exista el arte y ciencia que custodiamos - comentó Alonso sin mirar a su sobrino.

- Vale tío, vale. No empecemos con cuentos de brujas y dragones - dijo el sobrino tratando de ganar posición en la conversación.

- Toma psicoactivantes, psicodélicos, enteógenos, y mil palabras más que sacan cada día simplemente para matar el tiempo - continuó Alonso hablando hacia Halcón.

El indio no respondió. De sobra sabía la actitud del hombre civilizado ante la medicina de su pueblo.

- Lo hago para divertirme - se defendió el joven.

- Es decir, porque está muerto de aburrimiento. Lo toma en grupo, y se aburren igual flipando cada uno con sus tonterías...- masculló el veterano.

- ¿Flipando? - preguntó el indio.

- Una palabra que no sale en el diccionario de la lengua, es una palabra propia del lenguaje de la calle, del vocabulario popular - explicó Alonso con aire meláncolico -. Se trata de “colocarse”, de pasarlo bien suspendiendo el juicio crítico y dejando que las inhibiciones surjan.

- La represión trae esa necesidad - murmuró Halcón.

- Sí. Como ves también nosotros vivimos reprimidos - comentó Alonso mirando el suelo, se encogió de hombros y continuó .

- El hecho es que mediante el consumo de alucinógenos su cerebro comienza a producir delirios, y eso luego provoca que crean que son las propias sustancias las causantes de la enfermedad.

- ¿Quieres decir que el consumo de plantas lo asocian a la enfermedad?- comentó Halcón.

- No consume plantas, consume los productos derivados de ellas. El hecho es que como acceden a su consumo sin el método tradicional de uso carecen de recursos para guiarse al abrir la puerta misteriosa. No consiguen discriminar lo que es cierto de lo que no lo es, y esa ambigüedad es la que permite que el deliro se instale de forma más permanente.

- Entiendo - asintió el médico indio.

- Total que el miedo a alucinar provoca en parte de la población la condena sobre el consumo de sustancias y...

- Te refieres a las drogas, no a las plantas - advirtió Halcón.

Alonso meneó un momento la cabeza, como aceptando ese punto tradicional en un momento pero que ahora comenzaba a flaquear.

- No es tan sencillo, cualquier planta que produzca un efecto se prohibe porque....

- No prohiben el alcohol que surge de una planta - le interrumpió el indio.

- Lo sé, pero el hecho es que tampoco creas que el consumo de alcohol esté claramente comprendido - comentó el veterano.

El chamán fue a hablar de nuevo pero de súbito se quedó callado. Comenzaba a adivinar por dónde quería llevarle Alonso.

El sobrino parpadeaba confuso mirando de uno a otro, era como si le hubieran olvidado en la conversación, como si le hubieran metido en una reunión de ancianos que hablaran de sus batallitas.

- Me parece que sobro - dijo haciendo además de levantarse.

- Dile a tu madre que no se preocupe, que ya no volverás al psiquiátrico - dijo Alonso sin mirarle.

El sobrino se envaró y quedó suspendido en el tiempo por un instante. Volvió a relajarse en el sillón.

- De acuerdo tío - aceptó comprensivo -. Tendré más cuidado la próxima vez.

- Por supuesto - asintió Alonso mirándole ahora con terrible fijeza.

El sobrino se movió inquieto ante la dura mirada de su tío.

- Ya he dicho que no probaré nada durante una temporada - se defendió.

Ventura hizo un gesto de indiferencia con la mano.

- Poco importa el tiempo que dejes de tomar, se trata de que aceptes la responsabilidad de utilizar unos materiales destinados para el uso medicinal y sagrado.

El chamán sonrió levemente ante aquella afirmación de su anfitrión.

- ¿Cómo? - respondió el sobrino.

- Mientras consideres que todo está destinado para tu ocio, para el uso lúdico, para entretenerse los fines de semana, para matar el tiempo...mientras sigas creyendo en toda la estupidez que te envuelve...

Alonso cayó en ese punto, haciendo una pausa dramática. El sobrino se inclinó ligeramente hacia él expectante.

- Seguirás siendo un estúpido - acabó tajante Ventura.

Acto seguido comenzó a reir ante el rostro irritado de su sobrino.

- Desde luego tío no me extraña que no te soporte la familia - murmuró el joven.

Alonso seguía riendo para sí mismo, dentro de su propio chiste privado.

- Su tío sólo quiere aconsejarle bien - dijo Halcón mirándole apaciguador.

El sobrino miró al indio y asintió ligeramente con la cabeza.

- El ha sido el primero que ha defendido el uso de las drogas ante toda mi familia, no entiendo que ahora me dé el sermón - respondió aún irritado el joven.

El rostro de Alonso se transformó de pronto, como si le hubieran picado con fuerza.

- ¿Sermón? - alzó la voz con cierta cólera -. ¿Qué sermón?. ¿Drogas?. ¿Quién ha hablado alguna vez de drogas?.

- Tú mismo fumas...- dijo el sobrino.

- Yo fumo lo que me dé la gana siguiendo el respeto tradicional de miles de años - atajó Alonso colérico.

- Ya, claro - respondió el sobrino.

- Pues sí, y tan claro que está - terció Ventura.

Se produjo un tenso silencio en el ambiente. Alonso se removía inquieto en su sillón,parecía a punto de saltar al caballo y lanzarse contra algún enemigo imaginario.

-¡ Coño con las modas! - soltó sin poder evitarlo.

Halcón sonrió divertido ante aquella salida.

- Lo que pasa es que tienes envidia de que yo sea joven y tú ya estés para ir al otro barrio - lanzó el sobrino que también comenzaba a enfurecerse.

-¡Ah sí! - alzó la voz Alonso con actitud de aceptar un desafío.

- Dejemoslo - respondió el sobrino.

Halcón hizo el gesto de cerrar su aura para no verse envuelto en la disputa. Al verlo Alonso lanzó una mirada furiosa hacia él.

- Muy bonito, te desentiendes de todo esto - gruñó.

El indio se encogió de hombros.

- ¿Y qué quieres que diga hombre? - respondió sabiendo por donde iba a lanzarse Alonso.

Alonso se envaró en el sillón y le miró con gravedad.

- ¿Acaso no es usted médico, caballero? - susurró con fuerza contenida.

Halcón mantuvo la mirada desafiante de Alonso hasta que sintió que era suficiente. Inclinó la cabeza y se quedó mirando sus manos.

- Nadie me ha pedido mi visión - respondió con suavidad.

- Ni te la pedirán, todo esto es una cuestión de poder. La gente sólo escucha al poderoso, al que manda, al que tiene más autoridad en su sociedad.

- Esta no es ...- comenzó Halcón.

Se calló de súbito.

- ¿Sí?..- respondió Alonso mirándole con fijeza -. Vamos, dilo.

El chamán se mantuvo en silencio. Alonso bajó de pronto la mirada, con una extraña fatiga en su cuerpo.

- Ya lo sé,ya lo sé. Tampoco a mí me hacen ni puñetero caso, y se supone que soy de esta sociedad - murmuró el veterano.

La estancia quedó en silencio. La aparición de Dulcinea en el salón fue aceptada con alivio por todos.

- ¿Cómo esta mi querido sobrino? - dijo la mujer dirigiéndose hacia el joven.

Este se levantó y dió unos besos a su tía. Comenzaron a hablar entre ellos. El teléfono de la habitación de Halcón sonó y éste se dirigió hacia su trabajo.

Alonso se quedó callado en su sillón, con la mirada fija en el suelo rumiando sus propios pensamientos. Su mujer y sobrino salieron del salón, dejándole sólo en la habitación. El veterano mago refunfuñó un rato hasta que suspiró lentamente meditando en lo ocurrido.

- Estoy neurasténico - concluyó al fin-. Mejor que me vaya a practicar mi sadhana.

El asceta se dirigió a su estudio para sus prácticas de fortalecimiento.

- Yo no soy del parecer de Alonso, de hecho incluso él a veces tampoco - respondió con suavidad Long.

Halcón le había comentado a Long la actitud de Alonso, su idea de divulgar el conocimiento del chamán. Le había preguntado al oriental, dado que él conocía mucho más a su amigo, acerca de aquella actitud contraria al lema del secreto.

- Alonso cree que es necesario batallar, enfrentarse directamente y competir contra la mente común, pero bien sabe mi pueblo que el

hombre blanco sólo se escucha a sí mismo - reespondió Halcón taciturno.

Long asintió suavemente.

- No es sólo el hombre blanco, bien sabes que en el fondo es un tema humano - contestó Long.

El chamán suspiró con cansancio.

- Esto me recuerda una historia de un maestro de mi clan- continuó Long-. Hace ya mucho tiempo de esto. Era alfarero, y realizaba hermosas y delicadas obras de cerámica. Sus jarrones eran de una exquisitez dificil de encontrar, y vivía volcado en su realización.

Aquel artista tenía una tienda donde colocaba, a la vista del público, sus obras. El hecho es que no las compraban, pues la calidad y originalidad de su obra escapaba a su comprensión. La gente se limitaba a curiosear aburrida con el ceño fruncido, las manoseaban e incluso alguna vez provocaban en su torpeza la destrucción de obras que le habían llevado meses

Eso desesperaba al maestro, así que decidió colocar los jarrones en estanterias dentro de la tienda. La gente pasaba de largo, al no verlas expuestas al aire, pero al menos el alfarero podía estar tranquilo respecto a la suerte de sus bellos jarrones. El tiempo que dedicaba a ellas le obligaba a cobrarlas a un coste que la gente no estaba dispuesta a pagar, así que aquel artista malvivía con las escasas ventas de sus obras que vendía a precio de coste.

Un día un grupo de gamberros entró en la tienda, asaltaron el local y destruyeron sus obras. Buscaban piedras preciosas, y enfurecidos por no hallarlas le destruyeron toda su mercancia.

Aquel artista cayó en un profundo abatimiento hasta que un día comprendió la salida a aquel enredo...

- Su tao - murmuró Halcón.

Long asintió suavemente y prosiguió.

- Comenzó a confeccionar jarrones mucho más sencillos, simples y fáciles de realizar. El público comprendía el diseño del jarrón, mucho más popular y habitual, y dado el bajo coste de sus obras comenzó a prosperar económicamente. Su habilidad le permitía realizar los jarrones en tan escaso tiempo que podía disfrutar de mucho tiempo libre para dedicarse a otras cosas.

- ¿Y su obra real, la que tanto esfuerzo le procuraba? - preguntó intrigado Halcón.

Long Chi sonrió enigmático.

- En la trastienda, en un lugar secreto, y bajo llave, conservaba su obra. De vez en cuando, muy de vez en cuando, mostraba a algún cliente escogido alguna de sus obras. Ese es el origen de los jarrones huan, que son altamente cotizados ahora en el mercado del arte. Se dice que el maestro hizo muchos más jarrones de los que hay en la actualidad, pero nadie sabe dónde los colocó.

- Yo sé donde están - dijo Halcón con los ojos cerrados.

Long sonrió suavemente.

-¿Donde? - dijo en tono enigmático.

- En secreto y bajo llave, como siempre - respondió Halcón abriendo los ojos con expresión grave.

Long asintió con la cabeza satisfecho de la respuesta.

- El hecho es que Alonso sufrió mucho en el pasado, expuso su conocimiento y fue ultrajado durante años. Es un hombre que ha sufrido la incomprensión y el rechazo de tal modo que es normal que subsista en él el deseo de revancha, de vengarse de todos aquellos que le trataron como a un demente.

- ¿Pero crees que realmente vale la pena que sean ellos los que decidan finalmente sobre nuestro arte, que sean ellos los que juzguen sobre la utilidad y provecho de nuestro saber? - respondió Halcón con el rostro aún grave.

Long se inclinó hacia atrás en una de las modestas sillas de la habitación de Halcón, suspiró y cerró las manos.

- Tú tienes la respuesta de esto. Tú eres el origen de nuestro saber, tu gente se nutre y participa de tu ciencia y arte. Nosotros, Alonso y yo, somos la respuesta de un conocimiento prohibido por la tiranía de los estados y la ceguera de los fanáticos. Para Alonso es hora de entrar en una nueva era, de que el conocimiento sea accesible a todos.

- Y lo es - respondió Halcón serio -. Pero eso no implica que esté a disposición de cualquiera, ni que cualquiera pueda juzgar sobre él.

- Lo mismo pienso yo. El necio desprecia facilmente, y el dragón no permite que la perla sea mancillada.

- Quieres decir con esto que no estás de acuerdo con la idea de Alonso - respondió Halcón.

- Quiero decir que aunque formamos parte del mismo saber, mi escuela me exige seguir manteniendo el secreto del clan. Alonso está irritado con el mundo que le ha tocado vivir, lleno de falsos magos e

impostores del espíritu. Por eso cree que debería realizar una especie de cruzada contra tanta mentira y engaño.

- Pero según la historia que tú me has contado, es precisamente la propia gente la que desea un saber trivial y que no comprometa su existencia - respondió Halcón.

Long hizo el gesto del cierre del dragón, y cerró los ojos.

- Eso es lo que apena a Alonso - murmuró el oriental trasladándose al reino donde los comunes sólo entran en sueños.

El chamán notó la actitud de Long y asintió lentamente. Cerró los ojos y también se dirigió al reino del chamán, allá donde sólo entran los escogidos.

Viviendo una realidad que para el necio simplemente no existe.

-¡A la mierda! - tronó Alonso al escuchar la noticia.

Su mujer parpadeó confundida.

- Alonso, no creo que sea la mejor respuesta - dijo algo molesta.

El mago apretó con fuerza los dientes y suspiró ruidosamente.

- Perdoname querida, pero le advertí de su confusión. Incluso le invité a que aprendiera con un maestro sobre el consumo de esas sustancias, provocando que Halcón se haya distanciado de mí.

- Ya sabes como son los jovenes...- comenzó apaciguadara Dulcinea.

-¿Los jovenes? ¡Y los viejos!. Son todos iguales - refunfuñó cansado de todo el mundo que le rodeaba.

- El hecho es que nuestro sobrino vuelve a estar en el psiquátrico, quizás podrías ir y arreglar las cosas - sugirió su mujer.

- ¿Yo? - dijo tocándose el pecho con la mano-. ¿Yo, mujer?. Yo tan sólo soy un viejo excéntrico que cree en tonterías y que carece de conocimiento y autoridad alguna. Eso es cosa de las eminencias que el pueblo, en su gran sabiduría, coloca como pilares de su sociedad.

Dulcinea le miró irónica. Alonso puso cara de completa sinceridad, como si realmente creyera lo que acababa de decir.

- Sí, la única solución es que el psiquiatra, con su grandísima ciencia y maestría, oriente al muchacho para que no vuelva a caer en el infierno de las drogas, para que no sea víctima de esas sustancias malignas e ilegales que producen que las sanas mentes educadas por nuestra sociedad enfermen sin remedio.

- Bueno Alonso...- trató de apaciguarle ella.

- ¡No!. He comprendido mi obcecación, comprendo ahora porqué nuestra familia me trata como si fuera un bicho raro. ¿Cómo pude atreverme a dudar e incluso criticar el sacrosanto dogma de la religión católica, o afirmar que los psiquiatras son una pandilla de estafadores? ¿Cómo pude creer que mis ideas y estudios de saberes milenarios pueden competir con la vanguardia científica y filosófica?. ¿Cómo pude atreverme a sugerir que el pueblo, en su sempieterna sabiduría, no elegía correctamente el camino de la educación de sus hijos?.

- Alonso...- silabeó ella con irritación.

-¡Dejame mujer!. ¡Ahora lo comprendo todo!.

- Estas imposible - le respondió levantándose y dejándole sólo.

El guerrero heredero de los sueños caballerescos, el mago que guardaba las leyendas preciosas, el sabio que estudiaba el conocimiento valioso miró sus manos y suspiró.

- Está bien, reconozco que me equivoqué. Que no supe disfrutar del logro de mi esfuerzo, y preferí convencer a los demás en vez de simplemente vivir lo mío - murmuró para sí mismo.

Su deseo de reconocimiento,de ser definido en su sociedad como un sabio, le habían hecho caer en mil y un enredos de los que siempre había salido maltrecho.

- Me siento cansado y es porque he errado el camino - murmuró el veterano paladín.

Cerró los ojos y dejó que el sueño entrara en su alma, que acariciara su mente con las suaves caricias de sus alas. El rostro grave y ceñudo dejó paso a una expresión de inocencia casi infantil.

Sencillamente Alonso no sabía qué hacer.

8.
Honda

Navegando por el sustrato de la conciencia, por el reino misterioso del sueño, vibrando con una frecuencia cerebral más lenta y poderosa, contemplando y vinculándose con la realidad mostrada tal como se le muestra al recién nacido. Saliendo de beta, entrando en alfa, dirigiéndose a zeta...,profundizando en las raíces de su luminosa conciencia, accediendo al mar profundo de la Luna.

El chamán había entrado en el Tiempo del Sueño, en aquella forma de sentir la realidad que toda cultura indígena respeta y valora. Para el indio la realidad del sueño es tan tangible como lo es para el occidental la realidad televisada. Ambos entran en trance, en una conexión mediática, pero la diferencia de calidad de la comunicación es simplemente completa.

Había entrado al Otro Lado, al Reino del Espejo, al Lugar Mágico, a tantos y tantos nombres que designan una realidad viva y que permite la existencia vital. El hombre cuando enferma se pone a dormir, permite que su ser se instale en los territorios del sueño. Es esa realidad, esa frecuencia, la que permite regenerar el organismo.

Para el chamán el sueño es esencial, por eso no comprendía al hombre moderno. Al hombre que no cree en la realidad del sueño, que incluso no sueña, que sólo vive entregado a una vigilia esclavizada por una mentalidad cualquiera de una época cualquiera. Ajeno a sus propias raices y reinvidicando raíces ficticias: nacion, religión,club deportivo...Sujeto a delirios continuos de posesión y pertenencia relativos al entorno cultural en donde habita. Hombre enfermo al fin y al cabo, y que por tanto muestra su enfermedad en sus actos.

El hombre-medicina se sumerge en las profundidades y desde ellas emerge como ser alado, como inteligencia luminosa que se alza soberana hacia los cielos. Vuela, y en su vuelo es libre...navega, y en su navegar es libre. Reclamando su dignidad esencial, su individualidad en la existencia, su derecho a ser lo que es y tan sólo lo que es, se lanza hacia las fronteras del Misterio. Sí, más allá, más allá de lo concebido por mentes mediocres ajenas a la experiencia, ajenas a la realidad que se extiende más allá de sus edificaciones mentales.

Cruza la frontera que separa el mundo cansado y hostil de la mente social del universo de la naturaleza viva y presente en todo momento. Escapa al reinado de la incomprensión para buscar la sabiduría, su comprensión propia y personal otorgada por derecho por la Creación.

Por eso el chamán fue cantado en el origen como el hombre.

Aquel que comió el fruto prohibido.

¡Gloria a Hera!

Habían pasado los días, las semanas, y Halcón no había conseguido encontrar una casa donde habitar. El precio o la situación provocaba que la incial búsqueda se fuera transformando lentamente en una pesimista ojeada en los anuncios de oferta inmobiliaria.

Entre tanto Alonso había cambiado su habitual ánimo por un estado triste y melancólico, parecía haber envejecido prematuramente, y apenas hablaba con nadie. Acompañaba al indio a mirar las casas, dejaba que el joven se ilusionara creyendo que por fin encontraba su casa para luego simplemente mirarle con expresión neutra cuando el indio asumía que no podía tenerla.

Aquella búsqueda se había convertido en una especie de rito en el que el entusiasmo juvenil era continuamente enfriado por una realidad dura y sorda a otro criterio que no fuera el monetario. Alonso asistía a ello como un veterano que ya asumiera que todo estaba perdido, que era imposible soñar en algo especial si se carecía de los medios económicos necesarios.

Lo más grave de aquel tiempo era el mutismo de Alonso. Halcón, acostumbrado a la verborrea de su amigo, se sentía incómodo ante un hombre que simplemente se movía por inercia, dejando que el tiempo pasara y sin realizar comentarios sobre ningún tema en absoluto. El estudio de Alonso había quedado con un arua extraña, como si fuera una especie de museo. El estudioso había dejado los libros y los papeles, ni siquiera entraba en el estudio. Se limitaba a sentarse en el sillón y encender la televisión, dejando que su mirada quedara absorta por el continuo afluente de estímulos visuales que ella ofrecía. El resto del tiempo lo pasaba durmiendo ora en la cama o en sillón.

El médico indio comenzó seriamente a preocuparse por él. Incluso se lo había comentado a Long, pero éste simplemente se encogió de hombros.

- Me ha dicho que no le pasa nada - le respondió mirando hacia el suelo -. De hecho me ha pedido que fuera tan amable de ocuparme de mis propios asuntos.

- Pero las charlas...ha dejado de reunirse, ya no quiere hablar de...- comenzó Halcón.

- Es libre de hacer lo que quiera, es su voluntad - atajó Long con un gesto de la mano.

El indio se sintió preocupado por el cariz que estaba tomando los acontecimientos. Por un lado el darse cuenta de que no era tan sencillo poder pagar una casa, necesitaba ganar más dinero; por otro una especie de losa que iba cayendo en la casa de Alonso que unido a su propio desasosiego le incitaba a coger la maleta y volverse a su tierra.

- Le pregunté acerca de los planes que tenía, y sobre los que estábamos hablando - comentó Halcón -. Me dijo que era absurdo seguir hablando de eso, que todo daba igual, que para qué hacer algo si sólo eramos unos éxcentricos creyendo salvar al mundo.

Long miró hacia su izquierda y no respondió.

- Le dije que eso no era lo que decía él antes, de que me afirmaba que era necesario que hicieramos un plan para prepararnos para una nueva era - continuó Halcón -. ¿Y sabes qué me respondió?

Long giró su cabeza y le miró fijamente.

- ¿Qué? - murmuró con un tono de voz casi inaudible.

- Que todo eran fantasias de un loco, de un hombre enfermo que se niega a reconocer su enfermedad.

El oriental asintió lentamente.

- Ya sabes que Alonso pasó por una terrible enfermedad.

Halcón se encogió de hombros.

- Fue la iniciación, era lógico que conociera el lado oscuro de las cosas, y que penetrara en su propio infierno- dijo el chamán que aceptaba dicho proceso por tradición de forja del hechicero.

- No, tú no has conocido lo que él ha pasado. Tu proceso fue velado por tu gente, aceptado por tu cultura. Tenías compañeros de oficio, y en tu mundo el Espíritu es respetado y amado.

Halcón bajó la cabeza y suspiró lentamente.

- Pero eso ya pasó hace mucho tiempo - trató de argumentar el joven chamán.

Long negó con la cabeza.

- Sigue ahí, tan presente como el primer día. Lo que a tí te derrumbó durante una temporada, y que sigue pesándote es el enemigo de Alonso con el que ha combatido día tras día.

- Pero...

Long le pidió silencio con la mano.

- Escucha...¿has hablado con su mujer? - le preguntó el oriental.

- ¿Hablado sobre qué? - se extrañó Halcón.

- No sabes en lo que trabajaba Alonso...¿verdad?- murmuró Long.

Halcón se encogió de hombros.

- Bueno, nunca me lo ha querido comentar,pero he supuesto por su edad que estaba jubilado

Long le miró con ironía mal disimulada.

- Ya, claro. Los jovenes siempre pensais que los viejos sobramos.

- Vosotros no sois viejos.

Long sonrió suavemente.

- El hecho es que Alonso estudió hace muchos años medicina. Fue un estudiante brillante, con un expediente académico sobresaliente. Su máxima ambición era triunfar en esta sociedad y que se le reconociera su talento.

- ¿Medicina?- se extrañó Halcón-. Nunca me lo había dicho.

- Halcón...- dijo Long mirándole con seriedad -. Tú no sabes nada de Alonso, te has preocupado tanto por tu propìo camino que no has pensado que los demás también tuvieran sus problemas.

El joven chamán se avergonzó.

-Lo siento. Siempre le he visto tan compacto, tan acostumbrado a este mundo - murmuró Halcón.

Long negó con la cabeza.

- Alonso dejó la medicina de esta sociedad envuelto en una crisis personal que le hizo sufrir mucho. Te estoy hablando de la época en que la dictadura facista gobernaba este país y protegía el integrismo religioso.

- Sé lo que es el español - respondió el indio.

- Sé que lo sabes - aceptó Long -. Pero no has tenido que vivir dentro de su mundo, has vivido aparte, entre los tuyos. Sólo has tenido que sufrir su tiranía, pero no convivir con ella cotidianamente.

- Pero...

- Escucha. Alonso abandonó su carrera para embarcarse en una aventura que le costó grandes desgarros.

Halcón prefirió callar. Long asintió ante la actitud de su joven compañero.

- ¿No sabes qué rama de la medicina estudió Alonso?- continuó el oriental.

- No - aceptó el indio.

- Fue un hombre de grandes conocimientos sobre dicha rama, se hizo desde joven un fuerte especialista...- siguió Long.

Halcón suspiró y aceptó el envite. Había intuído ahora una clave para comprender a Alonso.

- Ya...Alonso es psiquiatra.

Long miró de nuevo a su izquierda y asintió lentamente con la cabeza.

- En aquella época negar el régimen era suicidarse. Alonso no sólo abandonó la ortodoxia científica, sino que también se enfrentó contra la ortodoxia religiosa. Su camino le llevó a ser un brujo, con todo el sufrimiento e incomprensión que eso le trajo.

Meneó la cabeza con tristeza y continuó.

- Quedó sólo y arruinado. Sufrió un permanente escarnio por su insistencia en abrir el mundo en el que habitaba. Fuera de este país reinaba la revolución de los sesenta, pero dentro sólo existía el dictador y el cura.

- Y su pueblo manso- rechinó los dientes el indio.

- Sí, ese pueblo cancerbero de su amo - asintió Long.

Hizo una cara de desprecio profundo y continuó.

- Así que de respectado doctor pasó a ser enfermo, le diagnosticaron esquizofrenia paranoide según la propia ciencia que combatía. El otro bando, el religioso alimentado por la superstición e ignorancia popular, afirmó que era aliado del diablo. Quedó preso durante años en un infierno de insultos y rechazos, de aislamiento y enfermedad.

- Loco y diablo - murmuró Halcón.

El chino suspiró y se levantó de la silla en la que estaba para dirigirse a la ventana.

- Yo fui un cobarde - murmuró Long -. Me marché de mi tierra en un momento en que mi familia me necesitaba, en una situación en la que tras derrocar a un tirano se erguía una nueva tiranía en nombre del pueblo chino.

Halcón negó con la cabeza.

- ¿Qué dices Long? - respondió con fiereza el indio -. Tenías que salir de ese infierno.

- Allí se quedó mi familia, y yo, con mi escasa sabiduría, sólo he hecho que vagar por el mundo sin encontrar mi hogar.

Una tremenda ola de tristeza invadió la habitación de Halcón. Era como si la pena se materializara en el aire, y sólo se respirara dicha sensación. El indio trató de levantar su ánimo.

- Supongo que eras necesario aquí - murmuró.

Long giró la cabeza y le miró con tristeza.

-¿Yo?. ¿Un simple chinito?- respondió y con la respuesta de aquel hombre sintió Halcón toda la afrenta que había sufrido durante años y años.

Se sintió enfermo.

- Está bien Long, esta bien - respondió Halcón bajando la cabeza y apoyandola en sus manos.

- Alonso dice que es ahora cuando pueden aceptar mi sabiduría, que ahora es cuando la gente de este lugar está receptiva a mis conocimientos.

Long hizo un amago de risa, con un sentimiento de burla en su actitud.

- Pero yo..., yo estoy cansado. Ya no quiero enseñar, ni creo que sirva de nada - continuó Long volviendo a mirar la ventana.

El joven indio sintió aquel pesimismo que reflejaba su propio pesimismo.

- Ahora sólo se cree en el dinero, es el único amo y señor del mundo. Todo lo demás es ocio, tonterías para entretener el tiempo - dijo Long con la mirada absorta en la ventana.- Tonterias de chinos que no te dan dinero.

Fuera la gente se afanaba en búsqueda de aquel precioso instrumento para la supervivencia, medio que permitía incluso acceder al propio paraiso en la tierra según se afirmaba. Sólo se veían coches y personas corriendo de un lado a otro.

- En el fondo es ahora cuando Alonso tiene razón, no cuando creía ser un caballero andante - murmuró Long.

Dicho esto se despidió con un saludo de cabeza y se marchó en silencio.

Halcón se quedó en la misma posición, con la cabeza gacha sujetada con sus manos. El telefonó sonó en ese momento, solicitando una consulta de un mago.

El indio levantó la cabeza y se quedó mirando el aparato. No se movió, dejó que sonara y sonara.

Al otro lado de la linea alguien llamaba pero no encontraba respuesta. Había elegido entre la maraña de ofertas de brujos aquel número, pero nadie respondía a su elección. Se encogió de hombros y probó otro número de teléfono. Escogió un número de telefóno de una cadena empresarial dedicada al negocio de la adivinación por teléfono. Allí fue atendido sin más dilaciones.

Había tanto para elegir. Qué importaba uno más o menos. En la máquina se puede confiar, porque no cesa nunca. Fue atendido profesionalmente, con toda la sarta de mentiras necesarias para que quedara convencido de que todo aquello de los brujos era simplemente un timo para incrédulos.

El indio se acercó al teléfono, cuando dejó de sonar, y lo descolgó. Se quedó mirando el aparato durante largo rato. Luego simplemente se dirigió a su cama y se puso a dormir.

Fuera de su habitación, en el salón, también Alonso dormitaba ante un televisor que no paraba de desgranar noticias sobre la miseria humana.

Así era el fabuloso fin de siglo, el tan esperado final de milenio.

Salvese quien pueda, consiga el máximo de dinero posible.

Y tonto el último.

En la mesa varios periódicos del día, delante de él la televisión, en el aire las noticias de la radio.

- ¿Cómo he podido ser tan estúpido? - murmuraba estupefacto Alonso.

Siguió ojeando las noticias del día, mirando los diferentes noticiarios de la televisión, escuchando las distintas emisoras de la radio. En todos aquellos medios de comunicación se transmitía la misma imagen del hombre, produciéndole la misma sensación en su interior.

- Esclavo, un simple esclavo de la opinión y la vida de otros - murmuró de nuevo meneando la cabeza con pesar.

Alonso acababa de tener una revelación, una comprensión de su situación, de cómo su mente ineractuaba con la realidad. Simplemente

su depresión obedecía a la apatia de unos extraños, a la maldad de unos desconocidos, a la vulgaridad de una muchedumbre informe.

-Les hice caso, creí que tenían razón en su ataque a mi persona. Y luego he vivido sufriendo tratando de contrarestar su influencia sobre mí, y sufriendo cada vez que me enteraba de sus acciones u omisiones - dijo alzando la voz y mirando al techo.

Siempre indignado por la villanía del ajeno, siempre lastimero por el trato que realizaba el profano sobre su amado arte, siempre soñando el día en que el necio reconocería su ignorancia y buscaría el conocimiento.

- Y así año tras año, siempre esperando que cambiaran - se dijo irritado consigo mismo.

La influencia plomiza sobre su alma había llegado a tal extremo en que había dudado del valor de la verdad y la belleza. Envuelto en una era dominada por el dinero Alonso había sucumbido a la desidia, a creer que sus valores no eran más importantes en la evolución humana que los propuestos por la ideología de su época.

- Siempre esperando que me comprendan, aguardando su beneplácito - susurró con ira.

Había pensado que divulgando su conocimiento, tratando de "convertir" a los demás, la realidad humana que le envolvía sería mucho más agradable para él. Pero sólo había sacado sufrimiento y pesar, un malestar diario surgido de la lectura cotidiana de la prensa, de la recepción de la permanente estupidez y crueldad humana. Había llegado a envidiar la posición de poder de aquellos a los que la sociedad declaraba "sabios", y muchas veces se había lamentado de andar un camino no apto para los muchos.

- ¿Donde tu valor Ventura Maya? - se preguntó a sí mismo enfurecido.

Había permitido que las categorias mentales de los profanos invadieran su inteligencia, había pensado no desde él mismo y su conocimiento duramente obtenido, sino desde las fáciles y toscas redes de pensamiento que tejían la mentalidad colectiva.

- Lógico, terriblemente lógico - se dijo.

Sí, al pensar desde la axiomatica profana había perdido la fuerza de su saber, había menospreciado su conquista de conocimiento. Había pretendido enfrentarse con las mismas armas que el enemigo, y éste le había vencido haciendole sentir inútil y sin fundamento.

- Enfermo...enfermado por los enfermos - masculló aprentando los dientes -. Como el hombre que cae al hoyo al seguir a los ciegos.

Claro que sabía que había una parte de él que favorecía dicha situación. Era esa parte masoquista, esa zona de su mente fruto de la educación del santo y martir, esa idea que tan fuertemente se le había inculcado. El hombre bueno sufre por el hombre malo, y de esta manera se gana la recompensa en otro mundo,.

- Aún con las mismas cantinelas de siempre - meneó la cabeza cansado.

No había podido evitarlo, se había sentido en el fondo justificado por sufrir por el prójimo, creía ser así más grato a la divinidad. Apareció ante su mente la larga hilera de mártires de la ciencia, del arte, del saber, de la simple bondad humana. Aquella visión le había perseguido durante años.

- Murió en remisión de nuestros pecados - murmuró absorto comprendiendo que aquella ideología enfermiza se transmitía de un modo sutil en aquella España católica, en aquella "reserva espiritual de Occidente", en aquel lugar donde se había realizado la "cruzada gloriosa".

Se sintió cansado, una simple mota de polvo en el desierto del tiempo, en la larga marcha de la evolución humana.

- El tiempo, el tiempo me ha marcado como marcó a otros - se dijo pesaroso.

Hombre de su tiempo, encerrado en los estrechos límites de la mentalidad contemporánea, en los hábitos cognitivos de una cultura concreta. Seguía sin haber conseguido su libertad. Suspiró fatigado para sentir actos seguido los presagios y alzar su cabeza con un brillo en sus ojos.

Allá adelante brillaba la luz futura, la luz de un nuevo siglo, de un nuevo milenio. Y todo ello dentro de la aparición de una nueva era, la de Acuario.

- Será posible que aún me lleves a disfrutar de la vid nueva - murmuró el veterano luchador cuyas heridas cicatrizadas le recordaban los desafíos vividos.

Sabía que no había vencido, que aquel deseo de que por fin la brutal ignorancia fuera arrancada de la tierra era sólo un sueño que había compartido con otros muchos hombres antes que él. Aún quedaba tanto

por hacer que permitir la debilidad y el deslustre del conocimiento amado en él mismo le resultaba una indignidad como caballero.

- Qué lenta la construcción - murmuró con los ojos llenos del tiempo.

Alonso se ensimismó en sí mismo y comenzó a cantar una bulería amada.

- Para los antiguos paganos la base del esfuerzo era la areté, el conseguir desarrollar el don natural hasta su nivel superior, de excelencia. Tal era el sentido de sus vidas, y tal el origen de la aristocracia que procede de dicho concepto - aclaró Alonso.

Los reunidos en la mesa le miraron como si fuera un extraterrestre recien caído de algún extraño lugar.

- No entiendo qué tiene que ver con esto con el discurso del Rey - comentó uno de los sentados en la mesa mirándole con cierto desprecio.

Alonso parpadeó lentamente sin devolverle la mirada. Estaba sentado en una de esas celebraciones de familia, en las que todos deben comportarse correctamente. Miró a su mujer que suspiraba sabiendo que comenzaban los problemas.

- Nada, nada en absoluto - respondió impasible comprobando el ligero respingo de sorpresa de su muejr.

- Enfin, lo que ahora importa es la salud del Papa - comentó la hermana de Dulcinea apoyando al que había hablado, su marido.

- Dicen que cuando muera este Papa vendrá el apocalipsis - saltó el hijo, el sobrino de Alonso.

Alonso sacó los ojos del plato y miró con sorna a su sobrino.

- Apocalipsis es un género literario de la mística, sólo quiere decir "revelación". Existen muchas obras bajo este genero - comentó el sabio.

- Se refiere al último libro del texto sagrado...Alonso - atajó enfática la cuñada pensando en sus adentros en lo harta que estaba de aquel hombre y en la poca suerte de su hermana.

- ¡Ah!...perdón - respondió Alonso volviendo la mirada al plato.

El cuñado le miró con sorna sintiendose en su interior mejor al comprobar que Alonso no respondía.

- A mi poco me importa todo eso, lo importante son los dineros - comentó ufano el español pragmático.

Alonso ni se inmutó. Ante el silencio de éste el cuñado comenzó a sentir que avanzaba terreno.

- En suma todos buscan lo mismo, sean curas o ateos - continuó complacido sin hacer caso a la mirada enojada de su mujer.

Ventura Maya volvió a alzar la cabeza del plato y miró plácidamente a su cuñado.

- Sí, es cierto eso que dices - dijo con voz tranquila para de nuevo volver a centrar su atención en la comida.

El cuñado parpadeó sorprendido sintiendo que no podía meterle en el ruedo.

- Si no es el apocalipsis será la destrucción ecológica - comentó de nuevo el sobrino.

- Ya lo arreglarán - se encogió de hombros el padre.

- Además a nosotros no nos pillará - continuó la madre.

El sobrino miró con ansiedad el rostro de su tío Alonso, parecía esperar la réplica ante aquello. Sin embargo Alonso no movió los ojos del plato.

- Pero...- comentó el joven con la vista fija en su tío -. ¿Tú qué piensas?.

Alonso no respondió.

- Te estan hablando Alonso - dijo Dulcinea.

- ¿Qué, qué? - respondió saliendo de su abstracción.

- Tu sobrino te está preguntando - continuó ella.

Los padres del muchacho se tensaron ligeramente, no les gustaba nada que el joven se inclinara tanto por el excéntrico de la familia.

- Perdoname, ¿qué decías?- dijo educadamente Alonso.

- Decía que si bien parece que no es cierto el juicio final cristiano, parece que sí que la Tierra será destruida en su equilibrio ecológico.

- ¿Quien?. ¿Ella? - dijo alzando las cejas Alonso.

- Sí.

- ¿ Te estas refiriendo a la Madre de los eones? - respondió Alonso.

- ¿Eones? - contestó extrañado el sobrino.

- Mil millones de años es un éon. Ella posee, según las estimaciones modernas, entre 4,5 y 4,7 eones.

- Eso es lo que dicen los científicos - murmuró la cuñada.

Alonso ni la miró.

- Sí, según la religión dominante posee unos cuatro mil años - respondió aburrido Alonso.

- ¿Quieres decir que nuestra existencia es un punto en la evolución de la Tierra? - continuó el sobrino.

Ventura Maya dejó los cubiertos sobre la mesa y miró fijamente a su sobrino.

- Tú lo has dicho - respondió con gravedad.

- Bueno, no nos pongamos metafísicos - saltó el padre sintiendose incómodo en aquel terreno del pensamiento.

Alonso giró su cabeza y le miró sin expresión.

- ¿De qué prefieres hablar? - le preguntó cortés.

El cuñado se encogió de hombros.

- Quizás de algo menos transcendental Alonso - respondió Dulcinea.

El la miró a ella, y se sintió traicionado.

- Sí, es verdad. No está bien aburrir a los anfitriones con mi charla aburrida - contestó mirándola.

Ella puso cara de malhumor y en su mirada le amenazó con una riña. El veterano meneó la cabeza y prefirió no discutir con la compañera.

- No se trata de eso, sólo es que siempre hablas como si los demás fueramos idiotas - continuó ella.

Alonso alzó las cejas asombrado.

- ¿Cómo? - dijo sintiendo que aquella vez iba a estar sólo.

- La verdad es que no sé de qué puede presumir - terció la hermana.

- Los libros pueden freir el cerebro a cualquiera, se come el coco demasiado, siempre lo he dicho - apoyó el cuñado.

Alonso sintió una corriente de ira en su interior.

- Lamento haberos molestado - dijo suavemente.

- No te hagas la víctima - continuó Dulcinea.

Alonso Ventura Maya miró de nuevo a su mujer y sintió que el paso del tiempo comenzaba a hacer estragos en su relación.

- No era mi intención - respondió con lentitud.

En su interior el fuego se convirtió en hielo, en un corazón que se encogía ante el miedo a perder un amor. El fantasma de la soledad comenzó a susurrar las palabras que tanto temía, y notó cómo su fuerza menguaba en su alma.

- Bueno, que el tío sea un poco raro no implica que no pueda decir cosas inteligentes - trató de apoyarle el sobrino, simpatizante en el fondo de Alonso.

- Tú te callas, esto es cosa de mayores - le reprendió la madre.

El joven se encogió y volvió a su postura introvertida. Aún se sentía culpable de haber ingresado en el psiquiátrico.

- Bueno, haya paz - saltó el cuñado sintiendo que por fin se le concedía el honor de ser el cabeza de familia.

Alonso se sintió cansado, muy cansado de todo aquello. No sólo no podía convencer, sino que además se seguía afirmando su falta de juicio.

- ¿Y cómo le va al indio que teneis en vuestra casa? - continuó el cuñado para cambiar el tema.

Alonso miró a su mujer y esperó que ella respondiera.

- Es un invitado de Alonso, ya lo sabeis - comentó ella.

Ventura bajó la mirada, sin deseos de combatir.

- Desde luego, parece que se haya instalado ya en ella. ¿Cuanto tiempo lleva?.- continuó la hermana- ¿Más de un año?.

- Está buscando casa - contestó Alonso.

- Si quisiera realmente encontrarla seguro que ya lo habría hecho, no hay que confiar mucho en esa gente - comentó el cuñado.

La sangre de Ventura Maya comenzó a susurrarle.

- Es mi invitado - respondió con firmeza Alonso.

- Podría pagar algo, al menos lo mínimo para su manuntención - terció la cuñada.

- Cuando ha podido así lo ha hecho - respondió Alonso que comenzaba a sentir latir sus sienes.

- Lo que no entiendo es que hace un indio en tu casa - continuó el cuñado.

- Es un chamán o algo así - saltó el sobrino.

- ¿Un qué? - respondió extrañado su padre.

- Un hechicero indio, uno de esos de las películas de indios - explicó el hijo.

- Desde luego Alonso - saltó la cuñada mirando con compasión a su hermana -. Creíamos que ya habías dejado todas esas locuras.

El no respondió.

- Dejaste tu trabajo bien pagado, luego esa época en que estuviste tan enfermo, y todo por esas cosas del diablo- continuó la cuñada que sentía que por fin podía decir cuatro verdades bien dichas.

El siguió sin responder.

- Si llegas a continuar de psiquiatra podrías haber ayudado a tu sobrino - comentó el cuñado sintiendo que podía convencer a aquel excéntrico.

Alonso tomó la botella de vino y se sirvió generosamente. Vacío el vaso de un trago.

- Lo que pasa es que no quiere enfrentarse con la realidad - respondió la cuñada.

Dulcinea miró a su hombre que no le devolvía la mirada. Se sintió de pronto enferma.

- Bueno, dejadle ya - murmuró.

- Era hora de decirlo ya - afirmó el cuñado sintiendose el hombre fuerte de la familia.

Una corriente de frío helado atravesó de pronto la estancia, provocando un respingo en todos.

- ¿Decirme qué...hombre?- susurró Alonso con una mirada extraña.

El cuñado pensó que aquel hombre estaba loco y sintió aprensión.

- Que no vas por el camino correcto - respondió tratando de mantener la compostura.

Alonso apoyó su cabeza sobre las manos y mantuvo su mirada fija sobre él.

- ¿El camino...correcto? - preguntó con suavidad felina.

- Sólo hay que comprobar cómo te ha ido para darse cuenta de ello. Otros de tu generación ya son ilustres catedráticos o insignes profesionales - continuó el cuñado sintiendose reforzado ante aquellas palabras.

- Y yo soy un fracasado...¿verdad?- respondió de nuevo suavemente Alonso.

- Lo que está claro es que no has podido ofrecer a tu mujer las ventajas que yo sí he podido ofrecer a la mía - se envalontó el cuñado.

Dulcinea bajó la cabeza mientras su hermana asentía complacida. Alonso no la miró.

- ¿Qué ventajas ? - continuó Alonso.

El cuñado hizo un gesto mostrando el lujoso salón.

- La buena vida, el éxito que nos permite ser alguien - dijo el cuñado convencido.

- Que yo sepa nunca nos hemos muerto de hambre - contestó Alonso.

- Lo que está claro es que un hombre de tu inteligencia tenía que haber llegado a algo más - saltó de pronto Dulcinea.

Alonso volvió a encogerse imperceptiblemente y la miró de soslayo.

- Mujer...nunca nadie te ha atado a mí por la fuerza - dijo con frialdad.

Ella meneó la cabeza confundida.

- No digo eso, sólo digo que podrías haberte callado tus ideas y haber mantenido el puesto en el que trabajabas.

- Todo un doctor convertido a menos - comentó su hermana.

El enemigo interior comenzó a sentir que podía dominar la voluntad de Alonso, y se alzó en su mente.

- De hecho has tenido que vivir del dinero de mi hermana - continuó la cuñada.

- Eso no es asunto tuyo - atajó Dulcinea mirándole enojada.

- Lo es, eres mi familia. Este hombre se ha jactado de muchas cosas, y la única verdad es que si no llega a ser por el dinero que te dejó papá os hubierais visto en la ruina.

El cuñado miró a Alonso con aquella actitud propia del macho dominante que contempla al otro macho como un sucedáneo de macho.

- Mariquita - sonó la voz del enemigo en la mente de Alonso.

Ventura Maya se levantó de la silla, y alzó su cuerpo accediendo a la postura erguida. Algo en su actitud desafiaba al propio tiempo, era como si encarnara a un personaje de los tiempos oscuros.

- Si me disculpais, voy al lavabo - murmuró.

Se produjo un silencio en la mesa que duró hasta que sonó la puerta del lavabo cerrarse.

- No tenías que haber recordado eso - dijo Dulcinea mirándo enfadada a su hermana.

- ¿Por qué no, si es la verdad? - respondió con aire de inocencia.

- Eso es asunto entre mi hombre y yo - contestó Dulcinea.

- Recuerda el prestamo que nos pedisteis - apoyó el marido de su hermana.

- Eso fue hace mucho tiempo - respondió Dulcinea indignada.

- Ya veremos si tiene para caerse muerto - mascculló el cuñado.

Mientras un hombre miraba sus canas y arrugas ante un espejo, y de su pecho surgía una seguidilla gitana.

El nagual abrió los ojos con un presentimiento.

- Que tu soledad sea bendita - murmuró.

Y volvió a cerrar lo ojos.

El oriental se detuvo un instante en su práctica y sintió el latir del mundo.

- El enemigo siempre acecha - murmuró.

Y retornó a la forja del dragón.

9.
Sutil

El indio se mantenía erguido contemplando la Luna, a su alrededor el viento susurraba canciones que los profanos ignoraban. La noche se llenaba del encanto en el que los espíritus se complacen en habitar, y el hechicero sentía cómo su alma se estremecía delicadamente ante aquella realidad.

- Voy a vuestro encuentro, con alas de oro y plata, voy a vuestro encuentro - comenzó a cantar el hechicero.

Miró al fuego que le calentaba y se colocó mejor la manta que le cubría todo el cuerpo.

- Con ojos de fuego marcho a vuestro mundo, con mis palabras me lanzo a vuestro reino- continuó el hechicero.

El aire se llenó de poder, y los propios animales de la noche callaron un instante para escuchar a su compañero bípedo. Este comenzó a mover su cuerpo suavemente al compás de su cantinela. Los grillos comenzaron a sonar con más fuerza que antes, el buho inició su canto con delicadeza, y el viento hizo susurrar los arboles como si acompañara la salmodia del indio.

El hechicero alzó su rostro cubierto y tocó elcentro del círculo que había marcado en la tierra.

- Dejadme alzar el vuelo desde vuestras ramas - continuó.

Su amigo Lobo comenzó a moverse inquieto, hasta que al final alzó su cabeza al cielo y sólto un amago de canto. El indio miró al perro y sonrió suavemente al ver como su amigo recordaba.

- Espíritu....acuerdate de mí - mumuró el hechicero.

El Reino de la Visión se abrió a su inteligencia, y el navegante se lanzó hacia el profundo misterio.

Y vió que el fuego antiguo volvía a encenderse en las noches futuras. Y vió que el sueño ancestral volvía a surgir de los ojos del hombre. Y vió que el mañana así lo deseaba.

El hombre alzó el rostro y comenzó a cantar. A su lado el perro le acompañó aullando a la Luna.

Sentado en una mesa cualquiera, de un bar cualquiera en una calle cualquiera, un hombre miraba un café amargo y hecho sin ningún

cariño. Con la cabeza baja, alejado de las charlas de los hombres sobre el futbol y la política, aquel hombre parecía estar tallado en madera. Tal era su inmovilidad y porte.

Los años habían entregado a aquel hombre un aire distinto al normal, como un sello que hubiese marcado en él el espíritu de una casta. Pese a su profunda pena la dignidad de su presencia obligaba a pensar en aquel hombre como propio de un retrato, como surgido de una obra de arte y colocado en el tumulto de la existencia cotidiana.

El hombre mesó su pelo plateado, y tomó un nuevo sorbo de aquel café mal hecho. No sabía donde estaba, tan grande era la ciudad donde habitaba. Y en su pecho una encrucijada le hacía sentirse sobrio y meditabundo.

Pero aquel hombre gentil, de porte caballeresco y excelente, no se veía en el espejo. No veía más que su interior dolido, y una acusación a su propia gallardía.

Se acusaba de cobarde, de debil y pusilánime.

Como si simplemente no fuera un hombre.

Giró el vaso de café, jugando con el líquido de su interior. Solitario en su realidad, habitante de un espacio en el que había entrado por propia elección, aquel hombre se condenaba a sí mismo por su vida expuesta al ostracismo y el aislamiento.

- No debería haberme apoyado en nadie - murmuró duro e inflexible en su jucio a sí mismo.

Cruel en su exigencia, y alejado su espíritu del consuelo real, el veterano caballero contemplaba la sima de su alma. Cansado de enfrentarse contra un enemigo que surgía de su propio interior, cansado de ser la tesis enfrentada permanentemente con su antítesis, cansado de afirmar que su verdad propia era propia de las aves del cielo.

Esceptico ante sus idas y venidas, ante sus subidas y bajadas, ya heroe ya villano, aquel hombre se sentía apartado de la marcha del mundo.

- Pero...¿quien soy yo dios mío?- murmuró.

Recordó su juventud, cuando soñaba que un día alcanzaría semejante grado de maestría que sus tormentos cesarian del todo.

- Pero nunca lo conseguí - se juzgo de nuevo a sí mismo.

Años, muchos años de estudio y esfuerzo que eran valorados como el menos valioso de los elementos. Por su mente aparecía de rato en rato una voz chirriante que afirmaba haber equivocado su rumbo.

- Ni siquiera soy capaz de vivir la verdad con fuerza - se acusó ante aquel pensamiento.

Se odiaba a sí mismo por permitir que en su alma habitara la negación de su verdad, por permitir la versión ajena a su espíritu. Su mente se concentró en los fracasos experimentados, y sus victorias fueron así no honradas.

- Pobre, hasta pobre de espíritu - volvió a acusarse.

Fiscal inflexible, juzgaba severamente su alma desde el código de honor al que había entregado su existencia.Los ideales, lejos de alzarle, le hundían en el polvo.

Cientos de recuerdos se agolparon en su mente, palabras hechas de rechazo procedentes de extraños y conocidos.

- Si le hubieras negado el don de la palabra - murmuró olvidando la lengua de Adan.

Y en todo aquel planteamiento la lucha contra el pensamiento de no sentirse viril, como si su valor no hubiera sido probado. Como Lanzarote de la vieja herida abierta, aquel hombre se enfurecía consigo mismo por no sentirse digno de la espada.

En el interior de su alma una pequeña voz mantenía el compás, era tan pequeña y delicada que pasaba inadavertida ante la violencia que se ejercía aquel hombre consigo mismo.

Condenado y condenandose, apuró el café amargo y se levantó de una mesa cualquiera de un bar cualquiera de una calle cualquiera. Pagó su consumición y se lanzó hacia el anonimato de la ciudad..

El hombre no está hecho para estar sólo.

Halcón entró en la casa y notó la sensación de la casa, faltaba uno de los pilares que formaban el hogar. Inclinó la cabeza y suspiró. Se dirigió hacia el salón y encontró a la dueña de la casa mirando fija el sillón donde habitualmente se sentaba el dueño.

- Hola - saludó con suavidad.

La mujer apartó la mirada del sillón y miró al joven indio. Una sonrisa de cortesía apareció en su rostro, sonrisa que no disimulaba su estado anímico.

- Hola Halcón - murmuró ella.

El chamán se movió inquieto, balanceando su cuerpo sin saber bien qué hacer. No era más que lo que era en aquella casa.

- Si me necesistas para algo..- murmuró no sabiendo si preguntar.

Ella asintió con la cabeza y volvió su mirada al sillón.

El indio se dirigió hacia su habitación y cerró con suavidad la puerta. Se sentó en la mesa y simplemente esperó mirando el teléfono donde en soledad recibía llamadas de corazones solitarios.

Pasaron unas horas y sonó la puerta de la casa que se abría. Unos pasos de un hombre, cansados y sin el poder de la ilusión, y unas voces huecas expresadas sin el calor del corazón.

- Quiero hablar contigo Alonso - dijo finalmente Dulcinea con firmeza mirándole a los ojos.

Ventura Maya la miró desde el fondo de su lejanía y se encogió de hombros.

- Bueno...- respondió sentandose en el sillón.

Ella negó con la cabeza.

- No, aquí no, en tu estudio - dijo ella levantadose de su sillón.

Alonso parpadeó sorprendido, y sumisamente se levantó y la siguió. Ella abrió la puerta del estudio y entró mirando la habitación repleta de libros y objetos. El entró, tímido y sin mirar con orgullo a sus posesiones de hombre, y esperó a que ella se sentara.

Ella acarició suavemente las estanterias y se miró el dedo.

- Sí, hay un poco de polvo - murmuró Alonso.

Dulcinea le miró fijamente y en su rostro grave asomó una sonrisa.

- Quiero decirte algo - respondió ella.

Su hombre se encogió de hombros y esperó que hablara. Ella carrraspeó mirando confusa la enorme acumulación de cosas de la habitación y finalmente, decidida, se apretó las manos y habló.

- Sólo quería decirte que te admiro - comenzó con voz timida y tensa -. Que un hombre se mide por la causa por la que lucha.

Alonso dejó de mirar al suelo y alzó la cabeza sorprendido.

- Tú luchas por una causa grande, otros por causas pequeñas - continuó ella -. Contigo he vivido cosas que con otro hombre jamás hubiera vivido, por eso te doy las gracias.

Alonso parpadeó sintiendo que algo se alzaba en su interior.

- Gracias por haber compartido conmigo estos años - murmuró ella e hizo el amago de irse.

Ventura Maya la tomó del brazo y no la dejó irse.

- No mujer, soy yo el que te las gracias - murmuró visiblemente emocionado.

Ambos se miraron y sellaron sus palabras con un beso.

El chamán, en su habitación, alzó la cabeza al sentir el espíritu de la casa. De nuevo volvía la paz y con ella la fuerza profunda que la sostenía.

- Que bueno - murmuró deseando vivir él también eso.

Sonó al rato la puerta de su habitación y asomó por ella un hombre gallardo, pleno de bizarría y garbo.

- ¿Y bien Halcón como te prueba hoy el día? - preguntó ostentoso el anfitrión.

El indio adoptó una mirada extraña sintiendo el nagual. Finalmente asintió con la cabeza.

- Bien, no tan bien como tú, pero bien - respondió con cortesía.

Alonso salió un momento de sus propias preocupaciones y contempló a aquel hombre joven, encerrado en una pequeña habitación y con la única compañía de un perro.

- Supongo que para nadie es facil - murmuró volviendo a cerrar la puerta.

El chamán se quedó mirando la puerta y sonrió suavemente. No, no se sentía sólo, porque el Espíritu estaba con él.

- Si tu supieras amigo mío, si tu supieras - musitó recordando la noche pasada en la que se había unido a la marcha de la Vida.

Ahora era él quien tenía visible en su alma el sueño del futuro.

- Es al Espíritu del Ancestro al que invoco - rogó tras encender la brasa hechicera.

El hombre histórico se concentró en su llamada, en el ruego de conectar con el Hombre Eterno, con el espíritu que había animado la gesta del hombre a lo largo del tiempo. Con aquella quintaesencia que se reflejaba en las vidas de los heroes, fueran grandes o pequeños; y que todas juntas configuraban el camino que había llevado a su especie hasta el presente.

El hombre bajó su pecho y suspiró. Sentía en su interior la ausencia de grandeza, de aspirar a nuevas y grandes metas, el impulso a lanzarse hacia el horizonte desconocido. Su inexperiencia le había llevado a sufrir innecesariamente el trato malsano de otros, y ahora su instinto se resentía ante la perspectiva de una nueva acometida, de un nuevo desafío al espíritu.

- ¡Espíritu!. ¡Tú que mueves a tus criaturas hacia su destino! - exclamó con ojos ardientes.

El tiempo se hizo sueño, uniendo el mito con la historia, las leyendas poéticas con los hechos reales. Sumando, no restando; multiplicando, no dividiendo.

Y en el centro la profunda luz verdadera.

Sólo uniendose al Tiempo Real aquel hombre sabía que podía encontrar su identidad. Al compas de la Luna y el calor del Sol. El nagual, herido, llamó a la Fuente....y su canto fue tan sentido que las Puertas Celestes se abrieron permitiendo que su espíritu descansara en el Gran Espíritu.

Así se curó el Ancestro, así se curó su descendiente.

Allá, en lo más profundo de la conciencia. Allá donde sólo mora el recién nacido y el profundo durmiente. Allá, la meta soñada de los sabios. Conquistar la verdad poseída, sacar a la luz la realidad dormida.

El cerebro comenzó a resonar en distinto tono, se hizo con un compás lento y profundo, vinculándose así la honda respiración con la conciencia despierta.

- ¡Yo soy en Tí! - lanzó al viento su grito, moviendo con su voz las corrientes sutiles de la noche.

Y el Cielo preñado de estrellas sonreía a la simple criatura de la Evolución Universal.

El espíritu del chamán primordial despertó en el hombre, y éste volvió a ser lo más amado de sí mismo. Aquello que él más admiraba, que consideraba lo más valioso de sí.

- He de entregar mi vida a la Vida - aceptó inclinando su rostro.

La Corriente que movía la Tierra, la Luna, los Planetas, el Sol....la Via Láctea...el Universo, siguió avanzando mientras que aquella criatura terrestre dudaba un instante sobre la Evolución del Espíritu.

- Mi debilidad me tienta para ser vencido - murmuró para sí mismo el humano que tenía que llegar a ser sabio.

Se inclinó y dejó que su Madre le reconfortara con su lento y profundo latido, el mismo que él tenía cuando su cerebro dormía.

El hombre pensó en aquel juego de luz y oscuridad en el que discurría su existencia, en aquel espacio de conocimiento que era el mundo humano...y por un momento deseó compartir la dicha de sus animales familiares.

- Pero todos nos enfrentamos a la lucha de sobrevivir - aceptó el hombre.

Y a veces aquella lucha podía volverse amarga. Y la más amarga de la lucha por la supervivencia de las especies era la humana.

La criminal de su propia especie y del resto de la vida de la Tierra.

- La verdad del hombre lucha contra la mentira del hombre - expresó un hecho reconocido.

Pensó entonces en cómo la violencia había sido el instrumento de defensa de la mentira, y en cómo la verdad había seguido tirando a la especie adelante mediante el esfuerzo de los pacíficos.

Y recordó al Espíritu del Ancestro, y honró su memoria.

El Espíritu del Clan se abrió y el hombre se reconfortó en saber que no era el único que vacilaba en el andar.

El orgullo surgió como viento caliente que asciende a las alturas.

Mostrando entonces su derecho real y natural.

- ¡Hijo de la Tierra soy, y del Cielo que ilumina !- alzó sus brazos en Ave.

Cerró el sello en su corazón.

Meditó entonces en la responsabilidad que tenía ante su existencia. Sabía que era inmortal, pero nada le eximía de no protagonizar su mortal. Ante él aparecía la posibilidad heroica, luchar por lo mejor; o bien la posibilidad temerosa, luchar por evitar lo peor.

Una elección le unía a la Corriente, la otra le vinculaba con su negación.

Con eso que algunos llaman entropía.

Tenía que unir en él la capacidad defensiva con la potencia de avance; su instinto combativo debía sublimarse en inteligencia creativa.

- Aún me falta saber para usar mi poder - se dijo.

El sentimiento,como caballo alado que une los mundos, le recordó su elección. El hombre se relajó sintiendo la influencia del Espíritu en su vivir.

El hombre-médico se unió a los sabios que escuchan a Sofía.

En la Verdad del Sueño.

Preparó la hierba mística y la ofreció al Espíritu. Notó cómo el ambiente se hacía más denso, anunciando que su conciencia comenzaba a percibir la cualidad de la realidad sagrada. Siempre presente en la existencia, era su propia conciencia la que accedía a diferentes niveles de percepción de la realidad en que vivía y era.

La sensación era sutil, inadvertida para una sensibilidad menos preparada y apta para la percepción de la dimensión profunda de la realidad. Pero el oficio y arte del chamán era precisamente advertir aquel sustrato, y entrar decidido en él. Cambiando de frecuencia de conciencia cambiaba de percepción de la realidad, vibrando en una dimensión distinta y resonando con su existencia accedía al conocimiento que otorga la conciencia chamánica.

La hierba era considerada por su pueblo como sagrada y protegida por la Diosa. Era una medicina de poder consagrada por los hechiceros al uso de su arte. Fortalecía la práctica y la percepción de la dimensión sutil , favoreciendo el estudio del Misterio.

El chaman se entregó a la meditación. Abrió las Puertas del Sueño y entró en el reino profundo de la vida psíquica, en las raíces de la mente. Allá latía al unísono la existencia natural con las vivencias percibidas por su mente, lo inconsciente desde el que surgía su consciente con la memoria que configuraba su identidad psíquica.

- Madre de la Vida, enseñame mi camino - murmuró.

Comenzó a cantar oscilando ligeramente su cuerpo. Tenía que esperar, aguardar alguna señal del Espíritu. Dentro del Latido, del Aliento Vital, contempló absorto el cielo estrellado, la ventana al infinito.

Sintió que su pensamiento se aclaraba respecto a algunas cuestiones, se disolvía mediante esa comprensión tensiones psíquicas que le importunaban y no le permitían que su inteligencia fluyera adecuadamente. El hechicero asintió levemente con la cabeza comprendiendo algunos asuntos privados.

- Necesito ser más fuerte de lo que soy, que mi poder despierte aún más en mi mundo - aceptó comprendiendo que la influencia ejercida sobre su mente era debido a una debilidad de su voluntad.

Había dejado de lado su identidad escogida, la que tenía como elección desde su niñez como regalo del Espíritu, para simplemente aceptar vivir de manera pasiva durante un largo tiempo. Aquella pasividad le había hecho ser receptivo a la influencia de mentalidades que no eran la suya. El vehículo de aquella influencia era el lenguaje que llevaba dentro de sí una ideología, oculta pero exigiendo su aceptación de manera implícita.

Recordó su vida entre los suyos, la diferencia entre visiones de la realidad. Al aceptar vivir en una cultura diferente había ido asimilando

creencias supuestas que no se discutían. El cosmos occidental no era el cosmos indígena.

Sabía que su misión era defender la existencia de su visión en un mundo ignorante de ésta, sabía que la cultura española había sido la causante del genocidio de muchos indios, y que aún persistían sus supuestos sin ser puestos en duda.

También había aprendido que aquella cultura española, que tanto daño había hecho mediante su brazo armado y su brazo religioso, era sólo una pequeña cultura dentro de una visión mayor. Porque había descubierto que la mentalidad española formaba parte de la mentalidad de una civilización, vieja y que siempre persistía. Civilización que se extendía por todas partes, e iba introduciendo sus supuestos de manera fija y constante.

El indio se encogió de hombros ligeramente. Tan sólo era un ser humano, un momento en el tiempo, un simple hombre dentro de un colectivo de millones de creyentes. ¿Cómo podía defenderse con éxito, imperar su espíritu, en un mundo dominado por hombres de mentalidad distinta?.

Suspiró y aguardó escuchando el sonido del viento. Aquella sensación de indefensión en la que vivía constantemente sabía que era provocada por el mundo en el que estaba. Aquí, en la Tierra, nada temía, pues conocía su Ley y a sus criaturas.

Pero sobre aquella realidad viva y concreta se había erigido una máquina, un mundo alejado de toda conexión natural. Era el Mundo Artificial. Y sus reglas no las conocía, pues eran de hecho formuladas por los amos de aquella máquina. Definían una visión de la vida y el hombre acorde a sus propios intereses.

Seguía sin conocer en realidad al hombre civilizado. Pues como una máquina que responde automáticamente ante una señal, así era la mente de las personas con las que trataba. No estaban abiertas al Misterio, para ellos la realidad estaba completamente definida y conocida. Sólo debían pensar lo que podía ser pensable, nada más. En caso contrario la violencia mental y un profundo temor se instalaba en la inteligencia de la persona, era como cometer un pecado que exigiera una fuerte culpa y una severa penitencia.

El hechicero recordó las mentes vigilantes de los ciudadanos: todos se controlaban mutuamente examinando en qué habían faltado a la norma, en qué se desviaban de lo normal. Y aquella práctica, que creía

que sólo habían sufrido los suyos por parte de las autoridades religiosas católicas, era algo complemetamente habitual y extendido entre los españoles. Ellos vivían constatemente practicando la vigilancia moral, habitaban de manera continua en el temor a ser sorprendidos en una infracción y castigados. En el miedo profundo e irracional de ser señalados y rechazados violentamente por la comunidad . En suma, a infringir la norma y ser destruidos por ello.

En aquella cultura no existia sabiduría sino moral, su práctica mental se reducía a estar vigilando no caer en desviaciones sexuales, criminales, racionales...o bien a afirmar con odio la existencia en ellos de pensamientos o acciones consideradas malas.

El hechicero sintió compasión por los miembros de aquella cultura. Hasta ahora había pensado que lo hacían conscientemente, que había sido una elección lo que les había determinado a defender su visión atacando sin compasión a los suyos. Pero ahora comprendía que lo único que ocurría era que vivían en la ignorancia, y que esa ignorancia se jactaba de ser buena.

Decidió sumergirse más profundo, salir de la realidad cognitiva ordinaria para entrar allá donde sólo entran los suyos. No tenía sentido seguir reflexionando sobre una formulación del Misterio hecha por unos hombres en un lugar y tiempo concreto.

Porque el Misterio, por sí mismo, es libre de toda manipulación humana.

Y el hombre que desea ser libre se lanza hacia su Origen.

El hombre miró a la Luna y su belleza hechicera le transtornó. El halo de luz que la amparaba en colores vivos se mostraba, y su pura blancura tocó el alma de aquel hombre que había olvidado. Inclinó la cabeza y sintió cómo su ánimo se alteraba, cómo la sangre volvía a golpear con fuerza por sus venas, como si el corazón se alegrara ante la visión de la Reina de la Noche.

Miró a su alrededor, temiendo ser descubierto. La vergüenza y el miedo a la crítica hacían que su transformación siempre fuera reprimida, censurada. Lunático meláncolico de su don, trataba de mantener la compostura expresada en categorías de normalidad y costumbre, de aprobación moral y juicio mental.

Enfermo para el creyente y el ateo, para el religioso y el científo, aquel hombre luchaba en su interior contra la vida que latía en su

corazón. Buscador incansable de razones que ampararan su forma peculiar de ser, de filosofías que explicaban la realidad profunda del ser pero que, desgraciadamente para él, sólo comprendían unos pocos.

- Deja al nagual que se exprese - sonó una voz suave trás de él.

Alonso se giró y miró la fuente de aquella idea. Era Halcón, que le había seguido con su perro. Alonso miró a la pareja y sonrió suavemente.

- Estaba dando un paseíto por el parque - respondió tratando de guardar su inquietud.

El indio le contempló con expresión extraña y emitió un sonido peculiar asintiendo.

- Está bueno...hombre - respondió.

- ¿Qué está bueno? - contestó Alonso aún desconcertado por aquella repentina aparición del chamán.

- Que sientas su Poder - dijo el indio encogiéndose de hombros y mirando a la Luna.

Ventura Maya bajó la cabeza mirando fijamente sus pies.

- Mi mente se altera, siento cosas que necesito sacar afuera...- confensó.

- Pero tienes miedo de ser castigado por los demás - le cortó elchamán.

Alonso alzó la cabeza y le miró.

- ¿Crees que es facil que te pongan el rótulo de loco, de chalado, de...?- comenzó Ventura.

El indio alzó una mano en petición de silencio.

- ¿Qué soy yo para tí? - murmuró el indio.

Alonso alzó el pecho y le miró con admiración.

- Hombre...tú ...- empezó a responder.

De pronto Halcón se inclinó ligeramente y comenzó a danzar entonando una canción. Giraba bailando por un círculo imaginario y de vez en cuando alzaba su cuerpo mirando a la Luna.

Alonso quedó boquiabierto mirando aquello. Estaban en medio de una pequeña plazuela, con algunos columpios y un trocito de zona verde, lo que se llamaba “parque” en la gran ciudad. A su alrededor pasaban personas que iban y venían. Comenzó a sentirse azorado, nervioso ante aquella exhibición pública de la identidad del indio. Miró a su alrededor tratando de captar si habían sido descubiertos en aquella

conducta considerada estrafalaria para la sociedad española en que vivía.

- Estoy haciendo el indio - sonó de pronto en un susurro la voz de Halcón.

Alonso Ventura Maya dejó de buscar la censura pública y centró su atención en el chamán. El rostro de éste era grave, con una seriedad y dignidad que nunca había contemplado antes. Los dos hombres quedaron en silencio contemplandose mutuamente, había algo entre ellos que les unía pero también algo que les separaba.

Alonso bajó la cabeza de pronto cerrando los ojos y juntando las manos.

Y estalló.

El grito sonó fuerte y claro, pero aquel grito no era un sonido cacofónico, sino un sonido bello y modulado por el arte del canto.

- Olé - sonrió Halcón.

Alonso siguió cantando un tradicional cante flamenco.

Halcón comenzó de nuevo a cantar y a danzar, sumandose así las voces de ambos en un ritmo que se fusionaba en una misteriosa melodía.

En aquel momento y lugar, aquella plazuela se convirtió en un lugar de fiesta y alegría.

Alegría de ser.

Y la Luna, Señora y Soberana Hechicera iluminaba la estancia.

- No se trata de convencer a nadie, de que vivamos preocupados por que nos crean o no - sentenció Alonso.

- Cierto, pero si no creen en la excelencia de nuestra escuela no viviremos de ella - respondió Long con seriedad.

Los tres amigos se sirvieron una nueva copa de brandy meditando sobre el tema en cuestión.

- La verdad la asimila cada uno según su propia senda - murmuró el indio.

- Sí, pero responsabilidad nuestra es mostrar con claridad los conocimientos que pemiten encontrarla - contestó Long.

Halcón hizo el gesto de clan y Long asintió con la cabeza.

- Aunque pusieramos todo nuestro empeño, el que no quiere escuchar no oye, el que no quiere ver no mira - comentó Ventura.

- No hablemos de esa odiosa mediocridad que se jacta de su necedad - atajó Long

- Piensa que nos pueden acusar de querer fundar una secta o algo así - bromeó Alonso.

El chamán parpadéo sin comprender qué decían. Ventura le miró y sonrió burlón.

- Nada Halcón, son cosas de estos lugares - comentó.

- No acabo de comprender que enseñar el conocimiento sea considerado como algo nocivo o indigno para un hombre - murmuró Halcón.

Alonso se encogió de hombros.

- El Viejo Mundo siempre ha sido territorio de disputa, cualquier creencia que no sea la dominante es considerada como peligrosa - respondió.

- Y la dominante siempre busca el dominio de unos sobre otros - murmuró Long pensando en su tierra.

Quedaron un rato en silencio pensando sobre aquello.

- Expongamos con claridad nuestros fines y nuestros medios, y esperemos simplemente - dijo Halcón exponiendo el plan.

- La exposición de la realidad interna todavía necesita mucho estudio, piensa que apenas ahora sabemos algo de la realidad externa - comentó Alonso.

- Vayamos a la esencia, y desde allí no nos perderemos - contestó Halcó encogiéndose de hombros.

Sus dos amigos asintieron en silencio.

- Eso me recuerda la división racional del trabajo - dijo Alonso -. Existe una teoría matemática que afirma que un 70% de información solo proporciona un 10% de conocimiento, es la información trivial. Frente a ello existe un 10% de información que ofrece el 70% de conocimiento, es la esencial.

- ¿Y el resto? - respondió Halcón intrigado.

Alonso sonrió con ferocidad, como si tuviera una enorme ironía lo que iba a decir.

- La importante...un 20% que produce el 20%.

- Eso quiere decir que la energía invertida en lo esencial rinde excelentemente, mientras que en lo trivial se despercia inutilmente - comentó Long mesándose la barba.

- Sí... - dijo Alonso mesándose a su vez la suya.

- Frente a lo importante, tanto pones tanto obtienes - concluyó Halcón.

Alonso y Long asintieron levemente.

- Reducir nuestro esfuerzo hacia la captación de lo esencial es lo más inteligente - murmuró Long.

- Si los cimientos axiomáticos estan bien fundamentados, de lo demás no hay que preocuparse - afirmó Alonso.

- Las señales básicas - murmuró para sí mismo Halcón.

- El centro real - dijo Ventura.

El chaman quedó meditabundo un rato, su actitud había adoptado una posición triste y melancólica.

- Yo he recorrido los caminos que el Espíritu ha querido marcarme. La Madre me guió y no sé muy bien cómo hacer las cosas sin la conexión real con Ella - dijo el indio que añoraba la vida en la naturaleza.

- Debes estar cansado de llevar tanto tiempo entre estas cuadrículas - murmuró Ventura comprensivo.

Halcón se encogió de hombros con un suave suspiro.

- A veces hago escapadas, pero la mayor parte de mi vida la paso aquí. Entre el ruido del trafico, el horario comercial, la televisión...- comentó.

- Los inmortales se alejan del mundo y se hunden en lo profundo del bosque, en la cima de la montaña, allá donde sólo habitan los espíritus libres de la Vida - musitó Long.

- Quizás no sea posible un chamán en la ciudad - comentó Alonso meneando la cabeza.

Halcón frunció el ceño.

- Hombre, los míos llevamos luchando mucho tiempo para que no nos roben nuestra contacto con Madre. No queremos vivir en ciudades.

- ¿Qué quieres decir Halcón? - dijo preocupado Alonso.

Halcón hizo un seco gesto.

- Mi arte se vincula con la Fuerza Viva, de nada sirve alejarse de Ella. Si no trabajo con su Techo y su Suelo, mi tradición desaparecerá.

- No existe otro templo que el Suyo - murmuró Ventura inclinando la cabeza.

- Sólo el contacto real con el Cielo y la Tierra forma al Hombre- asintió Long.

- Algún día tendré mi tierra y en ella mi casa. Ahí trabajaré - afirmó el joven chamán.

Los dos veteranos le miraron un momento con la distancia de los años.

- Mi nagual necesita nutrirse de la vida, ansia el aire libre de las montañas, la mirada perdida en el horizonte, el contacto vivo con otros animales - continuó el chamán.

- Esta vía no funciona para las grandes ciudades, donde habita la mitad de la humanidad - sentenció Alonso.

- ¿Y la otra mitad?. ¿Y quien dice que es necesario vivir en ciudades? ¿Y quien que no es posible salir de ella aunque sea en momentos especiales? - respondió el indígena.

- Se hará tal como tú digas Halcón - concluyó Alonso.

- Salgamos pues a la Caza del Espíritu - contestó el chamán levántandose del asiento.

Los dos veteranos se le quedaron mirando atónitos.

- Venga abuelos...vamonos - dijo sonriente el chamán llamando a su amigo Lobo y tomando el sombrero.

Los tres amigos tomaron el coche de Alonso y se marcharon rumbo a donde el Espíritu quisiera hablarles.

Pues si bien nada impide al Misterio comunicarse en todo momento y lugar, existen lugares y momentos que son sagrados y especiales. Espacios y tiempos donde el Espíritu se muestra con toda su majestad expresándose en el Misterio de la Naturaleza. Labor del nagual es procurar encontrar esos puntos mágicos.

El Kairós.

IV
MARAVILLA

10.
Embeleso

Dulcinea se quedó en la puerta pasmada contemplando el aspecto de su marido. Con el pelo alborotado, la barba descuida, la ropa llena de polvo y manchas de tierra, los zapatos rotos, y una expresión de completa alegría semejante a la de un niño. A su lado Halcón la miraba con ironía. El indio iba impecable, tal parecía que hubiera simplemente ido a dar un paseo.

- ¿Ya habeis vuelto de vuestra escapada? - dijo con ojos burlones dejando paso para que entraran en la casa.

Los dos hombres la miraron de hito en hito. Alonso movió los ojos de manera extraña, como si algo en él hubiera revivido tras un largo tiempo envuelto en sombras.

- ¿Escapada? - respondió Alonso entrando en la casa con aire absorto.

Halcón entró sin decir nada.

- No sabía cuantos días ibas a estar fuera - comentó Dulcinea con cierto reproche.

- Sólo me lo he llevado una noche - respondió el indio encogiéndose de hombros.

- ¡Ah!. ¡Sólo ha sido una noche! - exclamó sorprendido Alonso.

- Han sido dos - corrigió Dulcinea.

Halcón inclinó suavemente la cabeza en señal de asentimiento.

- Tenías que haber visto a Long - siguió Alonso absorto en lo vivido.

Dulcinea frunció ligeramente el sueño.

- Espero que no haya quedado como tú de desastrado - murmuró tocando la ropa y pensando en comentarle algo sobre los zapatos rotos.

El indio bajó la mirada mirando a su vez los zapatos de Alonso y una sonrisa suave surgió espontanea de él.

- Bien, el hecho es que Halcón nos ha llevado a probar su medicina - murmuró Ventura Maya sumergiéndose de nuevo en sus pensamientos.

Se produjo un largo silencio hasta que finalmente el indio se encogió de hombros.

- Espero que no haya mucha gente por teléfono - se disculó Halcón ante Dulcinea.

Ella le miró sonriente, con aire maternal.

- Algunos han llamado, ya les dí recado para que volvieran a llamar hoy - le respondió afable.

- ¿Hoy? .¿Sabías cuanto tiempo tardaríamos en volver? - respondió Alonso.

- Halcón me dijo en la cocina que si no me importaba hacerme cargo de su habitación un par de días - respondió seca Dulcinea.

Ventura Maya inclinó la cabeza y resopló un momento. Luego se rascó la cabeza y volvió a suspirar esta vez con más suavidad.

- Ya - dijo.

- Mientras te lavas y te cambias de ropa voy a preparar un café - dijo Dulcinea dándole un beso a su hombre y dirigiéndose hacia la cocina.

Halcón la miró irse en silencio. Luego hizo el sonido peculiar con la lengua. Alonso le miró irritado.

- ¿Qué? - gruñó.

El indio dirigió su mirada hacia él y sonrió. Se encogió de hombros.

- Qué bueno - respondió con sencillez.

El veterano caballero le miró un instante con cariño para sonreir él a su vez.

- Sí, sí que es buena - murmuró.

De nuevo se produjo un largo silencio. Halcón dejó que su amigo se complaciera en el recuerdo de su mujer.

- Me voy a mi cuarto - musitó marchándose como una sombra.

Entró en la habitación y miró el telefono. Suspiró lentamente para luego contemplar el aspecto de la habitacón. Su nagual le indicaba que había pasado una mano femenina por sus cosas. El joven chamán sonrió con ironía y de pronto algo nubló su rostro. Se quedó inmovil durante un largo rato.

De súbito se dirigió a la mesa y miró el aparato del teléfono. Quedó de nuevo un tiempo absorto contemplándolo. Lo tomó con delicadeza y marcó con lentitud un número de telefono.

-¿....?

- ¿Don Sancho? - preguntó con cortesía.

- ¿.....?

- De Halcón - respondió con suavidad.

- ....

El indio suspiró y aguardó moviendo inquieto un pie.

- ¿Don Sancho? - dijo con una sonrisa en su rostro.

- ¡.......!

El chamán sonrió con más fuerza.

- ¿Como andan las cosas por ahí? - respondió.

-.....

- Ya

-.......

- Hagale pasar el aviso de que la he llamado y que me acuerdo de ellos. Digale que les he envíado una carta y que...

- ¡.......!.

- ¿E.mail?. ¿Eso qué es?.

- ¿.....?

- Sí, Alonso está conectado a Internet.

-.......

- Sí,ya sé que puedes conectarte con todo el mundo al precio de una llamada local.

-........

El chamán cerró los ojos y guardó silencio un largo instante.

- ¿......?

- Sí estoy aquí - respondió abriendo los ojos, oscuros como la noche.

- ¿........?

- Sí, miraré de hacerlo de esa manera. Es más rápida y barata.

El indio bajó la cabeza y miró un largo instante su calzado. Suspiró suamente y sonrió ligeramente.

- Bueno Don Sancho...

-¡ ....!

- Igualmente, adios - murmuró.

Halcón colgó el telefono y se sentó en la mesa. Miró el edificio de enfrente por la ventana y una expresión de nostalgía asomó por sus ojos.

- ¿Molesto? - sonó la voz de Alonso desde el umbral de la puerta.

El indio meneó negativamente la cabeza. Su amigo entró en la habitación y se sentó en la pequeña silla que había junto a Halcón.

- Bueno...de nuevo al trabajo - murmuró Ventura.

- Sí - respondió Halcón con sequedad.

- Respecto a...

Halcón giró la cabeza y le miró fijamente con extraña dureza. Ventura Maya respingó ligeramente al sentir aquella mirada y calló asintiendo.

- Que extraña lucha estamos llevando hombre - murmuró el chamán.

El veterano Alonso bajó la cabeza y suspiró con suavidad.

- Sí, un día asolará la paz y todo habrá terminado por completo - respondió con lentitud.

El chamán dulcificó su expresión y una ligera sonrisa asomó por sus labios.

- Veo que te ha sentado bien la escapada - respondió con ironia.

Alonso se ensachó y levantando los brazos sacó músculo.

- Me siento como no me sentía hace mucho tiempo - dijo contento.

- Si, es buena la Pastora - murmuró el indio.

Alonso de pronto mudó su rostro adoptando un rostro grave y severo.

- Tú sabes...- dijo con voz tensa y concentrada.

El joven chamán sintió la corriente de pena que surgía de su amigo y le alentó con un gesto indio. Alonso sonrió y le imitó a su vez.

- Cuanta salud me ha vuelto al recordar su Plan - murmuró abstraído Alonso.

Halcón sonrió y asintió con la cabeza.

- Ahora que ya conoces mi medicina sería bueno que nos dedicaramos a estudiar - respondió el joven indio.

Los ojos de Alonso brillaron con una luz que hacía tiempo le habían abandonado, el sabor de lo nuevo, de nuevas conquistas, de nuevos logros y desafíos. El aire fresco y limpio de nuevos mundos por descubrir, de un nuevo horizonte para su inteligencia.

- Ahora ya sé porque te llamaron Halcón Rojo - musitó Ventura Maya.

El indio se sorprendió ante aquella respuesta.

- Creía que lo sabías - respondió con sencillez.

- No, no como lo sé ahora - contestó irónico Alonso.

- A veces el mundo que uno conoce cierra el paso , es natural que ahora te sientas así - contestó el chamán notando la energía que desprendía la actitud de Ventura Maya.

Alonso frunció con expresión terrible el ceño.

- No debería ser así, no debería haber pasado - murmuró el caballero.

- Pero pasa y tenemos que resolverlo- contestó el indio.

Alonso suspiró y concentró su mirada en uno de sus anillos.

- Sí, como dice Long la mente gobierna la materia - respondió.

El chamán sonrió suavemente y recordó al oriental en la montaña.

- Lo hemos pasado bien - dijo Halcón.

- ¿Cómo olvidar que el Dragón es de la Tierra? - exclamó Alonso.

Hicieron el gesto de clan y sus rostros se tornaron graves y serios.

- El asunto es revolucionar el campo de la medicina dominante, conseguir convencer a la medicina moderna que es necesario el tratamiento del Espíritu para curar el alma humana - comenzó Alonso.

Penso algó y una tensa contracción apareció en uno de sus ojos.

- La Naturaleza es la Fuente de la Medicina - murmuró el indio sabiendo lo que pensaba su amigo.

Los ojos de Alonso se nublaron.

- Lo sé, y así lo dicen los libros - respondió aún tenso.

El joven chamán se removió inquieto. Alonso seguía absorto en su guerra contra el mundo académico, contra las instituciones de la letra muerta.

- Hombre, dejalos estar y trabajemos en el presente - interrumpió la cadena de pensamientos de su amigo haciendo un gesto seco.

Alonso asintió y trató de olvidar la pohedumbre que dominaba el mundo. Se levantó de silla y tocó el hombro a su amigo.

- He ido contigo, he vivido tu mundo, y de él he sacado mucho de bueno y nada de malo - murmuró.

El chamán sonrió con ironía.

- Bueno...te has quedado sin zapatos y con la ropa hecha un desastre - respondió burlón.

Alonso sonrió contento y suspiró satisfecho.

- Me he abandonado mucho luchando contra los libros y el mundo - dijo meneando la cabeza como si se quitara un enorme peso de encima de ella.

Halcón guardó silencio esperando a que la inteligencia de su amigo se liberara de lastres y cadenas que le habían estado torturando largo tiempo.

- Pensé que había honor, y al darme cuenta de que éste era vulnerado creí que era algo propio de mi pobre corazón y mi agotada cabeza - murmuró con aquellos ojos gastados por la lectura.

- La mentira no es buena consejera - asintió Halcón.

- Aún peor es la negación de la Sabiduría, esa mente ciega y sorda que gobierna este mundo - respondió Halcón con mirada terrible y puño apretado.

El chamán hizo un gesto que había aprendido de Long.

- Sí, no es un asunto que pueda resolverse con la fuerza física - asintió mascullando a regañadientes.

El indio sonrió, e hizo un gesto indio. Alonso agradeció aquello con una inclinación de cabeza.

- Tú ya sabías por tu tradición que existe un medio de abrir la cabeza al obstinado - murmuró Halcón.

Ventura Maya alzó su cabeza al cielo.

- No todos se embriagan en la luz, muchos sólo quieren negar su sentimiento bloqueando la conciencia apra ello - murmuró Alonso.

El chamán se encogió de hombros.

- Hay un momento para cada cosa, y una cosa para cada lugar- respondió con sencillez.

Ventura Maya se quedó absorto y comenzó a taratear una canciocilla flamenca con la cabeza gacha. Halcón aguzó el oído escuchando la letra.

- Qué bueno - murmuró.

El caballero alzó su rostro y miró fijamente a su amigo.

- Lo mejor - respondió Alonso.

El chamán dejó que el nagual respirara en la corriente de la vida, en el flujo de la existencia.

- Hacía tiempo que no encendía una fogata en el monte - murmuró Ventura.

El chamán seguía hundido en la profundidad del sentimiento, de pronto un suave canto surgió de su boca caracoleando en el aire.

Alonso notó el poder y asintió.

- Los cantos de poder siempre nos han ayudado a vivir - comentó Halcón.

- Su escenario natural debe ser guardado, y esto sólo es posible si es recordado .

- El nagual ama, sólo es cuestión de dejar que surja.

Alonso meneó la cabeza disgustado.

- Sabes ya que aquí al nagual no es conocido. Esa ignorancia genera mucha superstición, y ésta es dificil de eliminar.

- Hombre, sí has podido vencer a la superstición religiosa puedes vencer a la superstición científica - respndió el indio.

El veterano sabio guardó silencio. El chamán sintió el peso de lo que su amigo pensaba. Este le miró y asintió lentamente.

- Tarea de todos es eliminarla del todo - concluyó el idealista luchador.

El telefono sonó y Halcón dió un ligero respingo. Alonso sonrió con simpatía.

- El trabajo te llama - dijo levantandose de la silla y saliendo de la habitación.

El indio cogió el teléfono, dialogó con el cliente, cogió las monedas del Oráculo y le hizo una pregunta a aquel texto antiquísimo que en otro tiempo sólo los poderosos podían consultar. El I Ching respondió a la suerte echada y Halcón comenzó su tarea de interpretar los signos del tiempo.

Long contemplaba absorto el viaje de las nubes por el cielo. Pensó en el rumbo que debía tomar la Corriente Celeste del Dragón, y por un momento soñó que volaba en su mismo impulso. Se inclinó y unió la Corriente Terrestre.

- Va a llover - murmuró sintiendo la diferencia del chi en el ambiente.

Contempló la fuente de su patio donde descansaba y suspiró satisfecho. Poco a poco, año a año, el sueño de su jardín se iba realizando. Danzó expresando la forma del “Dragón envuelto en las Nubes”, y terminó con una larga y lenta exhalación.

Al cabo de un momento una gota de agua del cielo cayó sobre su cabeza. Long alzó el rostró y sonrió satisfecho. Recordó entonces a Halcón Rojo, el don concendido de nacimiento de vivir vinculado al Dragón, por Amor de la Dama Misteriosa y su sonrisa se hizo tenue mostrando una expresión sencilla y amable.

Se sentó en el suelo y entró en la “Tierra Bendita”, sintiendo la fuerza que la nutría desde el profundo misterio de la “Cueva del Dragón”. Alzó ligeramente el rostro y dejó que su vida se uniera al Rito de Unión del Cielo y la Tierra.

Tal como había sido siempre practicado, así lo practicaba él.

Tras un largo rato dejó de llover. Long abrió los ojos y contempló su cuerpo. De él surgía vapor de agua. Asintió complacido. Había

conservado el chi provocando que el calor vital no se perdiera por la diferencia de temperatura entre el agua celeste y su cuerpo.

Hizo el gesto de apertura y se levantó. Sintió su cuerpo fuerte y ágil, mejor que cuando era joven. La energía circulaba con mayor fluidez, sus nervios se mantenían brillantes generando el Cuerpo del Diamante, no apreció ningún bloqueo del chi ni un defecto de fuerza yin o yang en su alma.

Volvió a asentir complacido. Miró la fuente donde reposaba una centenaria tortuga y sonrió. La vida merecía la pena ser vivida, era una ocasión única de experimentar al Espíritu Misterioso en su realidad humana.

- Long - sonó la voz de una mujer a sus espaldas.

El oriental giró suavemente y contempló a su esposa. La belleza enigmática de su compañera se veía encendida por el deseo de la tigresa.

- Sí...- sonrió sintiendo que su vida aún seguía amando la Vida.

Alonso contemplaba fijo la pantalla del ordenador con una sonrisa entre risueña y melancólica. Contemplaba diferentes webs que trataban sobre lo mágico. La fantasía adolescente se unía a la gallardía infantil, posibilitando la aparición de una nueva generación.

- Tantas luchas...y ya vienen - murmuró el defensor de las brujas.

Suelta el ancla marinero

Ventura miró a su alrededor. Había escuchado una voz procedente del Sueño. Sonrió para sí mismo al sentir su reacción.

- Aún me quedan tics de psiquiatra - murmuró para sí mismo.

El mago se sumergió en su imaginación, dejando que el alado corcel le llevara hacia los territorios inexplorados de lo porvenir. La fantasía, el pensamiento en imágenes, le mostró los misterios que se guardan en las Aguas Profundas.

De su pecho surgió un suspiro lento. Aún tenía corazón de poeta, aún latía su corazón dentro del Corazón del Sueño.

Halcón y Long contemplaban absortos el entramado laberíntico de las calles. Situados en lo alto del edificio, en la terraza miraban esa nueva perspectiva que ofrecía la azotea.

- Suerte que Alonso haya conseguido la llave de este lugar - murmuró Halcón.

Long meneó la cabeza pesaroso.

- No creas, está prohibido subir aquí arriba.Los vecinos no quieren que esto se utilice, prefieren dejarlo cerrado.

Halcón le miró un momento extrañado.

- ¿Prohibido?. No me había dicho nada Alonso -murmuró.

Long se encogió de hombros.

- Está acostumbrado a que le consideren el elemento conflictivo, la persona no apreciada para elcorrecto orden social - respondió sin mostrar emoción -. El hecho es que hizo una copia de la llave alegando una excusa, pero la realidad es que cuando un vecino nos descubra aquí arriba le denunciarán como siempre.

Halcón parpadeó extrañado del punto de hipercontrol que se mostraba en aquella sociedad. Long se reclinó y miró hacia el tráfico urbano.

- En otro tiempo los hombres vivían en casas que mantenían un equilibrio con la Naturaleza - comentó Long.

El indio meneó la cabeza.

- No hace tanto de eso, los míos seguimos en ello - murmuró Halcón.

Long meneó la cabeza pesaroso.

- Los muchos siempre vencen a los pocos, el porvenir del hombre se encuentra en este lugar. En esta aglomeración de personas donde nadie conoce a nadie, y todos viven enfrentados con el temor de ser atacados.

- Siempre hemos vivido enfrentados - respondió el chamán.

El mago oriental sonrió y le miró un momento.

- Sí, siempre ha sido así. No sé porque sigo extrañándome - contestó con un deje melancólico.

Halcón sintió la pena de su amigo y le incitó a desahogarse.

- ¿Cómo fue tu enseñanza Long? - le preguntó.

El anciano oriental suspiró y miró hacia la montaña que destacaba sobre el fondo azul del cielo.

- Buena - contestó.

El chamán miró hacia el mismo punto y asintió.

- Supongo que te refieres a mi disciplina - continuó Long.

Halcón asintió de nuevo.

- Fue antes de la revolución, cuando todavía se mantenía el espíritu de la montaña. En esos tiempos, apenas superada mi niñez, fui escogido por una escuela para aprender el oficio.

Long sonrió para sí mismo y recordó su pasado.

- Aprendía del chi del agua en los ríos, del chi del viento en los bosques, del chi de los animales contemplándoles...mi chi se unía al Chi de la Vida y yo era feliz

El maestro del dragón miró hacia un lado donde descansaban las nubes y sonrió.

- Sí, era feliz y yo no lo sabía. Vivía ajeno a la mente de los hombres, era tan sólo un muchacho que aprendía de manos de los sabios que guardaban un legado que en sí mismo estaba protegido por la Divinidad.

Halcón recordó su pasado y asintió. En todas partes variaba la forma, pero no la esencia.

- Aprendía a combatir creyendo que en el fondo no era necesario, pues en donde yo vivía los hombres estaban en paz. O al menos eso yo creía, pues al crecer lentamente fui percibiendo la crueldad humana.

- ¿Entonces? - le animó Halcón.

Una sombra pasó por los ojos de Long y por un momento la fuerza de su pecho menguó.

- Llegaron con su horrenda mentira, con la peste del odio y la codicia. Mi escuela fue censurada, y los sabios dispersados. Como había ocurrido en otros tiempos, como si siempre nuestro destino fuera vagar en busca de un lugar donde descansar.

El indio-noche no respondió. De sobras sabía a qué se refería Long.

- El mundo se oscureció para mí, y tan sólo quedó el odio y el deseo de venganza. Ya hacía tiempo que los clanes se iban dispersando, como si no fueramos capaces de conservar el sueño original que nos fundó. Finalmente mis maestros fueron ejecutados, mi padre encarcelado y mi propia familia dispersada hacia campos de trabajo. Ningún daño habíamos hecho pero se nos trató como si fueramos los peores enemigos del mundo. Así comenzó mi vagar por el mundo hasta llegar aquí.

- ¿Quieres decir que tu enseñanza no terminó?.

Long se encogió de hombros.

- ¿Cuando termina un hombre por aprender?. Lo que he hecho es practicar lo aprendido y desarrollar mi conocimiento a partir de textos antiguos y mi propia experiencia. Tan sólo el Tao puede guiar a un hombre, y yo he sido simplemente un hombre en busca de su tao, caminando he ido encontrado al dragón.

Long señaló a la espada que había traído consigo aquel día.

- Tan sólo pretendo vivir como vivieron los sabios de mis leyendas, aunque mi tiempo ya no es el de ellos. Tal parece que sólo sea un sueño, la visión poética de un anciano que sigue sin adaptarse a la realidad que vive.

El indio apretó las mandíbulas y no contestó. El temor a la extinción era algo que tenía bien claro, era la constante realidad que le afirmaba que los sueños del hombre libre ya habían dejado de existir. Long seguía mirando las calles, aquel lugar donde era tan fácil perderse sin remedio.

- Tan sólo en nuestro interior podemos conservar la verdad de las cosas, mientras lata el corazón podemos seguir siendo el hombre real, el hijo del Cielo y la Tierra.

Halcón hizo el gesto de libertad de su espíritu inmortal y Long asintió.

- Esa es la meta de nuestro arte, no pierdas nunca de vista eso pues la esencia de nuestra búsqueda es la conciencia de esa verdad - murmuró Long.

- ¿Acaso el dragón puede ser otra cosa? - contestó el chamán.

El oriental sonrió y le miró a los ojos.

- La Dama Misteriosa te guarda, nada has de temer. Sus senderos son un enigma, sus designios algo que se muestra con el discurrir del tiempo, pero siempre procura que encuentres tu camino por ese hilo plateado que te lleva hacia la Luz Dorada.

Halcón fue a asentir pero una visión apareció interrumpiendo su charla.

Veía un mundo oscuro, cuadrado y aislado de toda vida, el mismo mundo mecánico que había visto la otra vez en su sueño. En él las personas vivían separadas por rejas y alambradas, los veía enfrentados y combatiendo en trincheras.

Abrió los ojos para apartar de sí aquella visión y de súbito un pájaro blanco pasó sobre su cabeza en dirección al mar.

- Albatros - sonó una voz en su interior.

Halcón miró el vuelo de aquel ave. Algo en su aire le indicaba que era la respuesta al mundo que acababa de ver en su visión.

- Volar, alcanzar la liberación en este mundo - dijo Long contemplándo fijamente aquel ave -. No hay mayor dicha que alcanzar

la verdadera alma en el verdadero mundo, conseguir vivir la realidad a la que uno está destinado.

El hechicero asintió sin dejar de contemplar cómo aquella blanca ave surcaba el cielo de la ciudad rumbo a la mar.Se dirigía allí donde el azul del cielo se sumerge en azul profundo, donde el infinito une los mundos.

- ¿Qué hacen ustedes aquí? - cortó de improviso la contemplación una voz aspera e irritada.

Long ni se inmutó, siguió mirando el cielo. Halcón respingó ante aquel envío de energía agresiva y miró a su emisor.

- ¿Perdone? - murmuró el joven indio.

Un sujeto de rostro malencarado les contemplaba como si hubieran violado una norma sacrosanta para él.

- Está prohibido estar en la azotea. Además...¿quienes son ustedes?- espetó el sujeto convencido de defender la moral ante la invasión pagana.

- Son mis amigos - sonó una voz a sus espaldas.

El sujeto miró hacia atrás y respingó ligeramente a ver quien era. Alonso le miraba con su cara de enojo contenido.

- Usted...tenía que ser usted. Siempre dando la nota en la comunidad - acusó recomponiéndose.

- ¿Ah sí? - dijo Alonso poniendo cara de loco extravagante.

Halcón contemplaba la escena que se estaba produciendo con cierta aprensión. No soportaba la violencia que se mostraba continuamente en aquella sociedad, parecía que nadie fuera amigo de nadie. De pronto sintió un chasquido en su interior, y el nagual se impuso a su percepción obligándole a girar y mirar a la calle.

Halcón aceptó la fuerza del impulso y miró hacia la calle. Sus ojos se dirigieron hacia un par de niños sentados en un banco. Sintió que tenía que bajar y sin mediar palabra salió de la azotea.

- ¿A donde va ese? - dijo el sujeto mirando cómo Halcón se movía silencioso esquivando la contienda vecinal.

El indio bajó la calle y miró el escenario. Aparentemente nada ocurría, pero su nagual le empujaba a mirar hacia el banco de esos dos niños. Se acercó con cierta aprensión hasta ver que estaban haciendo. Estaban liando un cigarro con hashish. Sin saber por qué se aproximó y pidió fuego.

- ¿Teneis fuego? - preguntó tratando de comprender la situación.

El niño que estaba haciendo el porro le pasó el mechero sin mediar palabra. Aquella sequedad impresionó al joven indio. No parecía que estuviera con un niño, sino con alguien endurecido, sin alma infantil. Miró la cantidad que estaba utilizando el muchacho para fumar: era excesiva.

- ¿Todo eso os vais a fumar? - dijo socarrón sin saber exactamente qué hacer.

El niño se encogió de hombros. No parecía importarle el asunto, como si no fuera con él.

- Con eso te vas a cegar - continuó Halcón tratando de mostrarse familiar -. Con un poquito basta.

Acercó su mano a la palma del niño y movió la dosis mostrando un trozito pequeño, suficiente dosis para conseguir el efecto deseado y más en un niño. El niño se encogió nuevamente de hombros.

- ¿No sabeis fumar esto? -preguntó el indio comenzando a comprender la situación.

El niño puso cara de experto, como si hubiera nacido fumando hashish toda su vida. El indio comprendió que la incultura de aquella sociedad se protegía con la dureza y la suficiencia de parecer seguro de sí mismo.

-Esto se fuma más de mayor - comentó el indio pensando en su cultura -.

El niño se encogió nuevamente de hombros. Habitante de una sociedad sin cultura iniciática, carecía de los ritos que permitía la ordenación de la vida tal como se hacía en la vida tribal. Comenzó a charlar con el otro niño, adjudicándole el papel de vigilante para el otro niño. Le sugirió que se preocupara de su amigo y que le convenciera que era excesivo y que debía convencerle que aprendiera a fumar.

Los dos niños inqueitos se movieron. El mechero del niño que preparaba el cigarro cayó el suelo.

- No pierdas la luz - le indicó el chamán mirando el mechero en el suelo.

Los niños finalmente se fueron del banco y Halcón quedó sólo sin saber muy bien qué hacer ante todo aquello que había vivido.

- Viven aislados en un mundo caótico, sin los sabios de la tribu, sin leyendas y sin ritos de poder - murmuró el joven indio comprendiendo el vacío en el que vívia aquella sociedad.

Recordó su primera experiencia con una planta sagrada, el hermoso ceremonial, la expectativa que había acumulado durante tiempo para esa ocasión. La serenidad de sus mayores, la delicadeza para lanzarse a la experiencia del vuelo.

Inmovil en la calle, el joven chamán comprendió la tremenda riqueza que poseían los suyos. No se basaba en algo material, sino en un sentido de la existencia, en una cultura, en un arte, en un estilo de vivir. La gente pasaba a su lado, ajetreada como siempre, y el indio seguía inmovil sintiendo la sensación real que le producía aquella invención humana.

¿Qué hubiera sido él sin la cultura que le educó, sin el arte que formó su alma?. Su sentimiento de ser indio no se basaba en una identidad racial, en algo que pudiera verse por la apariencia corporal. Era algo más profundo, era el hecho de haber conformado su conciencia según unas directrices que habían sido legadas por sus ancestros durante siglos y siglos de cultura chamánica.

El choque violento con la cultura colonial, la represión española sobre su gente, el expolio masivo, todo eso se le mostraba ahora como resultado de una enfermedad basada en el vacío. La insaciable codicia de oro del español reflejaba simplemente su pobreza espiritual, su perdida del sentido del valor real del metal. Ellos no lo contemplaban como símbolo terrenal del Sol, sino como un objeto que permitía enriquecerse materialmente.

El oro que insaciable buscaba el hombre blanco era en el fondo la expresión de su propia derrota, de su propia condena, de su propia pérdida en un mundo que sólo creía en el poder del dinero. Comprendió que la enfermedad que traía aquel que afirmaba ser civilizado era precisamente la ausencia de cultura, la ausencia de educación, de formación del propio espíritu humano.

Miró a su alrededor. De pronto aquella ostentación de riqueza expresada en coches, bancos, negocios, ropas de diseño, mostraba su verdadera faz. Se ocultaba un vacío, una derrota, y se hacía con toda la hipocresía del mundo permitiendo que las doctrinas que preservaban aquella situación siguieran vigentes y fueran alzadas como verdad mundial que todos debían acatar.

El chamán comprendió entonces que aquella espada de su visión tenía una misión, y que el mundo de máquina y oscuridad que había soñado era el enemigo de la propia vida.

Dos mundos se enfrentaban...el inventado por unos hombres y el creado por el Gran Misterio.

Alonso contemplaba en silencio la televisión, aquel instrumento de conexión con la realidad social en la que vivía. A su lado estaba Dulcinea, medio dormida. Acostados en su lecho el caballero se debatía en su interior por callar su voz que reaccionaba ante las voces que transmitía la televisión.

El programa era uno de tantos que se dedican a divulgar la realidad al gran público, que ofrecía temas consagrados por el tiempo masticados y empaquetados para su distracción. Hablaban de la magia, del mundo oculto, del misterio de la existencia que los tiempos habían cantado durante milenios. Y allí estaban sus representantes, los expertos traídos para hablar del asunto.

Alonso inquieto se levantó al ver que Dulcinea había quedado por fin dormida. Apagó el televisor y se dirigió al salón a tomar una copa. Se sentó en su sillón y fumó y bebió en silencio mirando el suelo, sin hablar, sólo tratando de callar la voz que rugía por dentro.

Tan sólo buscan ridiculizar, mediocrizar la existencia de tal modo que sólo exista su criterio,pensó. Quería callar, no quería que sus pensamientos surgieran por su boca provocando que su apariencia fuera la de un loco. Recordó las leyendas de magos y caballeros, de princesas y espadas encantadas, de hechizos que iban más allá d ella muerte, del encanto del bosque poblado por gnomos y unicornios, de elfos y hadas.

Tantos años entregado a ese sueño bendito, pensó. Recordó el amor de su juventud, el fuego del entusiamo llenaba sus venas con una locura que antiguamente llamaban "manía", y ahora simple inadaptación. Su impulso de sufrimiento le hizo encender la televisión del salón y seguir viendo el programa donde segu ían ridiculizando el pensamiento mágico mediante la expresión de simples aficionados.

Torpes, pensó. Se imaginó allí dentro, discutiendo con los del otro bando.Con ese grupo formado por clérigos y universitarios. Sonrió perversamente cuando se producía un silencio respetuoso cuando hablaba el clérico católico.

Claro, esa superstición si que ha de ser respetada. Recordó cómo la población le había humillado, el miedo que había sentido al renegar de la fe católica en una España que afirmaba ser el baluarte de la autentica

moral religiosa. Recordó cómo lentamente había ido inhibiendose, cómo sus palabras habían sido lentamente silenciadas para permitir que siguieran hablando los de siempre. Cada expresión suya sólo le había traído sufrimiento y escarmiento, dolor y angustia por ser él mismo.

Caminar, caminar hasta el abismo. La tensión de su espíritu, que quería manifestarse en la existencia, era reprimida por el temor de su persona en el mundo, por esa identidad cultural y adaptada a su época. Tenía que callar para no sufrir, tenía que evitar el enfrentamiento para no ser torturado como lo había sido antaño.

- Y desde él, Tú que nos guías con tu Dulce Luz - dijo sin poder evitarlo a las sombras del salon debilmente iluminadas por la luz fantasmagórica del televisor.

Alonso Ventura Maya se mordió los labios al notar que de nuevo había hablado sólo. No quería dar carnaza a sus enemigos, a esos que siempre estan vigilantes esperando que alguien pase de la norma para ser denunciado y vilipendiado.

Hipócritas que creen ser los detentores de la pureza. Asintió viendo que de nuevo sus pensamientos se guardaban dentro de la barrera de sus dientes. Mientras, en el televisor que difundía masivamente la información, aquellas personas gritaban en voz en cuello, sin ningún tipo de tapujo exclamaban lo primero que les venía en mente. Todo era para demostrar que ya no existía censura, que podía hablarse sin ningún tipo de temor de nada.

Será que sigo siendo el mismo loco de siempre. La solución siempre era la mismo, invertir el conflicto cultural en el que habitaba y asumir que era exclusivamente suyo. Que el problema no estaba fuera, sino que estaba dentro, en su interior. Era así la única forma de evitar ser atacado por las duras palabras de los demás.

Alonso Ventura Maya se miró sus manos y las apretó con fuerza. *Sigo creyendo, aún tengo la dicha de compartir Tu Misterio*. El miedo profundo que habitaba en su interior asomó sus fauces de modo intenso, haciendole temblar por un instante. Se recriminó a sí mismo por su falta de poder, por su falta de valor que le hacía doblegarse ante la tramoya humana.

No, no es la prudencia del sabio, sino el temor del cobarde lo que me hace desistir de hablar. La gente reía en el televisor, como si todo aquello de lo que se hablaba fuera simplemente una tontería más. En el discurso se mezclaban tradiciones profundas con creencias milenaristas

e invasiones extraterrestres, discursos morales del puritanismo religioso con creencias mecanicistas. No existía realidad de experiencia, tan sólo la opinión que debía ser gritada con fuerza y violencia.

- También vosotros pasareis, y los cantos seguiran vivos - habló sin poder contenerse.

Tomó una segunda copa y esperó que un ligero aturdimiento le hiciera calmar su conflicto. De joven había soñado con ser un hombre importante, uno de esos hombres que tienen derecho a la palabra. Pero los años le habían hecho morder el polvo lentamente, obligándole a simplemente sobrevivir tal como era.

Creía que conquistaría, y ahora veo que tan sólo lucho por no ser conquistado. Contempló su mente, ese conjunto de ideas y palabras que conformaban su intelecto. Aún seguían ahí los insultos, los tópicos, la fuerza de la mayoría.También se mantenían las ideas de los líderes culturales, las creencias universitarias que son enseñadas como aunténticas revelaciones de la razón. Y por algún lado, *aún todavía*,las creencias del puritanismo religioso que afirmaban que el alma podía ser dominada por el diablo y que tenía que temer constantemente para no ser invadido por el mal.

- Brujo, el hijo de la bruja - murmuró cansado de sí mismo inclinando la cabeza.

En la televisión una bruja golpeaba a un clérigo, en ese permanente espectáculo de la realidad que son los medios de comunicación. La gente reía, mientras esa bruja se volvía a sentar al lado de sus compañeros, una mezcla estrafalaria de videntes, iluminados y contactados por extraterrestres.

Tanto estudio, tantos años, para acabar siendo un simple excéntrico. Una parte de sí mismo le acusó de no haber invertido su talento en algo provechoso. Podría ser ahora un eminente psiquiatra, un científico respetable, un hombre ante el que los demás callan con respeto asumiendo la autoridad de su conocimiento. El cuerpo del noble caballero se encogió ante esos pensamientos, ante el sentimiento de inutilidad social que le había deparado su camino. Comenzó a condenarse a sí mismo, a su estrafalaria actitud que tan sólo le había traído recriminación y burla.

Pero entonces no sería yo, ni tu Hechizo hubiera embriagado mi alma, pensó volviendo a erguirse. Se sirvió otra copa y miró de nuevo la pantalla fluorescente. Allí tan sólo se mostraba la ausencia poética

que carcomía su tiempo, la falta de espíritu que provocaba un pragmatismo de corto alcance.

Se sintió viejo y cansado, consciente de que sus batallas no habían sido más que luchas contra molinos de viento. Pues aquellos gigantes seguían impertérritos ante él, las mismas creencias, la misma actitud seguía mostrandose insolente ante él. *Y ya no tengo el vigor de mi juventud*, aceptó taciturno.

Pensó entonces en Halcón, en la realidad simple y sencilla de un hechicero indio que había sido traspasado a un mundo donde su existencia era meramente una ficción. *¿No le estaré obligando a seguir mis pasos, a andar por el mismo camino sin darme cuenta?*, se recriminó. Al fin y al cabo la vieja moral de siempre continuaba siendo dominante, y la supuesta libertad existente era un simple pasatiempo de adolescentes donde podía hablarse de sexo como si ya no fuera pecado mortal. En aquel mundo la vida de aquel indio, de aquel verdadero artista mágico, sólo sería la expresión de un aislamiento tal como estaba ahora.

*Lo máximo que conseguirá es ser tolerado, no vivirá como vivieron sus antepasados.*El honor de su saber no sería nunca respetado, y su influencia en la cultura sería absolutamente nula. *Es como plantar aquí una de esas plantitas mágicas, aunque consiga arraigar no será bendecida y consagrada a su función*.

- Hombre, deja que el Espíritu sea el que gobierne mi destino - sonó una voz grave que le hizo respingar sobresaltado y derramar el alcohol.

-! Coño con los brujos¡ - exclamó sin poder evitarlo.

Halcón Rojo, nagual de su tribu, le miró fijamente con toda la dignidad que por sí mismo poseía.

- Mi pueblo ha luchado durante siglos, hemos sobrevivido con nuestro espíritu. No has de temer por uno de los suyos - continuó hablando el hechicero indio.

Alonso inclinó un instante la cabeza en señal de asentimiento.

- Supongo que me hayan derrotado a mí no implica que lo hagan contigo - murmuró acabando su tercera copa.

El indio ladeó la cabeza e hizo un sonido extraño.

- ¿Quien te ha vencido, aún te veo vivo en este mundo? - susurró el bravo.

Algo en el tono de la voz del indio le hizo recordar a Alonso sus luchas internas, sus momentos oscuros donde parecía que la única salida posible a su existencia era su propia muerte. El chamán dió un fuerte pisotó al suelo y sus ojos se incendiaron con el orgullo de su estirpe.

- Cantame con la sangre de tu madre y el coraje de tu padre - dijo con fuerza Halcón.

Alonso sintió que algo bramía en su interior, un fuego que creía extinguido, un aliento que poderoso clamaba hacia el cielo.

- Viviré... - cantó uniendose al sueño de los hombres vivos.

El indio sintió que algo vibraba en su interior, como si aquella modulación de voz le uniera a un recuerdo ancestral. Una intuición apareció clara y poderosa ante él y recordó su estancia en Sevilla.

- Amigo, ¿qué sabes tú de los gitanos? - le preguntó cuando dejó de cantar.

Ventura Maya abrió los ojos, saliendo del trance profundo del cante, y le miró con ojos inquietos.

- ¿Los gitanos? - murmuró como si le hubieran preguntado sobre algo que tuviera que guardar secreto.

Halcón ladeó la cabeza y le miró con ojos brillantes.

- Eres un hombre extraño Alonso, te guardas muchas cosas para tí - respondió Halcón acercándose a su amigo.

Alonso no respondió. Giró la cabeza mirando al lado contrario de su amigo. El indio se sentó a su lado y miró la botella.

- No siempre la respuesta está ahí - dijo señalándola.

Ventura gruñó un momento pero al ver la expresión sonriente de su amigo se relajó. Nadie le estaba criticando, tan sólo le indicaba un hecho que de sobras él mismo sabía.

- Lo sé, pero tampoco me hace ningún mal - murmuró.

Halcón asintió.

- Pero puede hacerlo - murmuró recordando la enfermedad que producía el alcohol entre su gente.

Alonso asintió a su vez.

- Lo sé, supongo que sea el alcohol lo único que es legal me lleva a abusar de su uso - contestó pensando en las borracheras de antaño.

- También existen los medicamentos - murmuró el indio.

Alonso frunció el ceño.

- ¿Te refieres a las pastillas con recetas, al amplio muestrario de productos que poseen los psiquiatras? - dijo con cierta irritación.

El chamán asintió con la cabeza. Su amigo hizo un gesto airado.

- Drogas legales, ausencia de tradición y perdida del encanto que tú aún representas - dijo pensando en los tiempos en que tan sólo los magos conocían las sustancias modificadoras de conciencia.

- Sin embargo sigues fumando la hierba arabe - le dijo el indio.

Alonso se encogió de hombros,con un sentimiento de fuerte apatía.

- Los estudios que están realizando científicos independientes demuestran sus innumerables propiedades benéficas. Es tan sólo la hipocrita miseria de este lugar el que mantiene la condena moral sobre ella - respondió pensando en la diferencia entre el uso antiguo y el moderno.

Halcón asintió y le comentó la anécdota de los niños que sin conocimiento alguno fumaban hashish. Alonso le escuchaba impaciente, como si algo le mordiera por dentro.

- ¡No quieres entenderlo! ¡Les da igual! Sacrificaran a cualquiera para mantener su control, no quieren conocimiento tan sólo quieren preservar su poder - dijo alzando la voz en tono airado.

El indio no respondió. Sabía que la cuestión de fondo no era aquella sustancia, sino el planteamiento de uso, la manera de proceder ante ella.

- Una hierba cantada en los grimorios, en los sueños de caballeros que procedentes de Oriente traían la medicina que aún se conservaba de la antigüedad a las tierras oscuras de los cristianos - mascullό Alonso.

- Vuestro viejo mundo siempre ha sido un mundo triste - murmuró Halcón.

- ¿Triste?. ¿Cómo quieres que no lo fuera si siempre ha estado dominado por la tiranía, por la violencia de las masas y la perversión de sus amos? ¿Cómo quieres que sea un mundo donde siempre se ha sacrificado a la vida individual por la existencia de un colectivo ideológico?. Donde se supedita la vida al dogma, el impulso a la moral, la inteligencia a la opinión.

Alonso inspiró con fuerza y su mirada comenzó a arder.

- Un mundo que no cesa de matar, que se jacta de su decadencia, que nunca ve condenado a sus tiranos, que sigue manteniendo presente los

dogmas medievales, que afirma ser ahora la única realidad posible, y que prefiere sacrificar lo real y vivo a lo virtual y mecánico.

Irritado se sirvió otra copa.

- Sí, donde la realidad del sueño es negada sistemáticamente, donde tan sólo existe el interes bursatil y los panfletos políticos y deportivos. Un mundo como éste en el que nunca quise vivir y en el que sin embargo he estado habitando. Sí, siempre sintiendome marginado, condenado, derrotado, con la única ilusión de que algún día mi verdad pudiera ser la que dominara.

- ¿Tu verdad? - murmuró el indio.

Ventura Maya miró la copa y comenzó a reir.

- La mía, claro está. No pienso esconderme afirmando que no es mía sino de todos, pues de sobras sé que la verdad es la expresión de la realidad objetiva. No, se trata de que yo he vivido enfrentado a las ideas de otros que afirmaban poseer la verdad y que me han chantajeado utilizando el poder social que poseen. Yo soy el fracasado, el hombre que no ha sabido vivir, que no comprende la realidad de las cosas. Soy el iluso, el poeta extraviado, el...

- Quijote - respondió Halcón.

Alonso Ventura Maya le lanzó una mirada furibunda, como si le hubieran dicho una palabra cargada de un extraño sentimiento.

- Quijote...si tú no crees en magos y princesas, si no crees en caballeros y honor, si no crees en la verdad del espíritu, si no crees y aceptas pasivamente la autoridad de clérigos y bachilleres, de populismos y cinismos. Ellos son la realidad auténtica, los que detentan el poder y tienen el derecho a apalearte e insultarte, a encerrarte y condenarte cuantas veces quieran y deseen.

- El derecho del violento no es tal derecho - replicó el indio.

- Lo sé, pero de poco sirve cuando de hecho proclaman su mundo como única realidad posible en la que habitar. Han destruído culturas enteras y no han pagado por ello, al contrario, insolente afirma este viejo mundo haber aprendido de su barbarie con el único objeto de seguir practicando lo que siempre han hecho.

- Yo también lo sé...soy indio - dijo Halcón haciendo el gesto.

- ¿Y qué te crees que soy yo? - respondió Ventura Maya levantandose de su asiento como impulsado por un demonio.

El chamán le miró sonriente, como si ese impuloso fuera sano y vivo.

- Aún sigue brillando la Luna, aún sigue con su corona de estrellas - le dijo a aquel que necesitaba el recuerdo.

Alonso miró al suelo, aguantando el llanto que quería salir de su pecho.

- Y yo no soy culpable de que no la amen - sentandose y perdiendose en su interior.

Halcón asintió y levantándose dejó sólo a su amigo. Como guerrero sabía que el amor de un hombre debía ser respetado, y que muchas veces el sentimiento al ser vejado incita a la lucha.

Pero también sabía que Alonso formaba parte de un clan poderoso, de un clan cuyo animal de poder era guardián de la perla sagrada. De un ser mítico y fabuloso respetado en todos los pueblos, por todos menos por aquel del que formaba parte Alonso.

El dragón.

Halcón oyó la excitación procedente del salón y se preguntó el motivo de que la pareja anfitriona hablara con ese tono de alegría. Su curiosidad, surgida de la amistad verdadera que compartía con el matrimonio, se vió satisfecha cuando Alonso llamó a su puerta y asomó el rostro con una expresión de exultante felicidad.

- Hijo mío, tengo que darte una excelente noticia - exclamó con ojos brillantes.

El indio se levantó de su mesa y sonrió compartiendo aquella alegría.

- ¿Qué ocurre amigo mío? - se interesó.

Ventura Maya le mostró una carta que llevaba en su mano.

- Noticias de mi hija Sara, por fin podremos hacer la tan deseada reunión - dijo con el mismo tono excitado.

- ¿Tu hija? - murmuró Halcón recordando una belleza femenina que había visto en fotos.

Alonso asintió sonriente.

- Hacía tiempo que Dulcinea y yo queríamos marchar a donde vive. Ha pasado unos años trabajando y estudiando en Oriente, y nos invita a encontrarnos con ella antes de volver - explicó.

- ¿Marcharos? - murmuró el indio sintiendo el peso de la soledad antes de tiempo.

Ventura le miró un instante comprendiendo el estado de ánimo de su amigo.

- Bueno, sólo será un tiempo. Hacía tanto tiempo que quería conocer Oriente, y qué mejor manera que de manos de mi propia hija - respondió.

Halcón Rojo sintió la alegría que habitaba en el pecho de Alonso y se alegró él a su vez. Aquella marcha le iría bien al atribulado amigo.

- Qué bueno - contestó sonriente.

Alonso asintió con ojos brillantes.

- Imaginate, el gran viaje a Oriente, conocer las tierras donde la sabiduría ha habitado durante siglos sin temor ni censura. Tantas y tantas miradas se unen en sus lugares...-ensoñó el caballero.

- Tendré que ...- comenzó Halcón.

Alonso hizo un gesto con el dedo cortándole en seco.

- Ni se te ocurra, necesito alguien que se ocupe de la casa en mi ausencia - respondió tajante.

El indio se encogió de hombros. El negocio flojeaba, y conseguía simplemente para su propia manuntención. No era el momento de pensar en embarcarse en conseguir un nuevo alojamiento.

- Gracias amigo - murmuró sintiendo en su interior la vergüenza de no conseguir sus metas como hombre.

- A tí, cuando vuelva de Oriente verás como las cosas han cambiado - auguró con rostro profético.

Halcón asintió sin responder.

- Bueno, voy a comenzar los preparativos. Este viaje realmente es providencial - exclamó dando media vuelta Alonso y dirigiéndose hacia su estudio.

El indio se sentó y miró la mesa con el teléfono en ella. Suspiró resignado, iba a echar mucho de menos la compañía de su amigo. Sin embargo reconocía que aquella partida le haría un gran favor a su amigo, pues éste no conseguía quitarse el desánimo de su alma.

- Oriente...- murmuró el indio americano -. ¿Qué será Oriente?.

Miró el libro del I Ching y sonrió. Algo sabía de él gracias a los tesoros de su sabiduría. Pensó en su amigo Long y sonrió aún con más fuerza. Sonó una llamada por el teléfono y apartando sus pensamientos se dedicó a la consulta.

Aquella noche, en la cena, Alonso estaba exultante. No paraba de hablar de pueblos y culturas, de saberes y leyendas, de artes y filosofías distintas a la ortodoxia occidental. A los postres se dirigió al estudio y trajo un mapa donde había señalado con un rotulador un recorrido.

- Aprovecharemos este viaje para realizar mi sueño - exclamó mirando timídamente a Dulcinea.

Ella no dijo nada, simplemente le sonrió y centró su mirada en el mapa. Alonso suspiró satisfecho y comenzó a explicar el plan.

- Comenzaremos por Egipto, para contemplar los testimonios grabados en piedra. Luego seguiremos viaje rumbo a Oriente siguiendo la ruta tradicional - explicó señalando los diferentes puntos que unían las diferentes tierras y culturas.

El indio contempló el mapa. Se veía todo tan pequeño en aquel dibujo, miró por un momento a su tierra de nacimiento y suspiró.

- Es un gran viaje - murmuró Halcón.

Alonso asintió con aire ensoñador.

- Es el momento de tirar la casa por la ventana - anunció mirando de reojo a su mujer.

- Yo también quiero ver mundo amor mío - dijo ella tocándole suavemente la mano.

Ventura sonrió satisfecho.

- Cuando lleguemos a China, donde está mi hija, estaremos un tiempo visitando las tierras de por allá. Dado que vive cerca de la frontera con la India también visitaremos la tierra de los millones de dioses.

- ¿Millones? - respondió Halcón intrigado.

Alonso dirigió su vista al cielo.

- En esas tierras no existe prohibición de culto, existen muchos cultos distintos, muchas filosofías, muchas maneras de contemplar la realidad. De todas ellas guarda registro el arte y la filosofía, que ha sido conservada de múltiples maneras.

- Qué bueno - murmuró Halcón.

Alonso meneó la cabeza sin querer entrar en el aspecto negativo de la realidad humana, en la otra cara de la moneda. Quería ver el mundo soñado de Oriente según los ojos de la sabiduría, no según la codicia y tiranía humana.

- Sí, mi sangre nómada se verá recompensada - musitó Ventura Maya soñando sobre el mapa.

Halcón y Dulcinea se miraron al contemplar la actitud de Alonso. Ambos asintieron con la cabeza, no había nada más terrible que negar al ser humano su derecho a contemplar lo bueno y bello, lo sabio y verdadero de la realidad.

Alonso, el veterano caballero, iba a lanzarse hacia la exploración de la historia de la paz humana. Quizás así, de aquel modo, pudiera por fin sanar de la terrible carga de conocer la otra historia.

En los ojos de aquel hombre volvía a asomar la embriaguez del sueño, el entusiasmo que alegra la vida y aparta la melancolía del sabio.

Nada más gratificante que reconocer la verdadera herencia humana.

11.
Sublime

Halcón miró las estanterias repletas de libros, divididas por temas y tradiciones. El esfuerzo de organizar aquel ingente número de libros era algo que podía pasar desapercibido, pero demostraba una voluntad forjada en el tiempo.

- Cuida especialmente este tesoro mío - le había dicho Alonso mostrándole el estudio.

El veterano había insistido, pese a la negativa inicial de Halcón, que entrara en su estudio en su ausencia y lo ocupara.

- El espíritu de este lugar no soporta la soledad - le dijo guiñando un ojo.

Así que tras la marcha de la pareja anfitriona Halcón había quedado dueño de la casa, y su espacio vital ahora se había ampliado. Dormía en su habitación, pero su teléfono lo había pasado al estudio de Alonso. Ahí estaba, rodeado de libros, discos, cuadros, estatuillas...tesoros del arte de la humanidad reunidos pacientemente a lo largo de los años.

La sensación de poder investigar a placer en el estudio de Alonso le otorgaba una sensación de especial excitación. Le recordaba sus años en la biblioteca de Don Sancho, cuando leía los libros de su apreciado protector, aquel extraño español que tan insistentemente había insistido ante su familia que Halcón debía tener estudios de hombre blanco.

Ojeaba los libros de biología, de física, y se maravillaba de que la realidad natural fuera tan exquisitamente compleja y delicada. Pasaba horas enteras contemplando láminas donde se mostraba la anatomía humana, tanto de Occidente como de Oriente. Se distraía leyendo libros sobre la realidad del Universo, de la estructura física de los planetas. Había tanto por saber.

Pero su especial atención fue la sección que Alonso tenía con el epígrafe de “sabios”. Allí se aglutinaban místicos de todos los tiempos y lugares, y al ojear aquellos libros y descubrir sus vidas iba comprendiendo algo que le parecía terrible en sí mismo.

Aquellos hombres considerados como sabios habían sido en su gran parte censurados, castigados, aislados, como si sus simples palabras produjeran una irritación que no podía ser aguantada. Sufíes islámicos,

cabalistas judios, alquimistas cristianos, taoístas chinos, tántricos hindues, todos parecían ser condenados por sus afirmaciones.

Para el chamán aquella actitud ante esas tradiciones era incomprensible. Acostumbrado a que los sabios de su tribu fueran honrados y respetados, a que su comunidad se guiara por el poder de la visión, a que el eje de su cultura fuera la vivencia del Espíritu, no podía entender aquella actitud de cierre ante la comprensión de sus palabras.

Halcón miró los libros que hablaban sobre su tradición, eran pocos y escasos. Casi todos se basaban en estudios antropológicos donde se hablaba de "las costumbres indias" con una mezcla de escepticismo y arrogancia ante las ideas del "primitivo". Comprendió lo que quería decirle Alonso con la idea del "Viejo Mundo". A medida que leía la historia de éste, el origen de la civilización, constataba con estupor cómo ésta se había basado constantemente en la opresión mediante la violencia y la ignorancia.

El concepto de tribu era ajeno al desarrollo de aquella realidad que afirmaba ser el signo evidente de evolución humana. Se afirmaba que el hombre comenzaba su existencia como ser humano en el momento de la fundación de la civilización, de la instauración de un orden piramidad.

La teoría de las castas hindú le dejó lívido, era como si el discurso de sus demonios hubiera traspasado su realidad y hubiera poseído el mundo entero. Faraones, Emperadores, Reyes, Caudillos...todos pasaban ante sus ojos con la horrible constatación de que aquello que más odiaba en su vida era precisamente aquello que había gobernado la vida de los hombres.

Halcón al leer a los sabios de esas agrupaciones humanas oprimidas iba comprendiendo algo que en sí mismo no era capaz de concebir. No, no era que unos pocos gobernaran sobre unos muchos. No se trataba sencillamente del hombre blanco dominando con sus armas al indio. Era algo más cruel, más terrible.

En aquellas civilizaciones el poder se cimentaba en la base popular, que aupaba como lider a un hombre que era considerado divino. El interés de esa acción se basaba en la distribución de poder. Así en la civilización de la India las tres castas, procedentes de Brahma, poseían el derecho a la dignidad humana frente a los "descastados", a los "parias". El sacerdote, el militar y el comerciante se unían para mantener un estado de cosas que les permitía poseer los bienes de la

tierra, el control sobre las vidas de aquellos que no formaban parte del Plan Divino.

Frente a la actitud humilde de los sabios Halcón leía los discursos religiosos de los que eran considerados eminencias. Donde los sabios hablaban de misterio las autoridades hablaban de revelaciones, donde los sabios murmuraban con sutileza y ambigüedad las autoridades afirmaban categóricamente todo un sistema moral revelado por su propia divinidad.

Fuera entre cristianos, musulmanes, hindúes, judios, chinos...todo era la misma actitud, el mismo concepto repetido durante siglos y siglos. Unos hablaban en voz baja, otros en voz alta; unos vivían en soledad, otros entre multitudes; unos eran castigados, otros ensalzados. Sin embargo, por una curiosa paradoja, la historia luego reclamaba las palabras de aquellos pocos hombres considerandoles “verdaderos sabios”.

Halcón meneaba la cabeza confuso. No comprendía aquella actitud, no entendía cómo era posible que el Espíritu hablara tanto y sobre tantas cosas. La vida de las personas se hallaba perfectamente reglamentada por un enorme conjunto de normas que debían ser acatadas. Esas reglas debían ser memorizadas, inculcadas con todo el empeño posible. Tras ello el miembro de la civilización era constantemente vigilado por el resto de la comunidad para ser castigado en el momento de la infracción.

Culpa y castigo, aquello que el hombre blanco había sembrado entre los suyos ahora veía que era el propio arbol de los conquistadores. Poco hubiera importado que fueran cristianos o hindues los conquistadores, pues al fin y al cabo los suyos hubieran sido exterminados y castigados del mismo modo.

Halcón examinaba los subrayados de su amigo, sus comentarios entusiastas a las palabras de los sabios. Era como si viviera entre ellos, como si habitara en un mundo fantastico donde podía dialogar entre hombres que habían muerto.

- Qué soledad - murmuró comparando su vida con la de Alonso.

El había tenido la oportunidad de participar en ceremonias tribales, de compartir los saberes del clan, de hablar largo y tendido con los ancianos. Aunque había tenido que vivir sus ordalías del Espíritu en soledad, aquello era algo que su gente asumía como algo necesario. No

era un mal apartarse de la tribu para irse a las montañas a buscar una visión, era una prueba de valor y dignidad.

En contra estaba la versión del Viejo Mundo. Los sabios de esas civilizaciones no vivían en soledad, sino en aislamiento. Aquello, para el indio, era sinónimo de castigo. Ser apartado de la tribu se consideraba como un castigo severísimo, y sólo utilizado en casos muy especiales. Sin embargo en el Viejo Mundo era una práctica habitual, era el castigo por apartarse de la "comunidad de fieles", por atreverse a pensar desde la propia individualidad.

Un día encontró un libro encuadenardo en cuero, oculto entre un monton de libros. Intrigado lo abrió y contempló la horrenda faz que se escondía tras el pecado de ser en libertad. El libro hablaba sobre la historia de la tortura, y estaba lleno de imágenes antiguas y modernas. Jamás había pensado que fuera posible aquello, pero su inocencia fue de nuevo quebrada por la espantosa realidad de la historia.

Pasó unos días sin entrar en el estudio de Alonso. Ahora comprendía el alma torturada de su amigo, era como si la adquisición de conocimiento sobre el hombre dejara un poso amargo. Frente a la belleza del conocimiento de la Naturaleza, abordar el estudio del ser humano producía una sensación de angustia difusa y permanente.

Tan sólo pensar en todo aquello le producía un reflejo de vómito, como si su nagual no fuera capaz de asimilar una realidad que era ajena del todo a su existencia. A veces se dirigía al lavabo para ver si esas arcadas que tenía se consumaban finalmente en algo. Pero no echaba nada, tan sólo quedaba su cuerpo en una actitdu de convulsion en un intento de expulsar algo que había quedado dentro de su mente.

Cuando contempló la televisión y vió que aquel poder que había destruído durante siglos la dignidad y belleza humana seguía inalterable, elogiado y aclamado por las masas, un odio profundo se instaló en él. No sólo lo habían hecho a su gente, no, lo habían hecho a muchas tribus y durante miles de años. Y ahí seguían, manteniendo su impoluta apariencia, siendo modelo y ejemplo de conducta humana, produciendo la envidia y el deseo de imitación y sumisión.

Maldijo su estancia en aquel lugar, su intento de conocer algo que tan sólo le traía sufrimiento y dolor. Sabía que debía quedarse ahí y continuar, pero aquel impulso en sí mismo le enfermaba. Paseaba como una fiera enjaulada en la casa, sin más deseo de escapar y no mirar jamás atrás.

Finalmente volvió a entrar en el estudio de Alonso y quedó quieto en el umbral. Trató de captar el order que su amigo había dispuesto, el intento de situar una razón entre la irracionalidad caótica y asqueante.Contempló las diferentes estatuillas de divinidades antiguas, los cuadros, y destacando de especial manera el altar consagrado a una bella Virgen.

El indio contempló desde el nagual la sensación que todo aquello le producía. Ahora sabía que dentro de aquellas estanterias había quedado registrado no sólo lo mejor del espíritu humano, sino también la denuncia de la degradante bestia. Al lado del altar había un ajedrez, donde inmóviles se enfrentaba un ejercito negro contra otro blanco.

- No sé - murmuró Halcón comprendiendo que la sumisión de su tribu al hombre blanco sólo había sido un hecho más de una incesante enfermedad.

Y en un repentino vislumbre vió a Alonso en su soledad, en aquel aislamiento que aquella sociedad le infringía por haberse atrevido a ir más allá de su hipocresía, de su falsedad profunda y las mentiras piadosas. Notó cómo la férrea voluntad de aquel hombre había sido quebrada y comprendió que en aquel lugar una maldición pesaba sobre sus enemigos. Sobre esos que encarnaban aquel lado que tanto asco le habían producido.

Y no era precisamente hecha por lengua humana.

Tras aquella experiencia Halcón se sentía mucho más relajado, como si no fuera responsabilidad suya vengar la causa real de la verdad. Suficiente era, comprendió, que siguiera hollando el camino de la sabiduría, que continuara intentado alcanzar su plena realidad como ser humano. Aquel hecho le había abierto el entendimiento de muchas referencias de los sabios alconcepto de “desprecio del mundo”.

Por educación el indio-noche creía que su saber formaba parte de su cultura, pues el chamán tenía la responsabilidad de preservar los tesoros de su pueblo. Pero en la civilización no existían tesoros, tan sólo un discurso opresivo que debía ser mantenido. La pobreza, terrible y real, de la civilización le sorprendió.

Los sabios de aquel Viejo Mundo hablaban de la realidad del Espíritu con palabras veladas, insinuantes, como invitando a un viaje rumbo a un mundo nuevo. La actitud de fondo era la constatación de

que la tierra donde se asentaba la civilización era esteril, condenada a no proporcionar vida por ser simple artificio alejado del Espíritu.

Aquella esterilidad era la que impedía que la semilla sagrada, que el huevo divino, pudiera prosperar. Sin el calor del Padre, sin la ternura de la Madre, sin la bendición del Espíritu. Los sabios murmuraban sobre la "morada bendita" ubicada en el corazón, allá donde el Cielo se unía a la Tierra.

Constantando los perseverantes esfuerzos de aquellos sabios de tantas tierras y momentos Halcón se consolaba, sintiendo que la compañía de esos hombres era sana y agradable. Comprendía entonces la obstinación de Alonso de seguir leyendo, de seguir comunicándose mediante aquel medio con mentes ya fallecidas.

No era una cuestión de debilidad, sino de fortaleza: era la elección libre de un hombre que elegía su trato, su compartir, la aplicación soberana de su tiempo en la existencia. Era realizar una comunidad invisible, algo semejante al espíritu de su clan pero traspasado en la escritura.

Halcón apreció la oportunidad que se le había otorgado de poder leer, pues aquella simple habilidad le unía con personas dignas de estima y aprecio. No existía en la lectura la promiscuidad de comunicación que existía en la vida social, donde las palabras entraban en la mente sin selección ni cuidado alguno.

Había amor a las palabras, mimo en los argumentos, cariño al pensamiento. Era como si aquella facultad humana, lejos de ser una condena, fuera un poder que abriera la inteligencia a la dulzura de la sabiduría. Era semejante a las pláticas que viviera Halcón con los más sabios del clan, como el sabor de las leyendas contadas en la hoguera, como los cuentos que su madre le contaba de niño.

Halcón miraba entonces la ciudad, el ruido constante de su funcionamiento, la cháchara interminable de sus medios de comunicación. Tan sólo era cáscara, nada podía ofrecerle. Aquella división tan fuerte en el mundo le hizo comprender que sus amigos afirmaran que en el Viejo Mundo la sabiduría se mantenía en secreto. No por voluntad de los sabios, sino por simple negación de ese mundo a la realidad de la sabiduría.

Sus ojos, acostumbrados a las extensiones libres y salvajes, comenzaron a funcionar de modo distinto. Era como si divieran la realidad, como si dejaran de fondo la ciudad y contemplaran tan sólo la

figura del arbol y el trozo de cielo que se mostraba tras su ventana. Sus oídos, adaptados al silencio de las montañas, comenzaron a discriminar de identico modo. Escuchaban la ligera brisa y el trino de algún pajaro, haciendo caso omiso del incensante ruido de máquinas y voces malsonantes que sin cesar exigían su parte de emoción humana.

Dado que aquella sociedad no compartía el amor del sabio, el sabio tampoco compartía los afectos de esa sociedad. Halcón sentía que se alejaba, que su soledad en aquella cédula de habitabilidad cuadriculada que era el piso era tan sólo una expresión más de los pasos de su camino.

Así el hechicero volvía a encontrar la fuerza de su destino, el poder de su hado, la realidad de su vivir. Reencontraba de nuevo su naturaleza, y al hacerlo volvía a retomar su identidad. El nagual, su inseparable compañero, volvía la mirada de la contemplación del Misterio y dirigía su atención a él.

Agradeció entonces los pasos que le habían llevado a trabajar en soledad, a tener que permanecer quieto esperando una simple llamada para poder comer. Pues aquello en sí mismo le permitía no tan sólo sobrevivir, sino la posibilidad de vivir con su propia realidad.

Ajena al mundo, apartada de la sociedad, ignorada por la civilización...pero viva en sí misma.

Long había invitado a Halcón a su casa. Este contemplaba absorto el decorado, semejante en el gusto por el arte tradicional. Cuando el oriental le invitó a pasar al jardín el chamán quedó fascinado. Allí, en un pequeño trozo de tierra, se mostraba todo un microcosmos en miniatura, todo un reino cuidado con gusto y delicadeza.

- Feng-shui - murmuró Long.

El indio le miró curioso y el oriental le comentó brevemente el arte del “viento y el agua”, un conocimiento milenario que consistía en armonizar la vida mediante la creación de un jardin que captase el orden universal.

- Existen pocos maestros de este arte. Mi maestro fue enseñado por uno de los pocos que quedan - comentó melancólico -. En aquellos tiempos mi maestro era impaciente y quería aprender pronto el arte para poder vender sus servicios y hacerse respetado en la comunidad.

- Algo semejante al estudio del combate - comentó Halcón.

Long asintió.

- En realidad todo es uno, exige muchos años de estudio comprender las diferentes ramas del arte. Como tú bien sabes la esencia es la búsqueda de la armonía, la medicina que nos restaure al destino esencial con el que hemos nacido.

El chamán no contestó. Seguía absorto contemplando la extraña belleza de las plantas de aquel jardin, era evidente que todo estaba colocado según un concepto que al integrarse como conjunto generaba una extraña sensación semejante al sueño.

- Es muy hermoso - murmuró Halcón.

Long agradeció el cumplido con un gesto de cabeza.

- Es mi jardín, el lugar donde quiero morir - dijo el adepto.

Halcón miró un instante los ojos de Long. Aquella frase poseía una carga de profundidad extraña, como una verdad que surgiera de un pozo sin fondo. Se sintió inquieto, aquel lugar era tan hermoso que notó en su interior un dolor callado, el anhelo de algo que no era satisfecho.

El chamán bajó la cabeza y suspiró. Su mente se lanzó al recuerdo de las montañas y los páramos salvajes, a la belleza majestuosa de la tierra en soledad.

- Alejados del mundo, los inmortales exploran el misterio con la inocencia del niño - sonó la voz de Long sacandole de su recuerdo.

Halcón alzó la cabeza y miró el cielo azul. Una sonrisa asomó en sus ojos de manera espontanea.

- Pronto me jubilaré y pasaré el resto de mis años aquí, en mi lugar bendito - dijo Long agachándose y tocando con suavidad la tierra del jardin.

Se hizo el silencio entre los dos hombres. Tan sólo sonaba el sonido de la fuente del jardín, y los tímidos trineos de unos pajaros descansando en un almendro.

- No oigo nada - dijo finalmente Halcón sintiendo la sensación que le envolvía.

Long sonrió.

- Sí, el Espíritu es amable conmigo y ha querido bendecir mi jardín. Por eso florece en belleza - murmuró inclinando la cabeza suavemente tras mirar al cielo.

Halcón miró a su amigo y sintió la complejidad de todo aquello. No era simplemente un jardín cultivado, existía un arte de fondo que no se

apreciaba pero que marcaba con sutileza la realidad de lo que le rodeaba.

- Feng-shui - repitió el indio meneando la cabeza.

- Años - dijo Long.

El chamán sonrió ante aquella respuesta.

- Cuantas cosas sabes Long - murmuró.

Long negó con la cabeza.

- No, es ahora cuando comienzo a sentir que domino los fundamentos de mi arte. Si mi destino es morir de anciano creo que podré llegar a ser un maestro, un hombre que otorgue otra pincelada al mural del Arte.

- Un arte que no es apreciado - respondió Halcón.

- ¿Por quién? - contestó rápido Long.

El joven chamán miró hacia otro lado sin responder. Finalmente suspiró evidenciado su fatiga.

- Eres joven y deseas muchas cosas aquí y ahora. Por eso sufres. Tan sólo el hecho de prácticar el I Ching lleva años de estudio.

- No soporto que su ignorancia gobierne el mundo - respondió Halcón.

- Tampoco Alonso, pero su deseo de cambiar las cosas sólo le ha hecho sufrir y ha resentido su propio estudio - dijo Long con gravedad.

- ¿Qué quieres decir?

- Alonso es un adepto, su deber es el estudio y desarrollo de nuestro saber. El hecho de que no sea comprendido, de que no sea escuchado, de que incluso sea despreciado, no omite la realidad de su identidad.

- Un adepto - murmuró Halcón.

- El mismo lo sabe. El hecho de pretender divulgar nuestro saber ofreciéndolo como algo menos grave de lo que es tan sólo es faltar a la realidad.

El chamán miró fijamente a Long. Lo mismo pensaba él. El hecho de ser un nagual no era algo accesible a cualquiera. Requería un destino y una entrega completa de la existencia. Recordó el orgullo de su clan, la solidez de saber que su conocimiento lo había obtenido con muchos esfuerzos y penalidades.

- Tienes razón.

- Estoy seguro que Alonso cuando vuelva de Oriente tendrá otra perspectiva. Allí se ofrece el conocimiento libremente, no existe

censura para el estudio. Sin embargo pocos son los que deciden entregar su vida a nuestra disciplina.

- Alonso lucha para que sea comprendida la razón de esos que fueron llamados brujos - respondió Halcón tratando de justificarle.

- ¿Cómo si no eres brujo puedes comprender a un brujo?. Su lucha contra el poder mundano, contra la religión y la ideología de su tiempo no ha provocado que ésta no siguiera siendo la dominante.

Halcón calló bajando la cabeza.

- Y ha resentido su estudio. Hace tiempo que su desaliento ante la incomprensión ajena le ha quitado fuerzas para avanzar en el desarrollo y maestría de nuestro arte - continuó Long.

- Entiendo su desaliento. Es dificil vivir en un mundo donde nadie quiere escucharte, donde nadie reconoce tu esfuerzo y valía - respondió el joven.

- Eso no es propio de un dragón - sentenció Long dirigiéndose al interior de la casa dejando sólo a Halcón en el jardín.

Halcón quedó sólo en el jardín. El silencio profundo de aquel lugar le mostraba con claridad la cantidad de ruido que albergaba su cabeza. Sin quererlo se había llenado de voces y gestos , de actitudes toscas y pensamientos triviales.

- Entiendo que el nagual no quiera comunicarse conmigo. He perdido mucho poder mirando la realidad ajena - murmuró el chamán meneando con disgusto la cabeza.

Recordó lo que hablaron una vez Alonso y él sobre la la mente humana como un sistema informático, y la necesidad de organizar la entrada de datos en ella.

- Si entra basura, sale basura - le había comentado uno de los axiomas informáticos -. Es crucial ordenar la información, organizarla de tal manera que se comprenda claramente que lo trivial carece de valor frente a lo esencial. Tan sólo así el ordenador puede realmente utilizar las variables correctas y ofrecernos el resultado deseado.

Halcón se sentó en el suelo y sintió cómo su vida era acogida en aquel lugar. No existía ninguna amenaza humana, y la belleza expresada por aquel misterioso arte oriental se fundía con la belleza expresada en la naturaleza. Se sintió sorprendido que en un lugar tan pequeño pudiera albergarse una potencia tan grande.

- Halcón te presento a mi mujer - sonó la voz de Long a sus espaldas.

El indio se levantó rápido y se encaró hacia la pareja. Quedó un momento sorprendido por la belleza de la mujer de Long, una belleza tranquila y sensual. Se sintió ligeramente turbado ante su presencia.

- Vuestro jardín - murmuró el chamán perdiendose en el sentido del sueño.

El nuevo espíritu que había aparecido en el nagual de Halcón comenzaba a mostrar sus benéficos efectos sobre la existencia del indio. Cada vez más relajado pasaba largas horas leyendo libros y más libros, todos ellos lógicamente clasificados por Alonso en una tarea de años.

La biblioteca de Alonso era fruto del amor, y como todo lo que está motivado por amor había una especial delicadeza en su selección. Habían libros amontonados de cualquier manera, incluso otros en cajas cerradas. Por la contra otros se exhibían orgullosos en las estanterías, mostrando así la diferencia de calidad entre las diferentes obras.

Sin darse cuenta Halcón estaba asimilando una información que había sido minuciosamente seleccionada, pudiendose así nutrir de lecturas buenas para el alma. Pese a poseer sólo la educación elemental, su afición a la lectura le había ido permitiendo leer libros cada vez más difíciles, hasta el llegar al nivel actual en que leía los libros universitarios, manuales del conocimiento de aquella cultura.

El indio compartía en gran medida el gusto de Alonso en la forma de seleccionar. Muchos libros eran subrayados, y se advertía claramente donde estaba el trigo de la paja. Aquellas lecturas de Halcón en la biblioteca de Alonso estaban honrando el trabajo solitario de Ventura Maya.

Pues sin él saberlo, un joven estaba aprendiendo de sus libros.

Un día Halcón encendió el ordenador, cosa que no había hecho antes por respeto a Alonso y desconfianza ante el aparato electrónico. Sin embargo había prometido a Alonso cuando éste se marchó utilizarlo, incluso navegar por la Red. Por ello comenzó a curiosear por el soft de aquel instrumento lógico, hasta descubrir las carpetas personales de Alonso donde quedaban registrados los escritos fruto de su trabajo.

Al principio desistió de leer su contenido, por un pudor natural que le impedía curiosear en la intimidad de su amigo. Pero la curiosidad propia de los sabios le hizo finalmente comenzar a echar un vistazo.

Pronto comprendió que la lectura de los escritos Alonso sintentizaban aún más la información contenida en los libros, como si buscara encontrar la quintaesencia mediante un trabajo alquímico de lectura y escritura.

El trabajo de Alonso se centraba en el estudio de la psique, en un desarrollo decidido de la superación de la psiquiatría occidental por la medicina universal. Habían notas veladas sobre la influencia de la ideología religiosa de la civilización como causa ambiental de la enfermedad subjetiva de un individuo. Y muchas más, y con preocupación, sobre la influencia de la ideología económica como credo único.

Sin embargo también habían muchas notas de esperanza, de sueños, de ilusiones, de percepciones de un futuro nuevo en el que la libertad y la tolerancia humana permitieran un crisol universal para una Nueva Era. Comentaba claramente que si los sabios habían conseguido conciliar las diferentes tradiciones culturales bajo la visión de lo esencial, era posible trasplantar aquel modo de conocimiento a toda la población.

El hecho de sintetizar diferentes visiones culturales sobre la misma realidad objetiva había provocado en Alonso cierta indefinición en sus escritos, como si todavía no hubuiera conseguido plasmar exactamente lo que quería decir. La lógica rigurosa de la ciencia se unía a la imaginación alada del arte, y aquel intento era admirable.

Pero el precio de querer ser pionero le había llevado a la soledad del corredor de fondo. Al aislamiento de las capillas universitarias y culturales, y por tanto de las ventajas sociales que ofrece ser miembro de algún grupo de poder.

En una sociedad como la de Alonso todo es poder que se dividen en grupos de poder. La única realidad existente para ella es la colectiva, la basada en la fuerza del número. Ventura Maya había sufrido mucho apartándose de la “comunidad” tanto religiosa como científica, dejándole así en la soledad de espíritu.

Por contra la sociedad de Halcón se reglamentaba por el conocimiento, por la herencia de los ancestros sabios que guardaban la memoria del hombre. Y el hombre solitario, el nagual, era considerado no como amenaza sino como fuente de conocimiento. Como expresión real del vínculo con el Misterio.

En su sociedad Alonso había sido considerado como un esquizófrenico.

En su sociedad Halcón como un aprendiz de los Misterios.

Uno había tenido que defenderse constantamente contra la amenaza y el insulto. El otro había confiado en la bondad de su gente para soportar las ordalías que el Espíritu le ofrecía.

Pero algo en Alonso le había permitido salir de la civilización enferma, no sufrir más el dogma de su tiempo. Era su genio innato que le llevaba siempre por el camino vivo del Espíritu, esencia del vivir.

Fruto de aquello había sido su conversión de medico psiquiatra y católico pasivo en un amante de Sofía. Con todos los obstáculos que eso le había producido. Con las dificultades familiares y personales que trae el hecho de seguir el propio destino. Asumiendo que al romper los diques protectores su vida se ahogaría en un mar de confusión que tan sólo podía iluminar la Reina de las Aguas.

El retorno a su verdadera vocación, largamente ocultada por los años, había producido que volviera de nuevo a iniciar su destino. Todo lo que había sido negado era ahora afirmado, y con el celo de un converso se había lanzado a convencer a los demás de lo que antes había negado.

Y lejos de encontrar reposo había encontrado una terrible lucha en ello, hasta el punto de desfallecer, caer en aquello tan temido por un psiquiatra: la enfermedad mental. Y ésta además se basaba en la condena de su alma, por negar los principios religiosos de su cultura.

El único camino posible que le quedaba entonces era el de la Medicina, pues sólo se sana de esa forma. Al negar la autoridad médica tanto a religiosos como a científicos, se había visto obligado a ser su propia autoridad. Y dado que era humano, su incapacidad se ponía constantemente en manifiesto.

Tan sólo entonces la Divinidad, el Alma Mater, consoló al humillado heroe. Pues tan sólo lo que va más allá de lo humano puede guíar lo humano.

Halcón miró a la ventana y quedó callado ante la Luna.

12.
Natural

Halcón acababa de leer una historia de la Ciencia, comentada por Alonso en sus múltiples notas al pie de pagina, y reflexionaba sobre la evolución del pensamiento humano. De un mundo pequeño y vigilado por una divinidad celosa de sus normas morales, la tierra como centro de la realidad, a un universo infinito en continua expansión donde existían infinitud de mundos.

Alonso había comentado a pie de pagina la coincidencia de esta visión científica con las visiones de los iluminados orientales, con una visión de un universo de infinitos mundos donde se desarrollaban infinitas existencias.

El hecho es que la evolución de la vida terrenal seguía los mismos patrones que la evolución del universo.

- El origen tambien fue un parto - murmuró el indio leyendo la teoría del big-bang.

Era como si el propio universo fuera un organismo en constante crecimiento, de la materia más simple se iba desarrollando progresivamente en el tiempo la organización de ésta en formas cada vez más elaboradas. Lo mismo ocurría en el proceso dinámico de generación de especies en la vida terrenal.

Paseó inquieto mirando las estanterias de los libros. Había algo significativo en todo aquello, y era que el avance de la inteligencia humana había sido llevada a cabo por individuos, no por colectivos. La historia enseñaba que las instituciones, sedes del pensamiento colectivo, frenaba el avance de la inteligencia expresada en la vida de unos cuantos individuos con una anormal necesidad de saber.

- No sólo castigaron a los míos - murmuró al leer la censura e inquisición realizada por la iglesia a los sabios que iban desarrollando el conocimiento humano.

Comprendía cada vez mejor que ser sabio era algo intrinsecamente humano, que no existían diferencias de tiempo o lugar, de raza o cultura. Más allá de las señales de identidad histórica aparecía, representados por individuos, la exigente necesidad de abrir camino, de crear visión donde sólo existía oscuridad.

- El dragón y su permanente necesidad de desplegarse - se dijo.

Todo era un movimiento de crecimiento dinámico, impulso de superación que era constantemente frenado por la propia especie humana al hallarse dividida en múltiples grupos de opinión. El individuo era reducido al molde de cada colectivo, siendo castigado por infringir sus límites con el aislamiento y la condena.

No, ya no podía creer en diferencias externas en relación con el ser humano. El mundo humano se fragmentaba en diferencias externas, físicas y culturales; pero donde existía la verdadera diferencia era en el interior. ¡Qué distinto el mundo de un Galileo al de un Torquemada!. La apertura o cierre al Misterio equivalía a una apertura de la inteligencia a la realidad o un cierre de la mente habitando en discursos inventados por ella misma.

Halcón asumía que la base de la realidad era el Misterio, y eso se reflejaba en todo. El mismo era un misterio que soñaba. Su identidad se basaba en el vínculo con el nagual, con el oceano inmenso del reinado del Sueño, con el profundo ser de las cosas.

- Yo soy diferente a los demás, pero esa diferencia es la base de la identidad - murmuró.

Halcó había aceptado que vivía en una cultura donde la identidad no pasaba necesariamente por el Espíritu, y si tenía que hablarse del Infinito Misterio era preferible hacerlo con el discurso católico. Había por fin entendido que no se trataba de cambiar la mentalidad del conquistador, cosa que pretendía Alonso, sino de que simplemente la cultura dominante permitiera la existencia de otras culturas.

Que el hombre dominante permitiera la vida de los hombres dominados. Que el indio fuera respetado en su visión de la realidad, y que se le permitiera seguir viviendo su vida acorde a su propia mentalidad.

En el caso de Halcón era que su medicina fuera legalizada, que se permitiera al doctor indio tener la misma autoridad que al doctor blanco.

- Y lo mismo con los curas - dijo recordando a Alonso.

Eso implicaba una polifonía, la posibilidad de una visión coral de la humanidad donde existieran más facetas de existencia que las estrictamente necesarias para la marcha de la máquina económica.

- Vivir el propio espíritu, andar el propio destino - susurró el chamán.

El despertar de las potencias dormidas, el desarrollo de las facultades inertes, el crecimiento de la conciencia accediendo a una realidad cada vez más y más honda en significado. Esa era la vía del dragón, la dirección del impulso de vida, el movimiento creador.

Al mirar la obra de los genios de la humanidad, guardados con amor por Alonso, el indio veía un panoroma enorme de figuras humanas. Tras ellas veía por un lado la fuerza creadora del individuo, por otro la íntima comunidad de ideas que se producía entre los sabios, que iba permitiendo que sucesivas generaciones fueran desvelando cada vez más los misterios de la Naturaleza.

Las formas se hacían y deshacían, albergando cada vez mayor capacidad, mayor expresión de la luminosidad de la existencia. Ese proceso de constante mutación, era el que subyacía en el I Ching, y el joven chamán iba asimilando el conocimiento del sentido de esa mutación de la única manera posible: vivencialmente.

El chamán había vivido su muerte y renacimiento, la experiencia de la desorganización de su identidad y la nueva organización guiada esta vez por el Espíritu. Una forma moría para dar paso a otra, repitiendo así la formulación de la creación. Esa era la esencia de su saber, esa la base de la tradición indígena.

El chamán había vivido la pérdida del alma, la enajenación de su identidad que le había impedido poseer las defensas psíquicas necesarias para no enfermar. Y el camino iniciático que había realizado había sido hacia la búsqueda del alma perdida, hacia el encuentro con su verdadera identidad.

Hacia su espíritu que existía en relación con otros espíritus en el Gran Espíritu.

Todo en Sinfonía Natural.

Sonó la puerta y Halcón se dirigió a ella para abrirla. Era el sobrino de Alonso.

- ¿Está mi tío? - preguntó con voz imprecisa.

El indio respondió negativamente con la cabeza.

- Se ha marchado a un viaje por Oriente, creía que lo sabías.

- ¿A Oriente?. ¡Vaya!. No lo sabía, bueno...-respondió mirando hacia el interior de la casa.

Halcón interpretó aquella actitud y movió su cuerpo invitandole a entrar.

- Aún así si lo deseas puedes tomar algo y platicar algo - murmuró con suavidad.

El joven asintió y entró dirigiéndose directo hacia la cocina. Salía de ella con una lata de cerveza y una sonrisa de circunstancias.

- Mi tía siempre deja unas cervezas para mis visitas - explicó con sonrisa de circunstancias.

Halcón asintió y se sentó en uno de los sillones. Lo mismo hizo el sobrino.

- Acabo de leer el último libro de Castaneda y quería comentarselo a mi tío- explicó más contento tras vaciar media lata.

- ¿Ah sí? - murmuró Halcón sonriente.

- Bueno, yo no es que crea en esa cosa de brujos y demás, pero como a veces pruebo las planta pues...

- ¿Qué plantas? - respondió seco el chamán.

El joven se encogió de hombros.

- He probado de todo, hace poco quise probar con ayahuasca pero he tenido algunos problemas y..

- ¿Y qué buscas tomando las plantas mágicas? - preguntó Halcón interumpiendole.

El sobrino miró un momento con fijeza al indio, parecía que le hubiera molestado aquella pregunta.

- Expandir mi conciencia, descubrir algo...experimentar - respondió mirando a su derecha.

El chamán inclinó la cabeza y no respondió.

- El caso es que mi tío siempre ha querido convencerme de que el asunto era serio, de que formaba parte de toda una disciplina, de toda una filosofía que...

- ¿Y tú qué crees? - le volvió a interrumpir el chamán.

- Quisiera creer en que existe algo más, pero hay tanta gente que te quiere comer el coco. Confío en mi tío, pero el hecho es que no está bien mirado por la familia. Se supone que es un raro, un excéntrico que no sabe muy lo que se dice.

- Ya.

- Además yo no creo que existan los brujos, de hecho los libros de Castaneda...

- Aparte de la ficción existe la realidad que es la base que permite todo - contestó Halcón.

- Sí, claro. La realidad...

- Para los míos lo importante es el Espíritu, no los hombres que hablen de su Misterio - murmuró el indio.

- Yo no soy religioso, no creo, o mejor, soy agnóstico - contestó rápido el joven.

- No estoy hablando de tu religión, estoy hablando de lo que piensan los míos - respondió suavemente Halcón.

- ¿Los tuyos?. Te refieres a tu tribu - dijo el sobrino.

- Sí, a mi gente, y a la herencia de mis ancestros.

- Cada cultura tiene lo suyo, yo no soy de tu tribu - contestó el joven sin querer entrar en discusión.

- Creía que como decía tu tío lo importante es la verdad, venga de donde venga. Mi tribu está unida por lazos a otras muchas tribus, y todas juntamos formamos una gran familia.

- Mi tío dice que existe una sabiduría universal, y que está guiada por una Diosa. Que existen adeptos que forman parte de esto, amantes de Sofía.

- Tu tío es un hombre que sabe muchas cosas buenas - respondió Halcón.

- Sí, pero es un poco carca. Los jovenes somos de otra manera - contestó el sobrino.

Halcón miró al joven y se dió cuenta de que estaba hablando con un hombre unos pocos años menos que él. La diferencia de edad era mínima,sin embargo él sentía que existía una diferencia cualitativa que les separaba. Era una diferencia no del cuerpo, sino del alma. El indio pensó que aquel joven no sabía realmente de lo que hablaba.

- Yo sí que creo que es necesario que existan los brujos, pues son la expresión humana del Misterio que nos rodea.

- Es posible, pero yo no conozco a ninguno. He frecuentado centros, y todos me parecen un camelo para sacarte el dinero.

El chamán meneó la cabeza lentamente, seguía sin comprender el mundo en el que vivía. ¿Por qué era tan dificil su conocimiento en aquel lugar?.

- En mi cultura es distinto, tenemos hombres que son considerados especiales y que están consagrados al oficio.

- ¿Tú conoces chamanes?. ¡Vaya!. ¿Y como son?.

Halcón se sintió confuso por un momento. Por la entonación de voz que había adoptado el joven intuía que éste imaginaba personajes de los que había leído en los libros.

- Bueno...-comenzó el joven chamán sin saber muy bien qué responder -. Son hombres que han muerto y descendido a un lugar misterioso, y que han renacido con la protección del Espíritu.

- ¡Vaya!.

- Son hombres que han enfermado del alma y que han vuelto a sanar, conociendo así el camino para devolver al alma su realidad natural - continuó Halcón.

- Y tienen poderes mágicos - apuntilló el joven.

Halcón le miró fijamente.

- Poderes mágicos - susurró repitiendole.

- Fuera de lo común, capacidades que otros no tenemos - continuó el sobrino.

- Supongo que han desarrollado más unas facultades que otros - replicó Halcón sintiendose inquieto.

- ¿Y has hablado con alguno? - siguió el joven.

- Sí - contestó lacónico.

De pronto sonó el teléfono de la habitación de Halcón.

- Disculpame, tengo que ir al trabajo - murmuró con humildad el indio.

El sobrino sonrió y le indicó por señas que iría a tomarse otra cerveza. Pasó el rato y Halcón volvió de la habitación tras realizar la consulta.

- No sabía que trabajaras por telefono - inquirió el sobrino.

El indio se encogió suavemente de hombros.

- Tengo una consulta - respondió quitándole importancia.

- ¿Un 906? ¿No me digas que eres adivino?.

- Sí - masculló el chamán.

- ¡Lo sabía!. Sabía que si mi tío te alojaba debías ser uno de esos amigos raros que él tiene.

- Gracias - dijo Halcón mordiendo sus palabras.

- No te lo tomes a mal Carlos - respondió el sobrino -. O sea que echas las cartas y todo eso.

- No, consulto al I Ching, un antiguo oráculo chino - respondió el indio.

- ¿Chino?. ¿Y funciona?

- Supongo que sí, eso es cosa del misterio que le protege - murmuró el chamán.

- ¿Del misterio?. ¿Quieres decir que hay algo que protege lo que tú haces?.

El chaman hizo crujir su cuello y se armó de paciencia. De pronto, sin poder evitarlo, hizo un gesto chamánico. Se sintió más a sus anchas al liberar su espacio de la mente de su acompañante.

- Eso es claro. El Gran Misterio protege a todos sus misterios, y en relación con el I Ching está además amparado por el dragón. Eso quiere decir que tiene un nagual muy poderoso.

- ¿Nagual?. Te refieres a lo que dice Castaneda sobre...

- Me refiero - cortó seco el chamán - al espíritu misterioso, llamalo su Manitú si quieres. No te enganches con las palabras, tan sólo señalan.

E hizo el gesto de misterio indio

- ¡Qué bonito! - exclamó el sobrino al contemplar el solemene gesto del chamán.

Halcón le miró y una sonrisa apareció suave en sus labios. La belleza siempre abría el buen corazón.

- Gracias - respondió.

Quedaron un momento callados, el nerviosismo generado por la desconfianza inicial iba desapareciendo con suavidad. El chamán se dirigió a la cocina y volvió él a su vez con otra cerveza.

- Salud - alzó la bebida.

El joven imitó el gesto y tomó otro trago. Se dedicó a mirar con curiosidad los adornos del indio, diferentes objetos de poder que portaba indicando su condición.

- Todas esas cosas significan algo - dijo señalando un anillo.

El indio miró el anillo y sonrió.

- Es costumbre india llevar los signos que expresan tu camino, nos permite recordar quienes somos y el camino que hemos hecho para llegar hasta aquí.

- ¿Y ese tatuaje?. Parece un dragón.

- La Serpiente Emplumada, sí es un dragón - respondió Halcón.

- Vaya, yo un día me hare un tatuaje de esos.

El indio miró al joven y volvió a sentir la diferencia de peso en las palabras. Era como si aquella persona no entendiera el sentido de los actos del arte.

- ¿Qué espíritu- guardián posees? - le preguntó intrigado.

- ¿Espíritu-guardián?. ¿Ah, te refieres a eso de los animales y todo eso?- dijo el joven haciéndose el entendido.

- Sí - murmuró el chamán.

- Pues no lo sé.

- ¿No has tenido sueños en los que se te apareciera?. Los sueños siempre nos llaman desde el Misterio para permitirnos andar con belleza y sabiduría.

- ¿Sueños?. Con la medicación que he llevado no he soñado nada.

- Todos soñamos.

- Bueno, ya. No recuerdo ahora ningún sueño especial que...

El chamán hizo el gesto indio de soñar.

- ¿Y eso qué es?.

- He dicho sueño en mi lengua - murmuró Halcón.

- ¿Y qué lengua es esa?. ¿Es con gestos?.

El indio asintió con la cabeza.

- O sea que eso que hacen los indios de las películas es porque estan hablando. Yo creía que gesticulaban por otra razón.

- Ya, porque son raros - masculló Halcón.

- No. Bueno...sí - aceptó el sobrino.

El indio sonrió ante aquella reacción.

- Es bueno que no pretendas mentir, en el fondo tú no eres causante de las ideas que hayas recibido. Eres muy joven.

- No soy tan joven - atajó el sobrino acabando la cerveza de un trago, en clara señal de su virilidad.

- No veo en tí los signos de haber pasado por la entrega ...- murmuró el indio.

- ¿Entrega?. Ya te he dicho que no formo parte de ninguna tribu, lo único que he vivido fue el bautizo y la primera comunión - respondió un poco receloso temiendo algún intento de proselitismo por parte de aquel presunto adivino.

La situación era algo ambigua. Por un lado aquel invitado de su tío acababa de ingresar en las filas de esos que afirman ser brujos, pero por el otro no parecía que aquel indio tuviera algun deseo de convertirle a algún tipo de secta.

- Cada hombre sigue su camino, lo importante es que éste forme parte de su verdadera naturaleza - contestó el chamán.

- Ya - contestó con sequedad el sobrino.

Halcón miró a su acompañante y sintió la actitud defensiva. Se encogió de hombros e hizo un ligero sonido con su lengua. Quedaron callados, cada uno en su mundo.

- O sea que eres un brujo - dijo el sobrino finalmente.

- Así nos llamaron los conquistadores - respondió con suavidad el indio.

- La verdad, yo no creo mucho en estas cosas.

- Antes por lo visto no era tu cultura de la misma opinión. Nos castigaban y censuraban sin cesar, decían que eramos agentes del mal.

- Cosas de curas, todo eso ya pasó - dijo el joven sin darle importancia.

El indio meneó la cabeza a un lado y sondeó la sensación de aquella persona. Efectivamente, para aquel joven aquello formaba parte de una historia de la cual él ya no participaba. Era como si estuviera liberado del peso del pasado, quizás su presente era por ello volatil, pero la apertura mental que poseía era muy distinta a la que él había conocido en su niñez.

- Claro, tú esas cosas de la religión no te interesan - dijo el chamán pensativo.

- Ya te lo he dicho - contestó el joven.

- Pero te interesa las cosas de los chamanes, del misterio de las cosas - continuó Halcón.

- Bueno, sí. Eso de la magia que habla mi tío suena interesante, pero siempre insiste en que es una disciplina y yo paso de ascetismos.

- ¿Ascetismos?. ¿Te refieres a que crees que es mejor no soñar que soñar?.

- No, yo no he dicho eso.

- Tú mismo has dicho que no recuerdas tus sueños, incluso no les das la importancia que poseen. También me has hablado del uso de plantas, pero nada me has comentado sobre lo que has visto y sentido con ellas.

- Vaya, eso son alucinaciones. Cosas de la droga - respondió confuso el joven.

- ¿Droga?. Las plantas son mágicas, abren las puertas de la visión. No entiendo lo que dices. Quizás te refieres a que aún no sabes volar con ellas, y que por tanto sólo ves el contenido de tu mente.

El joven se quedó mirando atónito al indio. Aquel sujeto hablaba con una seguridad semejante a la de su psiquiatra.

- Pareces un doctor o algo así - contestó evasivo.

- Soy un doctor, soy un hombre-medicina - respondió Halcón con naturalidad.

- ¿O sea que eres un chamán?.

- Sí

- Pues no lo pareces.

- Siento no estar levitando mientras hablo - masculló el indio.

Aquello hizo reir al joven. Halcón se relajó y sonrió a su vez. Toda aquella situación sentía que era un reflejo de su encuentro con aquella civilización, aparecían los mismos problemas de comunicación debidos a mentalidades muy distintas.

- El poder de un chamán no viene dado por nada más que por su vínculo al Misterio, por su trato con el Espíritu.

- ¿ O sea que tú hablas con Dios?

Halcón se tensó un instante. Sin pretenderlo el joven acababa de mostrar uno de los tabúes que habían impuesto los católicos a su pueblo.

- Nadie puede negar que la Gran Madre hable con sus criaturas, o que el Gran Padre las ilumine. Nadie puede acallar al Trueno.

- No te entiendo.

El chamán se movió inquieto. La incultura de aquella persona le hacía sentirse incómodo, estaba acostumbrado a hablar con sus amigos o en el pasado con su tribu. Ahora veía que hablar de ciertas cosas con personas que eran ajenas a su mundo provocaba de entrada una confusión.

- Para los míos la Tierra es una madre, y el Sol un padre. El Espíritu se expresa por el viento y la lluvia, y su poder es semejante al rayo y el trueno.

- Sí eso he leído. Perdona que no te entendiera en un principio - se disculpó el joven.

Halcón se sintió sólo, como en un mundo aparte, como si habitara en otro lugar que no fuera el suyo. Estaba tan acostumbrado a pensar de un modo, que el encuentro con otra manera de interpretar la realidad le producía cierta inquietud.

- Te mentiría si te dijera que esto es mi creencia, para mí es la verdad. Por eso entre los míos se nos estimula a vivir unidos al sentido natural de las cosas. Somos sabios en la medida que aprendemos de la propia realidad en la que habitamos.

- Esta realidad es una porquería, aquí sólo te puedes volver loco - respondió irritado el joven.

- No hablo de la ciudad y los hombres, hablo de la vida que te sostiene - contestó el chamán.

- ¿La Naturaleza?. Sí, a veces salgo al campo para ponerme las pilas pero no soy muy amigo de eso- replicó rápido.

El chamán calló. El mismo había caído en la trampa de diferenciar la realidad natural de la realidad artificial del hombre. Había creado una dicotomía en su mente que le había hecho creer que vivir en la ciudad implicaba vivir alejado de la realidad natural.

- Estúpido - dijo alzandose de un salto.

El sobrino quedó atónito ante aquella reacción. Aquel indio estaba peor que su tío.

- Eran ellos los que habían hecho esa diferencia, la trampa que afirma que el Espíritu no habita entre los hombres.

El indio se dirigió a la ventana y miró al cielo.

- Acostumbrado a la Belleza no quise comprender que tu Reino se extiende por todas partes. Que en todas partes llueve, que en todas parte ilumina el Sol.

Halcón bajó la cabeza y suspiró.

- Sigo siendo un torpe en tu saber, un aprendiz que no es capaz de llevar el honor que me has concedido- susurró para sí mismo.

El indio giró la cabeza y miró al sobrino de Alonso con terrible fijeza.

- Si me disculpas, quisiera estar sólo - dijo con voz extraña.

El joven se levantó y se despidió aceptando aquella petición. Cuando salío pensó que en verdad todos aquellos tipos estaban chiflados.

- Peor que mi tío...¡que barbaridad!- se dijo mientras bajaba por el ascensor.

Mientras tanto Halcón se había retirado a su habitación y miraba fijamente uno de sus objetos de poder. Estaba enfadado con él mismo, pues había comprendido que había vuelto a enfermar sin darse cuenta exactamente de ello. Aquella sensación de futilidad de sus acciones, aquel aire de trivialidad vital que le envolvía, había provocado que lentamente dejara de desarrollar con todo el ahinco posible sus facultades chamánicas.

- Como si porque al mundo no le importara, eso implicara que no tuviera importancia - se dijo comprendiendo la irritación de Alonso en más de una ocasión.

Se había apoyado en el consenso de su tribu para reafirmar el valor del cultivo interior, había adquirido una educación de manera instintiva en la cultura de su gente, y al faltarle aquello había ido debilitando la fuerza de su verdad. Se había ido debilitando y aceptando la mentalidad implícita de la sociedad en la que vivía, y el resultado de todo aquello era una cierta sensación de desorientación en su camino.

- Como si el camino del nagual pudiera ser una opción sujeta a capricho - masculló cada vez más irritado.

Comprendió que la negación del valor del sueño, de la sabiduría y del poder que ejerce desde sus profundidades, era la base principal de su sentimiento de extrañeza. Esto, unido a la escisión absurda entre mundo-naturaleza, había provocado que habitara en una realidad en donde el Espíritu carecía de expresión.

- No sueñes, deja que soñemos por tí. No seas hijo de la Tierra, trata de amoldarte a nuestro artificio - silabeó lentamente el chamán.

Comprendió los nervios que aquejaban a su amigo Alonso. Su anfitrión tenía que vivir constantemente bajo la amenaza de ser censurado por su inteligencia, de ser tachado de enfermo, de que no sabía adaptarse a la realdiad porque algo en su cabeza no funcionaba.

- Qué soledad la tuya Alonso - murmuró el indio.

Pensó en que Long, al apoyarse en la tradición de la sabiduría oriental, no sufría por aquello. Long sabía que sus actos y pensamientos estaban guíados por el camino del esfuerzo personal, camino que antes que él otros hombres habían realizado con naturalidad. Sin extrañeza para los miembros de su cultura.

- Es la vida de mi alma la que está en juego, no la de mi cuerpo - sentenció el chamán comprendiendo que una vez liberado del temor a no sobrevivir en aquel lugar aún persistía el temor a simplemente no existir como Halcón Rojo.

Su vida se reduciría, sin el impulso creador del nagual, a adaptarse lo mejor posible a los criterios de la mentalidad que imperaba en aque lugar.

- Si no me voy, si mi destino es permanecer aquí...- murmuró.

La visión de la espada surgió de su interior, iba acompañada esta vez de una figura humana. Era la figura de un hombre guardando un

umbral, como un centinela. Algo dentro de él se movió, y sintió que desde las profundidades del Sueño un nuevo espíritu de poder se presentaba.

- ¿Quien eres tú? - murmuró el chamán intrigado.

La visión se desvaneció dejándole una sensación extraña en su ánimo. Era algo nuevo y a la vez muy antiguo. Pensó por un momento en una posición que le había enseñado Long, la del dragón vigilante.

- El sabio, semejante al dragón que custodia la perla mística, vela la entrada del conocimiento - le había comentado.

Era como si en aquel mundo viejo fuera necesario una protección especial, como si en un mundo donde el hombre vive ajeno a la realidad natural, tuviera que ser el mismo hombre el que guardara de esa enajenación.

- Un hombre, un arma - murmuró absorto el indio.

De pronto el nagual volvió a surgir y tuvo otra visión.

En noche antigua, un hombre contempla las llamas del fuego.

- El fuego de la noche - musitó Halcón recordando el pasado.

Sin embargo aquella visión tenía un elemento especial. Quedó fijo mirando al suelo comprendiendo el sentido de aquella imagen.

Aquel hombre,que velaba el fuego, estaba sólo.

Halcón suspiró y volvió a leer la carta que había recibido de Alonso, le había dejado con una sensación difusa en su interior.

“Amigo mío que la Madre de las Luces te guarde, te escribo desde la India, tras haber recorrido todo el camino iniciático que en otro tiempo los magos recorrían. Actualmente estoy en Cachemira, donde se afirma está la tumba del Cristo. Es un valle paradisiaco, cuya paz es únicamente perturbarda por el fanatismo religioso que existe entre musulmanes e hindúes. Los hombres, incluso en este lugar idílico, insisten en su enfermedad.

Te escribo porque creo haber comprendido el sentido de mi dolencia que me aquejaba por esas tierras de Occidente, donde desaparece la Gran Luz. Viajando rumbo a Oriente he vuelto a entender el sentido de mi orden, la necesidad siempre nueva de aventurarse por lo desconocido. He confundido al caballero andante con el predicador o el misionero, y eso me ha apartado durante años de lanzarme a nuevas empresas arriesgadas en pos de vivir sucesos extraordinarios y acometer nobles hechos.

Viajando rumbo a Oriente recuerdo el sentido de que la muerte es el Gran Viaje que todos tendremos que realizar algún día, y eso ha despertado en mí los ecos ancestrales de mi alma que me incitan a lanzarme a la vida nómada, a coger la carreta y lanzarme hacia el futuro.

He vuelto a la tierra donde se venera a la Divinidad, donde la Diosa se expresaba bajo muchas formas algunas bellas y otras inquietantes. Al lugar donde el único camino posible del hombre es la sabiduría. Pero es más que eso, he vuelto al sentido de mi propia juventud, recordando el ideal soñado al que aspiraba, mis ansias de aventuras y conquistas.

No comprendí allá por esas tierras dominadas por una infame ideología que la gestas de un caballero son individuales, y que aventurarse es el sentido de sus andanzas. Creí hacer bien tratando de cambiar un mundo, viejo y autómata, pero éste se perpetua a sí mismo y sólo la evolución natural es la garantía de que éste finalmente perecerá.

Cansado de luchar contra colectivos creí que era preferible perecer a rendirse, ahora veo que todo fue como una obsesión frente a una realidad que carece del soporte del corazón. Quiero volver a vivir con la misma libertad e inocencia de mi primera juventud, y ahora que siento que mi cuerpo comienza a envejecer es el momento de que triunfe la fuerza del espíritu que me hizo recorrer el camino de mi destino.

Son tiempos nuevos Halcón, alimentate bien y no permitas que nadie te impida vivir tu destino.

Un fuerte abrazo,

Alonso Ventura Maya

P.D: Maya, la Diosa de la Magia en la India. ¡Cuantos recuerdos vienen ahora de mi madre, y cuanto he de hacer todavía

“

Halcón Rojo, hechicero del pueblo-noche, guardó la carta en el sobre y éste en la mesa de su escritorio. Sentado en éste, teniendo delante el I Ching, dejó que aquellas palabras leídas calaran en su interior. Sabía que existía una conexión profunda entre las cosas, y era el momento de tener una visión clara del rumbo a tomar.

Había cruzado el mar en respuesta a un designio del Espíritu, y tras todo aquel tiempo vivido era el momento de volver a lanzarse hacia una nueva misión.

- Hace tiempo que no exploro, que no me aventuro en busca de tus misterios - murmuró el chamán.

Se dirigió hacia el armario y extrajo de la bolsa unas hierbas. Se aprestó a lanzarse rumbo a lo desconocido, con la ayuda del poder de las “plantas del sueño”. Preparó la ceremonia y ofreció la pipa de fumar al Espíritu.

- Abro las alas, uso mi poder - entonó -. Venid criaturas del Espíritu, soy el hombre-sueño, soy el hombre-mágico, soy el hombre-sabio que entra en el Profundo Misterio.

Se concentró en su pecho, en el centro de su ser.

- Soy el corazón del trueno, me lanzo rumbo al Infinito Misterio...al Cielo, al Reino de la Luz.

El chamán bajó su frecuencia cerebral, retorno al territorio profundo, al compás lento y constante de la Tierra, allá donde habita el ideal futuro, donde reside en pureza virgen el Sueño.

El animal sabio retornó a la conciencia original, al sustrato de la existencia de su identidad, de su conciencia en plena evolución que le llevaba hacia el horizonte donde brilla el Espíritu.

- El dragón es el latido de tu ser.

Hizo los gestos sagrados, el lenguaje antiquísimo transmitido en silencio durante generaciones, así se unía en la comunicación viva que une la existencia como un organismo inteligente.

- El dragón es el impulso del tiempo.

Comenzó a cantar, expresando con las palabras sagradas el ritmo ancestral de su linaje. Su canto era especial, su contenido y música formaban parte de la tradición hechicera. Su conciencia se hizo cada vez más honda e intensa,permitiendole comulgar con la conciencia profunda que sostiene las criaturas vivas. El nagual formó entonces parte de la Creación, separándose así en su viaje de la influencia del artificio humano para retornar a la autentica autoridad de la realidad.

Halcón Rojo entró en la conciencia chamánica, en esa postura cognitiva que habita dentro de lo sagrado. Construyó el circulo mágico, el templum de su alma que le permitía la unión con el Espíritu.

- Yo soy el hombre que recuerda...yo soy el hombre que así sabe - afirmó diseñando la cruz que unía al centro con la circunferencia.

Los guatro guardianes fueron llamados para que guardaran los puntos, y el centro fue así invocado.

- Soy el hombre, hijo de Madre y Padre, hijo del Gran Misterio.

Halcón retornó a su dignidad natural y desde ella asumió su destino.

- Soy la vida que cabalga, el tiempo que alumbra.

Su historia apareció ante la luz de su mente, y contemplando el camino pasado dirigió la fuerza de su voluntad hacia lo porvenir.

- Soy camino realizado, soy vía en camino.

Halcón asumió su identidad como espíritu, como alma que habita en realidad mortal y cuyo sentido es inmortal.

- Abro camino, alumbro lo vivido.

Aquel animal de la Tierra, inteligente y libre, recordó el sentido de su destino, la forja de su realidad.

Microcosmos que vive dentro del Macrocosmos, microorganismo del gran organismo que es la Tierra.

Pequeña luz de la Madre de las Estrellas, Señora de las Aguas, y el Padre Luz, Señor del Fuego.

Encendió su fuego y se lanzó en la aventura de soñar.

Como en el Origen.

- Así que has encontrado el Tao de la espada - murmuró Long nada más verle.

El chamán asintió.

- Alonso se alegrará de saberlo - dijo el veterano.

- Creo que ya lo sabe - le comentó Halcón dirigiéndose a su escritorio para enseñarle la carta que había recibido.

- Yo también he recibido una - respondió el oriental sacando otra de su bolsillo.

Ambos se quedaron con las cartas en la mano mirándose sonrientes.

- Se lo esta pasando bien - dijo el indio.

- Sana envidia produce - asintió el chino.

Long pensó en cómo le hubiera gustado a él hacer ese viaje rumbo a Oriente hasta llegar a su lugar natal. Una tierra fronteriza llena de colores y tradiciones.

- Algún día volveré para ver como van las cosas - murmuró Long con un brillo especial en sus ojos.

- Yo también he de volver un día a mi tierra - respondió Halcón.

Se miraron sonrientes en silencio, poco podía decirse.

- Sin embargo mi destino me ha dado sitio aquí, para que viva el tiempo en este lugar - continuó el indio agradeciendo encontrar un espacio en el mundo.

- Nuestra medicina es muy necesaria allá donde existe enfermedad - asintió Long.

- La medicina...- murmuró Halcón.

- El sabio es siempre bien venido entre los hombres, pues su conciencia recuerda a los demás la grandeza de ser humano.

- Aún sigo preocupado por el hecho de que no estar seguro de poder vivir de mi oficio - respondió Halcón.

Long se encogió de hombros.

- Eso fue en el pasado, tú disfrutas de la libertad que ni yo ni Alonso pudimos vivir en nuestra juventud.

Halcón sonrió lobunamente.

- Tienes razón...me voy a hacer el rico de mi familia - reafirmó su posición optimista.

Long hizo un gesto de su mano y asintió con la cabeza.

- Yo también disfruto de una excelente calidad de mi vida dentro de los míos - recordó aquel que había luchado tanto para conseguir su honrado trabajo.

- Vivir en el mundo de los ricos se me antoja a veces extraño, como si no existiera meta clara a la hora de definir cuando mi trabajo estará bien recompensado - murmuró el indio confundido ante la tremenda disparidad de economía de aquella sociedad.

- En el viejo mundo siempre las personas se han diferenciado por el dinero, unos tienen mucho, otros no tanto..

- Y algunos no tienen el necesario para vivir con dignidad - susurró el chamán pensando en los pobres que vivían en la ciudad y en tantos pobres de la tierra.

- No todos siguen la senda noble, y no todos tenemos la influencia para cambiar esas cosas - murmuró Long.

- Cuando veo la televisión, cuando leo los periodicos...tanto dinero acumulado por unos pocos, e insisten en seguir queriendo acumular más.

- En el viejo mundo siempre ha sido así, no es tarea nuestra enfermar por su tiranía, sino curar liberando al alma humana .

Se produjo un largo silencio.

- ¿Sabes cual es uno de los lemas de Alonso? - murmuró Long.

El indio le miró interrogativo.

- Homo homini tiranus

- Pero el bando contrario cada vez pierde más posiciones, y debemos luchar por ocuparlas - contestó Halcón.

- Sí...el dragón siempre lucha por la causa real. Por eso es el espíritu-guardían de la familia real.

- Siento que podré devolver la gracia que me concedió el Espíritu, que tengo posibilidad de poder satisfacer la deuda que tengo con la vida.

El veterano mago asintió lentamente. Es natural que el hombre sienta el momento del reconocimiento por todo lo bueno que se ha recibido, pues bien se sabe que de bien nacido es ser agradecido.

- Veo que vuelves a confiar en tu suerte - comentó Long.

El indio asintió.

- Sí mi poder vuelve a latir.

Long sonrió meneando la cabeza.

- El té siempre vive en tí, es la fuerza del Tao .

- Si el té procede del Cielo...¿de qué he preocuparme?- comentó Halcón repitiendo una cita de sus lecturas.

- Eso es Confucio.

- Tú citas a veces a Lao Tsé.

- El I Ching es la fuente, tú trabajas con el oráculo del dragón.

El indio asintió, sabía que el origen del aquel enigmatico texto procedía del fundador de la cultura china, Fu Shi, y su encuentro con Long Ma, el caballo-dragón.

- He tenido mucha suerte, he podido vivir y aprender buenas cosas - aceptó Halcón.

- Pero los tiempos cambian, y tienes que decidir qué hacer finalmente .

- Sí, es hora de plantar. He de lanzarme a la aventura en pos de una tierra buena donde poder sembrar, he de conseguir el territorio que me pertenece.

- Para eso se necesita mucho dinero - murmuró Long.

El indio puso cara de fastidio.

- Lo sé.

- ¿Entonces?.

- Buscar y encontrar mi propio espacio vital no está directamente relacionado con el dinero, lo importante era trabajar y ya lo he conseguido.

- Así que segurirás trabajando en lo mismo.

- Soy un brujo indio...¿recuerdas? - sonrió Halcón.

- Alonso al final tuvo razón en sus predicciones - sonrió a su vez Long.

- Tú sabes que sólo trato de seguir el camino de mi naturaleza.

- Tao - asintió Long inclinandose levemente.

- Siento que el viento me llama, que nuevas aventuras me esperan.

- El futuro..., el impulso del dragón.

- El nagual vuelve a guiar mis pasos, el caballo me llama para cabalgar rumbo al destino.

- Té - asintió de nuevo Long.

- Por tanto yo no seré Carlos Sanchez, sino Halcón Rojo también aquí.

- En todas partes la misma ley.

El chamán miró a su amigo y asintió en silencio haciendo el gesto de verdad.

- Aunque aquí exista mucho embuste y mentira, aunque aquí no se permita a las personas ser ellas mismas - dijo el indio.

- En todas partes la misma negación.

Halcón asintió inclinando la cabeza.

- También como ser humano niego, pero lo importante es mi afirmación - contestó elchamán.

- El noble lucha en su interior sin llevar el conflicto al exterior.

- Aunque a veces no es posible sustraerse de la violencia externa - murmuró el indio.

- Sí, es cierto. De ahí la necesidad de guardarse - contestó Long haciendo el gesto de guardia del dragón.

- Pero no por la locura que nos envuelva hemos de dejar de aprender.

- Al final tan sólo queda el sentido del alma, hasta nuestro cuerpo lo dejamos aquí - contestó el anciano oriental.

- Viviré en esta sociedad, pero no seré de su creencia - afirmó Halcón.

- El sabio se mantiene a distancia del grupo, así evita sus prejuicios.

- Los clanes seguirán trabajando, la familia seguirá viviendo .

- Todo dentro de la Voluntad Misteriosa.

El tiempo pasaba dentro de la ciudad, y con él un continuo aumento de medidas normativas estatales, surgidas de la demagogia popular, a fin de controlar la convivencia. Halcón miraba fijamente a su amigo Lobo, recordando el choque que había tenido en aquella calle dominada por la mente colectiva.

- Perdone, no puede llevar el perro suelto - le había dicho la autoridad encarnada.

Halcón miró al sujeto en cuestión, ya estaba acostumbrado a no poder entrar en ningún establecimiento con su perro.

- ¿Puedo fumar? - respondió el indio sacando un paquete del bolsillo.

El sujeto le miró fijamente. El hecho simple de fumar comenzaba a convertirse también en un estigma, en una negación de las "autoridades sanitarias".

- En la calle sí puede...por ahora - respondió el ciudadano.

El indio miró a aquella persona, no era un policia, sino un "honrado y respetado ciudadano" que vigilaba por mantener el "orden". El sujeto le dijo que existía una normativa que prohibía llevar los perros sueltos, y que podía ser denunciado provocando que su perro fuera retirado de la vía pública.

- ¿Quiere decir que me lo robarían? - murmuró el chamán.

El sujeto encogió los hombros y se marchó sin dignarse responder. El indio sintió que aquella persona ya le había "fichado", y que si le daba la oportunidad aprovecharía para denunciarle. Suspirando había vuelto a casa y cogido un cordel con el que ahora llevaba al perro. El hecho de ir andando con su amigo atado se le hacía insufrible, sentía que vivía la misma suerte que el animal.

- No puedo más, he de salir aquí - murmuró el indio retornando a su pequeña habitación cansado de sólo ver gente y máquinas en circulación.

El tema de fondo que disgustaba al indio era la prohibición anónima, aquella negación implícita de ser consultado a la hora de restringir su libertad.

- No sólo no soy consultado, sino que además todo lo que hago y mi saber forma parte de la negación de su mundo - se dijo pensando en el hecho de ser él el que era.

Ideología colectiva, moral demagógica, todo ello amparado en un funcionamiento mecánico en el que tan sólo importaba la correcta

marcha de su engranaje. No existía legislación singular, sino reglamentación de las masas. El que no encajara en aquello estaba fuera, y el hecho de estar fuera implicaba una perdida de capacidad de supervivencia óptima.

- No he sido yo el que ha elegido este entorno - continuó sintiendose irritado.

Siempre había vivido con el nagual permitiendo que éste dirigiera sus pasos. En aquel lugar sencillamente no era necesario, era sustituido por la directriz colectiva. Ello provocaba una constante tensión social, en la que una parte de la sociedad era oprimida por otra parte.

- Esto es de locos - se dijo cansado.

Pensó en Alonso, en lo bien que debía estar explorando los vastos territorios del mundo.

- Y yo mientras recorriendo estas cuatro paredes y las vías asfaltadas - se quejó.

Su identidad natural, el gusto propio, iba siendo sustituido por una identidad de adaptación a un gusto distinto. Aquella adaptación, básica para la supervivencia en un entorno, comenzaba a mostrar sus efectos perversos. Al dejar de afirmar con fuerza su propia voluntad, al permitir que progresivamente su vida fuera reglamentada por una voluntad ajena, sentía que una constante de frustración interior se iba acumulando en él.

Sonó el teléfono y lo cogío. Era Long que le invitaba a su casa para pasar la tarde. El indio recordó el jardín de su amigo y suspiró lentamente.

- Muchas gracias - dijo colgando aceptando la invitación.

Tuvo que ir andando, con el perro atado, porque ningún medio de transporte permitía la inclusión de animales. En el fondo el hecho de tener un animal en la ciudad era una negación de ésta misma, de ahí que tener "mascotas" fuera simplemente un gesto romántico de tratar de vivir más cerca de una naturaleza que vivía alejada del entorno urbano.

- Celebro tu visita - dijo Long al verle, notando en su joven amigo la tensión de su interior.

Fueron hacia el jardin y se sentaron en el suelo, dejando que el sonido de la fuente fuera limpiando del ánimo la agresividad contenida.

- Quiero presentarte a alguien muy especial - comentó Long tras un rato de silencio.

El chamán le miró sin mostrar curiosidad. Estaba agotado por el simple hecho de tener que acumular anulaciones de su voluntad sistematicamente ejercidas. Long captó su estado de animo y sonrió con ironía.

- Te he hablado del tigre y el dragón, existen otros dos animales de poder que guardan el centro del sabio - continuó el oriental.

Halcón abrió los ojos intrigado ante aquello.

- Uno es llamado el “pajaro rojo”, y es el que está delante - continuó Long.

- Pajaro rojo...- murmuró el indio sintiendo la coincidencia.

Long le miró y sonrió satisfecho.

- Sí...- respondió.

- ¿Y el otro? - inquirió Halcón.

Su amigo señaló con un dedo hacia una zona frondosa y verde del jardín.

- El Guerrero Oscuro - dijo.

El indio miró hacia aquel lugar pero no pudo detectar nada.

- No veo nada - respondió.

Long sonrió y miró fijamente a su vez.

- Yo sí le veo, de hecho se está moviendo hacia nosotros.

Intrigado el indio aguzó su mirada, no veía nada que delatara la presencia de un animal entre aquellas ramas.

- Es un animal muy viejo y sabio,es el que guarda las espaldas al sabio - continuó Long.

Halcón se levantó y dió unos pasos acercándose hacia el matorral. Seguía sin ver nada.

- Ahora se ha escondido dentro de su inexpugnable fortaleza - alzó la voz Long.

El joven meneó la cabeza confundido. Debía ser muy astuto aquel animal, y seguía sin notar su presencia. Aquello le extrañó sobremanera.

- No entiendo porque no siento su presencia - murmuró.

Long se acercó hacia él y asintió con suavidad.

- Ha guardado su chí, es dificil que puedas ahora percibirle - respondió - Será mejor que nos sentemos y esperamos a que pase delante de nosotros.

El indio aceptó la invitación y se sentó junto a su amigo. Pasó un rato hasta que notó que las hojas se movían y aparecía algo así como un entidad redonda con patas. Respingó asombrado.

- ¿Qué es esto? - dijo contemplando a una especie de lagarto que iba protegido por un escudo.

- Ya te lo he dicho, es el Guerrero Oscuro - respondió Long.

Halcón acercó su mano a aquel animal y éste, con la velocidad del rayo, se escondió dentro de aquella especie de escudo.

- Es muy desconfiado - sonrió el oriental.

- Ya veo - contestó el indio tocando el caparazón. Era duro y con curiosas formas grabadas en el escudo.

Halcón tuvó una intuición y sonrió de pronto.

- Así que ésta es la fabulosa tortuga - exclamó.

Long asintió. Sabía que Halcón debía conocer su importancia por sus lecturas del I Ching.

- Protegido por el Cielo y la Tierra, el sabio se guarda del exterior - murmuró Long.

El indio cogió al animal y miró sus ojos. Eran oscuros como la noche, con un brillo especial en ellos.

- Humilde entre las criaturas de la tierra, inofensiva, y sin embargo la más longeva de ellas - continuó Long.

- Parece tener la carne muy blanda - comentó Halcón.

- Tanto como nuestro corazón.

Cogiendo al animal Long se dirigió hacia el estanque.

- Observa - dijo introduciendo a la criatura dentro del agua.

El chamán respingó instintivamente.

- ¡Se ahogará! - dijo.

- No, es el Yin, vive tanto en la tierra como en el agua - respondió sonriente Long.

Halcón miró al animal, éste sacó su cabeza y estuvo un rato dentro del agua.

- Un anfibio - murmuró.

- Tan viejo y lento como la tierra, tan enigmático como el agua .

-El Guerrero Oscuro - repitió Halcón mirando fijamente cómo nadaba por debajo del agua.

- La conservación es la principal función del guerrero, la defensa de la vida .

El indio no respondió, comenzaba a recordar antiguas leyendas cantadas por los ancianos chamanes sobre un ser de cuatro patas que sostenía el mundo.

- La base del mundo - murmuró rememorando.

- El complemento del rojo pájaro - musitó Long.

El chamán cerró los ojos un instante, algo muy profundo tenía que surgir de él a fin de que su vida pudiera conservarse pese a la agresión del exterior.

- La Isla de los Inmortales reposa en ella - continuó Long.

- Entonces su espíritu...- comenzó Halcón sintiendo el poder que representaba aquel animal.

- Sí Halcón Rojo, el poder del Guerrero Oscuro.

Alonso entró lleno de paquetes a casa.

- ¿Hay alguien ahí? - lanzó una voz con sentimiento paternal.

Sonó la exclamación de sorpresa de Halcón y éste apareció saliendo de su habitación con expresión de alegría.

- ¡ Alonso !

Ventura Maya le saludó con la mano y volvió a salir para de nuevo volver a entrar con más paquetes.

El indio respingó de nuevo y acudió presuroso en su ayuda. Entraron unos cuantos paquetes más.

- Para mi museo - exclamó el aventurero.

Dulcinea entró con una sonrisa ante aquella salida de su esposo, abrazó a Halcón y le dió unos fuertes besos.

- ¡Cómo te hemos echado de menos! - dijo.

El indio sonrió y miró a Alonso. Este bajó la cabeza y carraspeó.

- Ya lo véra algún día mujer - respondió.

Dejaron todas las cosas en el salón y Alonso miró su reljo.

- Tenemos el tiempo justo para llegar - dijo.

Halcón miró inquisitivo a su amigo.

- ¿Os vais otra vez? - murmuró con deje triste.

Ventura sonrió ampliamente y negó con la cabeza.

- No, hombre, no. Es que hemos quedado con mi hija, porque venía en otro vuelo.

- Que venga con nosotros, así se da un paseo - dijo Dulcinea mirándole con aire misterioso.

El chamán sintió que algo se movía dentro del tejido del sueño, como si los hilos del destino estuvieran configurando algo muy especial. Alzó el rostró y oteó el aire.

- Sí...- murmuró Alonso haciéndole un gesto para marcharse.

En el viaje del aeropuerto el veterano mago monopolízo la conversación hablando sin cesar de las virtudes de Oriente.

- Allí si hay seriedad y cultura,tradición y conocimiento - afirmó.

El indio le miraba sonriente hasta que de pronto sintió que tenía algo que decirle.

- Así que has retornado...- le dijo sintiendo que era el nagual el que hablaba.

Ventura apretó las manos sobre el volante y quedó fijo mirando hacia la carretera.

- Tanto camino, tan largo el camino hacia el Sol - murmuró.

- Los tuyos sois un pueblo realmente fuerte - contestó Halcón.

Alonso giró la cabeza y miró a aquel indígena que estaba sentado atrás. Sonrió ampliamente.

- Así que lo sabes...- musitó.

- Has vuelto, señal de que el camino os traía aquí - contestó el chamán.

Ventura Maya volvió a mirar la carretera. Al fondo el Sol comenzaba a hundirse en el horizonte.

- Sí..., traigo recuerdos de mucha familia - musitó.

- Gracias - respondió el indio-noche.

Se produjo un largo silencio en el que presidía una especial satisfacción en el rostro de Dulcinea. Parecía guardar un secreto que le producía goce en su interior.

- Bueno..y tú como has andado en este tiempo - inició la conversación de nuevo Alonso.

- Bien..he cerrado el círculo - afirmó el chamán.

- Así que...

- Sí..ya es tiempo.

Llegaron al aeropuerto y esperaron en la entrada de vuelos internacionales.

- El avión ya ha llegado - comentó Alonso mirando el cartel de vuelos.

El chamán sintió que algo se condensaba en su vida, como si algo muy profundo comenzara a solidificarse, al igual que ocurre con las

nubes en el cielo. Se movió inquieto sin comprender aún la razón de aquella sensación.

- ¡Sara! - sonó de pronto la voz de Ventura Maya.

Halcón Rojo vió como sus amigos se movían rapidamente al encuentro de una joven morena que salía de la puerta de vuelos. Sintió como si la tierra vibrara a sus pies. Vió como la mujer se acercaba a él en compañía de sus padres y cómo le miraba con curiosidad.

- Sara...te presento a un amigo muy especial - comenzó Alonso .

- Halcón Rojo - respondió rápido el indio presentandose.

La mujer sonrió y le dió un beso en la mejilla. El indio sintió que un rayo atravesaba su existencia. Sara dió un paso hacia atrás y se lo quedó mirando confundida.

- Qué bueno...- murmuró absorto Halcón sintiendo la trama de la vida.

- Voy a por las maletas - dijo ella para romper el encanto del momento.

El indio miró el largo pelo negro de la mujer y sin pensarlo la siguió. Como un lobo fue detrás de ella.

- Qué vivo es este Halcón - dijo Alonso sonriente mirando cómo se movían al unisóno los dos jovenes.

- Sí...- respondió risueña Dulcinea contemplando la danza de la vida.

Allá, en el lugar donde los aviones se lanzan hacia el cielo y retornan de él, allá comenzó Halcón a caminar en su nuevo destino.



EPI-LOGOS

HOZHONI

(Belleza,Paz, Armonía, Felicidad)

En Tsegihi,
en la casa hecha de alba,
en la casa hecha de crepúsculo,
en la casa hecha de nube oscura,
en la casa hecha de lluvia varón,
en la casa hecha de niebla oscura,
en la casa hecha de lluvia hembra,
en la casa hecha de polen,
en la casa hecha de saltamontes,
la que tiene la entrada cubierta de niebla oscura,
cuyo sendero está en el arco iris,
en lo alto del cual se alza el relámpago,
sobre la que se alza la lluvia,
¡oh, divinidad varón!

Con tus mocasines de nube oscura,
ven a nosotros,
con tus polainas de nube oscura,
ven a nosotros,
con tu camisa de nube oscura,
ven a nosotros,
con tu tocado de nube oscura,
ven a nosotros.
Con tu mente envuelta en nube oscura,
ven a nosotros.

Con el trueno oscuro sobre ti,
ven a nosotros volando en las alturas
Con la nube formada a tus pies,
ven a nosotros volando en las alturas.

Con la oscuridad lejana hecha de nube oscura sobre la cabeza,
ven a nosotros volando.

Con la oscuridad lejana hecha de lluvia varón sobre la cabeza,
ven a nosotros volando.
Con la oscuridad lejana hecha de lluvia hembra sobre la cabeza,
ven a nosotros volando.
Con el relámpago en lo alto sobre tu cabeza,
ven a nosotros volando.
Con la oscuridad lejana hecha de nube oscura en la punta de las alas,
ven a nosotros volando.
Con la oscuridad sobre la tierra,
ven a nosotros.

He hecho tu sacrificio.
He preparado la pipa para ti.

Devuélveme los pies.
Devuélveme las piernas.
Devuélveme el cuerpo.
Devuélveme la mente.
Devuélveme la voz.

Retira hoy tu hechizo por mí.
Llevate hoy tu hechizo por mí.

Lejos de mí lo has llevado.
Lejos de mí se ha ido.
Lo has alejado.

Felizmente me recupero.
Felizmente mi interior se calma.
Felizmente oigo de nuevo.
Felizmente camino.

Insensible al dolor, camino.
Sintiendo la luz interior, camino.
Con sentimientos animosos, camino...

Los ancianos pensarán en ti felizmente.
Las ancianas pensarán en ti felizmente.
Los hombres jóvenes pensarán en tí felizmente.
Las mujeres jóvenes pensarán en tí felizmente.
Los muchachos pensarán en ti felizmente.
Las muchachas pensarán en ti felizmente.
Los jefes pensarán en ti felizmente.

Cuando se dispersen en diferentes direcciones,
pensarán en ti felizmente.
Cuando lleguen a sus hogares,
pensarán en ti felizmente.

Ojalá sus caminos a casa
estén felizmente en la senda del polen.
Ojalan regresen todos felizmente.

Camino con la belleza.
Camino con belleza delante de mí.
Camino con belleza detrás.
Camino con belleza debajo.
Camino con belleza encima.
Camino con belleza a todo mi alrededor.

Se llega al final con belleza.
Se llega al final con belleza.

El Canto Nocturno
(canto de medicina navaja)

INDICE